

A black and white photograph of a woman's face and hands. She is looking down at a dark, sparkly fabric she is holding with her hands. The fabric has a dense pattern of small, light-colored sparkles. The woman's face is partially visible at the top, showing her lips and chin. The overall mood is elegant and mysterious.

*La
estrella
prohibida*

MARÍA BORDER

María Border

La estrella prohibida

P&J

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A Pato,
de la Gallega.*

PRIMERA PARTE

Seré la estrella que te encandile

Bárbara quitó su cabeza de debajo de la almohada y resopló, comprendiendo que ya no le servía de aislante. Odiaba esos lamentos; no entendía cómo Melisa podía seguir durmiendo a pesar de que se escuchaban con tanta claridad. ¿Pensaría su madre que las paredes eran tan impenetrables como el sueño de su hermana? Resignada, se levantó, caminó hacia la ventana y corrió las cortinas para mirar el cielo. Las horas de paz duraban poco en el hogar de los Zabala.

Guillermo, su padre, estaba ausente durante el día y también muchas noches; permeable a las tentaciones, anteponía sus deseos dejando en claro que la prioridad siempre sería él. Blanca, la esposa, ocultaba las falencias imponiéndole a las hijas las reglas que jamás regirían para él... o para ella.

Bárbara, de carácter frontal y rebelde, entendió que el amor era finito cuando intuyó que su padre vagaba entre amoríos. Melisa, sumisa y vulnerable, decidió creer que querer era perdonar para volver a confiar.

Volver a confiar, esperar del otro lo que el otro tal vez no supiera dar.

Blanca amaba a Guillermo, quería agradarlo, retenerlo; nada debía alterarlo y la adolescencia de sus hijas ponía en jaque su pretensión, por lo que ejercía su autoridad frente a ellas. La firme decisión que transmitía cuando se trataba de (como solía decir) corregirlas, no regía para con él y eso exasperaba a Bárbara que no se amilanaba ni ante los castigos ni ante la mano elevada de

Blanca que solía caer sobre la cara de ella para intentar cortar las alas que siempre renacían. Con hijas tan dispares y un marido volátil, la mujer desconocía la tranquilidad y los nervios la traicionaban constantemente fracturando su salud.

«Si yo fuera ella no le dejaría ver ni una lágrima», aseguraba la menor de los Zabala, en tanto los quejidos de su madre traspasaban a medianoche las paredes del cuarto matrimonial para irrumpir en el de las hijas. A los trece años, Bárbara tenía muy en claro que, cuando la inestabilidad se hace carne y la incertidumbre acecha con promesas vagas, los mecanismos de defensa funcionan y toman el mando. Aprendió a ignorar a los suyos cuando se convenció de que era ignorada y se ocupó de protegerse enfrentando los miedos.

El escribano Guillermo Zabala gustaba de los cambios y por ese motivo mutaban muy seguido de casa. Melisa, próxima a cumplir quince años, vivía con ilusión cada mudanza creyendo que aires nuevos implicaban una nueva vida. Apenas llevaban allí un día y ya se perdía cualquier vestigio de tranquilidad.

Las luces del auto de él doblando por la esquina indicaban que estaba de regreso de una nueva «cena de negocios». Bárbara se alejó de la ventana y volvió a su cama para intentar conciliar el sueño, utilizando de aislante a la almohada, y se abstrajo recordando que frente a la nueva casa había una plaza.

Despertó en la mañana ansiosa por recorrer con su patineta los senderos del parque, sin importarles que debería hacerlo sola; las mudanzas traían consigo la necesidad de hacerse amigos nuevos y, por estar en época de receso escolar, no contaba aún con esa posibilidad. No había terminado de calzarse el casco cuando un golpe seco lo hizo rodar por el piso del porche.

Furiosa, se agachó para recogerlo y revisar que estuviera intacto, descubriendo que la causante había sido una pelota que se encontraba ahora junto a su pie, en tanto escuchaba la orden de un muchacho que cruzaba desde la plaza, seguido por un grupo de secuaces:

—¡Nena! Pasame la pelota.

Segura de que no había sido una solicitud, y convencida de que debía imponerse de entrada para evitar problemas a futuro, respondió ajustando el balón con fuerza bajo la axila y, a viva voz, le hizo saber que si lo quería debería quitárselo; sin importarle que el maleducado estuviera poniendo un pie en el travesaño de la reja con toda la intención de escalarla y dar por concluida la disputa. Tan concentrada estaba en él que no se percató del muchacho que se había filtrado y estaba junto a ella extendiéndole la mano:

—Soy Lucho; el gritón es Tadeo pero le decimos Sapo, el que está sentado en el cordón de la vereda se llama Yago y es el dueño de la pelota — comunicó, presentándolos—. Lamento que cayera dentro de tu casa; espero que no te haya lastimado.

Lo miró dudando de la amabilidad del intruso que sin permiso se había colado para hablarle. Lucho lo notó y continuó con la mediación:

—¿Te lastimó la pelota?

—No —respondió rauda, calculando que tendrían la edad de Melisa y planeando las tomas de karate con las que imaginó que podría defenderse de ellos.

El Sapo continuó aferrado con ambas manos a la reja y desde allí reclamó que se diera un corte definitivo al asunto:

—Sacale la pelota y volvamos a jugar.

Bárbara consideró la posibilidad de mostrarle su dedo medio, pero eso suponía distraerse del que más cerca estaba y que, por el momento, ofrecía el mayor peligro. Lo evaluó con más cuidado midiendo cuánta fuerza tendría y estuvo segura de que se hallaba en desventaja; se afirmó en sus piernas para

conseguir el ángulo con el que lo golpearía primero, cuando el que estaba sentado en el cordón se levantó y caminó hacia ella para sorprenderlos con una propuesta:

—¿Sos nueva en el barrio? Vení a jugar con nosotros y así te hacés nuevos amigos.

Afortunadamente para Bárbara la idea del entrometido suponía no tener que comenzar su nueva vida a las trompadas; con algunas patadas bien colocadas en medio del juego sería suficiente.

—Acepto; pero si me ponen en el equipo del gordo —indicó haciendo referencia al denominado Sapo— voy a hacer goles en contra.

Inútiles fueron los reclamos del aludido, el resto quería seguir jugando y la incorporación de la nena los tenía sin cuidado si consideraban que, con no pasarle la pelota y aplicarle un par de paralíticas propias del fragor de la contienda, sola se retiraría.

Al finalizar el partido los jugadores se dispersaron. Lucho hizo rebotar a repetición la pelota contra la fachada de la casa de Tadeo, sin intervenir en la discusión que éste mantenía con Yago.

—¿En qué estabas pensando? —reclamó Tadeo, frotándose las canillas marcadas por Bárbara—. Lo último que necesitamos ahora es que se nos abroje una nenita escuálida.

—Te salvé el pellejo, pero sos tan bestia que no te das cuenta —comentó Yago, apoyando un pie en el umbral.

—Si no hubieras intervenido le sacaba la pelota y no teníamos que aguantarla.

—Es un palito con trenzas. Flaca, petisa; de un soplido la hubieras empotrado contra la pared y no tengo ganas de ir a visitarte a un reformatorio. Dame las gracias en lugar de seguir jodiendo con lo mismo.

—Me reventó a patadas y no pude devolvérselas. Se aprovechó de que es mujer para sacarme del partido.

Lucho detuvo la pelota para entregársela al dueño, antes de intervenir:

—Se las hubieras dado, esa nena todavía no sabe si quiere ser varón o mujer.

—A mí me parece que se las trae —disintió Yago.

—Cuando saque tetas y... las traiga —concluyó el Sapo, riendo—, me encargaré de que se defina.

Sonriendo se despidieron y cada uno se encaminó hacia su casa.

Yago ingresó a la suya preguntándose qué lo había llevado a obrar de la manera en que lo hizo, cuando normalmente no perdía el tiempo con «nenitas» y mucho menos si eso aparejaba una discusión con sus amigos de siempre. Abrió la heladera, sacó la botella de agua mineral y bebió del pico con ganas.

—¡Qué hacés, asqueroso! —lo retó a los gritos su hermana Carla—
¿Cuándo vas a entender que todos los que vivimos en esta casa tomamos de esa botella? Ponele un cartelito que diga que es tuya, así a nadie se le ocurre usarla.

Embarrado como estaba, la tomó por la cintura elevándola en andas, anclándole besos en el cuello y encargándose de traspasarle tierra, sudor y hasta el pasto que pudiera llevar adosado.

—¡Mamá! —reclamó Carla.

—¿Veinte años y no sabés defenderte sola? ¡Pobrecita! —indicó, antes de depositarla en el piso y dirigirse hacia la bañera.

Al salir de la ducha con apenas una toalla en la cintura, caminó descalzo por el pasillo hasta su cuarto dejando un reguero de gotas; buscó el short con el que se presentaría a la mesa para cenar y comparó la similitud existente entre su hermana, cinco años mayor que él, y la enana con trenzas que había conocido esa tarde.

Antes de extinguirse el verano, Bárbara ya tenía tres amigos y, al comenzar las clases, descubrió que pertenecían al curso de su hermana Melisa. Utilizando como excusa el parentesco, se mezcló constantemente en el patio de ellos. Lo que para Bárbara fue una ventaja se convirtió en la pesadilla de Melisa cuando sus compañeros comenzaron a tratarla como a una más del grupo, creyendo que por ser hermanas serían iguales.

Pero la mayor era un compendio de femineidad; dulce, educada; las pocas malas palabras que formaban parte de su vocabulario podrían ser aceptadas por cualquier Concilio Vaticano; vivía pendiente de su apariencia y soñaba con un príncipe azul que supiera cuidarla; uno que gustara de estar a su lado, uno que decidiera quedarse.

Por el contrario, Bárbara era el varoncito que sus padres no habían concebido. La profundidad de una herida carecía de importancia si con ella lograba concretar una nueva pirueta sobre la patineta. Sus trenzas resultaban la mejor manera de sujetarse el cabello evitando que le molestase, aunque por las noches le costara desenredar el cúmulo de nudos y Melisa la tildara de «bruja» en broma. Su indecoroso vocabulario se incrementó en la plaza con los muchachos. Jean, remeras y buzos eran las prendas para Bárbara, en tanto los vestidos pendían abandonados en las perchas.

La mudanza no palió la endeble tranquilidad del hogar; mucho menos luego de esa tarde de mayo cuando al despacho del escribano Zabala ingresó la firmante de una escritura, portando larguísimas piernas y cintura de avispa. Con los ojos acostumbrados a halagar, poco demoró en seducirla y, lo que en un primer momento consideró una insignificante cana al aire, terminó convirtiéndose en la pasión con la que Blanca nuevamente debió compartirlo.

Para Bárbara no fue necesario que su padre confesara; simplemente con anotar en el almanaque la cantidad de días que había sido castigada tenía la

prueba suficiente de que una nueva racha de noches de insomnio se avecinaba. Las penitencias de Blanca le resultaban injustas y ante ellas se rebelaba desliziéndose por el alero de la ventana hasta lograr asirse de la rama que casi rozaba la casa, para bajar trepando por el árbol y saltar a la libertad de la vereda. «Total, nadie notará mi ausencia.»

En sus secretos paseos descubrió el anuncio en la cartelera del club del barrio donde se publicitaba la inscripción a la escuela de teatro. Repasó los horarios y se anotó falsificando la firma de su madre en la autorización. Salió de la primera clase mirando hacia los lados del pasillo, tratando de no toparse con ningún conocido que pudiera delatarla y allí se cruzó con Yago.

—Te veo hasta en la sopa, enana —se quejó.

—Y comete cualquier verdura porque ando de incógnito.

El muchacho la tomó del brazo para llevarla con él hasta el gimnasio.

—¿De quién te escondés?

—No me escondo, trato de no levantar la perdiz. Estoy asistiendo al curso de teatro y mis viejos no saben nada. Guardame el secreto.

La potente lámpara que caía del tinglado resaltó las colchonetas del centro del lugar, los ojos de Bárbara se negaron a ignorar el sector y Yago comprendió que también aquello la atraía.

—¿Sabés karate?

—Me las arreglo, pero no tengo técnica —confesó.

—Sacate las zapatillas —dijo él—, yo te enseño.

El aire cada día se tornaba más irrespirable. Las ausencias de Guillermo eran más frecuentes y los lamentos constantes de Blanca dejaban ver la depresión que se acercaba. Melisa se aislaba en el cuarto con los auriculares por los cuales Britney Spears repetía «Muéstrame cómo quieres que sea», abriendo de par en par las ventanas y esperando con ilusión la llegada de su

padre; en tanto Bárbara ocupaba su tiempo con el colegio, las clases de teatro y los deportes que practicaba con los muchachos en el gimnasio.

—*Mire las estrellas, madre* —declamó Bárbara, demostrando que había nacido para actuar—, *mírelas brillar sintiéndose únicas*.

—*Cada una brilla especialmente para alguien* —continuó la otra aspirante a actriz—. *¿Cuál de ellas eres tú, mi pequeña?*

—*La que le alumbra el camino*.

Apoyado contra la oscura y deshojada pared de la sala de ensayos, Yago estuvo tentado de aplaudirla hasta que comprendió que aquella actuación ocultaba verdades que su pequeña amiga guardaba con celo. Esperó a que la clase culminara y la detuvo antes de que traspasara la puerta:

—Vamos al gimnasio.

—Hoy paso, estoy cansada —se excusó Bárbara.

—Al gimnasio, flojita —indicó.

Con desgano lo siguió, su ánimo no se encontraba en condiciones de discutir también con él.

Yago fue más rudo que de costumbre, en repetidas ocasiones la hizo aspirar el polvo de la colchoneta aplicando contundencia en cada toma, hasta que sintió que Bárbara finalmente se concentraba convirtiéndose en rival.

—¡Basta! —exclamó Tadeo en el momento en que ella yacía boca abajo con una rodilla de Yago reteniéndola por la espalda y un brazo también inmovilizado por él.

—Espero que no seas tan tonta como el libreto que interpretaste —le dijo Yago, desoyendo los reclamos de Tadeo.

—¿Qué decís? —preguntó ella, desorientada.

—Por lo único que vale la pena pelear es por uno mismo. No alumbres el camino de nadie, aprendé a iluminar bien el tuyo.

—Soltala —ordenó Tadeo, tirando de la ropa de Yago.

—¿Qué clase de estrella vas a ser? —volvió a instarla al liberarla.

—La que te encandile —respondió, girando y enfrentándolo a los ojos.

La muchacha provocaba ternura en el grupo de varones. Ellos la consideraban como una mascota a quien debían aleccionar y de la que se sentían responsables al punto que Tadeo la llevaba con él a la veterinaria de su padre para entretenerla, Yago la entrenaba en el gimnasio y Lucho la consolaba cuando la veía flaquear.

Con cada paso que el tiempo daba el cordón que la amarraba con los suyos soltaba uno más de sus hilos; pero también provocaba que los velos terminaran de caer y las dudas, que la niñez ocultaba tras el amparo de la inocencia, desaparecieran. Blanca regresaba apurada del trabajo para acicalarse y esperar a Guillermo, aunque normalmente se encontraba con que él no llegaba para cenar; las sospechas la llevaban a seguirle las pisadas con la esperanza de poder torcerlas a tiempo y con ello terminó descuidando su responsabilidad para con las niñas y para con su salud. Melisa y Bárbara se movían con sigilo para no alterar aún más los frágiles nervios de su madre y, ante la falta de atención, se hicieron cargo de las tareas domésticas. No era necesario que escucharan conversaciones, tampoco que indagaran; los nervios que acosaban a la mujer eran celos enfermizos y agobiantes, nacidos de las experiencias repetidas y de las ausencias que denunciaban a la nueva contrincante.

La frágil personalidad de Melisa la impulsó a buscar la admiración de sus

pares, ofreciendo el cuarto que compartía con la hermana como el sitio donde podían reunirse a escondidas de los mayores, sin tener en cuenta que Bárbara solo tenía trece años y una madre incapaz de contenerlas.

La menor de los Zabala, reconociendo la inestabilidad de Melisa, intentó alejarla del grupo ofreciendo el suyo a cambio, pero no encontró aceptación. Guardó para sí su pena sin compartirla con nadie e intentó pasar el menor tiempo posible dentro del hogar, refugiándose en la calle, los deportes y el teatro. Continuaba vistiendo jean y zapatillas, y poco a poco los corpiños de algodón comenzaron a formar parte de su vestuario. Sus defensas estaban activas manteniéndola a resguardo incluso de su hermana mayor que, por mucho que la amaba, necesitaba vivir su vida sin el ancla que suponía hacerse responsable de la menor.

Guillermo salió del auto, elevó la vista hacia la fachada de la casa repitiéndose hasta el cansancio que era un hombre y que, independientemente de Blanca y las nenas, su nueva conquista se había convertido en la pasión que valía la pena vivir. Los quince años de su hija mayor estaban por llegar y abrió la puerta especulando el alcance de la dádiva que debía ofrecer. Entregaría algunos billetes para mitigar la culpa y sepultar los reproches, a cambio de volver a sentirse joven en los brazos de una mujer con el cuerpo firme.

Blanca lo intuía; la repetición de los hechos eran señales claras; enceguecida por la ilusión de deslumbrarlo y retenerlo se escudó en la fiesta, pretendiendo elegir sensuales y glamorosos vestidos para las tres. Melisa flotaba entre nubes de gasas con perlas engarzadas sobre un corsé, en tanto Bárbara bufaba, negándose a introducir su cuerpo en un solero beige.

—¿Cuándo vas a entender que no sos un varón? —insistió la madre, tratando de que comprendiera la situación y cambiara de parecer.

—Sé que no soy un varón, no voy a disfrazarme para que el resto se dé cuenta.

Blanca contuvo el deseo de cruzarle la cara con una cachetada en plena tienda. Su hija no comprendía; Guillermo se alejaba, era imperioso deslumbrarlo para que se sintiera orgulloso de las tres y que esa no fuera la última fiesta que los encontrara unidos como familia.

—Mamá —aclaró, bajando aún más el tono y notando el inmenso dolor que la atravesaba—, no importa lo que me ponga; no somos nosotras, es él.

—No me obligues, Bárbara —la amenazó Blanca—. No serás vos quien dé la nota esa noche.

—No hace falta —masculló Bárbara, probándose un pantalón negro—, con vos y papá ya tenemos la escala musical completa.

Para Zabala lo fundamental era que en la fiesta, a la que asistían colegas y clientes, su imagen se mantuviera confiable y formal. Blanca rogó porque la noche fuera eterna. Melisa se sintió princesa, en tanto Bárbara descubrió la facilidad de algunos para acomodarse a la hipocresía.

Las emociones vividas en los quince de Melisa moderaron las debilidades de Guillermo. Con el tiempo, Blanca consideró que finalmente su hombre había madurado y se recostó en la paz de la estabilidad donde se respiró rutina; hasta que a la mirada de él regresó el tedio. El temor afloró cuando el deseo nuevamente desapareció de las sábanas. La contienda no era pareja, sus rivales jugaban con las armas que a ella le arrebató el tiempo, armas que cada día le imponían un esfuerzo físico y económico difícil de asumir. Sus encantos la abandonaban, su vientre ya no gestaba y las incógnitas la agobiaron. Salió del trabajo y se sentó en un bar para estudiar la situación y planificar su ataque. No sería Blanca quien retendría a Guillermo, esta vez debía ser la esposa del escribano Zabala quien lo obligara a sostener los

compromisos. Quedaba la verdad, la responsabilidad, las obligaciones de las que él no se podía excusar. Lo citó en un restaurante, a solas. Tras el plato principal fue directa al grano:

—¿Me estás engañando otra vez?

Guillermo había decidido postergar esa conversación, pero la ansiedad de su mujer lo puso en jaque obligándolo a calcular su próxima movida.

—Blanca, esto es innecesario —respondió, frunciendo el ceño, dejando en claro su incomodidad para que ella no quisiera ahondar más allá de lo conveniente.

—Los vi, Guillermo. Te vi con ella. Es joven, bonita; la mirabas como jamás me miraste —aseguró, viéndolo a los ojos.

—No pude evitarlo —se excusó, sintiéndose acorralado—. Sucedió, así, sin más.

—Terminá con ella —exigió.

—No puedo —confesó—. Espera un hijo mío.

Blanca descubrió que la garganta se le cerraba y el aire ya no le llegaba a los pulmones. La traición tenía consecuencias que jamás habían calculado.

—Que aborte —arrojó con rudeza.

—¿Pensás que no se lo propuse? ¿Creés que me causa gracia vivir entre pañales a mi edad? Pero la que decide sobre su cuerpo es ella y se niega; tengo que aceptarlo, no hay salida.

Él gestaba en otro vientre, pero sus hijas habían llegado primero:

—En pocos meses Barbarita cumple quince —dijo, extorsionándolo emocionalmente—, somos sus padres. ¿Vas a darle este disgusto? ¿Vas a arruinarle la ilusión más grande que puede tener una niña? Ocultémoslo y tal vez el destino tome la decisión que ella se niega a aceptar.

Guillermo llamó al camarero para pedir la cuenta. Blanca, con la mirada, rogó por soluciones. La verdad se sentó a la mesa de la pareja para servirles de postre la ruptura.

—Ocupate de armar la fiesta que quieran, pero la realidad se impone. Voy a tener un hijo con Liliana y no sirve ocultarlo porque para esa fecha el embarazo será innegable y ella irá a la fiesta. Dejaré que se hagan a la idea de que tendrán un hermano y me iré de casa.

Una semana después de aquella conversación, Guillermo se marchó, llevándose en la valija la ínfima seguridad de Blanca en sí misma. Sola, y con dos hijas adolescentes, escondió la cabeza dentro de su pesar llenando sus horas con trabajo extra en la oficina para alejarse del regreso a casa y de la soledad de su lecho. Era la primera vez que él se iba, la primera en la que no le fue posible retenerlo y los recursos, a los que había acudido antaño, ya no le daban resultado cuando quien ahora los usaba llevaba en la frente el cartel de la juventud que a ella se le escapaba.

Perdida en la confirmación de la finitud de los afectos, Melisa abrió los ojos a la realidad de que con Guillermo no se podía contar y, sin él, Blanca era un ente que simplemente se presentaba para dormir bajo el influjo de pastillas. Ante las obligaciones incumplidas por su madre, se aferró a Bárbara para juntas asumir el control total dentro del hogar.

Las hermanas se reencontraron en la orfandad del abandono y el desamparo, presenciando las culposas y espaciadas visitas del padre; aceptando que sobre sus jóvenes hombros recayera la obligación de sostener la cordura de Blanca al menos hasta que él regresara.

—No sé cómo alegrarla —dijo, preocupada, la mayor, en tanto Bárbara continuaba quitando prendas del lavarropas—. Creo que papá dejó de amar a mamá.

—Papá no ama —sentenció Bárbara. Melisa ignoró la aseveración, continuó lamentándose y asegurando que su madre terminaría enfermándose por adorar de esa manera a Guillermo, por lo que la menor se vio obligada a explicarle—: No aman. Están enfermos —recalcó.

—¡Qué sabés vos! Mamá lo ama, no puede vivir sin él.

—Está enferma —reafirmó—. Su único interés es que él vuelva con ella. No se da cuenta de que todavía es joven, que tiene dos hijas y un trabajo. No se valora, malgasta su vida y abandona sus obligaciones como madre. Ese tipo de amor o es mentira o es una mierda.

Melisa continuó rogando cada noche que Guillermo regresara y, con él, la posibilidad de terminar de vivir la adolescencia de ambas sin tanta carga. Bárbara no suplicaba ni esperaba, pero en sus ratos libres exorcizaba furias con lecciones de karate ofrecidas por Yago.

Agotada, luego de un aleccionamiento, cayó exhausta desparramando toda su humanidad sobre la colchoneta. Yago se sentó, extendió las piernas y apoyó la cabeza de Bárbara sobre su regazo.

—¿Fui muy duro, enana?

Ella se incorporó y giró, sentándose también con las piernas separadas hasta quedar enfrentados.

La sonrisa pícaro en los labios de él y el brillo especial en sus ojos castaños la molestaron:

—No quiero seguir cargando esta mochila —confesó sin explayarse.

—Enana —dijo, serio, tomándola de un tobillo y arrastrándola por el piso hasta quedar muy cerca el uno del otro—, nosotros elegimos qué mochila cargar.

Se irguió con rapidez, sacudiéndose el polvo del pantalón.

La observó recoger sus cosas y calzarse la campera. Lamentó que el brillo que debería gobernar esos ojos se perdiera y, creyendo que se iría a su casa, decidió escoltarla en secreto amparado en la cómplice oscuridad de la noche. La vio reunirse con Adriana, la amiga y confidente, y se maldijo por aquel impulso que siempre lo obligaba a cuidar de ella como si fuera una responsabilidad de la que no podía desligarse.

Ajena al custodio que cumplía un deber autoimpuesto, Bárbara le comentó a la amiga:

—Mañana no puedo ir al cine. Mamá está deprimida, me voy a quedar a cuidarla para que mi hermana pueda salir a divertirse con sus amigos.

—¿Qué sabés de tu viejo?

—Que hace su vida —respondió de inmediato.

Oculto detrás de un árbol, Yago las vio despedirse.

—La enana necesita distraerse —concluyó.

La nueva pareja de Guillermo fue quien insistió en que no existieran diferencias entre lo ofrecido a una y otra hija, y lo indujo a que se hiciera cargo de los gastos del nuevo y último agasajo quinceañero, para mitigar en parte los rencores ante la llegada del nuevo hijo.

La evidencia no pudo postergarse más y el escribano sinceró su realidad frente a las hijas. Vivía con Liliana, tendría un bebé, sería varón y se llamaría como él.

—¿Por eso dejaste a mamá? —preguntó Melisa— ¿Por eso te fuiste de casa? ¿Te enamoraste de Liliana?

El hombre no tuvo tiempo a explicarse, Bárbara escupió su parecer sin darles respiro:

—Él no ama otra cosa que no sea a sí mismo. Va a tener un hijo porque su nueva amante no tomó pastillas y él se olvidó de usar un forro —dijo y los abandonó en la mesa del restaurante.

Melisa quiso ir tras ella, el padre la detuvo:

—Dejala, está enojada. Irá al gimnasio, le pegará patadas a la bolsa y entenderá que no puede torcer la realidad. Las cosas ocurren, Melisa, muchas veces sin que nos las propongamos. Tu hermana es muy chica para darse cuenta de cómo es la vida, es rebelde y le encanta enfrentarme.

—Ustedes creen que la débil soy yo y la fuerte ella, pero se equivocan —

comentó, bajando la cabeza, mirando sus manos entrelazadas sobre la mesa, para tener el valor suficiente de decir aquello que pensaba—. Yo solo necesito cariño, ella busca la perfección y no se permite un solo error. No te enfrenta, se rebela ante lo que no puede manejar. Para ella es todo o nada, porque siempre da todo.

—Hago lo que puedo —lamentó.

—Lo sé, papá, intenté no olvidar que también somos tus hijas y que, antes de Liliana, en tu vida existió mamá.

Blanca quiso lucir radiante frente a la nueva mujer de su ex y retomó su rol de madre para exigir a las hijas que pusieran el mismo empeño que ella en sus apariencias.

Visto que sus mayores habían decretado repetir la experiencia, Bárbara decidió actuar su parte dentro del show. La mujer que vivía con su padre la tenía sin cuidado, pronto daría a luz a su hermano Guillermito y por respeto a él la admitía a ella. Luego de mucho reflexionar se juró que sería la última vez que algo tan suyo, como una fiesta de cumpleaños, se convertiría en un retazo más de la acostumbrada farsa, y se prestó a vivirla.

Al abrirse el telón del escenario surgió enfundada en un vestido salmón, subida a altísimos tacos, con el cabello prolijamente ondulado cayéndole sobre los hombros desnudos, y maquillada por primera vez. Extendió los brazos saludando a la gente que la aplaudía, y bajó los cuatro escalones tomada de la mano de Guillermo que, con el orgullo que jamás creyó sentir, la condujo hasta el centro de la pista para bailar el vals, seguro de que las apariencias engañan, los ojos se equivocan y que cuando su niña se lo proponía podía convertirse en mujer.

«Soy Bárbara —se dijo, para alejar la furia que le provocaba la sonrisa tonta de su padre—, sé cuánto valgo y me importa un carajo lo que opinen».

Ese convencimiento, al que se aferró para sobrevivir aquella noche, fue el que dominó su vida.

Dio vueltas al son de los acordes, sonriendo para cumplir con su papel, primero con los familiares y luego con los amigos. Lucho y Tadeo la hicieron girar casi en el aire, hasta que el último la acercó al lugar donde esperaba Yago para que también él bailara con ella.

Bárbara extendió su mano esperando que la tomara y continuar así con el ritual, pero el muchacho pareció dudar.

—Dale, tarado, no me dejes pagando como a una estatua en mi cumpleaños.

Él sonrió reconociéndola y aceptó la invitación. Pero no era igual a cuando practicaban tomas de karate, esa noche ella estaba distinta. Subió la mano, con la que la guiaba por la cintura, hasta alcanzar el retazo de piel en la espalda de Bárbara. Palpó la tersura reconociendo las hendiduras y sin darse cuenta también acarició con el pulgar la palma de la mano que mantenía contenida en la suya. Dejándose llevar por el impulso de prolongar aquella cercanía la hizo girar, alejándola de quien se acercó con la pretensión de quitársela; todavía no la había olido, se había limitado a sentirla y sumó una percepción más olfateándole el cuello bajando levemente la cabeza para quedar a la altura.

—¿Sorprendido? —preguntó Bárbara.

Yago se obligó a reconocer tras el disfraz a la nena de trenzas y rodillas escaldadas; repitiéndose que esa noche no era ella, porque lo tentaba.

—Sos camaleónica, enana. Feliz cumpleaños —dijo, entregándosela al próximo y retirándose hacia el patio. Allí prendió un cigarrillo, giró para mirarla nuevamente a través del ventanal; ella continuaba bailando, sonriendo con todos y con aquel gesto que supo fingido y tan alejado de la Bárbara real. Un camarero le recordó que los menores de edad no podían beber ni fumar en aquella celebración y, molesto, arrojó el cigarrillo al piso para regresar a la

fiesta. En el camino se cruzó con la mujer que llevaba en su vientre al hermano de su amiga, ella le sonrió y él devolvió el gesto.

Tadeo también estaba sorprendido. No entendía por qué razón sentía que todos la observaban por primera vez. Como si nunca antes se hubieran dado cuenta de que su amiga era bonita, suave y olía tan bien. A él jamás le había importado su aspecto para llegar a quererla de la manera en que la quería. No volvió a bailar con ella, se distrajo haciéndolo con Melisa y otras chicas.

Yago la conocía tan bien que no le resultó difícil descubrir en cuál de los chicos se estaba fijando Bárbara. Sacó su radar infalible, que tanto funcionaba con féminas como con pares, y lo estudió. «Facherito —determinó—, bien vestido; seguro que con mucha labia, pero tramposo».

Bárbara dejó caer como al descuido sus largas pestañas, en un movimiento lento que revirtió con la misma pausa, y al enseñar sus ojos marrones los clavó en su pretendido ofreciendo un mensaje claro.

«¡A la mierda!», pensó Yago, totalmente desconcertado al entender que la nena había crecido de golpe y manejaba las técnicas femeninas de la seducción. La conciencia le exigió ponerla en su sitio. Él era su amigo y tenía que alertarla; aquel, al que Bárbara trataba de hipnotizar, no era recomendable. Observando hacia ambos lados del salón buscó al Sapo, pero no lo encontró. No tenía más remedio que asumir la responsabilidad del rescate y de explicarle un par de temas a la reciente *femme fatale*. Para cuando regresó la vista, ella había conseguido su objetivo y bailaba con su presa. Se calzó el saco de traje, acomodó su apariencia, caminó hacia ella escuchando que, para colmo, en el tema que sonaba el cantante insistía en remarcar que su musa era el motivo por el que las estrellas brillaban. Bufó poniendo los ojos en blanco. «Hay que ser pelotudo», pensó. Llegó hasta la parejita, tomó a Bárbara por un codo y apoyó la mano sobre el pecho del «facherito» decretando que el tiempo se le había terminado.

—¿Qué te pasa? —le reclamó ella, molesta.

—Vine a tu rescate —explicó cuando el pretendiente ya no podía oírlo—. Ese es un idiota.

—Y a vos, ¿qué carajo te importa?

Si cerraba los ojos y solo la escuchaba, la niña de trenzas y pecas regresaba; el problema de Yago era que en ese preciso momento ella estaba en sus brazos y otros sentidos le indicaban lo contrario.

—Enana, te estoy haciendo un favor. Agradecémelo en lugar de patear. Javier pretende embobarte con la cancioncita y su sonrisa falsa.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabés? —preguntó, más desconcertado que cuando le pescó el gesto a lo lejos.

—Yago, todas dicen que él besa como nadie. Yo no tengo ni idea de cómo besar y pensé que sería genial aprender con él. ¿No te das cuenta? Estaba tratando de tomar lecciones gratis. Pero apareciste y me arruinaste el trueque.

—Ningún trueque —se oyó diciéndole enojado; retomando el rol del hermano mayor que olvidó no era, o del coach deportivo que solía ser y, desoyendo a la cordura que le indicaba que no estaban dentro de una cancha o sobre una colchoneta, le propuso—: Si querés aprender a besar yo te enseño.

—¡Qué asco! —exclamó, perdiendo el ritmo y exagerando el gesto.

El orgullo herido de Yago afloró:

—Si querés aprender hacelo con un buen maestro.

—No tengo ganas de pelear —concluyó, convencida de que esa noche no aprendería a besar—. Me arruinaste el debut. Le plantaste tu manaza en el pecho y ahora el imbécil piensa que tenemos onda.

—Todos saben que somos amigos —replicó, para tranquilizarla y recordar que lo eran—. Lo que le dejé en claro es que con vos no se jode porque estoy yo para pararle el carro. Punto.

—Sí... punto. Punto le pusiste a mi debut y ahora soy la tarada que no

tiene idea de cómo besar. ¿Te das cuenta de que me vestí como una «Barbie», al pedo? Me banqué el circo pensando que obtendría algún provecho y cae «Terminator» y mete la pata.

Ambos estaban molestos. Ella por ver truncado su plan, él..., él no tenía muy en claro por qué lo estaba cuando en cualquier otra situación hasta la hubiera alentado a continuar con su propósito. Yago intentó concentrarse en otra cosa. Se dio cuenta de que en ese momento los que copaban la pista eran los mayores. Prestó atención al tema y lo comprendió. «Rod Stewart, la especialidad de los vejetes». Su misión estaba cumplida, por lo tanto no era necesario seguir bailando con Bárbara, pero... le gustaba hacerlo. Aun reconociendo que era el cantante quien entonaba las palabras que oía, las supo similares a sus pensamientos. ¿Esos que veía eran los ojos de Bárbara? ¿Esa era su sonrisa? ¿Cómo pudo ser tan ciego, si siempre la había tenido al alcance de su mano?

Se sacudió esos pensamientos, cerró los oídos a la canción al comprender que Bárbara continuaba mirando hacia Javier mientras que quien la tenía en sus brazos era él. Tal vez por orgullo, tal vez por querer encontrar las respuestas a los nuevos interrogantes la apretó contra su pecho asiéndola fuerte por la cintura, entrelazó los dedos de ambos y los llevó hacia la espalda de Bárbara. Volvió a olfatearle el cuello y cerca de su oído comenzó a cantarle en castellano:

—Todo este tiempo el amor estaba justo enfrente de mí. Y por primera vez estoy mirando en tus ojos. Por primera vez estoy viendo quién eres...

—Si le estás haciendo ojitos a una minita mientras bailás conmigo — indicó ella con voz firme—, avisame. Porque mientras vos lo hacés yo le voy tirando onda a mi futuro maestro para que no se escape después de tu intervención. Avisame cuando sea el momento justo en que quieras darle la estocada a la otra, y yo le bajo el martillo al mío.

La separó de su cuerpo, si estuvieran en una cancha hasta la habría

tacleado:

—No le hago ojitos a nadie. Y mientras bailás conmigo portate bien.

—Poneme al tanto —solicitó desconcertada—, porque no entiendo. Pensé que preparábamos el terreno para el cambiazo.

—Bárbara, te estoy dando clases gratis de seducción, tal y como querías —le recordó y volvió a acercarla a él—. Pescá el clima y no lo arruines.

—Sé seducir. ¿Por quién me tomaste? —objetó, obligándolo a aflojar el amarre y volver a mirarse a los ojos—. Esa de cantar al oído la tengo, pero quien tiene que hacerlo es él. Y era lo que estaba haciéndome hasta que nos lo arruinaste. Me falta el paso siguiente, aprender a poner los labios, saber en qué momento sacar la lengua, si tengo que dejarla quieta o moverla. O sea, lo más importante, ¿captás? Se lo pregunté a Melisa pero ella practica el celibato.

Harto de que insistiera con la intención de aprender a besar con quien no sabría enseñarle, tomó la decisión que marcaría el punto de inflexión en la amistad.

Irritado por miles de motivos que no quiso desentrañar; fastidiado por sentirse tan extraño en la fiesta de su gran amiga; enojado con él por rozar la excitación bailando con ella... ¡con ella!, con la enana que se había metido en medio de una barra de muchachos, cuando apenas si no era más que un piojo, convirtiéndose en un miembro más. Bárbara, la que vivía en jean desgastado y trenzas, la que aprendió a patear penales, la que los ponía en la sintonía de las chicas delatando el código imperante. Bárbara, la niña enfundada en la coraza de la indiferencia al qué dirán. Bárbara la cómplice, la amiga que ahora quería... aprender a besar. Actuó sin perder tiempo en más reflexiones. La llevó hasta el patio tomándola de la mano y caminando apresurado, casi arrastrándola. No la escuchó cuando le reclamó que aminorara la marcha o se iría de bruces sobre aquellos tacos a los que no estaba acostumbrada. Tampoco cuando le preguntó qué le ocurría y hacia dónde la llevaba. Estaba apurado, impulsado por un objetivo que no supo bien cuándo se propuso, pero, a esa altura, era inminente concretar. Y todo aquello le ocurría a él... con ella.

Encontró un rincón en penumbras, tiró de ella y la apoyó contra la pared posando las manos muy cerca de la cara de Bárbara, bajó la mirada hacia el escote y se perdió en la agitación con la que la muchacha movía el pecho, preguntándose si aún podía reconocerla.

A la cumpleaños las preguntas se le atropellaron en la mente. No comprendía qué lo había molestado. Tal vez pretendía seducir a alguna chica dándole celos bailando con ella. A lo mejor tenía algún encono personal con su compañero y por eso se disgustó viéndola cerca de Javier. No podía comprender el giro repentino en el humor de Yago, ni su conducta. Él siempre era claro, siempre la había ayudado a resolver los problemas y siempre le había enseñado los caminos para... Los ojos de él cambiaron, reconoció que en ellos no había un solo atisbo de amistad. Esa era la mirada de Yago tras una presa; lo conocía en el rol de conquistador, ¿por qué lo sacaba a relucir con ella?

Él separó levemente los labios que irradiaban calor y estancó la mirada en los de Bárbara sorprendiéndose cuando ella, tal vez por instinto, le imitó el gesto. Con lentitud fue acercando su boca hacia la de ella. Una voz interior le advirtió que era un error y cerró las puertas en las narices a la razón, para terminar de acortar las distancias. Rozó los labios de su amiga y miles de cristales se rompieron haciendo estallar por los aires cualquier cartel que marcara que ella estuviera prohibida. Con el egoísmo visceral del instinto cerró su mente y no pensó, arrastrándola por el camino que la guiara a terminar de abrirse para él, y se hizo de ella. Borró a la niña conduciéndola al estado de excitación que igualara al propio, convirtiéndola en mujer tan solo con un beso.

Confusa y considerando que Yago se ofrecía como maestro, agradeció la enseñanza, dispuesta a sacarle el mismo provecho que a las clases de karate o de fútbol. Jamás se le hubiera ocurrido pedírselo, pero qué mejor que su gran amigo para transmitirle la técnica cuando contaba con labios carnosos y suaves, calientes y húmedos; cuando contaba con la experiencia suficiente para aleccionarla. Dejó que la guiara sin interponer ninguna resistencia y reconociendo que no era precisamente asco lo que sentía. Solo sería un beso, más lejos rozarían el abuso; hasta ella podía comprenderlo. Pero no fue lo

mismo que aprender a pegarle a la pelota con el ángulo correcto. No fue igual que comprender cómo mover los pies en un nuevo paso de baile. Besar era otra cosa. Besar cosquilleaba en el cuerpo. Besar pateaba en el pecho y hormigueaba entre las piernas mucho más que un gol de último momento que salvara al equipo de una derrota. Extendió los brazos para rodearlo por el cuello; la respuesta de Yago fue instantánea y se oprimió contra ella. Sentir toda su musculatura traspasar la tela de la camisa y del traje, sentir incluso que traspasaba la de su propio vestido hasta calentarle la piel hizo que los alertas desaparecieran. No recordó por qué estaban allí, sentir a un hombre era maravilloso. Su olfato despertó para aspirar un aroma distinto, el de él más allá del perfume. Con el tacto descubrió la suavidad del cabello de Yago y la tibieza en su cuero cabelludo. Paladeó la lengua que quemaba dentro de su boca. Estaba segura de que hasta podía escuchar el corazón de él latiendo, ¿o sería el suyo? Su alma curiosa hubiera querido ser quien caminara cerca para poder ver también cómo lucían. La Bárbara intrépida afloró de pronto sin aviso previo, siguiendo la lección y proponiendo variantes.

Yago se sumergió en ella dejándola hacer mientras él hacía. La respiración se le agitó aun más cuando notó que le masajeaba la cabeza y que los pezones se le erguían. No pudo evitarlo, después de esa noche se juró mil veces que había sido sin intención, pero adelantó las caderas anclándolas contra las de la inexperta cumpleañera para que comprendiera cuán excitado estaba. Aunque quiso eternizar el momento, terminó el beso y continuó con mil más sobre la comisura de los labios, los ojos y las mejillas salpicadas con pecas, para volver a su boca y repetir la experiencia.

—¿Están en pedo?! —interrumpió Tadeo desde la entrada al patio.

En sus mentes ambos lo maldijeron y rompieron el ensueño con lentitud, con la misma lentitud con la que se fueron separando. Yago todavía mantenía las manos sobre la pared y dio gracias a Dios por ello; un segundo más y se hubieran perdido en el escote, o entre las piernas de Bárbara. No se

ruborizaron. Ella abrió los ojos colmados de chispas de agradecimiento y excitación. Él achicó apenas los suyos indicándole que eso había sido un beso bien dado, para luego girar la cabeza hacia el indiscreto y explicar:

—La enana quería aprender a besar y tuve que tomar la posta.

—Quiero repetir —atizó la muchacha con descaro cuando Tadeo ya estaba junto a ellos.

—¿Están en pedo? —insistió quien los hubo interrumpido.

—No —respondió Yago, introduciendo las manos dentro de los bolsillos del pantalón—, estoy sobrio y a ella no le sentí gusto a alcohol.

—Quiero repetir —volvió a decir, por si no la había escuchado.

—¿Qué fumaron? —continuó increpando el tercero, desoyendo los reclamos de ella.

—¡Nada! —respondieron a coro, molestos por la intromisión y el interrogatorio.

—Oíme, pendeja —remarcó el Sapo, mirando a una y otro—, los amigos no se besan así, ni enseñan a besar. Sos demasiado chiquita todavía como para andar besuqueándote de esta manera. —Giró con brusquedad la cabeza para retar desde el gesto y las palabras a Yago—: ¿En qué carajo estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre besarla?

—¿Dónde está el problema? —retrucó él, aunque bien sabía que había sido un error.

—En que es nuestra amiga, tiene quince años y te la estabas comiendo. Si no llegaba a tiempo te la hubieras curtido en su propia fiesta y delante de todo el mundo.

—No es para tanto —indicó Bárbara despreocupada—, fue solo un beso, una lección y me re gustó. Besar es lo más. Se sienten cosquillas por todos lados. Y cuando digo en todos lados —remarcó, tomando a ambos por las solapas para unir las tres cabezas generando un clima confidente—, es en toooooodos lados. ¿Entienden?

Alguien que habitaba en el interior de Yago aplaudió a rabiar y reclamó besos. Pero el Sapo estaba frente a ellos para marcar los límites que él sabía que eran los correctos.

—Volvé a tu fiesta —ordenó Tadeo a Bárbara, en tanto sujetaba con fuerza del hombro a Yago para indicarle—: Vos y yo tenemos que hablar.

Las amigas de la homenajeadada la rodearon en la pista al verla regresar, en tanto, en el patio, Yago se sometió a los reclamos del Sapo:

—¿No podías dejarla afuera de tu lista?

—No seas boludo —respondió—, no la sumé a ninguna lista. Bárbara es nuestra amiga, pero ella quería aprender y pensaba hacerlo con el pelotudo ese —indicó, señalando hacia el interior.

—Y a vos ¿qué mierda te importa? Si la enana está caliente con el pibe y se lo quiere transar, es problema de ella. ¿Acaso te decimos con quién tenés que hacerlo vos?

—Es importante que no le enseñen las cosas mal —señaló Yago—, para eso... prefiero hacerlo yo y me aseguro de que tenga la data correcta.

—Yago, poné la excusa que quieras. Si ella ayer te hubiera pedido que la besaras hubieses escupido el piso muy ofendido. Hoy está reluciente y te confundió mal.

—Estás exagerando. No sé qué hubiera hecho ayer —aseguró tozudo—, pero hoy pintó así y no me arrepiento. Hice lo que tenía que hacer.

—¡Claro que no te arrepentís! —exclamó, furioso— ¿De qué te podrías arrepentir? Bárbara es hermosa, inteligente, divertida, nadie puede arrepentirse de haberla besado.

Yago tomó a Tadeo por las solapas para ser entonces él quien realizara los reclamos:

—¿Te gusta? ¡Contestame, Sapo! ¿Te gusta la enana?

—Soltame —ordenó algo avergonzado— No sos quién para cuestionarme nada cuando acabás de besarla en su propio cumpleaños.

—Te gusta —concluyó, soltándolo con resignación—. La reputísima madre. Te gusta.

Los amigos se sentaron en el borde del macetero, uno junto al otro, con las piernas separadas y las cabezas algo gachas.

—A vos también te gusta, ¿no? —preguntó Tadeo.

—No —dijo con firmeza—. Solo le enseñé a besar. Si me hubiera dado cuenta de que te gustaba te dejaba para que lo hicieras vos.

—No puedo hacerlo —confesó—, ella me ve como a un amigo, si le digo lo que me pasa se va a alejar.

—Yo la besé y se quedó bien cerca —comentó, arrepintiéndose de inmediato—, perdoname, no lo hice a propósito.

Se ayudaron mutuamente a ponerse de pie con intención de regresar al salón y quedaron estupefactos al ver que, en el mismo lugar donde hasta hacía un momento Yago perdía el control, Bárbara compartía la experiencia, recientemente adquirida, pero con el «facherito».

Yago dio un paso, dispuesto a arremeter contra la parejita.

—Dejala —aconsejó Tadeo, deteniéndolo—. Se ve que le gustó, dijo que quería repetir.

Luciano tenía demasiadas copas en su haber en el momento en que la tomó del brazo para decirle cuánto lo atraía aquella noche.

—Lucho —lo frenó Bárbara, palmeándole el pecho—, a vos te gustamos todas. Andá a dormir la mona.

Agotada por las emociones y el ajetreo de su cumpleaños se durmió de inmediato. No fue hasta pasado el mediodía que se reunió con su amiga Adriana para intercambiar impresiones de lo vivido.

—No solo dejaste a todos los chicos con la boca abierta —comentó, entre risas y vítores Adriana—, sino que por fin chapaste con Javier.

—Para ser sincera, le hicieron demasiada fama al pibe —confesó Bárbara — y no es para tanto.

—¡Ay, por favor! No te agrandes. Hasta ayer no tenías ni idea de lo que era un beso y ahora resulta que podés calificar al único con el que te besaste.

No había sido el único. Si el primer beso hubiera sido con ese chico probablemente no habría existido la posibilidad de un segundo; pero el primero había sido con Yago; después de eso nada la hizo sentir igual.

—¿Creés que se idolatra el primer beso? —preguntó intrigada.

—¿Querés decir que el primero fue más lindo que el resto? A lo mejor es por la novedad. Viste que una le pone mucha ansiedad a la cosa y al final...

—Sí... puede ser.

Los muchachos no volvieron a reunirse hasta la salida de clases del lunes a mediodía, cuando almorzaron juntos antes de asistir al campo de deportes. El clima era tenso, fue Lucho quien, intentando romper el hielo, confesó:

—En el cumple de Bárbara le tiré unos mangos al mozo para que me diera cerveza y se me fue la mano.

Tadeo continuó devorando su hamburguesa sin levantar la vista del plato. Yago hizo bailar el raviol atrapado en su tenedor para recoger más de la salsa. El orador continuó con su monólogo:

—No está bueno irme de mambo con la bebida, no me deja ver las cosas claras y meto la pata.

Sus amigos asintieron con la cabeza y continuaron almorzando en silencio.

—Se ve que sin darme cuenta, de un día para el otro, a Bárbara le salieron tetas... —Yago dejó el cubierto sobre el plato y elevó la vista clavándola en la expresión de la cara de Lucho—. No me mires así, tenemos que reconocer que se está poniendo buena —continuó Lucho, escapando del escrutinio de Yago y empapando una papa frita en ketchup—. No sé bien qué me pasó... la

vi comiéndole la boca al pendejito de tercero y quise transármela.

Tadeo se atragantó y comenzó a toser. Yago intentó ayudarlo sin medir la fuerza con la que le aplicaba golpes en la espalda, en tanto espetaba a Luciano:

—Imagino que la enana te habrá puesto en tu lugar.

—¡Y no sabés cómo! A pesar de lo borracho que estaba te aseguro que la entendí clarito cuando me dijo que no.

Tadeo logró respirar con normalidad antes de preguntar:

—¿Te gusta o fue porque estabas borracho?

—La que me gusta es la hermana, pero después de lo de ayer no creo que me dé bola. En cuanto Bárbara le cuente...

—¡Perfecto! —comentó Tadeo—, vos querés salir con Melisa y no se te ocurre mejor idea que ponerte en pedo y chamuyarte a la hermana, Yago no puede frenar su necesidad de aleccionarla y la aprieta en plena fiesta, y yo, que la adoro desde el primer día, soy el gil que lo único que hace es cuidarla.

—Perdón —se disculpó Lucho, sorprendido por tanta información que desconocía—, jamás nos dijiste nada. Yo no quise... Estaba en pedo, entendeme.

—Bárbara es una nena —concluyó Yago—, recién empieza a abrir los ojos. Es temprano para todo, incluso para vos, Tadeo. Hay que dejarla crecer, alejarnos un poco. Somos sus amigos, no nos ve como hombres.

—Pero con vos quería repetir —se lamentó Tadeo.

—¿Qué quería repetir? —preguntó Lucho.

—Le enseñé a besar —confesó—, y aprendió rápido porque al toque se puso a comerle la boca al pendejito de tercero. Bárbara es libre, tiene muy en claro que somos sus amigos, que puede confiar en nosotros. A vos, Lucho, te vio borracho y seguro que ni te tomó en cuenta. Olvidate.

—No sé cuánto tiempo podré aguantarme sin decirle lo que siento —aseguró Tadeo; y Yago colocó en la frente de Bárbara el sello de mujer

prohibida.

En la cocina, Melisa acariciaba la espalda de Blanca que no paraba de llorar, escondiendo la cara entre las manos. Bárbara quiso tener el don de borrar las penas en los otros, la sabiduría para emitir las palabras que, sin saber a consuelo, tuvieran la contundencia que provocara la reacción necesaria para mitigar culpas y rencores. Allí estaban las dos mujeres que sufrían por el mismo hombre, desoladas, desamparadas, sumidas en el dolor del que ya no podía contagiarse.

—¡Por fin llegaste! —dijo con alivio la hermana mayor—. ¿Dónde estuviste?

—Conociendo a mi hermano —reconoció y su madre elevó hacia ella la mirada con la que la acusó de traidora.

—¿Tenías que ir justo hoy? Mamá está devastada con la noticia.

—Mi hermano nació hoy. No tiene la culpa de ser hijo de nuestro padre, ni de que su madre se quedara con el marido de mamá, ni...

—¡Callate! —gritó Blanca, reforzando su orden con una bofetada con la que deseó provocar el ruido necesario para silenciar las verdades.

—Mamá, reaccioná, por favor —suplicó Bárbara, tapando con una mano su ardiente mejilla—. Nos estamos haciendo demasiado daño. Papá te dejó porque quiere estar con otra mujer, tuvo un hijo con ella y no podemos volver el tiempo atrás para torcer la verdad. Ocurrió así.

—Esa mujer se embarazó para robarme a mi marido.

—Tu marido se fue solito y tendrías que sentirte aliviada de haberte sacado de encima a semejante clavo.

—¡Estás hablando de papá! —le recordó Melisa, censurándola también con la mirada.

Sí, Bárbara hablaba del padre de ambas, del marido de su madre, del hombre que al irse no meditaba en el daño que les hacía y, aun así, ellas lo esperaban.

—Sé de quién hablo. Hablo del tipo que nos engendró y al que veo menos que a mi profesor de historia. Y también hablo de vos, mamá; terminala, no te quiere, o te quiere mal. Es un mentiroso al que le importa una mierda todo lo que no sea él mismo. Despertate y miralo de una buena vez. Nos hace daño y vos le seguís el juego. Pensá en nosotras, enseñanos a defendernos de gente tan tóxica como él.

—No seas egoísta justo hoy, hija. Estoy sufriendo mucho —rogó Blanca entre sollozos.

—¿Cómo es que termino siendo yo la egoísta? Vos sos la egoísta — enrostró, esperando que el dolor de su madre mutara a furia en contra de ella, aun si con ello debiera soportar un golpe más—. Te encerraste a vivir tu enfermedad olvidándote de nosotras. Yo no pienso seguir ocultando la verdad. Y la verdad de hoy es que mi hermano nació, va a vivir la misma vida de mierda que nosotras junto a él, ¡y no pienso darle la espalda desde su primer día de vida! —gritó las palabras finales esperando encontrar una reacción en alguna de las dos.

Melisa abrió la boca, incapaz de entender cómo era posible que Bárbara se animara a emitir tal juicio. Blanca le dio la espalda y se abrazó con fuerza a su hija mayor, buscando el consuelo que paliara su dolor. Bárbara comprendió que no lograba el objetivo buscado y volvió a salir de la casa. Furiosa, caminó por la calle sin rumbo. Yago la interceptó antes de que

llegara a la avenida.

—¿Mal día?

—Vamos al gimnasio —más que una propuesta la voz de Bárbara sonó a orden.

En silencio, llegaron al lugar y se despojaron de los abrigos. Toma tras toma, uno y otro fueron rodando por la colchoneta. Yago se quitó la remera empapada en sudor; Bárbara estaba tan enojada que no reparó en ello. Cayeron exhaustos, uno al lado del otro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó preocupado.

—Mienten. Hablan de sentimientos cuando lo único que les preocupa es su propio ombligo.

—¿Quién te miente?

—Todos mienten —aseguró ella—. Vos también. Todos ustedes mienten. Se dicen mis amigos...

—Somos tus amigos.

—Eso era antes de que las hormonas entraran en juego y me besaras.

—No te besé porque pusieras a jugar ninguna hormona, enana, no te agrandes. Acordate bien, querías aprender a besar como quisiste aprender a patear penales —le recordó y volvió a tenderse de espaldas.

Lo vio, vio las gotas de sudor brillándole sobre la piel y el camino del incipiente vello que nacía entre los abdominales hasta perderse en el pantalón. Regresó a sus ojos, antes de volver a hablarle:

—Lucho quiere cogérsela a Melisa y pretende usarme a mí para darle celos a ella, el Sapo dejó de verme como una nena y de la noche a la mañana me evita como si yo fuera la muerte. Vos me besaste porque no soportás que venga otro a darme clases y descubris que te pasan cosas conmigo, pero como te la das de amigo y de hermano mayor te hacés el duro y pretendés venderme la imagen del tipo frío.

—A ver si lo entendés—indicó molesto al comprender que había crecido al

punto de leerlos con claridad, y volvió a enfrentarla—, conmigo no hables de los otros; agarrá a cada uno por tu cuenta y reclamales lo que se te cruce por la cabeza que les tenés que reclamar. En cuanto a lo que dijiste de mí, estás muy equivocada. Te veo como te vi el día en que te conocí, una enana con mucho carácter a la que hay que estar señalándole el camino para que no tropiece. Si quiero darle rienda suelta a mis hormonas busco a una mujer, y vos todavía no lo sos.

Yago se levantó, recogió su ropa y fue vistiéndose camino a la salida. Bárbara golpeó con el puño la colchoneta. Guillermo había hecho mucho más que tener un hijo con otra mujer, la había convertido en desconfiada.

Con Tadeo no le fue mejor cuando lo fue a buscar para increparlo. Tan sorprendido como el primero, despotricó en silencio contra Yago por haberla besado, contra Lucho por haberla abordado y contra sí mismo por ser un cobarde que no se animaba a hacer ninguna de las dos cosas, pero aun así le explicó:

—Bárbara, estás confundiendo todo; tenés que entendernos. Cuando te conocimos eras una pulga que no se sabía si era nena o nene. De golpe creciste y eso provoca cambios. Pero todavía sos chica y...

—Tampoco tanto, tengo solamente dos años menos que ustedes. No te pongas en el papel de padre porque no te queda.

—Seguís sin entender —confirmó Tadeo, abriéndole la puerta al gimnasio—. Tipos de nuestra edad no andan con chicas de la tuya. Buscamos minas que se animen a ir un paso más allá. ¿Me explico?

—No —dijo entendiendo, pero disfrutando de obligarlo a que lo expusiera con todas las letras. Al menos el Sapo sí reconocía algunas verdades.

—¿Ves? No cazás una. Te estamos cuidando, pendeja. Cuidándote de otros tipos y también de nosotros.

—Lo que te quiere decir —explicó Yago, ingresando en ese momento— es que lo que empieza con un beso puede terminar en la cama. ¿Todavía estás

dispuesta a seguir aprendiendo?

Tadeo abrió los ojos sin comprender cómo era posible que Yago se comportara de manera tan grosera. Pero la muchacha era valiente.

—Estoy dispuesta —aclaró, siseándole y apretando el ceño—, dispuesta a vivir las emociones que se me canten. Pero con ustedes no ando en el plan de conquista, sino en el de amiga. Por lo visto quien no entiende es el que usa pantalones para cubrir los huevos que tiene pero a los que no les hace honor.

—Te estás pasando, pendeja —le advirtió Tadeo a Bárbara, para evitar que Yago respondiera.

—Los que se pasaron son un par de vivos que mientras ser amigos de la nena les resultó interesante la usaron. Pero ahora que creció no les conviene porque les hace dudar de lo que quieren.

Desde aquel beso, el humor de Yago le jugaba una mala pasada tras otra. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que ir tan lejos no traería consecuencias? Abrió la heladera y bebió directamente de la botella de agua que portaba un enorme cartel con la inicial «Y» escrita de puño y letra de Carla.

—Veo que por fin entendiste —comentó la hermana.

—Hoy no estoy para aguantar tus bromas.

—Hace tiempo que no lo estás. ¿Qué pasa?

—Soy un pelotudo que por ir donde no me llaman meto la gamba hasta el caracú.

—Te plantó una mina —fue la traducción burlona de ella.

—¿Sabés?, ustedes deberían venir con indicaciones... o con un traductor. No las entienden ni sus madres.

—Contámelo un poco mejor. Soy mujer y conozco el idioma.

Yago se sentó en el piso de la cocina, recostando la espalda contra la alacena:

—Si las sacás de la ignorancia entienden que te enamoraste de ellas y te cacarean en la cara; si vas de frente te ignoran; si te hacés el pelotudo y cerrás el culo te tildan de cobarde.

—Deduzco que entendés el idioma. ¿Qué parte es la que te preocupa?

—La de las malditas hormonas —explicó, poniéndose de pie para guardar la botella en la heladera y cerrándola de una patada, mientras se repetía a sí mismo:

«No funcionaría. Nos mataríamos en la primera noche».

Guillermo pasó a buscar a Bárbara por el cumpleaños de quince de Adriana, para intentar recomponer la relación con la menor de sus hijas ahora que otra vez estaba solo tras la precipitada ruptura con Liliana. Llegó temprano. Ella salió escoltada por dos compañeros de clase que no dejaban de sonreírle mientras la despedían.

—Me parece que esos chicos te miran mucho, hija —comentó, conduciendo con la vista al frente, fingiendo estar concentrado en el tránsito.

—Miran cualquier cosa que pase delante de sus narices —respondió distraída.

El hombre no quiso preguntar si lo diría por sus compañeros o por él; intentaba llegar a ella, ganársela, que lo quisiera tanto como Blanca o Melisa y que, al igual que ellas, no lo contradijera.

—Tené cuidado. Sos amiguera, no todos te verán como lo hacen los de la barra.

—Papá —dijo, recostándose más en la butaca y mirándolo a la cara—, los hombres no saben ser amigos. No entienden de códigos, ni conocen los límites.

—No es cierto...

—No sos el más indicado para debatir conmigo un tema como este.

Era imposible. Bárbara jamás lo vería como a un padre, jamás encontraría en sus ojos admiración, cariño y mucho menos obediencia. Siempre lo había enfrentado y, a medida que crecía, lo hacía con más énfasis, negándose a aceptar el cariño que estaba dispuesto a ofrecerle.

—¡Bárbara! —exclamó, tratando de imponer autoridad—, no te doy permiso para que me juzgues.

—No te juzgo, te catalogo, igual que lo hago con el resto. Quiero bailar y ellos apretarme. En tanto yo lo tenga claro no hay problema.

—Todavía no tomás la sopa sola y me salís con esta...

—Ok. De ahora en más voy a tratar de que no veas todo lo que te negás a comprender.

—Se trata de que tengas los ojos bien abiertos.

—Tranquilo, a abrir los ojos me enseñaste hace rato.

Se acercaba el fin de curso y Melisa se arregló para asistir a su fiesta de graduación. Blanca y Guillermo la acompañarían para estar presentes en el brindis y luego dejarían a los jóvenes disfrutar del baile.

El hombre ingresó a lo que en otro tiempo fuera su hogar, en el horario establecido, y estuvo a punto de infartarse al ver a su hija mayor vestida como conejita de *Playboy*.

—¿De quién fue la idea de ir así? —preguntó, taladrando con la mirada a Blanca, considerando que era la responsable de haberla autorizado.

—Las fiestas son temáticas... —informó la exesposa, sintiéndose en falta ante el reclamo.

—Temático sería ir vestidos con togas, no de «gatos».

—¡Papá! —le rogó Melisa, avergonzada.

Bárbara la vio desmoronarse ante la objeción de Guillermo, como si fuera posible que un reto la diluyera. No podía permitirlo; era la noche soñada por

su hermana, llevaba horas de insomnio cosiendo el disfraz; se solidarizó con ella y arremetió:

—Las del año pasado se vistieron de verduras, las chicas llevaban una lechuga tapando cada teta y los varones...

—¡No quiero saberlo! —sostuvo Guillermo.

—Papá, nosotras somos re tranquilis —intentó excusarse Melisa, sin elevar la mirada del piso—, el corpiño está lleno de copitos que no dejan que se nos vea nada y el short es muy discreto, si no fuera por el pompón y las orejas...

—Ustedes —comunicó el hombre—, están en bolas.

—Cuando yo me reciba —insistió Bárbara—, quiero que vayamos vestidas como Jessica Rabbit.

—¿Ves? Aprendé de tu hermana —indicó Guillermo—, al menos ella se pondrá un vestido.

—Sí. Rojo —describió la hija menor ayudándose con los gestos—, con un tajo amplio para que se nos vea hasta la tanga y muy ajustado para marcar bien el culo y las tetas.

—Guillermo —invitó Blanca—, acabo de prepararte un té, ¿lo tomás en la cocina?

—Gracias —susurró Melisa a su hermana, apurándose para terminar de arreglarse antes de que el padre reaccionara del colapso emocional y desistiera de llevarla al salón.

—No es nada. Están acostumbrados a que la que arma quilombo sea yo, no vos. Solo le mostré que lo tuyo es una pelotudez al lado de lo que se encontrará cuando le toque mi turno.

—Y vos, ¿qué vas a usar hoy? —quiso saber.

—Una mini con la blusa blanca.

—Debajo de la blusa ponete una musculosa —aconsejó la graduada—. Es demasiado transparente y...

—Ya lo sé.

—¿Venís con nosotras en el auto de papá? —preguntó preocupada.

—No. Voy con mis compañeros. Todo tercer año agasjará como Dios manda al quinto que se va; pero después de que desaparezcan los padres, no queremos que nos arruinen la noche.

La fiesta se inició dentro de un boliche de la costanera, las chicas vestidas igual a Melisa y los varones con pantalón de jean, torso descubierto y un moño negro al cuello. A Luciano le hubiera gustado agregar al disfraz una bata de raso, pero el resto no estuvo de acuerdo.

Bárbara llegó con su grupo pasada la medianoche. Buscó a su hermana para felicitarla y luego dedicarse a disfrutar la fiesta. Tadeo bailó un par de temas con ella, antes de tomar posesión de un rincón del boliche y prodigarse mimos con otra amiga. El alcohol había hecho estragos en el organismo de Lucho, que poco disfrutó de su graduación, quedándose dormido casi desde el principio.

Yago sostenía en sus brazos a otra graduada, disfrutando del festejo y despidiendo a la adolescencia, sin reparar en Bárbara hasta que la vio junto a la barra de tragos. Hacía meses que el diálogo entre ellos era tenso. Se disculpó con su compañera antes de acercarse, apoyar las manos sobre la cintura de su antigua amiga y advertirle al oído:

—Los menores no pueden tomar alcohol.

—Estoy pidiendo agua —respondió sin voltearse, pero acercando su cabeza al pecho de él a manera de reconciliación.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó deseando retenerla. Extrañaba la relación fluida y cordial que mantenían antes del beso que provocó el comienzo del alejamiento.

—Mucho. Es la primera vez que vengo a una de estas fiestas y es lo más.

—¿A quién vas a tirarle onda hoy?

—A todos —comentó resuelta y con la botella de agua en la mano—, para qué voy a andar limitándome.

Y era capaz. Yago comprendió que era muy capaz de hacerlo si tenía en cuenta el descaro con el que le sonreía al barman.

—Tírale onda a Tadeo —arriesgó sin saber si lo hacía para que su amigo no la viera junto a otro—, o a mí —sumó para no dejar tan en evidencia al Sapo.

Bárbara giró para mirarlo a los ojos, él no se corrió un milímetro. Los pechos se unieron sin vergüenza y Yago disfrutó de la vista que le otorgaba esa blusa transparente, debajo de la cual se advertía la suave y tersa femineidad de la muchacha haciéndolo reaccionar, al mismo tiempo que su voz lo arrojaba hacia la realidad:

—No. Ustedes no se la bancan. A vos y a tu amigo no les gusta que las minas experimentadas los pesquen con pendejas.

—¿Ya no querés lecciones? —la apuró y se maldijo al instante; más tarde se juró que lo había hecho para salvarla de caer en manos de algún alcoholizado y no porque deseara volver a besarla.

—¿Para qué? Si después te arrepentís y andás escondiéndote por los rincones sepultando amistades. Dejá —aventuró, recorriendo con la mirada el torso desnudo de él—, conozco tipos menos cobardes.

—Yo no sepulté mi amistad con vos —le aclaró, enojado.

—Ni falta que hace. ¿Sabés, Yago? Entendí clarito el mensaje; es más, lo comparto y agradezco. Si los chicos me ven siempre al lado de ustedes, no pueden abordarme. —Se acercó más de lo prudente, y en su oído culminó—: Y yo quiero ser abordada.

El desconcierto no le permitió retenerla junto a él. Bárbara, sosteniendo en la mano su botella de agua, jugó con el sorbete bebiendo y oteando el contexto para elegir su próximo acompañante en el baile. «¡No lo puedo creer!». Pero el estupor inicial mutó a bronca y ésta a deseo cuando,

nuevamente y ante sus ojos, Bárbara volvía a crecer. Tras la realidad adolescente, una mujer clamaba por salir antes de tiempo. Se llamó a sosiego, perdido en aquel firme trasero y en las pantorrillas ideales que él ayudara a forjar tras tantos partidos de fútbol. No le cupieron dudas, en un par de años Bárbara estaría muy buena y él se había jurado no tocarla. Sandra lo alejó de sus pensamientos poniéndole una mano en la espalda:

—¿Aburrido?

—Mucho —confirmó, tomándola por la cintura y acercándola hacia él.

Mariano, compañero de curso de Bárbara, la vio caminando molesta hacia la pista y la interceptó:

—¿Pasa algo?

—Nada —respondió, agitando la mano para que no la tuviera en cuenta—, soy una idiota que se creía lo de la amistad entre el hombre y la mujer y no puedo evitar añorar mi ingenuidad de antes.

—¿Me estás diciendo que no creés en nuestra amistad?

—Haceme un favor —solicitó, viendo a Yago bailar demasiado a gusto con Sandra—, bailemos. Hacé gala de tu cuerpazo de rugbier y plantémosle dudas a un par de giles.

—¿Querés poner a prueba nuestra amistad?

—No. Quiero terminar con los farsantes.

No fue necesario pedirlo dos veces. Mariano no estaba interesado en ser algo más que un amigo pero, si ella necesitaba un favor, con gusto la complacería y se tomó más atribuciones de las solicitadas viendo que Bárbara no se oponía.

Absorto en el juego de seducción con Sandra, Yago comprendió tarde que, a pasos de él, alguien absorbía el aroma de un cuello todavía demasiado frágil. Miró más allá de la pista buscando a Lucho pero continuaba dormido

en un rincón y Tadeo entablaba un juego peligroso con cierta morocha. Sopesó otras alternativas y cayó en la cuenta de que no existían. Debía dejarla crecer, que jugara sus propias cartas y aprendiera sola las reglas. Ya le había advertido, ya le había explicado todo lo que tenía que saber; ahora la decisión era de Bárbara. Aun así, no pudo evitar sentirse molesto, y la incipiente erección que le había producido la cercanía de Sandra comenzó a menguar. «Enana de mierda».

—Decime una cosa —increpó Yago a su acompañante— ¿cuándo fue tu primera vez?

—¿Cómo? —preguntó Sandra, confundida.

—La primera vez que te acostaste con un pibe, ¿cuántos años tenías?

La mano de ella se estrelló sonoramente contra la cara de él.

Muerta de risa, Bárbara tiró de Mariano para alejarlo de la pista y guiarlo hacia la salida.

—¿Querés que te lleve a tu casa? —preguntó su compañero.

—Dale. Tomemos un taxi —aceptó.

—Los farsantes a los que te referiste —preguntó Mariano, abriéndole la puerta del auto—, ¿son tus amigos de quinto?

«Ellos, mi padre, Blanca, la débil postura de Melisa...». Sacudió la cabeza y respondió la pregunta:

—No es justo que el tiempo modifique las cosas. Una amistad no puede perderse por culpa de que una crezca.

—Tenés que reconocer que es lógico que todo cambie.

—¿Por qué? Yo sigo siendo la misma.

—Cuando se detienen a mirarte no pueden ver a la nena que conocieron, dudan entre abrirte los ojos o preservar tu inocencia.

—Se creen muy superados. Lo mismo pasó cuando los conocí, pretendieron pasar por encima mío porque era mujer y más chica.

—Los confundís. —Ella lo miró esperando que se explayara, y él lo hizo

—: Ya no sos la nenita de trenzas. Los dejás en la situación de no saber si correrse del rol de amigos o mantenerlo; prefieren abrirse y no tener que tomar ninguna decisión.

—Algo así me dijeron.

—¿Vos qué querés ser para ellos?

Bárbara no respondió a esa pregunta.

Al llegar al destino el taxista frenó, refunfuñando porque dos adolescentes le hacían comprender los riesgos en los que pronto vería caer a su hija.

«¿Qué quiero? —se preguntó desmaquillándose—. Me gustaba ser la amiga de ellos, me sentía segura y me enseñaron a entender muchas cosas. —Arrojó el algodón al cesto y se observó en el espejo—: Quiero la simplicidad de Tadeo. El abrazo de Lucho. —Apoyó las manos sobre la mesada del baño, bajó la cabeza exhalando el aire acumulado en los pulmones antes de volver a mirarse—: Quiero volver a sentir los labios de Yago», se confesó, reteniendo el reflejo de su propia mirada; segura de que ese era el principal motivo que ocultaba tras la decepción de considerarse estafada en la amistad que le habían propuesto y con la que en ese momento ya no contaba. Consideró que Lucho desvarió cuando se dijo atraído por ella y, ante el rechazo, su enamoramiento se extinguió con rapidez para correr en busca de otra que le hiciera caso. Tadeo se había alejado y ella se lo permitió para no herirlo más. Yago marcó la diferencia de edad y de género; sin embargo seguía allí, en el cajón secreto de la memoria del cuerpo de Bárbara que odiaba mantenerlo en ese lugar desde donde no le permitiría ser todo lo libre que anhelaba.

«Si querés aprender a besar, yo te enseño».

Sintió demasiado calor dentro del baño, salió del mismo e ingresó en el cuarto, cerró la puerta y apoyó la espalda contra la misma. Tiró de uno de los lados del cubrecama para doblarlo con cuidado y depositarlo sobre la silla, se dejó caer sobre la sábana mirando el techo.

Yago continuaba colocando la pelota frente a su pie para indicarle cómo

patearla. Ya no era necesario, crecía, y continuaría haciéndolo. Los esfuerzos por mostrarse siempre tal cual era no habían sido leídos con claridad por sus amigos; la cáscara les nublaba la verdad y ella pretendía ser Bárbara solo para quien supiera verlo; pero, por sobre todas las cosas, sabía que nadie tendría derechos sobre ella, ni siquiera el amor. Y Yago no era el amor, era la pasión adolescente envuelta por besos descarados.

Sintió nuevos sonidos que esa noche indicaban triunfo. Se tapó con la sábana al comprender que provenían del cuarto de su madre. Blanca permitía que la acompañara un hombre, suponiendo que sus hijas regresarían tarde. Ojalá Melisa demorara lo suficiente su llegada como para no tener que soportar oírlos. Guardaría para sí aquel descubrimiento hasta saber quién irrumpía en la quietud imperante desde que Guillermo las abandonara y Blanca recurriera a somníferos para soportar la falta en su cama. Tomó los auriculares, buscó música y se negó a cumplir el rol de fisgona al que sin ellos saberlo la empujaban; deseando que quien se endilgara la medalla por sacar a su madre de la depresión decidiera quedarse lo suficiente.

A la mañana, Blanca la despertó; abrió los ojos para ver dormir a su hermana ajena a la realidad que ella había descubierto sin buscar. Miró a su madre que rebotaba felicidad y se negó a escuchar las alarmas que, en su mente, le indicaban que conocía de sobra los motivos de su cambio de humor, obligándose incluso a desechar cualquier atisbo que la llevara a suponer que fuera Guillermo quién la había acompañado durante la madrugada.

Días después, y antes de las fiestas navideñas, sus padres las anoticiaron de la reconciliación que suponía regresar en el tiempo para volver a ser una familia. Melisa abrazó con fuerza a Bárbara para evitar que ésta volviera a emitir juicios y se dio cuenta de que no lo había logrado cuando la escuchó preguntar:

—¿Ahora abandonás a Guillermito?

—No te permito —se ofuscó el padre, caminando hacia ella y permitiendo

que Blanca lo tomara del brazo para calmarlo.

—Ya lo sé —aclaró la hija menor— Vos imponés y nadie tiene derecho a reclamarte nada. Nuestra estabilidad emocional te importa un carajo porque para vos la cosa es muy simple, sos el que se va. Pero comprendé que en esta casa quedamos nosotras tratando de vivir con la realidad de que hoy tenemos a papito y mañana papito desaparece. —Sin amilanarse ante la cara amenazante de Blanca ni los ojos desorbitados de Guillermo, Bárbara continuó—: Cuando estamos los cuatro juntos esta casa es un convento donde ella impone reglas que vos en tu vida cumpliste.

Ilusionada por haber recuperado a su esposo y deseando que nadie le recordara verdades, Blanca golpeó a Bárbara en la mejilla.

—¿Cuánto creés que te va a durar? —la enfrentó, cansada de que pretendiera silenciarla por medio de golpes.

Melisa se interpuso tomando de los hombros a su hermana, guiándola hasta el cuarto que compartían y escuchando la voz del esporádico visitante sentenciar en una nueva reclusión a quien había osado enfrentarlos.

—Explicame qué tiene de bueno que haya vuelto—planteó Bárbara.

—Que somos sus hijas, que otra vez están juntos —trató de enumerar Melisa—. No sabemos bien qué pasa entre ellos. Lo culpamos a papá, pero no sabemos por qué razón no es feliz con mami.

Bárbara se paró frente a Melisa para derribar los argumentos:

—Que seamos sus hijas no les da derecho a jugar con nosotras. Están juntos, se separan y vuelven a estar juntos porque se cagan en vos, en mí y ahora también en Guille. Y lo que pasa entre ellos es que son dos inmaduros, dos inseguros que a todo lo disfrazan de amor. Jamás van a ser felices, no buscan ser felices. Viven pensando en ellos. No sé para qué mierda nos trajeron al mundo.

—Bárbara, vos parecés muy grande pero sos chica y hay cosas que se te escapan...

Bárbara no pudo soportar el espíritu conciliador de Melisa que todo lo perdonaba:

—Sí, tengo quince años, pero a mi edad entiendo perfectamente que papá se fue de casa cuando Guillermito ya estaba gestándose en Liliana. Comprendo de primera que hasta hace un mes se besaba con su ahora ex y al toque mamá lo metió otra vez en su cama. Capto a la perfección que se la pasa poniendo el grito en el cielo por cómo nos vestimos o con quién bailamos y no tuvo ni el decoro de usar un forro.

—¿No pensaste que tal vez quería tener otro hijo?

—¿Para qué? Mirá las consecuencias, ahí está su otro hijo, abandonado igual que nosotras.

—No me la pongas más difícil, te lo ruego. Hago grandes esfuerzos por sobrevivir. Me muero de miedo cada vez que un chico me mira tratando de no ver en él a papá —confesó Melisa.

—Te equivocás, no tengas miedo —decretó—, aprendé a ver lo que hay a tu alrededor y no esperes nada de nadie.

—Sos muy pesimista. A pesar de todo lo que vivimos yo quiero enamorarme.

—Sorprendeme —comentó Bárbara, sonriendo con ironía—, mostrame que estoy equivocada.

—Me gusta Luciano —confesó la mayor.

—¡Mierda! ¿Justo él tenía que ser?

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Lucho es un veleta, hoy se enamora perdidamente de una y mañana de otra.

—Pero es el que me gusta —reafirmó Melisa acongojada, y al segundo lo defendió—: Él no es como papá.

—Mel, vas a meterte en la boca del lobo. Lucho es buen tipo, pero con las minas es un desastre y vos...

—Y yo soy una mujer insegura, con la autoestima baja, fiel hija de mi madre —comentó, comenzando a llorar— ¿Eso me querés decir?

Era exactamente lo que Bárbara pensaba. Hurgó en su mente buscando las palabras que le resultaran sinceras y justas para poder ayudarla:

—Pero con la diferencia de que vos sí te das cuenta de tu parte débil. No repitas la vida de mamá. Si Lucho te gusta, tenelo bien cortito. Hacete valer. El reflejo que vos ves en el espejo no es el que yo veo; sos linda, dulce y cariñosa. Te obligaron a tomar responsabilidades de mujer antes de tiempo y te las bancaste lo mejor que pudiste. Ponele la misma energía a esta causa y querete más de lo que pretendés que te quiera él.

Para Blanca la situación había cambiado. Guillermo había abandonado un nuevo hogar donde un hijo de su sangre lo reclamaba creciendo en los brazos de otra mujer. Ya no eran simples amantes ocasionales, esa arrebatadora había sumado lazos inquebrantables con él, y se encontró preguntándose si en esa ocasión no era ella misma la otra.

La llegada de las vacaciones arrojó a Bárbara hacia la nueva representación con la que pretendían hacerle creer al mundo que eran una familia reconstituida donde la fuerza del amor vencía los escollos de las tentaciones, y se encontró de vacaciones en la playa junto a su hermana y sus padres.

Recostadas sobre la arena, Melisa intentó demostrar lo contenta que estaba: —Posiblemente sean las últimas vacaciones que estemos los cuatro juntos.

—No te des manija —comentó Bárbara, creyendo que se refería a la duración de la pareja de sus padres—. Esto va y viene, son tan predecibles como los años bisiestos.

—No lo digo por ellos, lo digo por mí. Ya soy adulta, tal vez el año que viene veranee con mi novio.

—Ojalá —respondió Bárbara—. Yo te envidiaría, vos estarías de joda y yo aguantándomelos sola. Pero todo llega, Melisa, y mi tiempo también llegará.

—¿Qué te pasó con mis compañeros de curso? Especialmente con Yago y Tadeo.

Bárbara sintió alivio de que no incluyera en el paquete a Lucho, de manera que se permitió ser sincera:

—Crecí y no pueden manejarlo.

—No te agrandes —le advirtió sonriendo.

—Te juro que no es eso —aseguró, sentándose para mirarla a los ojos—. En mis quince estaba tratando de que un pibe me besara, quería saber lo que se siente y cómo se hace.

—¿Y? —preguntó la mayor, algo incómoda.

—Y que Yago me llevó al patio y me comió la boca.

La que en ese momento se incorporó como impulsada por resortes, y con la cara muy seria, fue Melisa.

—¿Yago te besó?

—Sí. Y besa genial.

—¿Te dijo que gustaba de vos?

—No.

—¿Por qué dejaste que te besara?

—Porque yo quería aprender. El problema fue que me gustó demasiado y creo que a él también.

—No seas tonta, Yago transa con todas.

—Ya lo sé, soy su amiga —le recordó y no pudo evitar pensar en que Melisa gustaba del que en definitiva era igual a Yago—. Sé cómo piensa, sé qué busca.

—Entonces, si lo sabías, ¿para qué te prestaste a su juego?

—Porque yo estaba jugando el mío —comunicó muy suelta—. Yo quería aprender a hacerlo.

—Bárbara, a veces no sé si sos demasiado viva o demasiado ingenua.

—La cosa fue que nos vio Tadeo y nos cagó a pedos a los dos.

—Menos mal que uno estaba lúcido.

—A partir de ese día las cosas cambiaron y nos distanciamos.

—¿Hablaste con ellos?

—Obvio, no me iba a quedar con la bronca. Creo que les gusté, me vieron como a una mujer y no se lo bancaron.

—Jamás fui amiga de ellos pero los conozco. Son iguales, tal vez Tadeo sea un poco menos arriesgado, pero si querés mi opinión se cansaron de tu presencia y trataron de alejarte abordándote.

—Son las dos alternativas —aceptó—, pero cuando ustedes se graduaron, Yago estaba celoso.

—¿De quién?

—De los tipos con los que yo bailaba. Fui a la barra para ver si él picaba.

—¿Y? —volvió a preguntar Melisa, envuelta en el culebrón venezolano de Bárbara.

—Cayó. Fingió estar cuidándome y me recordó que no debía pedir alcohol.

—¿Tomaste alcohol en mi fiesta? —preguntó, enojada con ella misma por haber estado pendiente de divertirse con sus amigos en lugar de cuidar el comportamiento de su hermana.

—No. Pero arreglé con Mariano, nos franeleamos como si estuviéramos chapando y Yago se re calentó.

—¿Y de qué te sirvió eso? —quiso saber.

—Me gustó ser besada por Yago y comprobé que no le soy indiferente, pero no soy tarada.

—Pará, nena, pará —ordenó Melisa, sentándose nuevamente para tomar aire y traer a la realidad a Bárbara—, eso es porque fue el primer chico que te besó. Vas a ver que cuando lo hagas con otros te olvidás de Yago.

—Puede ser —consintió. No quiso confesarle que después de Yago se había besado con un par más y la sensación no había sido la misma. ¿Para qué decírselo? De pronto la duda la embargó y no se contuvo—: ¿Por qué no me preguntás por Lucho? —Melisa se puso roja como el tomate y bajó la mirada confirmando las sospechas de Bárbara—: La regla dice que si yo

confieso vos también. Contame todo.

—Me gusta —comentó con timidez la hermana mayor—, ya te lo había dicho.

—¿Te sigue gustando?

—¡Sí! —afirmó algo herida, intuyendo que Bárbara lo estaba desechando de cualquier lista de posibles galanes.

—Ok —aceptó, ofreciéndole la paz—, no te enojés.

—Hace un par de semanas que salgo con él. Pero no quiero que lo sepa nadie.

—¿Por qué? —sin saber si pretendía averiguar la razón por la que se había fijado justamente en Luciano, o por qué ella no quería que se supiera.

Pero su hermana solo interpretó lo segundo:

—Porque estoy feliz —confirmó con los ojos llenos de ilusión—, él es dulce, cariñoso. Cada vez que me mira siento que el estómago se me deshace. No se parece a papá y no quiero que me prohíban estar a su lado o que me condicionen en su contra.

Bárbara pateó en su mente el recuerdo de lo fácilmente enamorado que solía ser Lucho, inmersa en la necesidad de creer que con su hermana se comportaría diferente. De cualquier manera consideró necesario tener una charla a solas con él en cuanto regresaran de las vacaciones.

La casualidad hizo que lo encontrara una tarde en la puerta del colegio, cuando el muchacho salía de rendir una materia pendiente:

—Si la hacés sufrir —le advirtió de entrada Bárbara, sin anteponer un saludo—, te cago a patadas.

Luciano estalló en una risa prolongada.

—Oíme, guarra, ¿vos no pensás hacerte mujer nunca? Vení y dame un abrazo que vamos a ser cuñados.

—Te extrañaba —comentó, feliz de volver a ubicarse en el lugar de amiga.

—Conozco a un par que también te extrañan. —Ella se soltó con rapidez e intentó cambiar de tema, pero Lucho insistió—: En la veterinaria del papá del Sapo nacieron cachorritos y no les vendría mal que les dieras una mano.

—Voy a pasar a conocerlos —dijo, entusiasmada al encontrar la excusa que le permitiría reencontrarse con Tadeo. Tal vez el tiempo hubiera hecho su trabajo.

—Yago quería...

—Yago sabe buscar solito lo que quiere. No te gastes en darle una mano.

—¿Seguís peleada con él? —preguntó.

—¿Con el *sensei* jubilado? —ridiculizó ella—, para nada. Gano más ignorándolo. Si ya terminaste podríamos ir a casa; mis viejos no están y puedo servirte de tapadera. Pero te recuerdo que si mi hermana sufre por tu culpa, te mato.

Y eso fue Bárbara a partir de ese momento, la excusa que le abrió a Lucho las puertas del hogar de los Zabala, hasta que Melisa y él ingresaron en la Facultad de Odontología y el estudio compartido justificó su presencia diaria en la casa. La cercanía de Lucho suavizó las asperezas con el resto y, de a poco, retomaron algo de aquella amistad iniciada años atrás, que ya no pudo ser la misma debido a que en ese momento transitaban por caminos distintos, Tadeo en la Facultad de Veterinaria, Yago en la de Arquitectura y Lucho en la de Odontología, en tanto ella los extrañaba dentro del edificio del secundario que otrora los cobijara a todos.

En facultades diferentes y con horarios tan dispares, pocas fueron las veces en que los varones lograron coincidir para simplemente tomar una cerveza juntos.

—Una y me voy —advirtió Lucho—, Meli me está esperando para estudiar. El martes tengo un examen jodido.

—¿Vas en serio con la Zabala? —preguntó Tadeo.

El indagado se llevó la mano al corazón en un gesto exageradamente ridículo:

—Es el amor de mi vida —comunicó. Le había echado el ojo a Melisa hacía tiempo y le costó casi un mes convencerla de que le prestara atención. Ella era bonita, delicada, cariñosa, responsable y muy estudiosa, lo que para él era un gran beneficio a la hora de mantenerse al día con las exigencias de la facultad.

—¿Y la pendeja? —preguntó Tadeo—, ¿la ves seguido?

—Bárbara se pasa la mitad del tiempo castigada y la otra mitad estudiando.

—¿Castigada por qué? —se interesó Yago.

—Ustedes ya saben... los viejos quieren imponerse y la pulga los enfrenta; ergo, se come un garrón tras otro. Sapo, ¿tu viejo no andaba buscando a alguien para que le dé una manito en la veterinaria?

—Ni se te ocurra —refutó, comprendiendo la idea.

—No, en serio. Mirá —se explicó Luciano—, Bárbara adora a los bichos y es una piba de confianza. Si tu viejo la contrata, ella puede ir después del colegio y es una manera de que no la tengan todo el tiempo encanutada.

—No —insistió Tadeo—, es menor de edad, mi papá no puede contratarla.

—¡Pero si es para atender el teléfono y abrirle la puerta a la gente! Para eso no necesita contratarla formalmente; si le cae una inspección puede decir que es una amiga del hijo que fue a esperarlo ahí.

—Entiendo que al tenerla de cuñada estés obligado a bancártela. Entiendo que vos querés estar a solas con Melisa y la pendeja en el medio te jode, pero no me la encajes a mí. ¿Ok? —se defendió Tadeo.

—¿Ya no te gusta? —preguntó Yago, llevándose el chop a los labios. Lucho miró a uno y otro, jamás imaginó que alguno de sus amigos pudiera estar seriamente interesado en Bárbara. Tadeo bufó molesto. Yago fue más allá—: Te sigue gustando. Me atrevería a afirmar que mucho más que antes.

—Paren, paren un poco. ¿Cómo es eso de que la nena te gusta en serio?

—¿Qué tiene?, decime, a ver... —encaró Tadeo— ¿qué tiene de malo que me guste la hermana de tu novia?

—Nada —se defendió Lucho, elevando las manos en son de paz—. Lo que pasa es que Bárbara es... es...

—¿Es...? —instó Tadeo, falto de paciencia.

—Es una nena —concluyó.

—¡Pero si vos le tiraste onda en su cumple de quince! ¡Qué te venís a hacer ahora el superado, si te transaste a la hermana porque no pudiste con la pendeja!

—No. No es así.

—¿Cómo es? —intervino Yago.

—Esa noche me pasé con el alcohol, ni me di cuenta de que la estaba encarando a ella, creí que era Melisa. Después, cuando Bárbara me cagó a pedos por haberlo intentado, no tuve corazón para contarle la verdad y preferí dejarla creyendo que me había rechazado. La pulga es madura, pero no deja de ser una nena; ni siquiera le terminan de crecer las tetas. Se los digo yo que paso mucho tiempo con ella. —Y luego de la confesión, volvió a intentarlo —: Preguntale a tu viejo, Sapo; que a lo mejor agarra viaje y le dan una mano, no lo está pasando bien.

—No es mala idea —comentó Yago, levantándose y dejando un billete sobre la mesa del bar—, ella puede hacer el trabajo y a vos te viene bien tenerla cerca para finalmente arrinconarla contra los caniles.

—No seas bestia —se quejó Tadeo, con la imaginación volando hacia una escena como la descripta.

La brillante idea de Lucho fue bien recibida por el doctor Barbarossa. El veterinario se encariñó de inmediato con la muchacha, los dueños de sus pacientes estaban conformes con la atención recibida, Bárbara era

responsable, ordenada y sumamente cumplidora.

Tadeo se fue acercando de a poco, inventando excusas con las que justificar su presencia en la clínica de su padre, pero su único interés era ella. Lucho le dedicaba gran parte de su energía a los estudios y a Melisa; Yago, absorbido por la exigencia de su carrera, pocas veces coincidía con ellos y Tadeo se regodeó en la satisfacción de que Bárbara fuera de su exclusividad.

Ella utilizó esa etapa para poner en claro sus ideas y visualizar sus metas. El teatro era su futuro, era allí donde se encontraba cómoda; los amores que robaban el sueño de sus amigas jamás perturbaron el propio y aquello le ofrecía cierta tranquilidad; Tadeo se le acercaba como amigo y ella disfrutaba de su compañía.

El tiempo transcurrió manteniendo a los Zabala unidos por el débil lazo de los reproches y las dudas. Cuando Bárbara tuvo que definir a qué universidad asistir, les confesó a sus padres los años que llevaba estudiando arte dramático y Guillermo la amenazó:

—No voy a permitir que ninguna de mis hijas se convierta en bataclana, antes te pongo de patitas en la calle.

El sueldo de Bárbara no era suficiente para independizarse, todavía le restaba terminar el colegio y no era mayor de edad. A pesar de ello trató de defender su vocación:

—Soy muy buena actuando, voy a hacer una carrera brillante.

—Vos vas a anotarte en Veterinaria —le advirtió Blanca—, si te pasás casi todo el tiempo en la clínica del padre de tu amigo debe ser porque eso te gusta.

A criterio de los Zabala, las buenas notas que Bárbara obtuvo al recibirse se vieron opacadas por el comportamiento rebelde con el que los enfrentaba a diario y no le permitieron asistir, más allá del brindis, a su fiesta de

graduación; mucho menos concurrir al viaje de egresados.

Poco le faltaba para cumplir dieciocho años y, aunque no podía independizarse, el trabajo en la veterinaria le daba cierta libertad contra la que sus padres quedaban sin muchos argumentos para obligarla a aceptar cada nuevo mandato. Apenado, el doctor Barbarossa se compadeció de ella; el veterinario adoraba a su único hijo pero lamentaba no haber tenido una hija tan responsable como la menor de los Zabala y trataba de que el rato que ella estaba en su consultorio fuera agradable.

—Este premio te lo ganaste por ser tan buena ayudante —dijo, extendiéndole un sobre extra al del sueldo acordado—. ¿En qué lo vas a gastar?

Bárbara se quedó mirándolo sin demostrar su curiosidad por conocer la suma de dinero:

—Gracias. Lo voy a agregar a mis ahorros.

—¿Ahorrás? —preguntó incrédulo. Su hijo derrochaba en salidas y caprichos cada centavo que le daba, pero su ayudante ahorraba.

—Quiero ser actriz. Mis padres no están de acuerdo y me obligaron a inscribirme en la Facultad de Veterinaria. Paso tanto tiempo acá que piensan que esa es mi vocación. Pero las clases de teatro salen caras y...

—Habla con ellos, seguro que terminan comprendiendo —aconsejó, tomándola de la mano e invitándola a que se sentara en uno de los silloncitos de la recepción junto a él—. ¿De verdad quieres ser actriz?

—Con toda mi alma. Sé que puedo lograrlo, tengo cancha, me pasé toda la vida actuando...

—¿Cómo es eso?

Ella quiso confesarle que, viviendo en una casa donde la realidad cambia constantemente y a su suerte la rige el humor de quienes ostentan el poder de las decisiones, debió encontrar salidas rápidas e improvisar sobre la marcha. Pero prefirió no ofrecer tanto de su intimidad y respondió:

—Siempre actúo, la vida es el perfecto escenario donde cada uno de nosotros decide qué papel va a representar. Si quieren doblegarme soy Juana de Arco, si buscan dulzura soy Maléfica, si van tras un modelito de figurín soy La Raulito. Tuve dos opciones, acumular bronca y reventar o convertirme en la rebelde a la que no pueden domar.

—Bárbara, es por esa actitud que te castigan. Hablá con ellos; explícales, para que te entiendan. Esta postura te perjudica mucho.

—Doctor Barbarossa, se les explica a aquellos que pueden entender, de lo contrario se pierde el tiempo. —Sintió que había sido ruda y para suavizar sus palabras acarició la mano, que con cariño fraterno el hombre había posado en su hombro, antes de comentarle—: Sé quién soy, sé qué quiero y qué pretendo evitar. Sé que con esfuerzo podré independizarme e irme de casa.

—No hagas eso, hija; pensalo mejor —insistió, alarmado por la determinación con la que Bárbara le hablaba—. Es muy difícil mantenerse y estudiar sin la ayuda de los padres...

—Si usted no me deja sin trabajo, y si me las rebusco con algo más, sé que puedo lograrlo.

—Sos muy cabeza dura.

—Eso dicen —comentó despreocupada—, pero tengo otra opinión de mí.

El hombre quedó largo tiempo pensando, sentado en el mismo sillón al que regresó luego de que ella se fuera. Bárbara era menudita, nadie le daría la edad que en realidad tenía y, a simple vista, podían considerarla frágil; pero contaba con algo que pocos poseían, una gran confianza en sí misma. No dudó de que lo lograría, ¡claro que lo lograría!, él estaba dispuesto a ayudarla. Continuaba inmerso en esos pensamientos, cuando su hijo irrumpió en la veterinaria.

—¿Y la pendeja? —preguntó, mirando a uno y otro lado, buscándola.

—Le di la tarde libre.

—Vine a buscarla. Es viernes y quería invitarla al cine.

—Tadeo, dejá tranquila a la nena. Ya tiene suficientes problemas como para que vengas vos a sumarle...

—Viejo, no me jodas. Las órdenes dáselas a tus subalternos.

—¿Te gusta la chica?

—Somos amigos. Ella anda pasando por una mala racha y se me ocurrió darle una alegría —disimuló—. Voy a ir a buscarla a su casa.

Pero no la encontró. Melisa le dijo que, al salir del trabajo, asistía a las clases de actuación. Volvió a maldecir en varios idiomas. A Bárbara le quedaban pocos días de impunidad, en nada sería mayor de edad y podría enamorarla tal y como deseaba desde hacía años. Cuando finalmente lo hiciera serían dos los caminos posibles, el que lo llevara con ella de la mano, o el de la triste pérdida de su querida pendeja.

Pero el tiempo pasó sin que reuniera el valor suficiente para abordarla, disfrutando tan solo de tenerla en su terreno dentro de los límites de la facultad y gozando de ser su tutor en la carrera.

El cambio ejercido por Yago, al cortar lazos con la despreocupada adolescencia y afirmarse en las responsabilidades de la vida adulta, lo ayudó a cimentar su personalidad. Masculino, seductor y portador de un aire distante que le ofrecía el misterio necesario para que las mujeres desearan horadar dentro de él y dejar huella, vivía su sexualidad libre de complicaciones y ataduras. Necesitaba avanzar en su carrera y sacarle todo el provecho posible para ganarse, por mérito propio, un lugar junto a su padre en la empresa. Ser el hijo del dueño del estudio de arquitectura exigía estar a la altura; su hermana Carla se había instalado en el laboratorio de la madre, respaldada por sus magníficos créditos académicos; él no quería ser menos y sus días se repartían entre los estudios, la oficina del padre y alguna distracción con faldas que no solía ser la misma del día anterior.

Estaba próximo a cumplir veintiún años y, como recompensa por el esfuerzo, su padre arrojó la noticia sobre la mesa durante la cena:

—Tu madre y yo queremos regalarte algo especial en esta oportunidad, estás haciendo grandes méritos y creemos que te agradará nuestra sorpresa.

—Espero que no continúen haciéndole la vida tan fácil —aconsejó Carla—, ya es un hombre, dejen que se las arregle solito.

—Gracias, hermanita —comentó Yago, robándole una de las papas del plato—, seguro que lo que sea que me regalen te va a elevar la envidia lo

suficiente. Asumilo, soy el consentido, me quieren más.

—Estúpido.

—Celosa.

—Es increíble —se quejó Lucía—, somos cuatro adultos, tendríamos que poder mantener una conversación seria y ustedes dos se empeñan en prolongar la época en la que les teníamos que sonar los mocos.

—Es para que no envejecan prematuramente—bromeó Carla, tirándole un beso al hermano.

—Pondremos a tu nombre uno de los departamentos de la calle Arce — anunció Lorenzo, para concluir la contienda, ante el asombro de Yago—, pero lo tendrás que acondicionar por completo con tu plata.

—¡Bien! —festejó él, feliz de contar con un espacio propio.

—Un departamento en Arce —repitió Carla—, es decir, un futuro antro. Ya nos cuesta ponerle límites a su lujuriosa vida bajo este techo y resulta que ahora le darán rienda suelta para que haga lo que quiera.

—Hermanita, te prometo que te dejaré inaugurarlo. Claro que primero deberías conseguir un gil con el cuál hacerlo. Veintiséis años y solterita, no es lo que se podría llamar un buen currículo.

—No necesito tu tugurio, tengo mi departamento —le recordó.

—¿Y por qué no te instalás ahí, en lugar de seguir viviendo acá? — contraatacó, recostándose sobre un codo apoyado en la mesa.

—Para molestarte —argumentó Carla.

—Lucía, ¿qué te parece si el café lo tomamos fuera de casa?

—Sí —aceptó su esposa—, mejor dejemos que los nenes sigan jugando solitos.

Recostados en uno de los sillones del living, mientras escuchaban música, Carla acariciaba el cabello de su hermano:

—¡Vas a vivir solo! Finalmente te das el gusto.

—¿Conocés el edificio de Arce? —le preguntó Yago, emocionado.

—No. ¿Está bueno?

—Es genial. Era una antigua imprenta, papá diseñó el proyecto. Mi mente no para un segundo imaginando todo lo que le haré.

—Me alegra, hermanito. Mataron dos pájaros de un tiro. No solo te ayudan a cortar el cordón, sino que te dejan poner en práctica tus conocimientos. Somos afortunados.

—Sí. Salvo por el pequeño detalle de engendrarte, los viejos son geniales.

—No jodas, acá la única que salió perdiendo fui yo. Era la reina de la casa hasta que se te ocurrió venir a meterte entre nosotros.

—Te voy a extrañar.

—¡Ah, no! Ni te gastes. No pienso ayudarte en nada. Estoy muy ocupada en el laboratorio como para perder mi tiempo consiguiendo a alguien que se encargue de hacer tu independencia más fácil.

—No perderás demasiado tiempo —le puchereó—. La gente de mantenimiento del laboratorio debe conocer a alguien que pueda hacerme la limpieza, la comida...

—No —insistió Carla—. Arreglate solito.

—Yo cocino y vos planchás —propuso Yago.

—Ni loca. Vos cocinás y yo te consigo quien te planche.

—Hecho —aceptó victorioso.

Como contraparte, los diecinueve años de Bárbara llegaron sin que lograra obtener los ingresos suficientes para emanciparse. Preocupada, caminó desde Villa Urquiza hasta Palermo bajo el sol de esa tarde de diciembre, concentrada en buscar la solución para conseguir su objetivo, sin darse cuenta del calor. Había estado averiguando en una pensión para estudiantes, tal vez el dinero le alcanzara si resignaba algunas de las clases de teatro. Hacía más de tres años que su hermana y Lucho eran novios y él la contenía, de manera

que la culpa por dejarla sola soportando a sus padres no existiría. Entró en la casa en el horario donde se suponía que no habría nadie, pero el llanto que provenía del cuarto que compartía con su hermana le hizo saber que estaba equivocada. Encontró a Melisa hecha un bollo sobre la cama, con todo el cabello desordenado y dando muestras de desesperación.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada, intentando que la mirara y le diera una respuesta que, finalmente, terminó recibiendo de la tira del test de embarazo que estaba sobre la mesa de noche—. ¿Es tuyo?

—Sí —confesó Melisa.

—¿Estás embarazada? —volvió a preguntar para cerciorarse.

—Sí —respondió, compungida y avergonzada.

La abrazó con ternura, comprendiendo que el resultado alteraba a su hermana.

—Ya está —la consoló—, tendrías que haber tomado pastillas o usar forros —bromeó con intención de calmarla—. Pero ahora ya está y vamos a tener un bebé tan lindo como vos y tan caradura como el padre.

—No entendés nada, Bárbara —replicó la hermana mayor, en cuyos ojos se reflejaban el nerviosismo, la angustia y el temor.

—Sí que entiendo. Estás embarazada. Vas a ser mamá, Lucho va a ser papá y yo voy a ser tía.

Blanca ingresó al cuarto con una taza de té para Melisa y confirmó con sus palabras los temores que rápidamente acosaron a Bárbara:

—Todavía no hay nada resuelto.

—El test es claro —refutó la menor, señalándolo y concedió— pero puede chequearse con el médico.

—Bárbara, no dudamos del resultado. Ella no continuará con el embarazo.

—¿Querés abortar? —consultó Bárbara a Melisa.

—Luciano puede eludir su responsabilidad —explicó Blanca y se sentó sobre la cama, muy cerca de su hija mayor. Bárbara apoyó la cabeza contra la

pared, comprendiendo que el conflicto se agravaba. La madre aseguró—: Cuando un hombre se entera de que será padre se asusta y debate qué camino tomar.

—Lucho no tiene nada que debatir —indicó Bárbara, intentando que Melisa no recurriera a los deseos de otros para tomar decisiones propias.

—Eso es lo que vos creés —refutó Blanca—. Pero hay dos caminos. Aceptar al hijo o negar ser el padre. Tiene veintiún años y...

—¡No puede negarlo! Es el único tipo que estuvo con Mel —la interrumpió, vehemente—, sabe que no hay otra posibilidad.

—Bárbara, voy a pedirte que guardes silencio. El tema es grave y tu hermana necesita conocer todo a lo que se expone pretendiendo continuar con este embarazo.

—Ni se te ocurra meterte —sentenció, clavando la mirada en su madre para de inmediato dirigirla hacia su hermana mayor y regresar a la primera con aire amenazador—: Esta decisión no te incumbe.

—¡Silencio! —ordenó Blanca con firmeza.

—Yo no quiero abortar —acotó finalmente Melisa entre llantos, masajeándose el vientre y logrando que la hermana contuviera el aliento. — Quiero tener un hijo del hombre que amo.

Blanca abrió el cajón donde sabía que escondían cigarrillos, prendió uno dando una larga calada y eliminó el humo antes de encaminarlas hacia las confesiones:

—Las historias se repiten. —Hizo una pausa para volver a recurrir a la nicotina, buscando las fuerzas para sincerarse—: Obligar a un hombre es un error que luego se arrastra por años. —Las hijas la miraron, Bárbara alzó la cabeza instándola a que continuara—. A mis padres no les gustaba Guillermo porque veían que yo hacía lo indecible para complacerlo y, aun así, jamás era suficiente. Yo no encontraba la manera de retenerlo. —Se acercó a la ventana para perderse en el pasado y evitar las miradas reclamantes—: Supuse que un

bebé me daría el tiempo suficiente para enamorarlo y que no quisiera dejarme.

—¿Quedaste embarazada a propósito para retenerlo? —preguntó indignada Bárbara. Pero al mismo tiempo miró a su hermana descreyendo que fuera capaz de haber hecho lo mismo—: ¿Vos también?

Melisa rompió en un llanto sonoro, ocultando la cara en la almohada. Blanca comprendió que la confesión debía ser completa para que la lección fuera efectiva:

—Intentó negar su paternidad, pero yo había advertido a mis padres y ellos lo... convencieron. Finalmente nos casamos y nació Melisa. —Apagó el cigarrillo en el platillo de la taza de té vacía, antes de continuar—: Al principio todo era fantástico, el departamento, la novedad del embarazo, incluso tu nacimiento; pero los bebés dan trabajo, mantener una familia se lleva sueños, yo no lograba recuperar mi figura y el espíritu de Guillermo volvió a sentir la necesidad de ser libre; poco después de que nacieras supe que había retomado sus aventuras.

—¿Te engañó siendo yo tan chiquita? —preguntó Melisa aterrada y negándose a vivir un futuro similar al de su madre.

—Estaba devastada y con una beba. —Apenas si hizo una pausa para tomar aire y continuar—: Mientras mis padres vivieron me ayudaron, pero anteponiendo siempre el reproche; es como si todavía pudiera escuchar a mi papá repitiéndome que las mujeres fáciles como yo eran una carga para sus parientes. —Blanca se llevó una mano a la frente, cerró los ojos, parecía en trance recordando voces del pasado—. Mamá tenía razón, los hombres solo son fieles a su instinto animal, el mandato es servir a la hembra..., a cualquiera, a todas. Yo moría por él y no podía soportar saber que lo compartía no solamente con vos, sino también con otras mujeres —concluyó frente a Melisa y se justificó—: Crecías, reclamabas atención y solo estaba yo para atenderte porque él llegaba tarde y se iba temprano. Un día volvió a

mirarme —hizo una nueva pausa, no era fácil exponer ante sus hijas el pasado—, no desaproveché la oportunidad y lo seduje recurriendo a todas las armas que me permitieron despertar nuevamente su pasión.

Bárbara no daba crédito a lo que oía y la afirmación salió de su boca sin premeditación:

—Vos no te querés ni un poco, pero mucho menos la querías a Melisa.

Blanca no le respondió y continuó:

—Quedé embarazada en el momento en que Guillermo atravesaba una mala racha de trabajo, el dinero no le alcanzaba para lucirse frente a otras mujeres, y la herencia que recibí de mis padres me posicionó en un lugar de poder frente a él. —Bárbara se llevó las manos a la cabeza, Melisa se tapó la boca con una mano, Blanca continuó—: Pero el embarazo se complicó, el médico me indicó reposo, me prohibió intimar con mi marido, me vi recluida a una cama durante meses, el dinero comenzó a diluirse, los obreros coparon la fábrica que heredé porque yo no podía hacerme cargo ni ir a defenderme en Tribunales y, mientras tanto, él tenía que satisfacer sus instintos.

—¿Lo estás justificando? —se horrorizó Bárbara.

¿Justificarlo?, se preguntó Blanca y la respuesta golpeó en su mente: no, ella lo comprendía. Como mujer adulta comprendía a su hombre y su hija no era más que una alborotadora adolescente que adoraba situarse en el lugar del juez.

—Me diste trabajo ya desde la panza —la acusó Blanca con intención de que se callara y prosiguió—: Me desesperé viendo cómo volvía a perderlo y una noche me arriesgué, me levanté de la cama, pedí un remis y lo seguí hasta la provincia —volvió a hacer una pausa, los ojos se le oscurecieron con el mal sabor del recuerdo—, lo vi entrar en un tugurio de mala muerte, completamente borracho. Cuando logré reunir el valor para increparlo sentí un fuerte dolor en el vientre. Después de eso solo recuerdo que me desperté en un hospital, vos estabas a mi lado, el doctor me dijo que eras mi hija y que

te aprovechara porque no volvería a parir.

—Lo siento, mamá —se acongojó Bárbara, sinceramente—, no sabía que por mi culpa quedaste estéril.

Blanca sonrió con ironía:

—¿Tu culpa? —preguntó—. Fue Guillermo quien solicitó que me ligaran las trompas.

—¡No te puedo creer! —gritó Bárbara, llevándose nuevamente las manos a la cabeza—. Son dos hijos de puta, se merecen mutuamente. Vos lo engatusás con un hijo tras otro y él, en lugar de usar forros o cortarse el pito, te deja estéril aprovechándose de tu vulnerabilidad. ¡Lo dejaste usurparte dinero, juventud y hasta decidir sobre tu cuerpo, sobre tu vida! ¿Por qué no lo denunciaste?

—Porque lo amo y ya no quería tener más hijos. El cuerpo de una mujer se resiente demasiado con cada embarazo y encima con el tuyo padecí las restricciones a las que me sometieron. Finalmente él me hizo un favor al tomar la decisión por mí.

Quedaron las tres en silencio. Melisa volvió a ocultar la cabeza en la almohada, Bárbara luchó para que su furia no encendiera la mecha que hiciera volar la casa por los aires. Blanca respiró profundamente, miró hacia la calle a través de la ventana y continuó:

—Tardé en entender cómo es la ley de la vida, pero ahora lo tengo muy claro. El poder que ellos ejercen se lo damos nosotras enamorándonos con locura y por esa razón el género humano no se extingue. Los hombres copulan y las mujeres, por amor a ellos, gestamos a sus cachorros. Así ha sido siempre. Les entregamos nuestra juventud y llega el día en que o defendemos nuestro lugar o les permitimos que nos descarten. Defiendo con uñas y dientes mi lugar, hubo muchas mujeres en su vida, incluso tuvo un hijo con una de ellas y, sin embargo, sigue aquí, conmigo —se vanaglorió—. A mi edad, Guillermo es la única oportunidad que me queda para estar en

pareja y ustedes deben apoyarme para evitar que vuelva a irse.

Y la mecha, que Bárbara intentaba mantener apagada, se encendió:

—¡No! No somos tus muletas, no te aferres a esa idea. No soy ni tu extensión, ni tu excusa, ni tu lazarillo. Te mandaste sola las cagadas; nos obligaste a vivir en este infierno sin hacer nada por mejorarlo, pero ni sueñes que me vas a retener en él. Yo no soy Blanca, mi vida es mía.

—Tu hermana nos necesita...

—Ella aprendió de vos pero está a tiempo de no seguir tus pasos —advirtió a su madre y se dirigió a su hermana—: Melisa, es tu cuerpo, es tu vida, tu elección. Voy a acompañarte en lo que sea que decidas. Si no querés abortar, decile a Lucho toda la verdad —dijo, acercándose a su hermana, tomándola por los hombros para que la mirara a los ojos—. Si lo hiciste a propósito decíselo; si fue un descuido es de ambos y los dos tendrán que afrontarlo.

—Lucho ya sabe que estoy embarazada —confirmó Melisa y, antes de que Bárbara pudiera preguntar si había sido completamente sincera, agregó—: y quiere que aborte. Dijo que no piensa cargar con un hijo a esta edad. No me quiere, Barbi.

—Hace tres años que están juntos. ¿No te quiere a vos o no quiere al bebé? —preguntó Bárbara— Porque no es lo mismo, Mel. De cualquier manera lo importante es lo que vos querés.

—No hay otro camino, Melisa —indicó la madre ante el desconcierto de Bárbara—. Si no los quiere lo mejor será olvidarlo y cortar todo lazo con él, incluido este error.

Cada objeto que se encontraba sobre el escritorio voló por los aires hasta estrellarse contra el piso, producto del impulso con el que el antebrazo de Bárbara barrió la superficie para descargar su ira:

—¡Cerrá la boca! ¿No la escuchaste decir que no quiere abortar? Tus consejos no le sirven —le advirtió a su madre con los ojos desorbitados pero dándole la espalda, volvió a acercarse a su hermana—: Mel, pensalo

tranquila; si no querés abortar, yo te voy a ayudar; mandá a la mierda al pelotudo de Lucho que tiene huevos solo para rascárselos, yo estoy con vos. Si decidís que este no es el momento de ser madre, nadie tiene derecho a contradecirte, pero la decisión es tuya y tenés que tomarla a conciencia, no dejes que te obliguen a nada, es tu vida y yo siempre voy a estar con vos.

—¿Querés tenerlo, Melisa? —consultó la madre.

—¡No la presiones más! —rogó Bárbara.

—Y vos vas a ayudarla con tu suelducho insignificante. Vas a acompañarla cuando se retuerza de dolor por las contracciones y el culpable de que ese bebé esté en su vientre se esté revolcando con otra menos tonta que ella. ¿Vas a resignar tus clases de teatro cuando el nene crezca, reclame y la madre esté imposibilitada de atenderlo porque las pastillas antidepresivas la tengan adormilada? ¿Qué va a pasar cuando Melisa deba dejar la facultad porque no puede con la crianza, el abandono de su hombre y mantener a su hijo?

—¿Por qué te empeñas en que sea como vos? —reclamó Bárbara—. Dejala tranquila para que pueda decidir sin presiones.

—Mamá —indagó Mel—, ¿vos creés que Lucho no va a volver?

—Olvidate de Lucho —sugirió Bárbara—, que tu decisión no pase por si él vuelve o no.

—Un hijo es una responsabilidad muy grande —interpuso Blanca—, y no hablo solamente de dinero. Melisa todavía es muy joven, tiene una vida por delante, va a recibirse, se enamorará de otro hombre, no tiene que atarse de por vida a...

—Sos insoportable —la interrumpió Bárbara.

—¿De cuánto estás? —preguntó Blanca, ignorando la insistencia de la menor.

—Siete semanas —respondió Melisa y se aferró al cuello de su madre rodeándola con desesperación, en tanto Blanca le acarició la cabeza y la espalda, acunándola como si fuera pequeña y repitiéndole que todo estaría

bien, que pronto se acabaría el martirio y regresaría la normalidad; que nadie se enteraría y podría volver a estudiar hasta recibirse. Luego miró a Bárbara desafiándola y dijo las palabras que Melisa quería escuchar:

—Ya llegará el hombre que te corone como su princesa para amarte por el resto de la eternidad.

—¡No le mientas! ¿Cuál es tu gran miedo, mamá? ¿Qué papá vuelva a irse porque no tolerará acostarse con una abuela? Ese es el motivo por el que te presiona, Mel, no dejes que lo haga; lo que sea que decidas que sea convencida, porque no habrá vuelta atrás.

Melisa se acarició el vientre, rompió en llanto, miró a Bárbara. Blanca la tomó nuevamente entre sus brazos y volvió a repetirle que no había otra salida; finalmente, Melisa concordó con su madre.

Bárbara se dio la vuelta para dejarlas envueltas en la nube de la extorsión y los mandatos que Melisa no quería eludir; imposibilitada de discernir si con su intervención le infundía valor para que tomara su propia decisión, o si estaba realizando el mismo papel de Blanca impulsándola a una elección que Meli no podía tomar por sí sola. Fue por Lucho con la intención de hacerlo entrar en razón y que comprendiera que debía acompañar a su novia. Pero él se mantuvo firme, avalado por el apoyo de sus padres, negándose a aceptar cualquier responsabilidad. No había elegido embarazarla, Melisa lo había engañado. Bárbara recorrió las calles sin rumbo, sintiéndose cómplice en un error que no podía ventilar, pero tampoco evitar. Su hermana era vulnerable, la decisión jamás sería suya si Blanca o Guillermo interponían su opinión y la inmadurez de Lucho le impedía acompañarla. Se sintió atada de pies y manos, sin fuerzas.

«Lo único que nos pertenece es nuestra vida y las elecciones deben ser bien evaluadas para no convertirse en una carga durante el resto de los días».

Ya no le quedaban lágrimas cuando la realidad le dijo que el día podía empeorar. Reconoció a Guillermo saliendo de un edificio con una mujer

tomada de su cuello y envueltos en un descarado beso. Calculó que ella tendría pocos años más que Melisa y la pollera, que apenas le tapaba los muslos, era más corta que la que le objetaran el sábado cuando intentó ir a bailar. No dudó un segundo, cruzó la calle y los enfrentó.

Guillermo Zabala la vio pararse delante de él con los brazos cruzados en su acostumbrada postura acusatoria y le clavó la mirada autoritaria exigiéndole que mantuviera la boca cerrada. Nada más lejos de las intenciones de su hija:

—¿Cómo vamos a llamar a este cuando nazca? —le preguntó.

La mujer que acompañaba a su padre la observó de arriba abajo, pensando que sería una contrincante y rodeó la cintura de su pareja para marcar el terreno que consideraba propio.

—Bárbara, cerrá la boca y no armes un escándalo en plena calle —le advirtió Guillermo.

—Solo hice una pregunta —comentó, para luego dirigirse a la mujer—: ¿Te rindió o lo padeciste?

Blanca no estaba allí para aplicar el correctivo que Bárbara necesitaba y fue el padre quien utilizó su puño contra la cara de la hija, haciéndola trastabillar.

La circunstancial compañera de Guillermo abrió los ojos y se llevó una mano a la boca, sorprendida por la agresión impartida, alejándose un poco de él y sin saber si ayudarla o retirarse del lugar.

—Andate —le ordenó el padre entre dientes.

—Seguro que sí, lo que menos me importa es seguir charlando con vos o con tu nueva amante.

Recogió el bolso del piso y continuó su camino, escuchando que Guillermo intentaba recomponer la situación con la muchacha que lo acompañaba.

Adriana estaba en la estancia de su familia y no podía llamarla para compartir su angustia. Se acarició la mejilla en un acto reflejo, jurándose que sería la última vez que alguien la agrediera.

El padre de Yago conducía distendido su automóvil, al llegar a la esquina clavó los frenos para evitar atropellar a una jovencita y al bajar del mismo reconoció que se trataba de Bárbara, la amiga de su hijo.

—¿Qué te pasó, muchacha? —indagó al descubrir que llevaba un ojo hinchado y que caminaba desorientada.

—Me caí.

No precisó saber más. La subió al coche y la llevó con él hasta su casa donde junto a Lucía le aplicaron hielo y le ofrecieron una taza de té. Los labios de Bárbara estaban sellados; aunque lo intentaron no pudieron obtener un solo dato que aclarara qué le ocurría. Finalmente, Lorenzo decidió que debían notificar a los Zabala:

—Lucía, llámalo a Yago y pídele el teléfono de la casa de Bárbara, los padres deben estar preocupados.

—¡No! —interpuso Yago, ingresando en la sala, acuclillándose frente a su amiga y revisando la herida—: Yo me hago cargo de ella.

—Hijo, hay que avisarles. Bárbara no nos quiere contar qué le pasó, tal vez alguien la violentó y habrá que hacer la denuncia...

—Vamos —dijo, tomándola de la mano y guiándola hacia la salida.

—¿A dónde la llevás? —preguntó la madre.

—A mi casa. Ahí estará segura.

Dentro del auto decidió que era conveniente que la viera un médico y ella se negó.

—¿Qué te pasó?

—Me caí.

—Ese cuento no te lo cree nadie. Decime la verdad —ordenó.

—Me caí —repitió y él supo que no era el momento para seguir indagando. Se limitó a ayudarla a sentarse en el único sillón que engalanaba

el living de su departamento, y a cuidarla con abnegación absoluta.

El timbre sonó anunciando que tenían visitas y provocando que Bárbara temblara imaginando que venían a buscarla.

—Tranquila, son Lucho y el Sapo. Nos íbamos a encontrar en casa de mis viejos. Seguro que ellos les avisaron dónde buscarme.

Los muchachos quedaron boquiabiertos al ver el estado en el que ella se encontraba.

—¿Les dijiste que estoy acá? —preguntó dirigiéndose a Luciano, y el resto de los hombres lo miraron acusatoriamente.

Tadeo no meditó y se lanzó contra el amigo:

—Si fuiste vos quien le hizo esto, te mato.

—Tranquilo, no tengo idea de quién la lastimó —respondió el acusado.

—Llamá a Melisa y que te diga lo que sabe —propuso Tadeo a Luciano, preocupado—. Sé que la madre la había fajado antes, pero nunca tan fuerte.

—No llamen a nadie. Esto no me lo hizo una mujer.

Tadeo se llevó las manos a la cabeza suponiendo que Bárbara se habría enredado con un hombre que había osado maltratarla, y se culpó por esperar a que terminara de crecer antes de confesarle cuánto la quería. Si no hubiera sido tan cobarde ella habría estado bajo su amparo y libre de cualquier malintencionado que pudiera aprovecharse de su frágil cuerpo.

—¿Fue tu padre? —preguntó Lucho—, ¿te pusiste en contra de la decisión y él te pegó?

—¿De qué mierda hablan? —quiso saber Tadeo, enfureciéndose aún más al asumir que había sido el propio padre de Bárbara quien la había lastimado de esa manera—. ¿Cuál decisión?

La muchacha cerró los ojos. Estaba aturdida, cansada, dolorida, mareada. Yago comprendió que no quería dar explicaciones y, aunque las dudas y el deseo de venganza fueran muchos, dio por concluido el interrogatorio:

—Esta noche Bárbara necesita tranquilidad para reponerse. Váyanse, yo

me ocupo de ella.

—¿Por qué vos? —preguntó Tadeo envuelto en celos.

—Porque está en mi casa y no quiere volver a la suya. Mañana ella misma decidirá qué quiere hacer, pero hoy se queda acá y eso no se discute. Lucho, llamá a Melisa y decile que no se preocupe por la hermana, que está bien y que esta noche no dormirá allá.

—La tengo difícil, será mejor que llame Tadeo. En casa de los Zabala ya no soy bien recibido y la verdad es que no quiero tener que cruzar palabra con ninguno de ellos.

La muchacha salió de su silencio para intervenir:

—Voy a ir a buscar mis cosas, pero no me quedaré en esa casa.

—Mañana —aconsejó Tadeo—, mañana te acompaño y después vemos a dónde te llevo —dijo, antes de irse con Luciano.

Solos, en el silencio de la intimidad del hogar de Yago, miraron por la ventana hacia el exterior buscando las estrellas que solían admirar en las cálidas noches de verano.

—Te agradezco por lo de hoy —comentó Bárbara—, pero no te preocupes; mañana busco mis cosas y me voy.

—¿A dónde?

—Ya veré. Hace tiempo que estoy buscando una pensión de estudiantes. Esto me sirve para ponerle más dedicación a la cosa.

—Hoy ya tomaste demasiadas decisiones trascendentales, no es necesario que afrontes ninguna más —aconsejó, acercándose a ella con las manos en los bolsillos del jean y sin tocarla—. Mañana será otro día y todo se verá con más claridad. Tal vez hasta tenga una propuesta que te interese.

Y sin explicarle más la acompañó al cuarto, instándola a que se recostara a descansar, asegurándole que él se acomodaría en el sillón del living y dormiría atento por si ella lo necesitaba.

Tadeo increpó a Lucho en la calle en cuanto salieron del edificio donde vivía Yago, pero el amigo se negó a hablar. La furia y la duda acosaron al hijo del veterinario y, cuando estaba a punto de introducir la llave en la cerradura de su casa, volvió sobre sus pasos y caminó decidido hacia la residencia de los Zabala.

El escribano llegó en el mismo momento y, molesto por encontrarlo merodeando su domicilio, lo interrogó:

—¿Qué hacés acá, vos?

—Quiero hablar con Melisa.

—No.

—¿Quién lastimó a Bárbara? —se arriesgó de una y sin meditar si el hombre estaría al tanto. Tal vez no hubiera sido él quien la agrediera.

—¿Dónde está mi hija? ¿Se fue con vos? —aventuró Zabala, para finalmente darlo como un hecho—: ¿La muy mosquita muerta se atreve a juzgarnos y anda enredada con vos?

Tadeo consideró que si le permitía creer eso la dejarían tranquila y él podría protegerla mejor.

—Bárbara ya puede decidir y decidió irse. Tiene diecinueve años, ustedes la lastimaron y no volverán a hacerlo—se envalentonó.

Guillermo recibió la estocada; su hija era capaz de denunciarlo por agresión; lo había enfrentado con la guardia baja, sin nadie que se interpusiera y se había hecho menester acallarla de alguna manera. Pero no había tenido en cuenta que fue a la rebelde a quien golpeó. Los problemas se resolvían de a uno; si Bárbara estaba lejos sería menos complicado manejar la situación con Melisa y Blanca. No había sido fácil reparar el daño ocasionado frente a su nueva amante con la que pronto se iría a disfrutar de su cuerpo, dejando nuevamente a Blanca que ya no lo saciaba. Bárbara era una mujer, el hijo del veterinario bien podía hacerse cargo de ella.

Melisa escuchó la conversación que su padre mantenía con Tadeo, escondida tras las cortinas del ventanal del cuarto; luego se ovilló sobre su cama. La ira que sentía con ella misma por los errores cometidos viró para depositarse en Bárbara. «Sola», se dijo y comenzó a llorar sin encontrar consuelo.

Tadeo se preguntó cómo podía existir una familia tan desamorada a la que tan poco le importaba un ser especial como aquella amiga que adoptaran como mascota hacía tanto tiempo atrás.

En la mañana, Yago se levantó maldiciendo el dolor de espalda que le provocó dormir enroscado en el sillón. Entreabrió la puerta del cuarto y la vio descansando, serena; perdida en la inmensidad de la cama, parecía un minúsculo cachorrito. En silencio, preparó café, se disponía a tomarlo cuando un mensaje de Tadeo entró a su celular:

Estoy en camino para recoger a Bárbara. Voy con Lucho.

Con rapidez lo respondió, quitando el sonido para evitar que el ruido la despertara:

Manden mensaje cuando estén en la puerta y les abro. No toquen el timbre. Bárbara duerme.

Los tres amigos se sentaron frente a la barra de desayuno que dividía el living de la cocina.

—Seguro que se peleó con la familia. Melisa y yo rompimos —comentó Lucho, cuidándose de no dar detalles—, imagino que eso no ayudó a que el clima fuera el mejor y Bárbara debe haber hecho de las suyas.

—Si los que le pusieron la mano encima fueron los padres —indicó Tadeo—, no les voy a dejar ni un hueso sano. A ese tipo no lo tragué jamás.

—Lo mejor será que esperemos a que ella nos cuente qué ocurrió — propuso Yago, para luego aconsejar—: Sapo, creo que llegó el momento ideal para que le blanquees tus sentimientos.

Tadeo sacudió la cabeza, negando:

—Decírselo ahora sería aprovecharme de que está sola y...

—Ayer, hoy o mañana es lo mismo. Algún día tenés que hacerlo y en este momento es cuando más necesita aferrarse a sentimientos verdaderos. Hace años que la querés, ya creció, intenta ser independiente; confesale lo que te pasa con ella y llevátela con vos.

La conversación se truncó cuando la vieron salir del cuarto. La hinchazón estaba acompañada por una variada paleta de colores que convertían su cara en terrorífica. Tadeo la rodeó con un abrazo y la llevó hasta la barra de la cocina, ayudándola a que se sentara e instándola a que se alimentase.

Bárbara poco podía ingerir si antes no los tranquilizaba:

—No estoy metida en ningún lío, ni fui parte de una pelea callejera — explicó—, pero no voy a decir nada más, así que no pregunten.

—¿De quién tenemos que cuidarte? —indagó Tadeo, comiéndose la bronca por no conocer los detalles.

—¡Ustedes no tienen que cuidarme de nada ni de nadie! —exclamó furiosa—, siempre me manejé sola, no veo por qué ahora tendrían que andar cubriéndome las espaldas. Tengo un ojo mocho porque estuve lenta de reflejos.

—Bárbara —intentó Lucho—, además de tu ojo te fuiste de tu casa y...

—Ni se te ocurra hablarme —le espetó—. Agradezco la ayuda pero con vos está todo mal y todavía soy muy capaz de partirte la boca de una trompada para que te acuerdes de mí toda la vida.

—Algo le hiciste —comprendió Tadeo y al instante dejó caer su puño sobre el hombro del inculpativo.

Bárbara depositó, sin delicadeza, la taza de café sobre el platillo:

—Vamos a poner las cosas claritas —dijo resuelta a que no hubiera malos entendidos—, Lucho fue mi cuñado hasta ayer; el muy forro le rompió el corazón a mi hermana y eso lo ubica en el lugar de enemigo. No me importa que ustedes sigan siendo sus amigos, pero conmigo está todo mal y no quiero ni verlo cerca.

—Ridículo —sentenció Tadeo—, es una tontería que, porque él y tu hermana no estén juntos, vos lo crucifiques.

—La entiendo —se lamentó Lucho y el resto no indagó, suponiendo que el hombre era el responsable de la separación.

—Por otro lado —continuó Bárbara—, si bien las cosas se desarrollaron de manera tan precipitada que antes de que pudiera encontrar alojamiento me fui de casa, y aclaro que no pienso regresar, te agradezco que me recibieras acá —dijo, mirando a Yago—, pero es solo por hoy, ya voy a encontrar dónde vivir...

—Desayuná tranquila —propuso Yago—. Los chicos te van a acompañar a buscar tu ropa. Te quedás acá unos días, hasta que tu cara no asuste y después ves qué hacés.

Luciano encendió el televisor en el canal de deportes para evitar cualquier diálogo o cruce de acusaciones. Yago recogió la vajilla, Tadeo palmeó las manos indicando que era tiempo de ir a buscar las pertenencias de Bárbara. Antes de encaminarse a la salida increpó a Yago, guardando que el resto no los oyera:

—¿Por qué tiene que quedarse con vos?

—Llevátela —lo confrontó Yago.

—No puedo llevarla a casa, mi viejo sabe que me gusta y mi vieja es muy capaz de alojarla a ella y rajarme a mí.

—Entonces, lo mejor es que dejemos las cosas como están —culminó el debate antes de cerrarles la puerta.

Bárbara ingresó al que fuera su hogar sin sorprenderse por encontrarlo desierto en ese horario; Melisa estaría en la facultad y sus padres trabajando. Recogió aquello que consideró indispensable y dejó sobre la mesa del comedor la nota que elaborara con anterioridad y en la que simplemente les informaba que no regresaría pero su teléfono móvil continuaba habilitado por si necesitaban contactarla. No emitió palabra durante el camino de regreso.

—Te ayudo a subir las cosas —dijo Tadeo, al bajar la valija y un bolso del auto.

—No. Váyanse. Los dos están llegando tarde a la facultad. Yo me arreglo —aseguró, entregándole un beso a él y una simple mirada a Luciano.

Yago la recibió, la observó dejar los bultos en un rincón del living esperando saber qué lugar se le asignaba y, enternecido, le ofreció el café que ella aceptó gustosa.

Sentada en el taburete frente a la barra de desayuno, con ambas manos sostenía la taza que acababa de volver a llenar y mantenía la mirada perdida más allá de los cristales de la cocina. Bella, inocente y al mismo tiempo con toda la garra que siempre había tenido para enfrentar los molinos de viento que el destino erigía a su paso a lo largo de toda su corta existencia. Quiso cobijarla entre sus brazos y darle todo el calor que jamás nadie le había dado, quiso que bajara las defensas para él y poder enseñarle el camino hacia la libertad. Pero al mismo tiempo recordó cuán débil podía ser cuando la tenía pegada a su cuerpo y tuvo que repetirse hasta el cansancio que Bárbara era el amor de Tadeo y llevaba el sello de prohibida. El embelesamiento con el que la miraba mutó a ira en el preciso instante en que ella volteó la cabeza y sus ojos entablaron un diálogo sin palabras que Bárbara decidió dar por terminado levantándose y tomando las tazas para lavarlas. Yago continuó con la espalda apoyada sobre la pared, imposibilitado de moverse de allí para ir a ayudarla, seguro de que primero debía calmarse, de lo contrario la obligaría a

confesar quién la había herido, recurriendo a caricias y besos ansiosos.

Ella terminó de dejar en condiciones la zona de la cocina y guardó cada utensilio en los lugares encontrados a fuerza de prueba y error. Finalmente giró para enfrentarlo:

—Vuelvo a darte las gracias —repitió, para tomar impulso antes de decir todo lo que planeó mientras aseaba—. Sé que estábamos un poco peleados..., así que te agradezco de corazón que igual me trajeras a tu casa.

—Somos amigos, más allá de las diferencias.

—Sí —casi sonrió—. Igual, no te preocupes; como dije antes, no seguiré incomodándote. Voy a darme una ducha, trataré de tapar este engendro —dijo, señalando su ojo amoratado— y después voy a ir a algunas pensiones que todavía no visité.

—No es necesario.

—Sí, sí lo es. Este es tu departamento de soltero. Si estás instalado acá es porque querés intimidad. Además, yo necesito encaminar mi vida.

—Ayer te dije que tenía una propuesta para hacerte —la interrumpió Yago, despegándose por fin de la pared y caminando hacia ella, dejando que la barra del desayunador se interpusiera entre ambos antes de comentarle—: Sí, me mudé para tener intimidad, pero estoy teniendo serios problemas para mantener esto solo.

—No me boludees, tus padres tienen mucha guita y...

—Así como vos querés ser independiente y valerte solita, yo estoy en la misma. Con la universidad apenas si me queda tiempo para ganarme unos mangos en el estudio de mi viejo, pero lo peor no es eso. —Bárbara rodeó el desayunador y se sentó sobre la barra frente a él. La tenía a solas, en su casa, cerca, y el deseo por abrirla las piernas y dejarla expuesta fue demasiado grande, por lo que decidió alejarse y transmitirle toda la idea caminando por el estrecho espacio, seguro de que la solución que le propondría a Bárbara era la prueba de amistad más grande que debería enfrentar para no traicionar a

Tadeo—: Las chicas que vienen se ocupan de ciertas necesidades mías —y se aplaudió del camino por el que llevaba la conversación—, pero hay otras necesidades que quedan absolutamente incompletas. La guacha de Carla no me consiguió a nadie que pudiera darme una mano en mantener este lugar en condiciones...

—O sea —lo frenó—, necesitás una mucama.

—Yo no diría tanto —se apresuró a negar, avergonzado—, lo que necesito es alguien que me ayude a dejar este antro como algo parecido a un sitio habitable.

—Una mucama —repitió.

—Dicho de esa manera...

—Acepto.

—Pará, enana. No estoy diciendo eso, necesito que me des una mano. Sé cocinar e ir al supermercado, pero no tengo ni idea de cómo planchar una camisa; hace meses que ando en remera para no tener que afrontar esa tortura, el invierno va a regresar y...

—Vamos a dejar los puntos bien claros —propuso Bárbara, frenando el andar de él, tomándolo de la mano y obligándolo a sentarse junto a ella—. Primero: yo gano guita; así que parte de mi sueldo será para ayudarte a solventar los gastos. Como sé que no va a alcanzar, al resto te lo cubro dejando tu antro y tu ropa tal y como los querés. Segundo —continuó sin darle posibilidad a que retrucara—: voy a abandonar la facultad porque no es lo que me interesa, pero sumaré más horas en los talleres de actuación con lo cual, entre eso y mi laburo en la veterinaria, me tendrás que soportar poco. Y tercero: en cuanto pueda irme me iré a tener mi propio antro. Si antes de que eso ocurra tengo ganas de matarte, o tenés ganas de acogotarme, este acuerdo se rompe y listo.

No muy seguro de lo que hacía, Yago extendió la mano para sellar el trato. Entre las ocupaciones de ella y las de él, apenas se cruzarían y no le resultaría

tan difícil mantenerse incólume. En ese pensamiento estaba cuando la pregunta de Bárbara lo sorprendió:

—¿Cómo vamos a hacer con las parejas ocasionales? A lo mejor tenés novia fija y se te arma flor de quilombo por mi culpa.

—No tengo pareja —comunicó él, pero la idea de verla con otro hombre dentro de la casa, incluso si ese hombre era Tadeo, lo incomodó en extremo y su ceño fruncido lo puso en evidencia.

—Ok, es un problema menos. Porque explicarle a una mina que instalaste a otra en tu casa no iba a ser fácil. Igual —dijo, juntando las manos para dar una palmada—, tenemos que ponernos de acuerdo en la forma en que manejaremos el temita de los «ocasionales». Si pago alquiler, quiero tener derechos.

—Ocasionales —repitió él, como si no comprendiera.

—Yago, entiendo que es temprano, pero a la que le golpearon la cabeza es a mí y el que no caza una sos vos. Voy a dejártelo bien clarito: vas a traer una mina para coger y quiero saber cómo me voy a enterar para no joderte.

—Puedo no traerlas acá —respondió incómodo.

—No sería justo, es tu casa, estarás acostumbrado a traerlas. Hagamos una cosa, cuando las traigas mandame un mensaje, así yo me encierro en el otro cuarto y no te interrumpo.

La idea de intimar con alguna mujer y saber que Bárbara estaría a pocos metros le revolvió las tripas; pero mucho más comprender que a ella no le ocurría lo mismo. Las imágenes se sucedieron en su mente con tanta rapidez que no pensó que el segundo de los cuartos de la casa estaba despojado de muebles y la única cama existente en todo el ínfimo departamento era la que había usado Bárbara esa noche.

—Por otro lado —continuó ella como si lo hubiera leído—, tenés una sola cama. No puedo ir a casa a buscar la mía, así que la guita que pensaba dejar como garantía en alguna pensión la voy a usar para comprarme una para mí.

—Yago deseó que no quedara un solo negocio de colchones abierto en todo el país—. ¿Me seguís? —preguntó al verlo perplejo—. Si voy demasiado rápido, avisame. O sea... si algo no te cierra, decilo ahora. No me voy a bancar que vengas después a tirarme nada en cara. Tenemos un trato y lo rompemos en cuanto a alguno de los dos le joda. ¿Estamos?

—Vos tenés todo demasiado claro —se animó a decir—. Vayamos de a poco. Tengo muy mal humor en las mañanas y no me gusta que me hablen, mucho menos escuchar ruidos; si cantás en la ducha, bañate de noche. Necesito ir al gimnasio, tomar un café, ducharme e ir acostumbándome al día de a poco. Y, desde que te levantaste, no hacés otra cosa más que taladrarme a propuestas.

—Empezamos mal. El que arrancó con el temita de las propuestas fuiste vos, lo mío simplemente fue mejorarlas dándoles la forma necesaria para hacerlas posible.

—Ponele.

—¡Ah, no, flaco! Conmigo tenés que ser claro. Ponele, las bolas —advirtió, levantándose del sillón y encaminándose al baño.

—¡Enana! —la llamó—, te dije que primero tomo café y después me baño, ni se te ocurra aventajarme y entrar a ducharte antes.

—También dijiste que no te gusta hablar a esta hora y sin embargo te mandaste flor de discurso. Me baño primero porque en media hora tengo que estar lista. Alpiste, perdiste.

Él se levantó con intención de ganarle en la corrida al baño, pero ella llegó primero y trabó la cerradura. Sonrió como hacía tiempo no lo hacía, hasta que el «ocasionales» dicho por Bárbara se encargó de fruncirle cada músculo de la cara.

—Enana, cuando los ocasionales los traigas vos, ¿voy a tener que encerrarme en mi cuarto o podré hacer uso del resto de las instalaciones?

—No te preocupes —le respondió desde debajo de la ducha—, a mis

ocasionales no los traigo, me llevan.

Desde la veterinaria, y aconsejada por el doctor, llamó al celular de su madre para explicarle que estaba alojándose en casa de amistades. Blanca se encontraba con Melisa en la sala de espera de quien se ocuparía de extinguir cualquier rastro de la relación de su hija con Luciano y no se mostró demasiado amistosa, simplemente preguntó:

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor que otros —respondió con segundas intenciones—. Llamé a Mel, pero no pude encontrarla.

—Está conmigo —comentó Blanca, como si eso fuera suficiente información. Bárbara temió preguntar y la madre fue tajante—: En este momento no podemos hablar con vos.

—¿Cómo está ella?

—Solucionando su vida —le informó.

—No demoraste ni un día, mamá —se lamentó.

—Entendé que hoy no podés ser el centro del mundo. Tu hermana me necesita, hablaremos en otro momento.

Era una nueva extorsión emocional para aplacar reclamos y ocultar responsabilidades. Sus padres manipulaban la vida de ambas con el propósito de mantenerlas en aquel sitio donde no fueran una molestia y Melisa, sumisa, lo aceptaba.

¿Qué la unía a todos ellos? Tenía diecinueve años, la sabían enojada, defraudada y agredida físicamente pero, aun así, su madre simplemente se limitó a preguntarle cómo estaba, porque en ese momento lo fundamental era terminar con el error de Mel. Decidió que definitivamente debía alejarse de tanto desamor y de tanto engaño. «Tranquila, Blanca, ya no seré un problema», pensó, en tanto cortaba la comunicación y sellaba la puerta de

acceso de los sentimientos hacia sus progenitores.

Bárbara se acostumbró a la rutina en casa de Yago. Se cruzaban en el desayuno y ocasionalmente en las cenas, vivían bajo el mismo techo, pero comenzaban a convertirse en extraños. Compartían el aire, las paredes, pisaban el mismo suelo y sus letras se mezclaban en la lista de los artículos a comprar en el supermercado, que pendía de un imán en la puerta de la heladera.

A fines de enero, Yago se fue de vacaciones con amigos y su ausencia aumentó la soledad de Bárbara, pero también le permitió el tiempo de introspección necesario para acomodar ideas y sentimientos. Guillermo renegaba de ella y Blanca no se atrevía a confrontar con él; el abandono al que estaba acostumbrada dolió menos que el alejamiento de Melisa. Al principio intentó comprender a su hermana excusándola con mil y una teorías, hasta que finalmente entendió que adoptaba la misma postura que la madre, evitarla para no tener que enfrentarse a Guillermo. Adriana, de familia adinerada, desaparecía de Buenos Aires ni bien terminaba el año académico y no regresaba hasta el comienzo del próximo; por mail o por teléfono no era conveniente explicarle el cúmulo de cambios ocurridos. Tadeo se acomodó al lugar que ella aceptó darle a su lado; bregando siempre porque reviera la amistad con Lucho, desconociendo los verdaderos motivos por los que Bárbara continuaba rechazándolo. Guille, su hermanito, era la luz de

esperanza que le infundía fuerzas. Por él debía seguir adelante; por él y por ella misma; para demostrar que, a pesar de vivir entre cuervos, se podía volar tan alto como el cóndor y conseguir la cima.

Tadeo no pudo concentrarse en ninguna de las clases esa mañana de abril. El malestar provocado por continuar sin saber qué había desencadenado la huida de Bárbara de su casa, se sumaba al que le retorcía las tripas sabiéndola en la de Yago, compartiendo una intimidad de amigos que consideró demasiado peligrosa. Yago no era precisamente un hombre cuya amistad se podría poner en duda, pero Bárbara era demasiada tentación. Aun así, qué podría reprocharles, él todavía no se había animado a declararle su amor; ella era libre. Continuaba debatiendo cuál sería el momento indicado para sincerarse cuando la vio cruzar la calle rumbo a la parada del colectivo y la llamó.

Bárbara le respondió haciéndole señas con la mano y esperó a que llegara a su lado. El ruido imperante frente a la facultad, donde convergen varias avenidas, los obligó a elevar la voz:

—¡Por fin aparecés por acá! —la retó.

Bárbara no le prestó atención, bebió un poco de su gaseosa por el pico de la botella y le comunicó:

—Vine a buscar mi libreta universitaria.

A Tadeo le gustaba tenerla cerca. Sabía que para Bárbara estudiar Veterinaria era una farsa momentánea; pero compartir con ella el recinto y ser una especie de tutor al que acudir cuando no comprendía algún tema le agradaba. Mucho más en ese momento en el que la muchacha vivía con Yago y la universidad era el único sitio donde la tenía en exclusividad.

—Finalmente abandonaste la carrera —dijo, parando un taxi.

—Sí, no es lo mío. La usé como excusa para ausentarme de casa, pero ya

no es necesario. La mamá de Adriana me había hablado de un trabajo en la empresa de unos amigos de ella, llamé y acepté.

—¿Dónde?

—En una productora; mi tarea sería de administrativa, pero pienso inmiscuirme en las otras áreas y ver todo el trabajo. El horario me conviene porque me deja gran parte de la tarde para seguir con las clases de actuación y la veterinaria de tu viejo.

Al llegar a Las Cañitas se sentaron a una mesa del primer piso del local de cerveza artesanal.

—No tenías que traerme hasta acá para celebrar que te liberaste de mí en la facu —le dijo burlona—, pero agradezco la invitación. ¿Puedo pedir lo que quiera?

—Obvio.

—Pero, mirá que no tengo un mango. ¿Pagás vos?

—Sí, tranquila, pago yo —aseguró Tadeo.

—Genial —dijo, haciendo muecas, antes de recoger el menú.

Tadeo estaba muy nervioso. Bárbara ya no era una niña y podía confesarle sus sentimientos. No sabía por dónde comenzar. La conocía desde pequeña, casi que la había criado junto con los chicos de la barra. «No —se indicó—, no tengo que engancharme en esa. Es una mujer. Tengo que ir directo, como con cualquier otra, tal y como me aconsejó Yago.»

—Bárbara... —arrancó, infundiéndose ánimo, cuando lo interrumpió la presencia junto a ellos de la camarera.

—Una rubia en chop, aros de cebolla, bastoncitos de muzzarella, nachos, y... rabas.

—Ya la oyó —ratificó Tadeo—, traiga todo eso para dos.

—¡Ay! Genial. Te quiero, Sapito. Hoy me pienso llenar la panza con gusto, Yago cocina para el orto.

—Bárbara... necesito que hablemos.

—Dale. ¿Tenés problemas con alguna minita?

—No, bueno... más o menos.

—Contame, soy toda oídos.

—Estoy enamorado desde hace tiempo —dijo, tirándose a la pileta.

—¿Estás saliendo con alguien fijo y yo no lo sabía?

—No precisamente —aclaró—. Lo que quiero es que ella conozca lo que me pasa y de una vez por todas estemos juntos... Fijo, como vos decís.

—Te gusta alguien.

—Sí —respondió, sabiendo que el tiempo de la amistad se extinguía.

—Decís que estás enamorado de ese alguien.

—¡Sí! —exclamó contento, intuyendo que ella comenzaba a comprender de qué iba la charla.

—Pero la mina no sabe nada todavía.

—No. No se lo dije aún. No de la manera en que ella merece saberlo.

—Explicame una cosa. ¿Cómo estás enamorado de alguien que no tiene ni la más puta idea de que existís?

—Ella sí sabe que yo existo —la corrigió, frunciendo el ceño.

—¿Te tiró onda? ¿Chaparon?

—No —negó molesto. La charla no se encauzaba por los caminos que él pretendía.

—Sapo, no quiero ser cortamambo, pero no podés asegurar que estás enamorado de alguien con la que ni siquiera chapaste. Te gusta una mina y punto. Decíselo y se acaba el drama.

—Mejor callate y escuchame. Estoy enamorado de una mujer que conozco hace mucho tiempo, pero a la que jamás le dije lo que sentía por ella.

—¿Por? ¿Es ortiba? ¿La conociste por Facebook y vive al otro lado del mundo?

—¡No! —gritó irritado.

—No te calentés. Pregunto para comprender cómo es posible que te guste

una mina y ella no esté enterada. Algo raro hay en el medio, vos no sos de guardarte las ganas.

—No le tengo ganas. La quiero.

—Tadeo, ¿estás enfermo?

—¿Podés no portarte como una boluda?

—Que me pagues una cerveza no te da derecho a insultarme —indicó molesta y empujando la silla hacia atrás.

—Sos un juancito cualquiera. No tengo ni la más puta idea de cómo fue que me enganché con vos. ¿Qué carajo te vi como para estar hasta las manos como un pelotudo?

Se quedó muda al escucharlo. Las preguntas que se hiciera antaño comenzaban a recibir respuestas. Tadeo todavía gustaba de ella. Al mismo tiempo en que su autoestima crecía, su personalidad reclamó:

—¿Como un pelotudo?

—Sí. Sos una pendeja, te faltan tetas —enumeró, opacado por la falta de sintonía con ella—, hablás como un pibe, para verte las piernas hay que invitarte a jugar al fútbol...

—Metete tu amor por el orto —aconsejó, levantándose de la mesa en el momento justo en que la camarera les traía el pedido y terminó de descargarse con ella—: A este lugar no vengo más. Tardan un siglo en servir.

Salió de la cervecería despotricando por haberse perdido los manjares, maldiciendo porque Tadeo cambiaba de categoría nuevamente dejando de ser el amigo para convertirse en el galán-renegado. Entró en el departamento cerrando de un portazo, se quitó la ropa ansiosa por darse un baño. Sumergida en la bañera su mente no dejó de elucubrar y el nombre de Yago estalló haciéndole saber que él debía estar al tanto porque era el mejor amigo de Tadeo.

Se envolvió en el toallón y aporreó la puerta del privado de su «casero».

Yago abrió vestido tan solo con un bóxer.

—¿Pasa algo?

Sin esperar a ser invitada, se metió empujándolo en el área de él. Una vez allí, comenzó a espetarle:

—Vos le aconsejaste al Sapo que se me declarara.

—Bárbara, si no es urgente —propuso, tomándola del codo e intentando alejarla del cuarto—, prefiero que dejemos esta conversación para otro momento.

—Ni pienso. Me cagaron el día entre vos y él.

—Bárbara —insistió con el ceño fruncido—, estoy acompañado y me estás interrumpiendo.

—¡Hey! —reclamó a quien estuviera con él, parándose en puntas de pie e intentando ver más allá del hombre de Yago—, nena, vas a tener que irte. Estoy muy enojada y necesito estrangularlo.

Finalmente él la alejó de su privacidad conduciéndola hasta la de ella.

—Última vez que te comportás así. Sí, le aconsejé a Tadeo que de una vez por todas te dijera que está enamorado de vos. Me arrepiento de dar tan malos consejos pero por lo visto no puedo volver el tiempo atrás para retractarme.

—¿Qué te hizo pensar que yo lo iba a aceptar? —preguntó, clavándole el índice en el pecho.

—No tenía ni idea de si lo aceptarías o no. Pero te quiere desde hace mucho y ya era tiempo de que te lo dijera. Imagino que te comportaste como una mujer —deseó, llevándose las manos a la cintura del bóxer— y habrás sabido rechazarlo si no te pasa lo mismo con él.

—La próxima vez que aconsejes a alguien, no te olvides de explicarle que no sea grosero.

—¿Qué pasó? —preguntó, alisándose el enrollado y corto cabello, en tanto ella no perdía su postura amenazante.

—Dijo que no tengo tetas. O sea... dice que me quiere a pesar de que no tengo tetas, y de que... de que soy un juancito.

Yago no pudo contener la risa. Bárbara se quedó mirándolo muy seria, hasta que terminó por contagiarse.

—¿Café? —propuso ella.

—Mejor una cerveza. Pero primero tendrás que vestirme y yo despedir a mi polvo. No pensé que vendrías tan temprano.

Avergonzada, al darse cuenta de que estaba con apenas una toalla, le sonrió y esperó a que saliera del cuarto para calzarse una remera y un pantalón deportivo en tanto despotricaba porque él no le había enviado el acordado mensaje para advertirle que estaba acompañado.

Ya solos, se sentaron en las butacas frente a la barra de la cocina.

—Debe estar hecho pelota —lamentó él, pensando en su amigo.

—Siempre gustó de mí, ¿no?

—Sí.

—Por eso se enojó cuando en mis quince...

—No recuerdes eso. Fue una estupidez de pendejos.

Una estupidez que nadie había repetido con ella con la misma intensidad. Miró a su amigo; las líneas del perfil de su rostro, los labios prominentes y carnosos mojados por el néctar de la cerveza. Bajó la mirada intentando escapar de los deseos que le provocaba observarlo mientras recordaba el encuentro en su cumpleaños, y se percató de que todavía estaba en bóxer.

Yago no fue ajeno al recorrido hecho por Bárbara. Ella sí se había animado a realizarlo; él, en cambio, se negó a pensar que debajo de la remera solo estaba la piel de Bárbara. Dejó la cerveza sobre la barra, se incorporó y, sin volver la vista hacia ella, dijo:

—Hablá con Tadeo y pónganse de acuerdo en qué van a hacer con su amistad de ahora en más.

Luego del escrutinio que le había realizado, Bárbara no podía permanecer el resto de la noche bajo el mismo techo que Yago. Dejó el vaso sobre la mesada de la cocina y decidió vestirse adecuadamente para salir a caminar sin

rumbo por el barrio. El llamado de Adriana a su celular le entregó esperanzas.

—Regresamos de viaje esta mañana —comunicó la amiga—. Llegué molida y dormí hasta ahora.

—¿Seguís muy cansada?

—No, ya me repuse. ¿Querés que te pase a buscar y vamos a tomar algo?

—No, mejor nos encontramos en el bar de Juramento.

Allí le hizo un resumen rápido de lo ocurrido en los meses en que estuvo ausente, evitando comentarle del embarazo trunco de Melisa. Adriana, envuelta en lágrimas, se apuró a ofrecerle refugio en su casa, pero Bárbara le explicó que ya tenía el tema resuelto gracias al pacto que había sellado con Yago.

—¿En casa de Yago? ¿Solos? —se sorprendió la amiga.

—Sí. Hicimos un buen trato.

—Bárbara, Yago te gustó siempre, no me parece buena idea, justo ahora que estás sola y con las defensas bajas, que te instales con él.

—No tengo las defensas bajas. Es más, él estaba hoy con una mina y no se me movió ni un pelo.

—¿Con una mina en la casa y estando vos presente?

—Caí de sorpresa después de que el tarado de Tadeo se me declarara diciéndome que no tengo tetas.

—¿Podés ir por partes? —reclamó Adriana— Me estás tirando un montón de data toda junta y no puedo atar cabos.

Bárbara resopló, bebió un trago y comenzó a ser más clara:

—Me crucé con Tadeo en la facultad cuando fui a darme de baja. Me invitó a comer algo y antes de que nos trajeran la comida me dijo que siempre estuvo enamorado de mí.

—Eso se veía venir —comentó Adriana.

—Bueno, finalmente lo confesó, pero no sé qué dije y todo su amor se fue a la mierda y me tiró la de que no tengo tetas y que soy un juancito.

—Y te enojaste —concluyó, conociéndola.

—Obviamente. Me enojé y lo dejé plantado, me fui a casa de Yago y me metí en la ducha para sacarme la bronca. En eso estaba cuando caí en la cuenta de que el otro debía estar al tanto y lo fui a encarar.

—¿Estaba al tanto?

—Sí, me confesó que fue él quien instó a Tadeo para que finalmente blanqueara lo que siente por mí. Lo cagué a pedos. También es mi amigo y no se le ocurrió consultarme primero —comentó, acercándose a ella y achicando los ojos—. Si lo hubiera hecho, Tadeo no se comía el rechazo y yo no tendría que haberlo escuchado maldecirse por estar enamorado de alguien que se parece más a un varón que a una mina. —Dijo eso y de inmediato revisó visualmente el estado de su anatomía—: No serán exuberantes, pero me gustan. Son mías, auténticas y bien que las disfruto.

Adriana se largó a reír con ganas. Cuando se hubo calmado, sorbió un poco de la bebida y le preguntó:

—¿Qué sentiste al verlo con otra mujer en la intimidad?

—Estaba tan furiosa que no me di cuenta de eso hasta que la echó y nos quedamos solos. Yago en bóxer es una tentación enorme —confesó Bárbara.

—Sí, eso dicen.

Bárbara se revolvió incómoda en la silla, había conocido a muchas de las mujeres que podían asegurarlo y la sensación, que no había sentido cuando lo increpó, la invadió.

—Igual —continuó Adriana—, a vos no tiene por qué joderte el tema. Jamás te cogiste a nadie, no podés tentarte con algo que no probaste.

—Pero resulta que ahora me intriga saber de qué me estoy perdiendo —dijo, sonriendo y haciéndole un guiño.

—Estamos en el lugar indicado para que soluciones tu ignorancia —le advirtió, encendiendo la mecha.

«¿Por qué no?», se preguntó Bárbara. No se preservaba para nadie. Tenía

muy en claro lo que era satisfacerse, pero desconocía cómo sería llegar al mismo estado con un hombre.

—Adriana, ya hablamos demasiado por hoy. Quiero conocer la magia debajo del bóxer.

Su amiga la miró indagando si sería verdad que finalmente se había decidido a dar el paso. Temió que hubiera tomado sus palabras como un desafío y prefirió asegurarse antes de sentirse responsable:

—No me parece que sea la noche indicada. Estás molesta con tu familia, con Tadeo y como broche lo viste a Yago en calzones y con una chica.

—Tengo todos los ratones disparados —aceptó—, pero estoy lo suficientemente lúcida como para asegurarte que necesito dejar atrás a la Bárbara ingenua y terminar de convertirme en mujer.

Otearon el entorno, en la barra vislumbraron a un par de conocidos de Adriana y, con la claridad con la que se podían leer los pensamientos, tomaron la actitud de guerra necesaria que provocó que ellos se les acercaran.

—Ahí vienen —le advirtió Adriana—. Asegurate de que use condón y hagamos danzar roedores.

Bárbara terminó en los brazos de uno de ellos, bebiendo besos que no se parecieron a los de Yago. No dejaría de ser niña de la mano de su amigo, esta vez no fue a él a quien recurrió como maestro. Necesitaba a un hombre y en aquel momento tenía uno frente a ella. Uno que le resultó atractivo y lo coronó como el dueño de su inminente despertar al sexo; sin preguntarse si había estado guardando el tesoro para un pirata que jamás dio señales de estar interesado en robarlo. No dudó y lo acompañó a un hotel donde ofreció su intimidad hasta encontrar las respuestas que la llevaron a descubrir que el gozo correspondía a la carne y que, sin sentimientos de por medio, las heridas no se abrían, ni sangraban.

«Por mí —dijo, cuando regresó al departamento y cerró la puerta—, por la Zabala que nadie va a destruir». El sonido del celular la sacó de su

pensamiento.

—Bárbara, vení a casa por favor. Papá acaba de irse nuevamente y no me contesta los llamados. Mamá se tomó un frasco de pastillas.

Se vistió con prisa y bajó hasta la vereda para subirse a un taxi. En la puerta de la casa estaba estacionada la ambulancia y, dentro, los vómitos de Blanca se mezclaban con las lágrimas.

—Debo hospitalizarla —indicó el médico.

—Déjenos que le cambiemos la ropa —pidió Bárbara y el hombre aceptó, recomendándoles que se apuraran, en tanto comunicaba por el radio al sanatorio el cuadro que transportaría.

La desnudez de Blanca dejó al descubierto moretones. Las hermanas se miraron. Melisa se apenó por su madre; Bárbara se preguntó qué llevaba a un ser humano a desear con tanto fervor estar cerca de su verdugo.

Solas, sentadas en el banco de la sala de espera del sanatorio y con las manos entrelazadas, las hermanas unieron sus cabezas y cerraron los ojos. Bárbara interrumpió el silencio, preocupada por conocer quién padecería ahora a su padre:

—¿Se fue con la mamá de Guillermito o con la pendeja con la que lo pesqué a fin de año?

—No sabía que lo pescaste con alguien—respondió Melisa—, pero no nos dijo con quién se iba. Lo hizo sin más.

—Como hace siempre —se encargó de recordarle.

La hermana mayor escondió la cara entre las manos. Transitaba por una grave inestabilidad emocional. Se sentía sola, abandonada por todos. Precisaba el consuelo que no podía recibir porque no había quién se lo otorgara:

—La culpa es mía —dijo entre sollozos.

—No empieces; no puede ser tu culpa que el tipo sea un hijo de puta.

—Es mi culpa. Papá no sabía nada del... —Melisa no podía poner en

palabras lo ocurrido, Bárbara le apretó la mano para que comprendiera que no era necesario explicar más. La hermana continuó—: Vino a buscar sus cosas sin dar explicaciones, mami quiso retenerlo y le contó todo lo mío, supongo que con la intención de conmovirlo, pero él empezó a insultarme y la acusó a ella de ser la responsable.

Se arrepintió de no continuar viviendo en aquella casa para mitigar un poco el dolor por el que atravesó sola su hermana. Elevó la cabeza y vio que Guillermo se les acercaba.

—No te necesitamos. ¡Andate! —exclamó Bárbara, poniéndose de pie, furiosa, pensando en el cuerpo marcado de Blanca y el dolor en el corazón de Melisa.

—Ni se te ocurra dirigirme la palabra —dijo colérico el hombre—. Blanca es una inútil que no hace otra cosa que sumarme problemas. ¿Qué es lo que les cuesta tanto entender? No la quiero.

—Papá... yo —intentó Melisa, en tanto Bárbara la envolvió en un abrazo.

—No me hables, Melisa. Estoy muy enojado con vos. Me hiciste creer que estudiabas con Luciano y lo que hacías era divertirte.

—Aprendemos de vos —lo enfrentó Bárbara, para que dejara de atacar a Melisa y virara la mira hacia ella—, que te la pasás haciéndolo con medio mundo. ¿Qué le hiciste a mamá? —preguntó con los ojos rojos de ira.

—¿Creés que la obligué a empastillarse? No seas tonta, no tengo nada que ver con eso.

La llegada del médico impidió que Bárbara reclamara explicaciones sobre las marcas en el cuerpo de su madre.

El estado de Blanca, aunque requería de cuidados, era estable y Guillermo se ocupó de firmar papeles administrativos, dejar el número de su teléfono celular para que lo llamaran ante cualquier novedad, e indicarle a las hijas que se incorporaran, él las llevaría hasta la casa.

Melisa decidió no contradecirlo.

—Esto es lo que hiciste y dejaste que ella se hiciera —reprochó Bárbara a su padre en plena calle— ¿Por qué volvés? ¿Por qué no te vas de una buena vez y te olvidás de nosotras?

—¡Claro!, y ser como vos, que te importó una mierda lo que hice por educarte para que fueras alguien en la vida, y me pagaste dejando la carrera para convertirte en la empleadita de una productora donde te tirarán un papel de mala muerte en alguna obra y te darás el gusto de convertirte en bataclana. O ser como tu hermana, que no sabe limpiarse los mocos pero dejó que le metan un pibe en la panza.

—Melisa se enamoró. Pero por mí no te preocupes, aprendí todas las lecciones que me enseñaron. No soy tan ingenua como ella, a mí no van a engañarme. Los hombres no aman, cogen. Siempre me reprocharon que me comportara como un varón; abran los ojos, soy mujer pero entre las sábanas pongo en juego todos los preceptos masculinos. A mí, nadie va a marcarme.

Nuevamente, Bárbara recibió la furia del padre en medio de la cara. Melisa tembló de miedo suponiendo que sería la próxima a quien él aleccionaría con golpes.

—Conmigo no te cuidás. Me pegás donde todo el mundo puede comprobar tu violencia. Vámonos —indicó Bárbara a su hermana, para alejarla de allí y llevarla con ella a casa de Yago.

—De ninguna manera —se interpuso Guillermo, sabiendo que si la mayor estaba con él la menor no se envalentonaría—, Melisa viene conmigo. Ella no reniega de mí como lo hacés vos.

Bárbara interpeló a su hermana con la mirada, Melisa bajó la cabeza antes de confirmar que se iría con el padre.

—No vayas con él —le rogó—. Humilla a mamá y ella no lo denuncia; mirá el grado de maldito poder que este tipo ejerce. No te vayas con él, vení conmigo.

Melisa le dio la espalda y comenzó a caminar detrás de Guillermo.

—Hasta acá llego. No existe cordura posible estando entre ustedes. Él es un loco —le gritó a Melisa—, y vos preferís su «compañía» antes que la mía. No quiero esta vida para mí. Ustedes están tan enfermos como mamá.

Recorrió el camino hasta el departamento, a pie. Ya dentro, pegó la oreja a la puerta del cuarto de Yago intentando averiguar si estaba acompañado o durmiendo. El silencio le advirtió de lo segundo y no quiso despertarlo.

Ese sábado, casi rozando el mediodía, Yago despertó y la encontró sentada sobre uno de los taburetes frente al ventanal, con un pie apoyado en el marco y el otro colgando inmóvil hacia el piso. Estaba vestida con una remera suelta y gastada que seguramente sería lo que usaba para dormir; con la mirada perdida hacia el exterior, observando la nada; con el cabello libre y como al descuido, sin una gota de maquillaje y con todo un cielo de estrellas dibujado en su tez. Tan dulce, tan sola, tan madura. La ternura que le provocó mitigó la erección que amenazó con acosarlo al descubrirla. Por lo abstraída que la notaba supuso que algo le había ocurrido durante la noche y no creía que tuviera que ver con la declaración realizada por Tadeo.

Bárbara detectó su presencia y carraspeó bajando los pies al piso para dirigirse a la cocina a preparar café, dejando que su melena le ocultara parte de la cara.

En tanto ella se ocupaba de eso, él le acercó las tazas. Sin dirigirse la palabra se repartieron las tareas hasta sentarse uno al lado del otro frente a la barra de desayuno.

—Voy a ir al supermercado —le comunicó ella. ¿Anotaste todo lo que necesitamos?

—Sí. Voy a preparar fideos con salsa rosa para la cena, ¿te cuento o tenés planes?

—Cenaré acá. Si vos te ocupás de la comida yo puedo hacer el postre — propuso Bárbara.

—De acuerdo —asintió y dejó su taza en la pileta, para luego ganar el primer puesto en el baño. Lorenzo le había pedido que lo acompañara a un almuerzo con un empresario de la construcción y debía apurarse.

Regresó junto a ella enfundado en un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata color plomo. El rostro de Bárbara se iluminó al verlo y toda la tristeza que la embargaba se esfumó cuando lo halagó con un chiflido y se bajó de un salto del taburete para acercarse a él y acomodarle el nudo.

—¡Guau! La mina de hoy debe ser increíble si vas así vestido a esta hora un sábado. Estás re fachero.

Él estuvo a punto de agradecerle, cuando descubrió un nuevo moretón en la mandíbula de ella y la ira lo invadió. La tomó con una mano por el codo y con la otra la obligó a elevar la barbilla.

—¿En qué estás metida? —preguntó furioso.

—Ya no —confesó avergonzada—, ya no estoy metida en nada. Me quedó muy en claro que ya no existe retorno.

—¿Quién te lastima así, enana?

—Alguien que se creía con derechos, pero ya le expliqué que no los tiene. —No pretendía intrigarlo. Su intención era no delatar al que ya había dejado de ser su padre. Aun así, no entregaría su nombre; Melisa y Blanca continuaban cerca de él y no las expondría avivando su furia con una denuncia.

—Vayamos a la comisaría.

—Yago, te aseguro que no volverá a pasar. Ya no hay peligro.

—No puedo creer que una mina con tu carácter permita que un idiota le ponga la mano encima... —se interrumpió comprendiendo quién sería la única persona que podría haberlo hecho. El maldito escribano Zabala tenía los días contados—: Fue tu padre.

—Ni se te ocurra volver a decirlo. No es mi padre, ya no. Me fui de ahí, los saqué de mi vida.

—¿Te duele? —indagó, quitándose el saco, dejándolo sobre el sillón y abriendo la heladera para tomar un poco de hielo con el que aplacar la nueva hinchazón.

—Solo en el orgullo —reconoció la joven.

Yago le entregó el hielo e hizo que se incorporara para comenzar a recorrerle el cuerpo con las manos, en busca de alguna fractura.

—¿Estás aprovechando la excusa para manosearme?

—No seas pelotuda. Quiero ver si te rompió algo.

—Ya te dije que no. Quedate tranquilo.

—Vestite que te llevo al médico.

—Mirá, nene. Me fui de la casa de un puto mandón, si la tuya es igual podés metértela en el culo.

—¡Basta! —ordenó iracundo— Sentate. De una vez por todas vamos a hablar y de todo.

Intrigada y sorprendida por el tono que utilizó, hizo lo que le indicó y se sentó viendo cómo servía café, le ofrecía una taza y se acomodaba junto a ella.

—¿Segura de que no te rompió nada?

—Segurísima. Sé cómo atajar los golpes.

—¿Las golpeaba a menudo?

—No, Yago. De lo ocurrido de las puertas para adentro del hogar de los Zabala vos quedás afuera. No te incumbe.

—Tienen que denunciarlo.

—No.

—Bárbara —llamó su atención, dejando la taza sobre el mármol y tomándola del mentón—, las tres corrieron y corren peligro. Es un animal, necesita que lo traten y que lo alejen de ustedes.

—¿Cómo se ejerce más violencia —preguntó—, pegando o haciendo que se suplique por cariño? ¿Por qué se soportan esas cosas? ¿Dónde se esconden los límites del amor propio?

—Nadie tiene derecho a doblegar la voluntad del otro —aseguró, dando dos pasos lejos de Bárbara—. No se obliga ni se ruega, no se castiga ni se extorsiona. Se ama, o no.

—¿Te enamoraste alguna vez, Yago?

—No —respondió tajante, para luego insistir con lo que más lo preocupaba—: Prestame atención; un tipo así, que se atreve a golpear a la hija, es capaz de cualquier cosa. Las tres tienen que ponerse a resguardo.

—Pero ellas no quieren —le aseguró—, ninguna quiere alejarse de él. Y yo no pienso volver aunque vos y yo rompamos nuestro trato.

—¿Por qué te negás a denunciarlo?

—Porque es muy difícil demostrar que fue él si ellas no me avalan. Si me sale mal las expongo a una realidad mucho peor que la mía.

—No quiero que vuelvas a verlo.

—Quedate tranquilo. No me contagié de ellas, yo la tengo re clara.

Los ojos acaramelados lo miraron ocultando la súplica que la pequeña boquita de Bárbara no estaba acostumbrada a emitir. Yago deseó que el moretón desapareciera y las pecas regresaran para inundar por completo esa cara perfecta de niña traviesa. La alarma de la amistad chilló con fuerza en su mente recordándole que no era ni podía ser suya:

—¿Por qué rechazaste a Tadeo? ¿No te interesa? —indagó, apoyándose contra el filo del mármol y cruzando los brazos al frente para alejarse de cualquier contacto con la piel de Bárbara.

—Supongo que el hecho de que seas dos años mayor que yo te llena sabiduría.

—No seas irónica. Existen maneras y maneras de rechazar una propuesta sentimental.

—Y otra vez con la escuelita —refunfuñó—. A ver, *sensei*, ¿qué hice mal? El bruto fue él ¿y el sermón me lo das a mí?

—Al parecer, el susodicho te acusa de mandarlo a la mierda.

—Obvio. No me gusta que me digan que están enamorados de mí en medio de reclamos porque no tengo tetas y porque soy poco femenina.

La risa lo llevó a deslizarse hasta quedar sentado en el piso.

—¡Qué gracioso! —exclamó, acercándose y acomodándose frente a él—: Pero te digo una cosa, el muy forro seguro que se morfó solo toda la picada que habíamos pedido para solucionar su problemita de orgullo.

—Enana, no es el orgullo lo que le rompiste —aseguró, acariciándole la melena—, sino la paciencia que te tuvo todos estos años.

—¿Yo qué culpa tengo de los años en los que el Sapo se guardó la verdad?

—No entendés nada. Te dejó crecer —explicó, alejando sus manos del contacto con ella—, esperó hasta que fueras una mujer antes de decirte lo que siente.

—Yago, avisale que esperó al pedo. Mujer ya me hice —le confesó, sin detallarle que había ocurrido hacía pocas horas.

—Sí, claro. Te creo —dudó irguiéndose—. ¿Con quién?

—¿Qué carajo te importa? ¿Acaso les pregunto yo a ustedes por dónde andan?

—¿Te cuidaste? —se preocupó y le ofreció su mano para tenerla a su altura y poder indagar si le respondía con la verdad.

—No soy mi... —se censuró para no dar el nombre de Melisa—. Sí, tomé precauciones. Tranquilo, no estoy enamorada de nadie. Vivo, como lo hace todo el mundo. Experimento, como cualquiera de mi edad. Ahora... ¿puedo vestirme o el inspector necesita continuar con la indagatoria?

—¿Te gusta Tadeo o no?

—Sí, me gusta. ¿Por qué no? Pero que un tipo me guste no significa que tiene permiso para no respetarme.

«Le gusta. ¿De qué manera le gusta? ¿Cómo hombre? ¿Físicamente? ¿Le gusta de la misma manera en que Tadeo gusta de ella? —Esas y miles de incógnitas lo atormentaron—. Hice la pregunta incorrecta... ¡La puta madre!».

—Tadeo tiene razón —dijo él, intentando desvelar sus dudas—, sos una pendeja. Si te gusta, lo que tendrías que haber hecho era partirle la boca de un beso y acto seguido explicarle cómo debía tratarte.

—Gracias —dijo, torciendo la cabeza hacia un lado y dejándole ver el gesto pícaro.

—¿Gracias? ¿Gracias... por qué?

—Por enseñarme el lenguaje con el que debo comunicarme con los hombres.

Furioso, volvió a ponerse el saco del traje. Con un simple «Me voy», se despidió cerrando la puerta con fuerza innecesaria.

Bárbara repasó los cambios ocurridos en su vida. Melisa se había convertido en una desconocida, ya no vería nunca más a su padre, Tadeo creía amarla y ella compartía el techo con Yago. Tomó el teléfono y llamó al sanatorio para que le informaran cómo se encontraba su madre; no quería que la viera con una nueva marca que indicaba que otra vez había exaltado a Guillermo. Un sentimiento de responsabilidad la obligó a cerciorarse de que Melisa estuviera bien.

—Papá me dejó anoche en casa y se fue —le comentó su hermana—, me sentí tan sola entre estas paredes que llamé un taxi y regresé al sanatorio con mamá. ¿Dónde estás, Barbi?

El corazón se le encogió. Cierto era que Melisa había tomado decisiones bajo presión, pero era su hermana y no contaba con la fuerza interior que sí predominaba en ella.

—Estoy en casa de Yago.

—¿No parabas en lo de Tadeo?

—Acabo de decirte que no. Pero no te armes una peliculita rosa, solo me subalquila un cuarto desde que me fui de casa. ¿Cómo estás vos?

—Bien. Menos mal que... lo hice, Barbi, porque con el problema que tenemos ahora no estamos en condiciones de cargar también con un crío. Mamá me da mucha pena —se lamentó Melisa.

—Ella lo cubrió todos estos años —le recordó—, repartía cachetazos por cualquier travesura tonta con tal de que nada lo alterara a él.

—Ahora pienso —conjeturó Melisa—, que tal vez lo hacía para cuidarnos. Era mejor una bofetada de ella que una trompada de él.

—Esa no era la solución —comentó para que no la justificara y para evitar que la pena, que también sentía por su madre, la obligara a volver. Había logrado salir de esa casa y quería que Melisa comprendiera que la manera de cuidar de Blanca era alejarla de su obsesión por Guillermo Zabala—: Ella no buscó soluciones, nos hizo parte del problema.

—Bárbara...

—¡Bárbara y una mierda! Mel, cuando la vi creí que me moría, ¿tan poco valora su vida que vive rogando por alguien como él? ¿Tan insignificantes hemos sido para ella que no trató de alejarnos de un hombre así?

—Te necesito —rogó Melisa—, tenemos que estar juntas para cuidar a mamá.

—No quiere que la cuidemos, quiere que él vuelva con ella. Se niega a ver la realidad. Salí de esa casa, Mel, venite conmigo a lo de Yago.

—No. No voy a arriesgarme a quedar en la calle. Lucho va a volver y...

—Melisa... —insistió Bárbara, pero el sonido que indicaba que su hermana había cortado la comunicación acabó con cualquier argumento.

—Yo seré libre —dijo antes de entrar al cuarto y vestirse.

Camino al restaurante, Yago llamó a Tadeo para ponerlo al tanto:

—Quien la golpeó fue el padre y anoche volvió a hacerlo —le informó.

—A ese hijo de puta habría que denunciarlo —comentó el Sapo.

—Bárbara se niega a hacerlo. Por suerte ya no vive con ellos, pero nos necesita más que nunca.

—Hablá por vos, conmigo no quiere saber nada.

—No seas rencoroso —lo instó Yago—, reconocé que no te luciste en la declaración. Dijo que... le gustás.

—¡No me jodas! Bárbara no quiere saber nada conmigo. Probá vos. A lo mejor sos su gran amor y por eso no acepta a otro.

Ni siquiera se le ocurrió tomarlo en serio. Bárbara lo veía como a un hermano mayor, era el tipo de relación que él mismo se encargó de fomentar entre ellos:

—Estás muy equivocado, además, no te cagaría una mina.

—No es mi mina —lo corrigió Tadeo.

—No te creo.

—¿Querés que te lo firme, pelotudo? Te repito que me mandó a la mierda y con una mesa servida como para un batallón. Pagué fortunas.

Se despidió y cortó la comunicación porque había llegado a su destino. Guardó el celular en el bolsillo interno del saco y caminó hacia la mesa donde su padre lo esperaba. Le palmeó el hombro a manera de saludo antes de tomar lugar a su lado.

—¿Cáceres? —preguntó al ver que el hombre con el que mantendrían el almuerzo de trabajo no había llegado.

—Me avisó que estaba un poco demorado —informó el padre—. Aprovechá y contame cómo está Bárbara.

—A partir de ahora estará bien —respondió.

—¿Sigue en tu casa?

—Sí. El trato que hicimos funciona; la dejo pagar algunas cuentas, me ordena el departamento y yo le doy asilo.

—Te estás aprovechando de ella.

—¿Yo? Imposible, es la típica hija de un escribano. Ni bien se lo propuse me armó todo un listado de obligaciones y derechos compartidos. Olvidate, es Bárbara.

—Eso es lo que tenés que repetirte hasta el cansancio, que es Bárbara —aconsejó Lorenzo.

—No te entiendo —dijo, recurriendo al menú para restar importancia a los dichos del padre.

—Bárbara es un pimpollo de diecinueve años, una mujer naciente que por las noches duerme indefensa a centímetros de tus colmillos. Tal vez ahora, que están acomodándose a la idea, las reglas se mantengan —explicó, concentrado en leer cualquier reacción que se generara en la cara de su hijo —, pero la cotidianeidad se mostrará ante ustedes y tus hormonas o las de ella tirarán las cartas sobre la mesa...

—No —lo interrumpió—, la conozco desde que era una pulga, entre nosotros hay mucha confianza. Es como si estuviera viviendo con Carla, o con Tadeo. Hace meses que hicimos el acuerdo y, como ves, no saqué los colmillos.

—Está sola y, por mucho que la desgracia se encargó de abrirle los ojos, todavía no conoce demasiado del mundo ni... de los hombres.

—Buen día —saludó el empresario que esperaban y dieron por concluido el debate.

Pero a Yago el sabor amargo le duró todo el almuerzo. Poco pudo concentrarse en la reunión y más de una vez estuvo a punto de bufar molesto porque se extendía más allá de lo que deseaba. Necesitaba regresar a su departamento, saber si la cara de ella mejoraba tras el golpe. Si se sentía sola, triste. No podía recurrir a ninguno de sus amigos para que lo reemplazaran en la tarea. Lucho era mala palabra frente a Bárbara y Tadeo transitaba la etapa del hombre rechazado. Finalmente era él quien debía tomar la posta y

continuar ocupándose de... cuidarla. «¿A quién estoy engañando?», se preguntó.

Al regresar al departamento no la encontró, abrió la heladera y tomó del pico de la botella de agua mineral, en tanto descubrió la fuente con tiramisú que llevaba clavado un palillo con un cartel que versaba:

Espero que tus fideítos estén a la altura de mi postre.

No solo había cumplido con su parte del trato para la cena, sino que también había surtido la heladera y la alacena. La visualizó moviéndose por el espacio que antes era solo suyo, paseando sus piernas no muy largas pero bien formadas, bañando con la luz de sus pecas todo el departamento y supuso que sería muy fácil acostumbrarse a ello. Sería más que placentero tenerla allí siempre. Se dejó caer en el sillón y aflojó el nudo de la corbata. El recuerdo del beso, que pretendió ser una simple lección a una quinceañera loca e inexperta, se prendió en sus labios anhelantes. Cerró los ojos y en su imaginación volvió a recibirla como aquella noche.

—¡Bajá los pies de la mesita! Me costó un montón sacarle las marcas.

Apretó los ojos con fuerza repitiéndose que estaba equivocado. No existía placer viviendo con Bárbara.

—Me gusta con marcas —refutó, molesto porque le quebrara el clima en el que se encontraba.

La muchacha abrió el cajón del escritorio, tomó la cinta adhesiva y, desde un extremo de la mesa al otro, realizó una división explícita:

—Ese será tu lado asquerosamente decorado con la suciedad que traés de la calle en los zapatos y con los restos de comida que solés dejar. A este otro —remarcó, señalando al que se refería— ni te acerques, salvo que seas cuidadoso.

—Enana —dijo cada vez más fastidiado y parándose frente a ella—, toda

esta mesa es mía. Yo la compré y la puse en el lugar donde la ves.

Ella tiró de una de las puntas de la cinta arrancándola con fuerza:

—Ahí tenés tu mesa. ¿Es tuya? ponele cartelito, no sea cosa que venga yo con el trapo y te la arruine limpiándola. Que quede claro, esta mesa acumulará mugre hasta que te dignes a comportarte como un ser civilizado.

Y lo dejó solo, parado en el medio del living, sin comprender muy bien qué había ocurrido cuando hasta hacía dos minutos en su mente ella lo llenaba de placer. Tardó en reaccionar hasta que la oyó cantando bajo la ducha.

—Bañate rápido —le advirtió—, que quiero cenar para después irme a una cita.

—El contrato no especifica que mi tiempo en el baño es limitado — comunicó Bárbara desde la ducha.

Arrojó el saco del traje sobre una de las butacas del desayunador, arremetió contra los cajones y las puertas de las alacenas buscando lo necesario para preparar la comida, en tanto no se cansaba de despotricar contra ella, contra sus modales y contra él mismo por aguantarla. Tan concentrado estaba en su furia, que no la vio salir del baño envuelta en el toallón, recién notó su presencia cuando apoyó la fuente de la comida sobre la barra y la encontró sentadita como una niña obediente.

—Huele riquísimo —dijo la muchacha, relamiéndose—, creo que vas a ganarte el postre y todo.

Su masculinidad seguramente la malinterpretó, porque reaccionó de inmediato ante esas palabras y debió sentarse para disimularlo.

—Comé.

—Sí, patrón.

—No te hagas la graciosa.

—¿El quilombo que armaste en la cocina lo tengo que limpiar yo?

—Imagino que tu pulcritud no podrá esperar a mañana.

—Imagino que no. Y, como estás apurado, voy a hacerme la boluda — dijo, sirviéndose otra porción—, y te haré el favor.

—¿No vas a salir? Hoy es sábado.

Luego de lo ocurrido en el hotel con el amigo de Adriana, y de la madrugada violenta vivida en el sanatorio, necesitaba ordenar algo más que su cabeza, sin contar que el cuerpo le reclamaba descanso. Pero él había estado con una mujer el día anterior, esa noche tenía una cita y la Bárbara guerrera no quiso ser menos:

—Sí, voy a salir.

—¿A dónde? —indagó Yago, preocupado por el golpe que aún dominaba la cara de ella. Temeroso porque regresara a casa de los Zabala.

—A disfrutar del sábado.

—Cuidate.

—Sí, patrón —aseguró con mil pestañeos que pretendieron vender ingenuidad.

—No lo puedo creer —repitió Carla furiosa—. ¡Sos un turro! Un verdadero turro.

—¿Me estás acusando a mí? —se defendió Yago, tratando de que bajara la voz ya que Lucía se encontraba en el despacho de al lado.

—¡No seas ridículo! —continuó— A esa pobre chica la golpeó el padre y te la llevaste a tu casa fingiendo el papel del buen samaritano. Le diste un lugar, ahora sé responsable y hacete cargo.

—¿De qué me tengo que hacer cargo? —retrucó indignado. Eso era exactamente lo que había hecho, ser solidario con Bárbara—. Es mi amiga, le ofrecí alojamiento, le cocino —agregó siseando cada letra como para que comprendiera hasta dónde llegaba su hospitalidad, pero Carla lo interrumpió:

—Ella te limpia la mugre...

Cuando los hermanos se encontraban en medio de una discusión, ninguno podía esbozar una frase completa y fue Yago quien interpuso su voz:

—Error. Dividió en dos cada puta cosa que hay en la casa, su parte y la mía.

—No entiendo.

—Limpia solamente la mitad de cada cosa, la otra mitad no la limpia.

Carla estalló en una sonora carcajada, Yago aflojó tensiones y se dejó caer en el sillón de visitantes del despacho de su hermana. Todo el enojo que ella

sentía por considerar que él se estaba aprovechando de la situación de la amiga, viró al descubrir que Yago, dentro de su acostumbrada indiferencia, tenía una gran debilidad llamada Bárbara Zabala, y se apiadó de él:

—¿Finalmente alguien te la pone difícil?

—Por momentos me pregunto ¿qué estaba pensando cuando la llevé a casa y le propuse que se quedara? Es un huracán, pasa de un estado de ánimo a otro en solo segundos y te arrastra con ella. No soy así, mi humor es estable, pero ella se ocupa de cambiarlo todo el tiempo.

—Vayamos por partes —indicó para ayudarlo a ordenar ideas y reconocer sentimientos—. Bárbara tiene diecinueve años, una vida de mierda y yo hubiera dejado de llamarte hermano si no le dabas una mano.

—Ni siquiera lo pensé.

—Lo sé —le reconoció—, pero ahora que ya no corre peligro podés bajar un cambio y pensar con más detenimiento.

—No puedo echarla.

—Hay otra forma de lograr el mismo objetivo —aleccionó antes de averiguar—: Porque el objetivo es que se vaya, ¿verdad?

—El objetivo es volver a mi vida normal. Moverme por «MI CASA» sin sentir que arruino el orden de ella, o que vulnero su inocencia si se me antoja andar en ropa interior por la cocina...

—Es decir... que se vaya.

Yago cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. No lo tenía claro. Carla le acarició el cabello y preguntó:

—¿Puedo ser sincera?

—Jamás necesitaste mi consentimiento para decirme lo que se te canta.

—Comprendo que tu tranquilidad se vio alterada, pero no creo que sea eso lo que te tiene así. Casi podría asegurar que estás en este estado porque Bárbara te resulta una tentación demasiado grande.

—No soy como su familia —aseguró haciéndose el desentendido. No

quería escuchar en voz alta lo que llevaba tiempo ocultando en el más recóndito agujero de su subconsciente—. No voy a matarla, ni encerrarla en el placar cada vez que me saque de las casillas. Simplemente tengo que replantearle los puntos de nuestro acuerdo y ser más específico sobre lo que no pienso tolerar.

—Yago, estás hablando conmigo —aclaró—. Bárbara ya no es la nena de trenzas y ahora te atrae. Sufrió mucho, está sola, vos no le vas a soltar la mano... pero tenés terror a tirar de ella y sacarte las dudas con hechos.

—No tengo dudas.

—Ok —convino—. Entonces, a lo que le tenés miedo es a enterarte de que estás perdidamente enamorado.

Había logrado organizar a la perfección todos sus horarios para repartirse entre la productora, la veterinaria y estudiar actuación con el reconocido maestro Briski. Recién los sábados, pasado el mediodía y luego de cumplir con su parte del trato ordenando el departamento, se permitía dormir toda la tarde para poder disfrutar de la noche. Los domingos alternaba entre encontrarse con amistades y mantener vivo el vínculo con Guille. Durante el tiempo en que Blanca estuvo internada la fue a ver cada noche, cuando la mujer ya dormía. Acomodaba la única silla a los pies de la cama para observarla descansando serena como jamás la había visto. Melisa era la única que conocía esas visitas nocturnas que Bárbara se ocupaba de ocultar.

Yago tenía una vida parecida. Por la mañana se ejercitaba en el gimnasio, trabajaba en el estudio de arquitectura del padre, y por las noches asistía a la facultad. Poco tiempo libre le quedaba para recrearse, cuando las exigencias en el trabajo crecían y las entregas de exámenes no podían postergarse. De manera que no fue necesario anexar ninguna cláusula al trato, cuando casi ni se cruzaban dentro del departamento de la calle Arce.

Ese sábado, Yago se mantuvo despierto durante la noche diseñando en su computadora. Recostó la espalda sobre el sillón del escritorio y se pasó la palma de la mano por la cara. Miró el reloj detectando que eran las cinco y pronto amanecería. Se preguntó si su concentración le había impedido darse cuenta del momento en que Bárbara habría llegado. Cansado, apoyó las manos sobre los muslos para tomar impulso y levantarse. Caminó hasta la puerta cerrada del cuarto de ella, y acercó la oreja. El silencio no confirmó si su inquilina estaría dentro y sin golpear abrió.

—Otra vez —dijo en voz alta, constatando que Bárbara pasaba otra noche de sábado durmiendo vaya a saberse dónde y, tal y como estaba vestido, se instaló sobre la cama de ella, durmiéndose casi de inmediato.

Bárbara llegó a mediodía, cargando las bolsas con la compra del supermercado. Antes de depositarlas sobre la barra de desayuno inspeccionó el entorno, pero se abstuvo de enojarse, Yago llevaba días preparando los exámenes y era lógico que no dispusiera de tiempo para ordenar su caos. Apagó la luz del escritorio, acomodó los alimentos, se introdujo en el baño y se duchó. Envuelta en el toallón abrió la puerta del cuarto para encontrarlo dormido boca abajo, aferrado a la almohada y con los pies que le colgaban fuera del límite del colchón. Le produjo ternura verlo en una postura tan indefensa y lo cubrió con una manta liviana. Con todo el cuidado que le fue posible para no hacer el más mínimo ruido abrió el cajón de la cómoda que había comprado en el mercado de pulgas, y de la que estaba muy orgullosa por haber convertido en una perfecta muestra de pop art, y seleccionó la ropa interior y un suéter.

—El trato dice que primero me baño yo —reclamó él con voz ronca.

Sorprendida, estuvo a punto de quedar completamente expuesta ante él, pero sus reflejos respondieron a tiempo para evitarlo y sostener con fuerza el toallón.

—También aclara que esta es mi cama y sin embargo estás haciendo uso

de ella sin permiso.

—Estaba agotado —comunicó, sentándose en el borde, a solo un paso de ella—, me quedé hasta la madrugada tratando de avanzar y cuando me di cuenta de la hora vine a ver si habías llegado.

Bárbara caminó con exagerado andar hasta la puerta, con una mano sostuvo lo que la mantenía decente frente a él, y con la otra señaló la madera antes de doblar cada uno de sus dedos hasta formar un puño perfecto con el que, sin dejar de exagerar los movimientos, golpeó en tanto también se acompañó con la voz para representar por completo su idea:

—Toc toc. ¿Ves qué fácil es? Si querías saber si estaba en el cuarto golpeabas y, si yo estaba, te hubiera respondido.

—Podías estar dormida y no quería despertarte. Ergo...

—Te infiltraste en mi área, y tomaste posesión —concluyó.

El cabello mojado de Bárbara le impregnaba los hombros de pequeñas gotitas gestando una imagen de invasión que Yago deseó solucionar con sus manos y su lengua. La razón le indicó que se pusiera de pie y saliera de allí, antes de quedar en evidencia con aquellos pantalones de deporte.

—¡Alto ahí, patrón! —reclamó— Arreglá mi cama antes de irte. No la encontraste así cuando decidiste venir a ver si yo estaba o no en casa.

«En casa», repitió mentalmente Yago y golpeó con el puño cerrado la pared junto a la puerta:

—Si no querés que la use yo, usala vos. No me rompas las pelotas, enana.

—Sos un pelotudo —masculló calificándolo, acercándose a la cama e intentando acomodarla—, estúpido-grandulón-sabelotodo-soberbio-mandón-prepotente..., maricón...

Las manos que no vio que se acercaban la tomaron de la cintura haciendo que cayera sobre el lecho boca abajo. Yago se sentó a horcajadas sobre la espalda de ella, afirmando una rodilla a cada lado del cuerpo de Bárbara y dejando caer el pecho hacia adelante.

Sintiéndose retenida intentó zafarse, pero le fue imposible hasta emitir un solo sonido y Yago acercó sus carnosos labios al oído de Bárbara para aclararle:

—No me obligues a demostrarte cuánto me gustan las mujeres, porque voy a olvidarme de que sos un palito escuálido con pecas y voy a darte lecciones de sexo hasta que me canse.

La respiración de Bárbara se agitó al oírlo y de la misma manera la de Yago siguió el ritmo. Ya no había ira en él. El deseo dejó de volar por la atmósfera para entrometerse entre ellos y recorrerles los poros igual que antes lo hacían las gotas sobre la piel de ella. Los labios de Yago besaron el cuello de Bárbara dejando que sintiera el calor que había provocado en ellos; besos ardientes que se extendieron más tiempo del conveniente y retrasaron el momento en el que comenzó a desprenderse del contacto de los cuerpos y del amarre, hasta alejarse por completo y abandonar el cuarto.

Bárbara quedó jadeando. Necesitó de varios minutos para recomponerse, vestirse y salir a su encuentro en el living. Él estaba sentado frente a la barra que separaba el ambiente, con una taza de café entre las manos, y no giró para mirarla. En silencio recogió su bolso y las llaves, antes de salir del departamento sin despedirse de Yago. Caminó hasta la casa de Liliana para llevarse a Guillermito de paseo.

—Lo siento —comentó la mujer permitiéndole el ingreso—, hoy no pueden salir. Está con unas líneas de fiebre.

—¿Está enfermito?

—No te preocupes, esta época del año es así, repleta de virus. En el jardín se viven contagiando unos a otros. El médico vino a verlo hace una hora y ahora está dormidito.

—Bueno, si no puedo verlo... lo mejor será irme.

—¿Puedo invitarte con un café? —casi le suplicó con la mirada.

Bárbara aceptó con un simple movimiento de cabeza y caminó detrás de la

madre de su hermano hasta la pequeña cocina para sentarse a la mesa.

—Guillermo me comentó lo ocurrido.

Bárbara se removió incómoda en la silla. Lo último que deseaba era departir con una de las ex de su padre sobre la lamentable familia de la que provenía.

—Lo siento, de verdad que lo siento. Desde el momento en que Guille nació vos entablaste un vínculo con él y espero que el enfrentamiento con tu padre no lo mancille.

—Acá estoy, ¿no ves? Eso debería dejarte en claro que yo no mezclo las cosas —le advirtió Bárbara—. Guille es tan hermano mío como Melisa, y eso no tiene nada que ver ni con el padre que compartimos ni con vos.

—Me llevó mucho tiempo de terapia darme cuenta que no soy la culpable de la separación de tus padres —confesó Liliana—. No tenía idea de que era casado, lo supe luego de quedar embarazada.

—No necesito detalles.

—No seas dura conmigo, Bárbara. Estoy criando sola a mi hijo. Tenés que saber que luego de que el nene naciera no pude soportar tenerlo cerca sabiendo que nos había engañado a todos con su ocultamiento. Sé que tu madre está enferma y que Guillermo se comportó como un energúmeno, pero quiero que tengas en claro que podés contar conmigo... siempre.

—Liliana —aclaró, levantándose de la silla y descolgando el bolso que pendía del respaldo—, siempre voy a respetarte como la madre de Guille, y estoy muy agradecida por tu entereza y los cuidados que tenés para con él. Te agradezco también que no me sumes en el paquete de rencores que sé que sentís contra tu ex. Adoro a mi hermano y nada hará que ese vínculo se quiebre. Pero ni Guille ni yo somos responsables de las cagadas que se mandaron ustedes. Vengo hasta tu casa para estar con mi hermano, pero vos y yo no somos amigas, tampoco sos el reemplazo de mi madre; y eso sí que tiene que quedar bien claro.

Ante el tenso final de la conversación que mantuvieron, Bárbara decidió retirarse luego de dejarle una bolsa de caramelos masticables y un beso en la frente a Guille. Caminó sin mucha conciencia del rumbo y llamó al celular de su hermana:

—Mamá tuvo una tarde tranquila —comentó Melisa—. ¿Por qué no venís?

—Ando medio bajoneada —se excusó. Le costaba enfrentar a su madre, sabía que si la oía apenándose porque el escribano continuaba ignorándola, su temperamento afloraría sin que pudiera detenerlo y diría lo que Blanca no estaba en condiciones de oír.

—¿Qué te pasó?

—Guille está enfermito y no pude estar con él.

—Te preocupa más ese nene que la salud de mamá —le reprochó Melisa.

—¡Es nuestro hermano!

—Es el hijo de papá —remarcó—. Ordená tus prioridades, Bárbara. Acá está tu madre, todavía recuperándose de una emoción demasiado fuerte y nos necesita a las dos a su lado. Juntas. Dejá de hacer el papel del fantasma, que te vea, que sepa que la querés más allá de las diferencias.

Eso intentó. Se mordió la lengua, advertida por las miradas de ruego de Melisa, cada vez que Blanca se refirió a Guillermo. Ninguna de las dos le hizo preguntas que pudieran incomodarla. Una tarde en la que, aun sin mostrarse condescendiente, representó el papel de hija. Antes de irse dejó algo de dinero en el lugar donde su madre guardaba las reservas para sostener la casa, sabiendo que Zabala estaba olvidando que aquella familia tenía gastos.

De regreso, se encontró frente a una feria artesanal erigida en una callecita del barrio de Palermo.

La tarde de Yago había sido un completo desastre. Fue imposible

concentrarse luego de haber tenido a Bárbara a un toallón y un pantalón de deporte de distancia. Su virilidad reclamaba a gritos entrar en ella y su razón le rogaba que desistiera de la idea. «Necesito una mina», se repitió como mantra, creyendo que con eso solucionaría el problema.

Las horas pasaban sin que él avanzara con el estudio y ella, para sumar más leña al fuego, no regresaba. Tal vez la había incomodado al punto que había decidido huir de su lado. Tal vez había mentido y todavía era una niña a quien nadie había llevado por el camino del placer. No pudo dejar de reconocer que la idea de volver a convertirse en el dueño de sus primeras veces lo entusiasmó al punto de volver a dibujar en su cara la sonrisa amplia que solía tener. Sin premeditarlo se visualizó sobre ella, besándole el cuello, quitándole el toallón, despojándose de su ropa y demostrándole cuán distinta hubiera sido esa tarde si simplemente Tadeo no existiera. Pero existía y la realidad borró cualquier deseo frunciéndole el ceño. El sonido de la llave en la cerradura provocó que se incorporara y simulara estar muy concentrado en la computadora.

—Ayúdame, por favor —solicitó una Bárbara cuya alegría viajaba por la atmósfera inundándola.

—¿Qué traés ahí? —preguntó, quitándole de las manos el inmenso paquete que pesaba cerca de quince kilos.

—Te va a encantar —informó entusiasta, en tanto rompía el papel del envoltorio para exponer una inmensa mano realizada en yeso—, la voy a dejar re linda.

—¿Es para la escenografía de alguna obra de teatro?

—Nop —respondió divertida.

—¿No pensarás instalar ese adefesio en algún lugar de mi casa?

—No lo pienso; lo hago. Mirala bien —lo invitó cruzando los brazos al frente—, es ideal.

—Ideal... ¿Ideal para qué?

—Dame las llaves de tu auto y de casa.

Le hizo caso y vio cómo ella depositaba los llaveros en los fríos y amorfos dedos de la ridícula mano:

—Me niego —sentenció.

—Porque tu imaginación todavía no te permite ver la maravilla en la que la voy a convertir. Peeeeeero..., seguro que terminarás agradeciéndome el gesto que estoy teniendo al resolver parte de tus apuradísimas salidas donde perdés diez minutos buscando el celular y los llaveros. He aquí, patrón rezongón —indicó extendiendo las manos para señalar la obra—, la solución a tus problemas mañaneros.

—Mis problemas mañaneros comienzan cuando quiero afeitarme y mi inquilina se está bañando, cuando se me antoja desayunar tostadas con dulce de leche y la mina me esconde el pote ofreciéndome el cesto de la fruta, cuando tomo de mi cajón un calzoncillo y le siento aroma a suavizante, cuando...

—Cagamos —exclamó, indignada—, no sabía que preferías que la ropa interior te lijara las bolas.

Molesto por su contestación carente de femineidad, atacó:

—¿Querés lijármelas vos?

Bárbara levantó la mano para abofetearlo; en el trayecto cambió de opinión y la hizo girar con lentitud frente a él, enseñándosela:

—Lo siento, patrón, no podría. Mi piel es suave y solo sabe acariciar. Tiene la temperatura justa para encender sin quemar. —Movilizó uno a uno los dedos, presentándolos—: Como una seda expuesta al sol, que sabe bailar entre los pliegues de los hombres.

La aferró de la muñeca para cortar el hechizo que ejercía en él:

—No acerques tu seda a mi fuego —le advirtió—, porque se convertirá en cenizas.

—¿Tan malo sos en la cama?

Tiró de ella y la atrapó entre la pared y su cuerpo. Repasó sin consideración su barba de dos días por las pecas de la cara de Bárbara. Sus labios hinchados por la provocación bajaron hasta el cuello de la muchacha, ansiosos por volver a besar sin detenerse.

—Te haría arder —dijo, atrapando con los dientes el lóbulo de la oreja de ella—. Tu mano bailarías sobre mí y todo tu interior se quemaría con mi fuego. No juegues este juego, enana, no sabés llegar al final —sentenció, mirándola a los ojos, y como remate de la advertencia bajó la mirada hasta los pequeños pechos femeninos antes de alejarse y regresar a su asiento del escritorio.

Ella fingió indiferencia y se perdió en el cuarto adonde hubiera querido estar absolutamente sola para satisfacer por sus medios la excitación que la embargaba. Como pudo, trató de reponerse, obligándose mentalmente a dar vuelta el tanteador que ahora mostraba ventaja para Yago. «Quemémonos de una vez —deseó con el pensamiento—, y terminemos con esta duda de años».

Avalada por su inconsciente se quitó la ropa y, en pleno otoño, se calzó un short desflechado que ya no cubría demasiado, añadiendo una musculosa. Salió del cuarto para instalarse en el balcón a pintar la obra de arte recientemente adquirida, que se había convertido en el nuevo disparador del enfrentamiento que mantendrían viviendo bajo el mismo techo.

Él solo la miró de reojo y se prohibió hacerlo directamente. Ese día se había extralimitado demasiadas veces con ella y Bárbara debería reconocer que había hecho lo mismo con él. Estuvo seguro de que, si alguna vez compartían el lecho, se consumirían y nada quedaría de ninguno de los dos. Observó la computadora, resignándose a que el día estaba perdido. Ingresó a ducharse, se cambió y salió del departamento para evitarla. Regresó de madrugada, impregnado de besos y caricias que jamás sintió como seda sobre su cuerpo.

Antes de salir del departamento para dirigirse a la productora, Bárbara encontró la escultural y decorada mano frente a la puerta de entrada, portando el celular de Yago y los juegos de llaves.

El maestro Briski reunió a sus alumnos de teatro para comunicarles:

—Me llamaron del San Martín para que dirigiera una obra. Voy a montar *La Nona*, de Cossa, y de este grupo seleccionaré a los protagonistas.

Todos emitieron sonidos cargados de ilusión antes de que él continuara:

—Cada uno tendrá que preparar un monólogo que no tenga nada que ver con esa obra. Quiero verlos meterse en un texto sin que yo intervenga en el proceso. Quien quiera pisar un centímetro del escenario del San Martín va a tener que ganárselo. Tienen una semana.

Bárbara y Julián salieron a la calle, luego de terminada la clase de aquella noche, con los bolsillos cargados de sueños y el estómago retorciéndose ante el temor de perder la oportunidad.

—Hagámoslo juntos, así podemos marcarnos los puntos flojos —le propuso Julián—, busquemos algo que nos permita lucirnos y ensayemos en mi casa.

—¿Pensaste con qué presentarte? —indagó Bárbara.

—No. ¿Vos?

—Creo que sí —comentó—, se me ocurre que con algo de Alfonsina Storni.

—¡Qué osada! ¿Cuál?

—«Tú, que nunca serás» —le informó.

Durante esa semana, Bárbara fue al departamento de Yago solo para ducharse y mutar de vestimenta. Cada segundo libre que tuvo lo dedicó a ensayar su interpretación en casa de su compañero Julián. Pronto cumpliría veinte años, pero su mente estaba desconectada de cualquier cosa que no fuera ganarse un lugar en la obra que dirigiría su maestro.

Presenció cómo Julián se desgarraba sobre la mesa donde se suponía que la Julieta de Shakespeare yacía muerta, y aplaudió feliz cuando Briski asintió con la cabeza indicando que él había ganado un lugar en la obra, sin darse cuenta de que Yago ingresaba y tomaba asiento en el fondo de la sala.

El maestro y director interrumpió las felicitaciones y le indicó a Bárbara que tomara lugar en el centro del escenario.

Cuando la luz del reflector la iluminó, reunió las manos hacia el frente, desdibujó su juvenil y radiante mirada para cambiarla por la de mujer ardiente y elevó el mentón antes de declamar:

*Sábado fue, y capricho el beso dado,
capricho de varón, audaz y fino,
mas fue dulce el capricho masculino
a este mi corazón, lobezno alado.*

Era tal la emoción en su gesto, que Yago creyó estar frente a otra persona. Ante sus ojos, una mujer madura ocultaba a la perfección a la enana pecosa que hacía travesuras y se escapaba de la casa de sus padres montándose a las ramas de un árbol.

*No es que crea, no creo,
si inclinado sobre mis manos
te sentí divino, y me embriagué.
Comprendo que este vino no es para mí,*

mas juega y rueda el dado.

Dado que deseó arrojara hacia él para recogerlo y poder embriagarle cada segundo de su vida hasta borrarle el pasado y jurarle que el mañana existía.

*Yo soy esa mujer que vive alerta;
tú, el tremendo varón que se despierta
en un torrente que se ensancha en río,*

Se puso de pie y se expuso ante la Bárbara que, escudada en palabras ajenas, se abría al mundo.

*y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, más me tiene toda,
tú, que nunca serás del todo mío.*

Con cada aplauso, Yago le arrojó verdades nunca dichas; pero su esfuerzo se perdió en los gritos de júbilo del resto de los presentes que vitorearon a su compañera. Vio a uno alzarla en andas hasta sentarla sobre sus hombros, en tanto todos la felicitaban. Salió del lugar con el corazón golpeándole el pecho y se recostó contra la fachada queriendo ser del todo suyo. No supo cuánto tiempo transcurrió estando en la batalla entablada entre sus deseos y los deberes que tenía para con ella y para con Tadeo. El murmullo de las voces saliendo del edificio lo obligó a incorporarse.

Bárbara lo divisó y, feliz porque su amigo obtuviera el papel de «La Nona» y ella el de la desinhibida «Marta», corrió hacia Yago para colgarse de su cuello y enredarlo por las caderas con las piernas. Él la hizo girar en sus brazos, regándole el cuello con besos.

—Imagino que te veré en el San Martín —dijo Yago en su oído.

Ella se apretó más contra él, estaba tan contenta que no controló el impulso y unió sus labios a los de un Yago que ya no quiso pensar y abrió la boca abarcando la de ella. Sus lenguas brindaron cuando los orgullos y los miedos las dejaron libres aprovechando que el festejo ocultaba verdades. Las piernas de Bárbara se deslizaron por los muslos de Yago hasta tocar con los pies el solado y permitir que las manos de él dejaran de ser sostén para convertirse en las que con caricias le recorrieron la espalda.

Cerca de ellos, Julián carraspeó quebrando el momento. Yago disimuló:

—¡Vamos, enana! Hoy es tu cumpleaños y en casa te espera una fiesta.

—¿Me armaste fiesta sorpresa, patrón?

—Voy —se auto invitó Julián y los tres subieron al automóvil de Yago.

Condujo escuchando a Bárbara y al compañero calificando y comentando la actuación del resto sin prestarle ninguna atención a él. Su mente intentó controlar cada emoción vivida desde que entró al pequeño teatro. La había besado nuevamente, como hacía ya cinco años y no podía frenar el deseo de repetir la experiencia durante el resto de la noche hasta tenerla en su lecho, desnuda, con la seda de su piel expuesta solo para él, degustándola centímetro a centímetro. Ella ya no era una nena.

—¿Estás enojado? —preguntó, sacándolo de sus pensamientos.

—En absoluto —negó, dibujando una sonrisa que no convenció ni a Julián, que acababa de conocerlo.

—¿Quiénes vendrán a mi fiesta?

—Todos.

—¿Cocinaste vos?

—No, enana. Estoy con entregas. Carla se ocupó de contratar un servicio de pizza party, y Tadeo y Lucho compraron las bebidas.

—¿Lucho?

—Sí, ya es hora de que le levantes el castigo.

—¿Y la torta?

—La torta es una sorpresa —comunicó, tratando de ocultarle los reparos que guardaba para el momento en que esa pregunta hallara la respuesta. Y lo peor de todo era que lo sabría ni bien ingresara al departamento.

Antes de abrir la puerta, Yago le indicó:

—Poné tu mejor cara de «No tenía la menor idea de que los encontraría acá», no olvides que todos piensan que te darán una sorpresa.

Obediente, Bárbara se pasó la palma de la mano desde la frente hacia la barbilla, cambiando la expresión risueña a medida que la bajaba.

Las luces estaban apagadas y en el centro del estrecho living veinte velas iluminaban las caras de Guille y Melisa portando la torta.

—Golpe bajo —le indicó entre dientes, dando el paso necesario para ingresar, inclinarse y pedir los tres deseos antes de apagar su enojo soplando el comienzo de su nueva década.

Liliana la felicitó luego de que lo hiciera Guille, y le explicó que se irían en cuanto cortaran el pastel; la fiesta era para adultos. Melisa mostró su incomodidad por encontrarse junto a la mujer que había causado que el padre de ambas las abandonara, y bajó la mirada al piso. Bárbara se acercó a ella:

—Hoy es mi cumpleaños y a alguien se le ocurrió que era el momento indicado para las reconciliaciones. —Melisa asintió—: Es solo una tregua —le aclaró—; divertite hoy y mañana veremos cómo seguimos.

—No sabés lo bien que está mamá —le planteó Melisa.

—Estará bien cuando la desintoxiquen de él —fue la cruda respuesta— Menos mal que no la trajiste o se hubiera cruzado con ellos —dijo, señalando a Liliana y Guille.

Melisa debió responder con sinceridad:

—Pensé en traerla, pero no recordó que es tu cumple. Hoy estaba contenta, su jefe tenía un evento en la Embajada y tuvo que acompañarlo. Si la hubieras visto, Bárbara —dijo ilusionada—, hasta fue a la peluquería y todo. La vi tan bien.

Tadeo las interrumpió tomándola por el cuello como si quisiera ahorcarla y Bárbara se aferró a ese antebrazo, chillando.

—¡Feliz cumpleaños, juancito! —exclamó, antes de soltarla debido al dolor que le provocó el tacón de la cumpleañera presionando en su empeine.

—¿Puedo felicitarte? —preguntó Lucho con prudencia y ella asintió.

—Habla con Melisa —le recomendó la homenajead—. Le debés muchas explicaciones. Pero no vuelvas a engañarla con ilusiones al pedo porque te aseguro que te capo.

Tal y como le prometiera, Liliana y Guille se retiraron.

Al ínfimo departamento de Yago no dejaba de llegar gente.

Julián movía su cuerpo con arte al son de la música, aferrando la mano de Carla cuya pareja de esa noche consideraba poco apropiado el bullicio que habían montado en un sitio tan estrecho.

Yago le tendió la copa a una mujer que no tenía idea de quién era la cumpleañera y aun así disfrutaba porque el festejo le permitía acompañarlo.

Mariano y el grupo de antiguos compañeros de colegio de Bárbara la subieron a la barra de desayuno, instándola a que bailara desde ahí. Ella descubrió a Adriana en compañía de los hombres del bar de la noche donde había perdido su inocencia; quien había sido el responsable le guiñó un ojo y Bárbara le arrojó un beso sensual.

—¿Quiénes son los tipos que vinieron con Adriana? —preguntó Tadeo a Yago.

—No tengo idea —respondió este, tratando de identificarlos.

—La enana los conoce. Acaba de hacerse la interesante con el de camisa azul.

Yago observó detalladamente; les calculó unos veintidós o veintitrés años y el gesto terminó de tensarse en su cara cuando vio los movimientos sensuales que Bárbara ofrecía a esos invitados; especialmente al de camisa azul con pinta de tener los abdominales más marcados que Jason Statham.

—Disculpame un momento —solicitó a su ocasional compañera y caminó hacia la barra con la intención de bajar de allí a Bárbara y evitar que continuara ofreciendo un espectáculo tan indecoroso. Frustrado, detuvo sus pasos cuando «Statham» se le adelantó, la tomó de la cintura y, haciendo que el cuerpo de ella se deslizara contra el de él, la posó sobre el piso, partiéndole la boca con un beso.

—No sé a quién matar primero —confesó Tadeo, observando la situación.

Yago tomó del hombro al Sapo y lo sacó al pasillo fuera del departamento:

—Pongamos las cosas claras —explicó, intentando calmarse y calmarlo—, te pasaste de cocción por culpa del miedo a que te rechazara. Cuando tuviste el valor suficiente para confesarte lo hiciste tan mal que te mandó a la mierda.

—Siempre es bueno hablar con los amigos —se quejó Tadeo empujándolo sin fuerza.

—Porque soy tu amigo es que estoy tratando de que pienses en frío. Da vuelta la página, hermano. Creció, no se guarda para nadie, vive y seguro que ese es el tipo que le está dando alegrías. En lugar de matarlo deberíamos agradecerle.

—¿Agradecerle? ¿Te volviste loco? —reclamó el Sapo.

—Hay que agradecerle. Ese tipo se está encargando de ayudarla a liberar bronca. Es para agradecerse, sé lo que te digo; vivo con ella, la padezco día a día.

Regresaron al interior del departamento y quedaron sorprendidos viendo que el de camisa azul la tenía aprisionada contra la pared junto al baño.

—¿Quién te va a ordenar la casa si ese tipo se la lleva? —preguntó Tadeo.

La noche continuó con el alcohol encargándose de inundar de libertades las conciencias. Melisa se recostó en los brazos de Lucho cuando danzaron. Carla esbozó sonrisitas al futuro protagonista de la obra en el San Martín.

Tadeo escondió rechazos bajo la falda de otra mujer y Yago se perdió dentro de su cuarto con su acompañante.

Un resto de lucidez le indicó a Bárbara que no podía irse con el de camisa azul y dejarle a Yago la responsabilidad de acomodar el departamento.

—Mañana venimos temprano y te juro que te ayudo —le propuso Adriana, haciendo pucheros, deseosa de estar a solas con el otro amigo—. Dale, no seas así. El tipo me encanta y el tuyo tiene ganas de repetir la noche vivida con vos. Vayámonos los cuatro.

Bárbara lo observó y se sintió tentada, pero Yago regresó a la fiesta y volvió a compadecerse de él:

—No. Está decidido.

Cerca de las cinco de la mañana el último de los invitados se retiró y Bárbara comenzó a lavar las copas que Yago le fue alcanzando hasta la pileta.

—La próxima vez montalo completito y comprá vajilla descartable, o hacé que el de la pizza party traiga a alguien que limpie.

—Tu ayuda en la economía doméstica no me permite darte esos lujos —le aclaró Yago.

—Tendré que buscarme un tipo con guita.

Él prefirió arrojarle el resto del champagne de la copa que llevaba en la mano, antes que festejarle la gracia. La blusa de Bárbara se empapó produciendo la magia de traslucir el corpiño. La mirada de Yago se encendió y con la lengua se humedeció los labios que exigentes le temblaron.

Bárbara trató de cortar el hilo de atracción que los unió; introdujo una mano en la pileta llena de agua y la retiró con fuerza para mojar parte de la camisa de él. Los pezones de ambos reaccionaron a la visión y al frío, y el hilo se tensó. El alcohol ocultó las trabas; un dedo de Yago unió en su recorrido las pecas en la cara de Bárbara, antes de atrapar con su boca la de ella. La temperatura y el sabor anhelado regresaron para que la ansiedad dominara el momento y los alejara de la cordura, nuevamente.

«Es prohibida», se dijo él sin querer despegarse, en tanto la excitación se instaló pisoteando los reclamos de la conciencia. Quería desvestirla despacio, y con lentitud le fue bajando el cierre del pantalón, desprendiendo diente a diente lo que lo separaba del contacto con su piel.

Bárbara no quería pensar, necesitaba sentir aquel fuego que mantenía la llama prendida en algún rincón de su ser y que no había sido apagado por la flama de otro hombre.

Él le besó el cuello, la sintió tan suya que no quiso recordar que era para Tadeo, ni que había estado en los brazos del intruso de camisa azul que se interpuso entre el trío de amigos. No quiso seguir solidarizándose con la camaradería que los unía desde niños. La tenía entre sus brazos, dispuesta.

—Tenemos que parar —intentó ella, cuando Yago comenzó a regarle con el aliento la clavícula y le bajó la blusa por los brazos.

—Vamos a parar —dijo, corriendo la copa del corpiño y abarcando con delicadeza un pezón entre los dientes—, pero mañana. Hoy es tu cumpleaños y vamos a festejarlo.

La muchacha leyó en las palabras de él el paréntesis donde era lícito esconder el secreto de una atracción que debía concretarse para dejar de idealizar sueños y regresar a la realidad con certezas. Tiró de los extremos de la camisa de Yago y estiró los brazos para no tener que detenerse a desabrochar botones. Él la ayudó despojándose del resto de la prenda, en tanto ella se ocupó de la muralla que suponía el jean del hombre.

Libres de interferencias la tomó por la cintura para sentarla sobre la barra, puso las manos sobre las rodillas de ella y la abrió para él, reconociendo el *déjà vu* que la escena le brindó.

—Así —dijo con voz ronca, despertando todos los sentidos de Bárbara que se aferró a sus hombros, inmersa en el mareo alucinante de lo que se avecinaba.

Le besó un seno y luego el otro haciendo que arqueara la espalda

disfrutando. Los carnosos labios de Yago inspeccionaron su ombligo y se liberaron sobre su pelvis. Bárbara dejó caer su cabeza sobre el corto y enrulado cabello de él.

—Seguí —lo incitó—, y te aseguro que no vas a poder parar.

Las palabras de la muchacha lo perdieron, y el poco control que prevalecía para ser suave y dulce quedó sepultado por el deseo feroz que no conocía de amistades ni consideraciones. Con la lengua hurgó en su interior transportándola hacia el abismo que los hundiera en la retractación imposible.

Bárbara clavó los dedos en la cabeza de Yago, gimiendo tanto como su respiración desbocada se lo permitió. La locura que aceptó vivir no le impidió exigir:

—Ponete un forro, ya.

Lo hizo con rapidez antes de volver a tomarla por la cintura, bajarla de la barra, indicarle que lo rodeara con las piernas para así apoyarla contra la pared y poder entrar en ella por primera vez. El cuerpo de Yago se estremeció y su garganta gruñó con un sonido ronco confirmándolo:

—Seda.

Bárbara tomó la cara de él entre sus manos, lo obligó a que la mirara y le indicó:

—Ahora sí. Duro y sin miedo. Estamos festejando.

Yago cerró los ojos dejándose llevar por esa voz primitiva que borró de su memoria la relación de la nena de trenzas con el falso hermano mayor. No era Bárbara, era una mujer que lo encendía y reclamaba más con cada caricia. No fue dulce, no fue suave; nuevamente con ella primó el instinto.

La espalda de Bárbara subió y bajó por la pared al ritmo de las embestidas de Yago, se aferró más fuerte con las piernas alrededor de las caderas masculinas instándolo a la locura desenfrenada en la que cayeron. Sus fosas nasales se abrieron buscando más oxígeno, sin poder contar con la posibilidad de ayudarse con las bocas porque estaban ocupadas en la batalla

desatada por sus lenguas.

Aunque por momentos Yago abriera los ojos, no era a la enana a quien veía; frente a sí tenía a una mujer ardiente, y toda su atención estuvo abocada en darle el máximo placer para obtener el propio.

Fiel alumna del maestro, Bárbara se esforzaba por lo mismo. Era un duelo, una guerra por demostrar cuánto gozo podían encontrar, o tal vez era simplemente el egoísmo con el que cada uno le exigía excelencia al otro.

Bárbara convulsionó, Yago tembló antes de volver a sentir que los cristales, que alguna vez estallaron con un simple beso, se convertían en partículas microscópicas, y gruñó exhalando el aire contenido tras la última estocada. Antes de que la razón le susurrara que habían cometido un error la escuchó decir:

—Quiero repetir —Y no fueron tan solo palabras ya que se encargó de afirmarlas rotando las caderas y lamiendo el lóbulo de la oreja del asombrado Yago.

Nadie podría culparlo por la respuesta cuando todo él había vuelto a crecer estando aún dentro de ella. Las piernas no lo sostuvieron; giró y la guio al sillón, dejándose caer de espaldas con Bárbara sobre su regazo.

La homenajeadada con atrevimiento le mordisqueó un pezón para que no se distrajera mientras reponía el condón, y lo cabalgó como si de ello le dependiera la vida.

Exigentes y reclamantes; arrogantes portadores de la imposibilidad de rendirse, expusieron el gozo mas ninguno mostró debilidad ante el contrincante. Tras el tercer orgasmo, acabaron cayendo dormidos sobre la cama de Yago. El desorden provocado por la reunión se incrementó luego de la batalla entre ellos.

Cerca del mediodía, Yago sintió la ausencia, abrió los ojos recorriendo el cuarto y cayendo en la cuenta de que había sido Bárbara quien lo transportó a la noche más desenfadada y magnífica que había vivido en toda su vida. Ya

encontraría cómo explicárselo a Tadeo y recoger los pedazos de esa amistad. Sintió que Bárbara era para él y se aseguraría de conservar lo que era suyo. Respiró hondo recordándola de pequeña y reconociendo que había crecido lo suficiente como para volverlo loco durante toda la madrugada. Abrió el cajón de su mesa de noche buscando más profilácticos; el día no había terminado y él mucho menos con ella. Desnudo como estaba decidió dejarlos sobre la mesita, degustarla por la casa había sido glorioso pero ya era hora de gozar, recuperado, sobre una superficie más blanda. Sintió el sonido del televisor en el living y, con aire de macho alfa y seductor, fue en búsqueda de su compañera. La halló de espaldas a él, sentada en el sillón, con el control remoto en la mano y compenetrada en un programa de tv sobre críticas de cine. Vestía la camisa masculina cuyos botones se encargó de destrozarse la noche anterior, y con la cabellera que rogaba por un peine. La ternura lo inundó al mismo tiempo que la ansiedad por volver a estar dentro de ella.

—Somos como los de esa película —comunicó Bárbara, notando su presencia y, sin sacar la vista de la pantalla, aclaró—, amigos con derecho a roce. Vos y yo sí que nos rozamos, ¿no?

¿De qué hablaba? ¿Cómo podía continuar calificándolo de amigo luego de que se habían expuesto como el hombre y la mujer que eran? Luego de haber hurgado uno en el placer del otro sin límites ni vergüenzas. ¡Ellos no eran amigos, ya no! Amantes sería el término indicado si pretendía instalarse en la postura de mina difícil que se negaba a la posibilidad de considerarlos como pareja. Frunció el ceño y se llevó la mano a la nuca para reprimir el deseo de tomarla de un brazo, tirarla sobre el piso, embestirla de una y borrarle la soberbia y el orgullo. «Idiota», se dijo al caer en la cuenta de que al salir del cuarto lo que pretendía era inundarle el cuello de besos tiernos y acariciarle los pequeños pero erguidos pechos. Decidió ignorarla y caminó hacia la heladera en busca de alguna botella de agua.

—Yago, ¿me oíste? —preguntó.

—Te oí —respondió—. Pero nada que ver, la película se llama *Muy parecido al amor* y entre nosotros solo hay roces.

Ella volteó a mirarlo para responderle y lo descubrió desnudo, con toda la musculatura expuesta. No lo pensó, saltó del sillón, caminó en puntas de pie hasta estar a centímetros y le entregó una sonora cachetada en el trasero, antes de asegurarle:

—Tenés un culo genial, pero no te pasees en bolas por la casa. No es higiénico, ni ético.

—Y lo dice la dueña de la moral que en este momento viste solamente mi camisa sin botones —respondió, utilizando la botella helada para correr uno de los lados de la prenda y dejar expuesto ante él un pecho de Bárbara.

El frío sobre la piel cumplió en satisfacer las pretensiones de Yago y el pezón se irguió respondiendo también a su atenta mirada.

—O sea que la ética se va a la mierda cuando de acortar los tiempos se trata —dedujo ella—. Buen punto. Me gustan los tipos que la tienen clara y no se andan con rodeos.

A Yago le costó mantener su pose fría para continuar ignorándola, darle la espalda y guardar la botella para decirle:

—Dejá de suspirar, enana; voy a bañarme. Debiste considerar esa posibilidad antes de apresurar conclusiones.

—Cuando se vio a un tipo en bolas ya se los vio a todos —devolvió muy íntegra.

Él estuvo a punto de gruñir, pero decidió no darle el gusto y caminó hacia la puerta del baño. Antes de desaparecer debió soportar escucharla:

—Ahora que notaste lo bien que amanezco, dedicame el de la ducha.

Todavía molesto condujo hacia el boliche con las neuronas seriamente influenciadas por el orgullo herido. ¿Quién se creía que era esa enana proyecto de mujer? ¿Quién le había elevado el ego tanto como para que, de ser un palo con trenzas, se creyera la actriz sexy más solicitada del momento? «¿Vos?», le preguntó con algo de temor su voz interior. ¡Jamás! Él la había ayudado a aprender a defenderse, a saber cómo patear la pelota. Le había explicado cómo tenía que besar. Le había hecho el amor como un animal en celo, desesperado por mostrarle la cima de la montaña rusa que era un orgasmo. Pero lo lamentable era que Bárbara venía con lecciones aprendidas y le había resultado muy fácil asimilar las suyas. Finalmente contribuyó en la educación sexual de la mujer que lo seguía considerando como a un amigo, para que algún día la disfrutara otro. Frenó el auto a pasos del boliche donde se reuniría con Tadeo para divertirse en esa noche de sábado. Golpeó con fuerza el volante sabiendo que no podría debatir con el Sapo el problema en el que se había metido; hasta que las cosas no estuvieran más claras sería preferible no enfrentarlo con la verdad.

Bebió un whisky tras otro, desechó los ofrecimientos femeninos, no podía calmarse y su humor no mejoraba. Tadeo comenzó a preocuparse:

—¿Te sentís mal?

—No. Necesito tranquilidad y acá no la consigo.

—¿Qué te pasa, Yago? ¿La mina de anoche te agotó con tan poco?

Sí, estaba agotado, tenía la paciencia agotada. Había ahogado en alcohol a la voz de su conciencia que insistía en gritarle que se había equivocado; acababa de ahorcar a la que le gritaba que frente a él estaba Tadeo, su amigo, el que llevaba años deseando hacer con Bárbara lo que él había disfrutado durante horas. Y quien primó fue su orgullo; tiró sobre la barra los billetes para pagar los tragos, palmeó el hombro del Sapo a manera de saludo y le deseó suerte esa noche, antes de regresar al auto rumbo a su departamento.

Frente a la puerta meditó unos minutos cuál sería la manera de bajarle los humos a la que ya no podía llamar enana.

«¡Mierda!», exclamó pateando el zócalo de la pared, absolutamente molesto por lo que estaba viviendo y sin saber cómo resolverlo. Bárbara estaba con él porque le había ofrecido un techo luego de que la familia la lastimara a repetición. Tadeo se la confió creyendo que la protegería de todos, y él, como un energúmeno resurgido de las cavernas, la había partido en dos por horas, y lo que era peor es que había disfrutado de cada segundo.

«No la oíste quejarse», le recordó su voz interior y puso la llave en la cerradura para afrontar la responsabilidad no sin antes tantear primero el terreno.

Dejó el llavero sobre la decorada mano junto a la entrada, encendió la luz del living. Todo estaba en silencio y tan pulcro como si en la noche anterior no se hubiera realizado una fiesta, ni una batalla sexual. Hasta su propio cuarto parecía el anuncio de una casa de decoración. Pensó si llamar a la puerta de la habitación de ella para anunciarse y consideró absurda la prevención, de manera que simplemente la abrió para encontrarla dormida, con la inocencia que la carita llena de pecas podía simular.

Se llevó las manos a la espalda, se sirvió un vaso de agua y camino al baño se quitó la remera. Cumpliendo con los reclamos de Bárbara dejó las prendas de las que se despojó dentro del cesto de ropa sucia y se dio una ducha fría.

En la mañana, Bárbara se despertó con el tiempo suficiente para asearse, vestirse y salir apurada para visitar a Guille. Sobre el escurridor de la cocina vio un vaso; imaginó que Yago estaría con una chica muy especial, caso contrario no comprendía tanta pulcritud. Una idea corrió como una flecha de un lado a otro de su cabeza. Alarmada, quiso asegurarse de que no fuera cierta; no podía estar enfermo. Con cuidado de no hacer ruido abrió la puerta del cuarto de él. El pantalón de jean pendía acomodado del respaldo de la silla y no había zapatos en el piso. Él dormía desnudo sobre la cama. Le tocó la frente y, aunque olía a alcohol, no tenía fiebre. Evitó despertarlo y consideró felicitarlo dejándole una nota prendida con un imán en la heladera:

*Si hubiera sabido que aprendías modales a base de orgasmos,
me hubiera ahorrado las previas.
¡Bravo, seguí así!*

Y el remate lo dio con una carita feliz como las que las maestras del preescolar dibujan en los cuadernos de los alumnos.

Cuando él la leyó no supo si reírse o maldecir.

«De la que te estoy salvando, Sapo —pensó Yago—. Finalmente tendrás que darme las gracias.»

Disfrutó del paseo con Guille y le agradeció a Liliana el gesto de haber cocinado el pastel para la fiesta. Cenó con Adriana y Mariano en un restaurante de tacos mexicanos donde los amigos se enteraron de que ni el padre ni la madre la habían llamado para saludarla en su cumpleaños.

—Tampoco esperaba que lo hicieran —aclaró para que no sintieran pena por ella—. Blanca está perdida en su drama, un día de estos me reclamará que no festejé con ella. Él habrá considerado que no me merezco ni un saludo y

estará revolcándose con alguna idiota. Sé cómo son las cosas y gracias a Dios pude abrirme. Los que la tienen jodida son los que siguen metidos en esa locura.

—No sé si sos muy madura o si te congelaron el corazón —dudó Mariano.

—Aprendí a golpes que nadie tiene derechos sobre mí. Soy la responsable de las consecuencias que provoquen mis decisiones, así que antes de tomarlas me aseguro de tener los ovarios para bancármelas porque no dejaré que nadie ponga el pecho para recibir las balas por mí. Si eso es madurez...

—Sos injusta. Tadeo enfrentó a tus viejos y Yago te cobija bajo su techo hace meses.

Se recostó contra el respaldo de la silla, achicando los ojos y mostrando una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? —preguntó Adriana muy intrigada.

—Nada, que ayer vi varias veces el techo de la casa de Yago.

Por mucho que insistieron no consiguieron detalles sobre la manera en que Bárbara se detuvo a observar el techo, ni si el responsable de eso había sido él.

Escudados tras las tareas y responsabilidades la semana transcurrió desencontrándolos e impidiendo que ninguno de los orgullos se viera forzado a ceder. El sábado siguiente Bárbara ensayó hasta tarde y pasó la noche en casa de Julián. El domingo almorzó con Melisa y Blanca, luego fue a ver a Guille y, agotada, llegó al departamento de Yago cuando era la hora de cenar.

La caja de pizza depositada sobre la mesita del living todavía conservaba un par de porciones; tomó una, consultándole:

—¿Puedo?

Yago asintió con la cabeza al mismo tiempo que le hacía señas para que se corriera de frente al televisor y le permitiera continuar viendo el partido de

fútbol que transmitían.

Se comió el resto de la cena confirmando que se había quedado con hambre. Husmeó en las alacenas y decidió preparar volcanes de chocolate. En tanto el postre se cocía en el horno, fue a su cuarto a quitarse la ropa y se puso una remera larga y gastada.

Yago rogó por perder la vista cuando la vio agacharse frente al horno para retirar el volcán. Hizo un gran esfuerzo por concentrarse en el partido e ignorarla, sobre todo cuando la muchacha dejó frente a él el postre y se sentó a su lado cortando con la cuchara un bocado. El chocolate del interior se derramó, Bárbara abrió la boca y Yago le arrebató el manjar, feliz de degustarlo antes que ella.

Ofendida, decidió vengarse; sin decir una palabra volvió a tomar otro trozo que con rapidez se llevó a la boca, saboreó la cuchara una y otra vez e incluso la recorrió con la lengua.

Yago tragó saliva. Lo había provocado con total intención, otro hombre ya estaría sobre ella entregándole aquello que había desatado, pero él tenía suficiente autocontrol como para saber detenerse..., aunque ardía. ¿Ardía por ella? ¿Con qué otra mujer había recurrido al autocontrol estando en un estado tan incandescente? «Con ninguna», le recordó la voz de su memoria. Ninguna mujer era tan ridícula como para gastar energías en provocarlo y después hacerse la desinteresada. Se concentró en la pantalla y en los comentarios; nada de lo que la enana hiciera debía alterarlo. ¡Ella era Bárbara, la de trenzas y lenguaje indecoroso! La irascible, la «juancito» que aseguraba Tadeo. La mujer de la que el Sapo estaba enamorado hasta el tuétano. Encerrado en su interior se repitió mentalmente que no lo afectaría. «Terminará aprendiendo a comportarse frente a un hombre», se repitió a manera de mantra.

Bárbara recogió las piernas sobre el sillón y ahuecó entre ellas la falda de la remera cuando el relator del partido comentó sobre lo dudoso del penal que marcó el réferi. Concentrado en el partido, Yago no le hizo el mínimo caso y

a ella le resultó irresistible con aquel gesto de ceño fruncido y labios algo separados. Yago era ardiente, sensual, incansable y rudo; la horma de su zapato. Nuevas preguntas se amontonaron construyendo la pirámide y en la cima primaba la última: «¿Cuán inmune soy a él?». Era la peor de las dudas y lo aconsejable sería comenzar con las que se acoplaban en la base a cuyas respuestas no temía. El sexo con él resultaba increíble, mucho mejor que con el amigo de Adriana. Se conocían las debilidades, los defectos y las virtudes; confiaban el uno en el otro. Podían vivir juntos sin enloquecer... No estuvo segura de que esa respuesta fuera la correcta; hasta el momento no se habían matado aunque tampoco estuvieron muy lejos de lanzarse cuchillos. Recogió otro bocado y se lo llevó a la boca con lentitud, mirándolo. Él seguía secuestrado por el programa de tv, aprovechó su distracción y se regodeó admirando el contorno de su boca. Labios carnosos y sensuales que besaban acaparando y al mismo tiempo ofreciéndose. Yago se humedeció el inferior con la lengua antes de beber de la copa; Bárbara tragó imaginando saborear la cerveza que él ingería, viendo la nuez de Adán subir y bajar por el cuello firme y masculino.

—¡GOOOOL! —gritó, eufórico. El árbitro anuló el tanto y ambos fueron absorbidos por la pantalla—: ¿Dónde posición adelantada? ¡Burro!

—Réferi bombero —acusó ella, dejando el plato vacío sobre la mesita—. ¡Vendido!

—¿Lo viste? Fue gol de acá a la China y el cagón lo anuló —dijo, tomándola de los codos.

—Comete el volcán antes de que se enfríe, así se te pasa la bronca —le propuso con un brillo pícaro en la mirada y señalándole su porción.

Yago carraspeó y con rapidez alejó los ojos y las manos del cuerpo de ella. Volvió a sentarse cómodo, sin tomar su postre, deseando degustar otra cosa.

El partido se puso interesante logrando que los dos se concentraran en seguirlo. Él estiró un brazo apoyándolo en el respaldo por detrás de la cabeza

de ella. Bárbara maldijo al defensor que envió la pelota al córner y se apoyó la mano sobre el seno izquierdo a manera de cábala cuando el delantero se dispuso a patear con dirección al arco. Yago cerró los ojos y apretó las mandíbulas, obligando a sus manos a que no se ocuparan de reforzar el conjuro.

—¿Querés o no querés volcán? —consultó en el momento en que la pelota todavía estaba en el aire y Yago no pudo continuar conteniéndose.

—Callada —ordenó, arrojándose sobre ella—. El postre me lo sirvo solo. —Por toda respuesta recibió el choque de las caderas de Bárbara provocando las suyas—. Sos hija del rigor —le aseguró, rasgando el sobre del condón—, ahora vas a aprender las lecciones que debí darte desde el principio.

—No necesito lecciones para...

Rodó con ella hasta el piso, penetrándola con el vigor que la obligó a mantener silencio:

—Te gusta provocar, te gusta duro y esa es mi especialidad.

—Y a vos, ¿cómo te gusta? —lo enfrentó Bárbara.

—Caliente, muy caliente y sin límites. Yo me quedo con todo, enana, con todo.

Yago mordió uno de sus pezones en un movimiento rápido y sorpresivo; al segundo lo succionó y Bárbara consiguió que el punto de máximo placer se encendiera al rojo vivo sin poder contener el grito. Él sonrió y volvió a introducirse con fuerza, logrando dominarla durante ese round. Al límite del estallido clavó las uñas en los hombros de él, escuchándolo gruñir complacido. La tensión se adueñó de los cuerpos y Yago ingresó profundo para expeler hasta la última gota de locura, dejándola exhausta y desmadejada sobre el piso. Salió de ella, se incorporó, tomó el plato y en dos bocados consumió el volcán:

—Me quedo con todo, no vuelvas a dudarlo —comunicó recogiendo su ropa del piso y entrando al baño para ducharse.

«Maldito engreído, arrogante. A este le hace falta que yo le demuestre quién de los dos se quedó más complacido».

Buscó el celular en el bolso:

—Julián —dijo a su amigo al otro lado del teléfono—, necesito que mañana me ayudes con algo antes de ir a clases.

—Doctor Barbarossa, necesito un favor.

El veterinario respiró hondo. No era habitual que Bárbara los pidiera, pero esa tarde tenía un brillo extraño en la mirada que lo llevaba a pensar que tramaba algo. Expectante, corrió hacia atrás el taburete y lo hizo girar para mirarla a los ojos mientras la instaba a continuar.

—Necesito salir un rato antes.

Confirmado, algo tramaba.

—¿Puedo saber para qué? —preguntó el hombre.

—Tengo que hacer unas compritas para adornar al personaje de una obra que estoy preparando.

—¡Cierto! Tadeo me lo contó. Felicitaciones. *La Nona* es un clásico argentino y estoy seguro de que harás tu papel a la perfección.

Bárbara sonrió. Ese hombre era increíble. «Tiene un hijo medio bruto, pero él es increíble».

Adelantó todo lo que pudo el trabajo y una hora antes de lo habitual salió corriendo a la calle para encontrarse con Julián.

—¿En qué te ayudo? —preguntó él. Ya no aguantaba la incertidumbre caminando a paso rápido detrás de ella por la atestada avenida.

—Necesito un préstamo.

Sorprendido se frenó en seco, ella le aclaró:

—Tengo que hacer unas compras, no tengo efectivo, te pido que pagues con tu tarjeta y te prometo que te lo devuelvo cuando te llegue el resumen.

—¿Qué vamos a comprar?

Los ojos de Bárbara se iluminaron y una sonrisa maléfica se le dibujó en los labios.

Julián jamás preguntó los costos por los que debería responder ya que, alucinado ante cada prueba de vestuario y elección de complementos, firmó cada vóucher sin importarle si contaba con el suficiente crédito.

—No lo hagas —la aconsejó, escondiendo la risa al comprender lo que ella pretendía.

—Se lo merece —aseguró Bárbara.

—No sé si así lograrás tu objetivo, pero todo tiene un límite.

—No lo dudes —confirmó ella—, lo voy a lograr. Me conocés como colega, no tenés ni idea de cómo soy cuando me desafían.

No quiso dar más explicaciones. Pero Julián la detectó con rapidez.

—¿Qué tipo de relación mantenés con él? La otra noche me pareció que se histeriqueaban.

—No te hagas una película, Julián. Él y yo somos amigos. Amigos que no se privan, pero amigos. Él no quiere una pareja y yo muchísimo menos. Los dos tenemos esos límites muy claros.

—Insisto, no lo hagas —repitió, antes de ingresar al estudio del maestro Briski.

Bárbara lo besó en la mejilla y le susurró un «gracias» absolutamente sincero. La ansiedad por lo que vendría no le permitió estar demasiado concentrada en la clase de esa noche. En la salida obligó a Julián a apresurarse, y en casa de él se duchó y preparó el personaje.

—¿Cómo me ves? —preguntó calzándose el abrigo.

Julián le olfateó el cuello, la hizo girar para observarla por completo:

—Apariencia impecable, si no fuera por las zapatillas.

—Allá me pongo las sandalias, así hago menos escándalo al entrar. Tengo que encontrarlo bien dormidito si quiero tener éxito.

Llegó al departamento cuando ya pasaba de la una de la madrugada. Entró, cuidándose de no hacer el mínimo ruido. Se cercioró de que estuviera dormido, dejó el abrigo en el cuarto y comenzó a dar los toques finales para representar su papel. Los oídos le dolían por mantenerlos alerta para detectar hasta el vuelo de una mosca. Agradeció que el respaldar de la cama de él tuviera barrotes y que acostumbrara a dormir desnudo. Casi sin rozarlo y con la mayor suavidad, fue preparando el escenario. Cuando estuvo segura de que no había cometido errores se calzó las sandalias negras de tiras y altos tacos, se subió despacito a la cama colocando un pie a cada lado de las caderas de Yago, mantuvo el equilibrio y lo despertó:

—¿Sensei?

Yago abrió los ojos. La visión de una Bárbara infinita vestida con un body negro de cuero, medias con ligas al tono y un antifaz, era la representación más cercana de la diosa del sexo, y quiso colocarse sobre ella para saciarse. Extendió los brazos descubriendo que se encontraba atado y que su frustrado intento había ajustado más los nudos contra las muñecas.

—Soltame —rugió.

Ella le chistó, negándose.

—¡Bárbara!

—No, *sensei*, hoy sos mi postre —aseguró, agachándose sobre él con sensualidad y sin perder el equilibrio, pero también sin rozarlo.

Expuesto, Yago no pudo esconder su excitación y bufó molesto.

—Veo que recordar el volcán de anoche hace que lo quieras repetir hoy. No te preocupes, esta «erupción» no la olvidarás en tu vida.

—Yo no te até —reclamó con los ojos enfurecidos de bronca.

—Lo único que busco es mi postre y de esta manera lo tengo y hasta decoradito.

Bárbara apoyó una mano a cada lado de la cara de Yago y le entregó un suave beso en los labios. Él no pudo resistirse y estirando el cuello todo lo

que le fue posible la besó con ansias hasta que ella se apoderó de su labio inferior y lo provocó aún más al tirar de él.

—Anoche, tu cuerpito —le anunció, recorriéndole los abdominales con la palma de la mano— se alimentó con el fruto de mi esfuerzo en la cocina y no fuiste capaz de darme las gracias. De alguna manera vas a tener que aprender modales.

—Bárbara —volvió a reclamar y tiró nuevamente de las cuerdas de pies y manos que lo mantenían fijo a la cama.

—Sí, *sensei*. Bárbara, una seda con el fuego necesario para convertir en cenizas tu volcán.

—Te estás pasando. Esto ya no es un juego.

—Mirame, Yago —lo instó—. Hoy sos el juguete con el que voy a entretenerme. Ayer te dejé hacer, hoy me toca a mí para que sea justo.

El gesto serio de él estuvo a punto de hacerla desistir, aun así continuó y redobló la apuesta trazando con su lengua un camino descendente desde el cuello hasta el pubis del hombre. Yago exhaló con un sonido ronco cargado de deseo. Bárbara no se detuvo. Acarició con sensualidad todo lo que ese hombre tenía para dar, no solo con sus manos sino también con su boca. Cuando él se tensó y apretó los ojos hasta que solo podía verse una línea continua, Bárbara se fue alejando lentamente, bajó de la cama y lo besó con pasión antes de girar y caminar hacia la puerta.

—¡No me dejes así! Terminá lo que empezaste. Desatame.

—El despertador suena a las siete —comunicó.

—¡Vas a arrepentirte! —la amenazó, comprendiendo que planeaba abandonarlo en aquel estado.

—¿Vos creés? —fue lo último que le dijo antes de desaparecer de su campo visual, envuelta en un halo seductor.

Poco durmió Yago esa noche pensando de qué manera la haría pagar semejante atrevimiento e incomodísimo por las ataduras que no le dejaban

satisfacer la necesidad que le había provocado.

Quebrando nuevamente las reglas, Bárbara se duchó primero en la mañana, preparó café, cuando el reloj indicó que solo contaba con quince minutos para llegar a la productora entró al cuarto de su víctima que la esperaba absolutamente despierto y furioso.

—Hay que ser buen perdedor y bancarse el resultado del juego —lo advirtió.

—Siempre existirá la oportunidad de una revancha —comentó, esperando a que lo desatase.

Reunió valor y fue destrabando primero los nudos de los pies para finalmente culminar con los de las muñecas. Yago recogió las cuerdas y las guardó en el cajón de su cómoda.

—Son mías —reclamó Bárbara, extendiendo una mano hacia él.

—Creo que me las gané —le aseguró, mirándola de costado y saliendo del cuarto, terminando de calzarse solo un jean para sentarse en la barra de desayuno y servirse una taza de café.

—Que tengas lindo día —dijo ella despidiéndose.

—Bárbara —la llamó—, hay un par de puntos que quiero comentarte antes de que te vayas.

—¿Podría ser a la noche? Llegaré tarde al trabajo.

—No voy a demorarte porque no vamos a discutir.

Se sentó en el taburete junto a él, mirándolo a la cara, expectante.

—El otro día dijiste que éramos amigos con derechos especiales y... me parece bien, pero quiero dejar algo en claro. —Ella asintió, Yago continuó—: Ser amigos dista mucho de ser pareja. Un amigo está para divertirse y apoyar la cabeza en su hombro cuando las papas queman, pero no para privarlo de su libertad. El «roce» que compartimos no nos convierte en exclusivos.

—No tenés que aclarármelo.

—Sí, es mi deber aclarártelo. Este jueguito puede malinterpretarse. No

tenés derechos especiales sobre mí, el numerito que montaste anoche no vas a repetirlo, porque si lo repetís tendrás que irte de mi casa. Soy un hombre, no tu juguete. Tampoco soy tu contrincante sexual, sino tu amigo. Cogés muy bien, estar con vos en la cama es muy entretenido, pero para mí seguís siendo la enana con trenzas que todavía precisa lecciones para convertirse en mujer.

Recibió la estocada, pero no lo demostró. Lejos de eso y sin siquiera tomar aire, contraatacó:

—Te equivocás, la otra noche pensaste que estabas frente a la nenita que aferraba fuerte la pelota cuando un grupo de matones se metieron en su casa a reclamarla; por eso me manejaste a tu antojo usando la fuerza de tus bíceps. Ayer te dejé en claro que soy tan mujer que podría hacerte llegar al orgasmo sin siquiera tocarte. Atarte fue la demostración «amistosa» que utilicé para demostrarte que también podés gozar con todas las fantasías que generé en tu mente. Deberías agradecermelo en lugar de aclarar puntos que los dos tenemos muy claros. Pero es evidente que te falta un hervor, porque sacaste tu orgullo de macho a pavonearse en lugar del aplomo varonil que todavía no tenés.

Yago fue un robot de última generación preparado para rendir al máximo esa mañana en el estudio de su padre. Las ideas brotaron una tras otra hasta dejar perplejo incluso al arquitecto ayudante del estudio. Se negó a salir a almorzar, concentrado en encontrar la utilidad de un espacio entre columnas.

—Tiempo fuera —indicó Lorenzo, moviendo con rapidez la cabeza para señalarle que lo esperaba en su despacho.

A regañadientes, Yago aceptó y lo siguió.

—Cerrá la puerta —le indicó su padre y él obedeció—. ¿Qué te pasa, hijo?

—¿Estás asistiendo a mi día más productivo y me parás para preguntarme qué me pasa? ¡Me puse las pilas, eso me pasa!

—Yago, sé lo productivo que sos, valoro el esfuerzo que hacés dentro del estudio. No trates de escaparte por la tangente, te conozco. Con el trabajo estás tapando algo y quiero saber qué es.

El muchacho se llevó las manos a la cabeza tratando de liberar tensiones.

—Hijo —susurró, tomándolo por el hombro e invitándolo a sentarse.

—Tranquilo, papá. No me pasa nada que no pueda manejar sin tu intervención. Estos días estoy un poco tenso.

—¿Bárbara tiene algo que ver?

Se paró de inmediato y ensombreció la mirada. No todo en la vida tenía que ver con ella:

—¡Otra vez! No veo por qué la nombrás. Hace mil años que es mi amiga; que la haya cobijado bajo mi techo no tiene por qué cambiar nuestra relación. ¿Qué les pasa a todos con Bárbara? ¿Qué parte del tema no entienden vos y Carla?

Comprendiendo, Lorenzo decidió no ser demasiado directo:

—No digo que cambie la relación de amistad que tienen desde chicos, pero llevabas tiempo viviendo solo y ahora ella está instalada ahí. Estabas acostumbrado a hacer la tuya y ahora todo eso cambió.

—No hay ningún cambio, ni lo habrá. Es mi casa, me muevo y me seguiré moviendo como si ella no estuviera —concluyó y estuvo seguro de que esa era la solución. Debía considerar a Bárbara como a un mueble más, como a la maldita mano pintada de mil colores estridentes que a ella se le ocurrió emplazar junto a la puerta. No, era mejor que un mueble, era un robot que le planchaba la ropa, ordenaba la mitad de todo..., se bañaba primero en las mañanas y cocinaba malditos volcanes de chocolate.

En la productora estuvo muy distraída. Más de una vez debieron recordarle alguna orden que no cumplió a tiempo. Dentro de la veterinaria se obligó a

prestar más atención; el doctor Barbarossa la conocía mucho y tenía que estar alerta para no delatarse. Ante Julián se permitió aflojar tensiones cuando aceptó la invitación de él para cenar.

—¿No salió como esperabas?

—Todo lo contrario, obtuve cada resultado que busqué. Incluso la charlita a la que me sometió en la mañana.

—¿Charlita? Dame detalles, soy hombre, pero el chusmerío me encanta.

Sonrió ante su confesión y comenzó a ofrecerle cada pormenor ignorando los gestos de asombro o admiración del interlocutor.

—No me arrepiento de nada. Sabía a lo que me exponía. Yago tiene pocas pulgas, provocarlo iba a desatar una reacción.

—Tal vez no terminaste de conocer toda la reacción que generaste.

—Lo sé. Pero la principal ya la tuve. El planteo de esta mañana era necesario después de lo que vivimos desde mi cumpleaños. Si no lo hacía él, tenía que hacerlo yo.

—Bárbara —dijo y prolongó un momento el silencio para pensar bien cómo expresarse—, no conozco mucho sobre tu relación con él, pero claramente puedo entender que te mueve el piso. No estoy seguro de que no tengas sentimientos involucrados, más allá del que admitís de la amistad, pero estás tirando mucho de la cuerda.

—Yago es el tipo de hombre que me gusta, es cierto —reconoció—. Siempre lo sentí como mi amigo, pero no soy necia, también lo veo como hombre. Le estoy muy agradecida por miles de cosas que aprendí a su lado; pero no involucro sentimientos, te lo aseguro. Hace mucho tiempo que elegí el camino que pienso recorrer sola. No quiero romance, no voy tras un príncipe, ni siquiera tras un coequiper. Una pareja implica tener algún derecho sobre el otro y no quiero darle a nadie ese lugar porque cuando lo tienen tratan de doblegarte, utilizan los sentimientos para extorsionarte y someterte a su voluntad. Es lo que Yago no comprendió el domingo y traté de

que entendiera ayer. Pero los hombres siguen siendo machistas, no evolucionan; para ustedes amar es dominar a la mujer, «hacerla suya» como si un ser humano pudiera adjudicarse el derecho a la posesión del otro. ¿Me ves en ese lugar? Lucho desde que tengo memoria para liberarme de las cadenas y no voy a rendirme ante un tipo por mucho que me atraiga.

—Creo que Yago hace que dudes de eso de lo que decís estar tan segura.

—Para nada. Yago es lo que hoy me hace bien. Sé que es mi amigo y que siempre podremos contar el uno con el otro. En este momento de mi vida, donde mi padre demostró que es una mierda, mi madre se pregunta para qué quiere existir si él no está a su lado y mi hermana tapa sus errores culpando a otros, necesito estar todo lo entera que me sea posible para enfrentarme al futuro diferente que me quiero construir. No, Yago no es mi problema, al contrario, está siendo mi solución, la última gran lección que debo rendir para graduarme como guía de mi destino, y siempre le estaré agradecida por eso.

Quiso dejarle en claro todo lo equivocada que estaba. Con solo mirarla a los ojos, y verlos brillar cuando hablaba de él, tenía prueba suficiente para arrojar por tierra cada argumento. Pero era cierto que Bárbara estaba rodeada de todo aquello que también mencionó y que necesitaba mantener la cabeza fuera del agua para seguir braceando y, simplemente, cambió de tema para ofrecerle un respiro.

A las siete en punto sonaba el despertador en el cuarto de Bárbara y ambos salían de sus respectivas camas. Ella ponía la cafetera a funcionar antes de entrar a ducharse; él subía al gimnasio y para cuando regresaba su amiga ya estaba en el colectivo rumbo a la productora. Algunas noches en las que los ensayos de ella o la universidad de él no los retenían hasta tarde cenaban juntos. Los fines de semana difícilmente coincidían. Yago le enviaba un mensaje al celular cuando llevaba a la casa a una chica y cuando Bárbara

dormía fuera también se lo hacía saber. La paz había regresado al departamento pero, por alguna razón, no la disfrutaban. Bárbara no conseguía encontrar un compañero que la hiciera reír y poner en funcionamiento la imaginación como sabía hacerlo él. Yago no lograba saciarse con ninguna de las mujeres con las que intimaba. Ambos se negaron a cuestionarse la amistad y preguntarse qué otra cosa les hacía ruido en el interior.

Tadeo, mucho más tranquilo creyendo que Yago regresaba a la normalidad, no advirtió el gran cambio en su amigo ni en Bárbara y con total ingenuidad lo llamó al celular para proponerle:

—Hagamos una fiesta sorpresa para festejar el estreno de la obra de la pendeja.

—No es buena idea —negó, recordando cómo había terminado la última fiesta que armaron para ella en su departamento.

—Yago, tiremos tu casa por la ventana y festejemos que Bárbara debuta — insistió risueño, deseando que aceptara y pudieran brindarle a la muchacha una noche donde ella festejara su primer gran logro como actriz.

—Esas cosas hay que planearlas con tiempo, son las once de la mañana y ella debuta esta noche. Lo que querés es un imposible y yo no cuento con tiempo para ocuparme.

—Dejá todo en mis manos —se ofreció Tadeo—. Solo necesito las llaves de tu casa. Quiero verla feliz, Yago.

—¿Cómo vas con el tema? —se animó finalmente a preguntar.

Tadeo se removió en su silla antes de confesarse:

—Para la mierda, no voy a negártelo. Mina con la que salgo, mina que tengo ganas de mandar a la mierda en la segunda cita. Nadie es como ella, nadie me saca de quicio ni me completa como estoy seguro que lo haría Bárbara. Pero también entiendo que tengo que dejar que crezca un poco más. Logré que volviera a verme como a un amigo y ahora tendré que hacer que me descubra como hombre. —Quien se sintió incómodo en ese momento fue

Yago. Tadeo no lo detectó y continuó hablando—: Algunas veces me pregunto cómo será Bárbara en la intimidad. Sí —sonrió—, ya sé, vos no la encontrás tan atractiva como yo; para vos sigue siendo un palo con trenzas, pero para mí es la mujer perfecta.

—No la veo de esa manera —reconoció.

Tadeo cerró los ojos para continuar imaginándola, en tanto averiguaba:

—¿Cómo es cuando se levanta?

—Un huracán.

—¿Tiene buen humor, se despereza mientras desayuna?

—Sapo, esto no te hace bien y me pone en un lugar de mierda.

—Perdoname —reconoció—, tenés que entenderme. El que se muere por ella soy yo, pero el que la tiene a su lado sos vos.

—Es momentáneo —comprendió finalmente, entendiendo que llegaría el día en que Bárbara se valdría por sí misma, alquilaría su propio departamento y se iría con su sonrisa llena de pecas llevándose hasta la maldita mano a colores.

—Le doy duro al estudio para recibirme lo antes posible y conseguir laburo en algún campo. Así podré mantenerla y llevármela conmigo lejos de la hermana, los viejos y toda esa basura que la atormenta.

—¿Qué te hace pensar que ella aceptaría? Bárbara quiere ser actriz, no un ama de casa en medio de la nada.

—No me rompas los sueños —solicitó Tadeo—, es lo único que me da fuerzas para seguir adelante esperando el día en que pueda hacerlos realidad.

Yago se peinó el remordimiento pasándose la mano por el cabello. Era el responsable de haber hecho añicos todos los sueños del amigo. Bárbara jamás sería la mujer que Tadeo esperaba. Ella era un torpedo con la mecha siempre encendida corriendo hacia la pólvora y precisaba vivir al límite para reconocer que la paz se hallaba únicamente en los brazos de quien supiera contenerla. No, Tadeo no era suficientemente seguro de sí mismo como para

ofrecerle ese remanso que prometía y no sabía brindar.

—Pongo el departamento, pero ustedes se ocupan de todo lo demás — aceptó, retomando el tema inicial del llamado.

Tadeo sonrió, cortó la comunicación y comenzó a repartir directivas por celular.

Yago dio el portazo más furioso de su vida al entrar esa tarde al departamento. Bárbara se sobresaltó y le preguntó qué le ocurría; pero él no quería dejar en evidencia a Tadeo, así como tampoco a su propia frustración cuando la vio con el bolso en la mano y lista para asistir al teatro.

—Problemas en el estudio —mintió, dibujando una sonrisa antes de tomarla por la cintura, acercarla a él y desearle buena suerte con un beso cálido en el cuello.

—No pensé que vendrías a casa, creí que tenías facultad.

—Hoy no voy, una amiga debuta en el San Martín y no me lo quiero perder.

Ella le sonrió agradeciéndole. Se refregó las manos para infundirse coraje antes de rodearlo con los brazos por la cintura y pegar su cabeza al pecho de Yago. Mantuvo la cercanía un momento y luego le advirtió:

—Me tengo que ir. Espero que te guste la obra. Si ves que me olvido la letra pegame un tiro en el medio de los ojos.

—Si te olvidás la letra, subo al escenario y te reemplazo. Lo ensayaste tantas veces que me sé tu parte de memoria.

—¡Qué forro que sos!

—¿Y eso?

—Con tal de verte mover el culo seductoramente sobre las tablas, soy capaz de arruinar mi carrera —bromeó.

Yago le palmeó el trasero instándola a que se fuera o llegaría tarde al teatro.

El tiempo de ellos había pasado porque no supieron detener las agujas en

su momento.

Melisa se acomodó en su butaca, intentando detectar el momento en que llegara Luciano.

—No veo a Guillermo —le dijo Blanca, inmersa en su propia búsqueda.

—No creo que venga, mamá. Recordá que no se hablan y a papá no se le escapa que ella es capaz de hacer que lo expulsen del teatro.

—Él tiene que venir, ella no puede renegar de su padre.

—No te hagas ilusiones, mami. Y disfrutemos que nosotras sí podemos verla.

—Tengo que hablar con Bárbara, no está bien lo que hace. Guillermo ya no está con esa mujer, vos sos su hermana, yo soy su madre y... debe respetarnos.

El doctor Barbarossa lucía orgulloso como si fuera una hija suya quien en pocos minutos se subiría al escenario. Yago se ubicó junto a Tadeo y Carla. Lorenzo y Lucía se acomodaron cerca de Yago, el padre quería observar las reacciones de su hijo cuando la actriz apareciera.

La obra comenzó a desarrollarse a la perfección. Julián logró personificar a «La Nona» perfecta, y Bárbara desplegó desfachatez y sensualidad en cada línea de la «Marta» que representaba.

Al hombre que hacía de «Chicho», y habían maquillado lo suficiente para que diera la edad del personaje, se le notaba desde la platea la atracción que

sentía por Bárbara. Cada vez que ella pasaba a su lado el actor respiraba y contenía el aire. Yago cerró los puños, Lorenzo ocultó una sonrisa y Lucía lo codeó con cierto disimulo.

El sonido del balazo marcó el final del espectáculo. Las luces se apagaron un momento y, al volver a prenderse, todo el elenco entrelazó las manos para saludar y agradecer al público que los aplaudía. Los actores hicieron subir al escenario al director y maestro para dejarlo recibir en soledad el clamor de la platea.

A los espectadores no se les permitió acceder a los camerinos, y las amistades debieron esperar al elenco en el vestíbulo del teatro.

Bárbara salió flanqueada por Julián y otro actor que la rodeaba por la cintura; felices y conformes con sus trabajos. Su sonrisa se extinguió al ver el ceño fruncido de Blanca y el temor en la cara de Melisa.

—Es tu noche —le advirtió Julián—. Jamás un paso hacia atrás, si no es para tomar impulso y seguir adelante.

Lo besó en la mejilla antes de soltarse del amarre, se subió el cuello del abrigo para paliar el frío de esa noche y caminó hacia ellas.

—¿Por qué no vino tu padre? —la interrogó Blanca— Espero que no te hayas olvidado de invitarlo.

—No, no lo invité —confirmó.

Melisa interpuso su voz para evitar que el conflicto se agravara:

—¡Felicitaciones! Lo hiciste muy bien, estamos tan orgullosas de vos.

—Pero el padre no pudo verla —lamentó Blanca y volvió a reclamar—: Debiste invitarlo.

Bárbara cerró los ojos temiendo volver a sentir aquel vértigo que vivía de pequeña; ese dolor que sentía en el pecho cuando expelía en su almohada el grito que pujaba por salir para que, a la mañana siguiente, la confusión volviera a silenciarla. Todo bajo la alfombra y «aquí no ha pasado nada».

—No —negó con fría tranquilidad—, no quise empañar mi noche. ¿Qué te

hace pensar que quiero compartir algo con él?

—No le hables así —la increpó Melisa, en defensa de la madre—, le hace daño.

Blanca elevó la mano para abofetear a su hija, Yago lo impidió:

—Nunca más —le advirtió con el ceño y los labios fruncidos—. Bárbara no está sola y yo no soy caballeroso con los que la agreden.

—Mamá —propuso Melisa—, vayamos a casa.

Bárbara retuvo a su hermana:

—Lo siento, no soporto que lo siga defendiendo.

—Voy a llevarla a casa, tomará su pastilla para dormir y mañana, cuando las dos estén más tranquilas, la llamás para disculparte.

—Te aviso con un mensajito dónde voy a estar. En cuanto le termine de hacer efecto la pastilla, venite a festejar conmigo. Pero de pedir disculpas otra vez, olvidate.

Las vieron perderse entre la gente. Barbi miró con agradecimiento a Yago y le comentó:

—No era necesario.

—Lo sé —aseguró él.

Las miradas que cruzaron se diluyeron en el instante en que Tadeo la tomó por detrás y la hizo girar en el aire.

—¡Bravo, pendeja! Estuviste genial —la felicitó eufórico, haciéndola sonreír.

—Bajame, bestia —se quejó—. Briski me espera para brindar.

—Ok, cuando terminen nos encontramos en casa de Yago y festejamos.

—¿La traés vos, Julián? —quiso asegurarse Yago.

—Sí, tranquilos. Yo me ocupo de la *star*.

La reunión con los compañeros de elenco fue breve. En el camino, Bárbara quiso conocer la razón por la que su amigo Julián prefería festejar con ella antes que con los suyos.

—Mis amigos creen que pierdo el tiempo haciéndome el actor.

—Lo siento.

—No lo hagas. Al principio —comentó él, sonriendo— creían que era una excusa para conseguir mujeres y me acompañaban. Cuando comprendieron que ese no era el fin, me enfrentaron. Las aguas están más calmas ahora, lo que no quiere decir que lo aprueben.

—Cuando brilles en la calle Corrientes van a rogarte para que les regales una entrada —le aseguró, recostando su cabeza en el hombro de Julián y acariciándole el brazo.

—Bárbara, hoy brillé en la calle Corrientes —le recordó, tomándola de la mano y tirando de ella para que corriera por la acera.

—¡Tenés razón! —gritó, riendo a carcajadas.

Entraron con muy buen humor al departamento.

A Yago le sorprendió que con ellos no estuviera el otro actor y se acercó a ella para comentar:

—Cuidate del que hace de Chicho. No me gusta cómo te mira.

—Sí, patrón —se burló ella.

La reunión no se extendió más allá de una copa y algún tentempié. Los primeros en irse fueron los mayores, todos se encontraban agotados por la tensión vivida; el resto se fue retirando de a poco. Tadeo se solidarizó y los ayudó a acomodar. El timbre sonó y, creyendo que alguien habría olvidado alguna pertenencia, el Sapo abrió sin preguntar, lo que le permitió a Melisa introducirse en el departamento seguida por Lucho; tenía el ceño fruncido, las mejillas sonrosadas. Bárbara la conocía bien, estaba enojada y venía a reprenderla. Dejó de lavar las copas, apoyó las manos a ambos lados de la piletta recostándose en ellas, buscando calma.

Melisa tomó coraje y la encaró:

—¿Por qué la trataste con tanta rudeza? Está tratando de arreglar su vida y acercarse a nosotras.

—No es cierto. No fue a verme al teatro para acercarse, esa es la excusa que encontró porque pensó que él también iría.

—Sos implacable, Bárbara. A mí tampoco me gusta lo que vivimos, pero lo acepto y les doy otra oportunidad—continuó Melisa—; no me lavo las manos como lo hacés vos. Me quedo e intento cuidar de mamá.

—No quiero hablar este tema frente a tanto público —refutó Bárbara girando para enfrentarla.

—Muchachos —propuso Lucho—, vayamos a tomar unas cervezas en el bar de la esquina.

Las dos quedaron solas, con las verdades que ya podían discutir con madurez.

Bárbara inició su descargo:

—Me hacés reclamos pero lo que en realidad buscás es que sea cómplice de lo que se cocina entre esas paredes. Sabés que no estoy de acuerdo con ninguna de las decisiones que toman.

—Escuchame, por favor. No puedo sola y necesito que me des una mano.

—¿Qué cambió desde que me fui? Querés una mano y te la voy a dar siempre y cuando me ayudes a hacer que las cosas cambien.

—Mamá ya está en tratamiento terapéutico, papá no volverá con ella.

Para Bárbara no fueron más que promesas que podían quebrarse si Guillermo volvía a mirarlas. Melisa jamás lo entendería porque, igual que Blanca, solía tropezar con la misma piedra y le preguntó:

—¿Por qué llegaste con Lucho?

—¿También te oponés a eso? —se defendió Melisa.

—¿Ves?, nada cambió. Me fui de esa casa porque tratando de defenderlas terminaba siendo la agredida. Ustedes no quieren ver la salida, prefieren seguir cometiendo un error tras otro.

—Siempre te creíste la dueña de la verdad, ¿cuál es tu verdad, Bárbara? ¿La decís vos o preferís escucharme diciéndotela?

—¿A qué te referís?

Melisa tomó aire y se expresó:

—No te fuiste de casa, lo que hiciste fue conseguir meterte en la de Yago.

—No tenés ni idea.

—¿Ya te acostás con él?

—Sí —confirmó adelantando el torso hacia la hermana, enfrentándola—, y lo paso genial.

—¿Cuál es la diferencia entre vos y yo? —preguntó, sentándose en el sillón.

Bárbara se despegó de la mesada donde se apoyaba y caminó hacia ella:

—Que vos te acostás con Lucho para retenerlo a tu lado, en cambio yo lo hago con Yago para obtener mi propio placer. Ahí está la diferencia.

—No, hermana, ese es tu error. Yo me acuesto con Lucho porque lo amo, en cambio vos te aprovechás del amigo que evitó que por culpa de tus arrebatos te convirtieras en una *homeless*. ¿Cuál es la moral que te encargás de enrostrarnos? ¿Qué derecho tenés a considerarte la jueza en nuestras vidas? Se vive, Bárbara, como se aprende y se puede; con lo que se tiene a mano y deseando poder construir algo mejor en el futuro.

—No me aprovecho de él, tenemos un trato —se defendió la menor.

—Un trato que te resulta muy fácil cumplir pero no meditaste las consecuencias al aceptarlo. Tadeo se muere por vos, es amigo de Yago y confía en que ustedes no lo traicionarán.

Bárbara se quedó sin palabras. Tadeo y ella no habían vuelto a hablar de sentimientos, pero eso no ocultaba la verdad que Melisa había arrojado.

—No me importa lo que la gente opine de mí y no me aprovecho de Yago, pero no pretendo herir a los que quiero. Nunca le di esperanzas a Tadeo, Yago y yo solamente extendimos los límites de la amistad que compartimos, pero estuvo mal. Tenés razón, está mal.

—Bárbara, las puertas de casa siguen abiertas para recibirte. Mamá es

complicada, rencorosa, pero es nuestra madre y nos necesita. Lucho y yo no tenemos la misma relación que antes; maduramos, el golpe fue duro, pero nos queremos y nos costó un hijo darnos cuenta de que debíamos reformular la pareja y comenzar de cero.

—Comenzar de cero —repitió Bárbara.

En la mesa del bar, los hombres también blanquearon verdades. Lucho explicó los motivos por los que Bárbara lo rechazaba.

—¿Abortaron? —preguntó Tadeo.

—Éramos dos tarados jugando a los enamorados y el embarazo nos mostró que lo hacíamos con fuego. Hubiera sido una locura seguir adelante, nos asustamos, confundimos todo; coincidimos en que esa fue la decisión correcta y, con el tiempo...

—¿Estás con ella otra vez? —indagó Yago.

—Sé que les estoy tirando una bomba tras otra, pero sí, estamos juntos. Entendimos que nos queremos, nos estamos acomodando a la idea de que somos una pareja. Queremos seguir estudiando, recibimos, abrimos camino y deseamos hacerlo despacio para no tener que arrepentirnos después.

—Igual que Bárbara y yo —interpuso Tadeo.

Lucho miró a Yago, el Sapo sospechó:

—¿Me estoy perdiendo de algo más?

Finalmente Yago decidió enfrentar a su amigo con la verdad:

—Bárbara y vos no se pusieron de acuerdo en nada. Cuando tuviste tu oportunidad la desaprovechaste.

—¿Me querés decir que vos no la desaprovechaste?

—Digo que sos un cobarde que se excusa diciendo que está esperando a que ella crezca porque no querés ver que ya es una mujer y te da miedo su rechazo.

—¿Cómo lo sabés? ¿Le enseñaste a serlo otra vez? —atacó Tadeo.

—No. Aprendió solita. Vivo con ella, padezco sus remeras gastadas, su puto volcán de chocolate y los correctivos que usa para enseñarme a ser ordenado.

—¿Qué decís? —casi gritó, envuelto en el dolor que le provocó escucharlo.

—Digo que la enana no tendrá tetas, pero hace rato que dejó de usar trenzas. Digo que soy hombre y respondo a las provocaciones. Digo que me rompe las pelotas que hayas sido tan lerdo y no te la cogieras primero.

—Te la cogiste —susurró en medio de un suspiro.

—Putá madre —bufó Lucho, pegándole una patada a la butaca.

—Bárbara es una mujer, no es tu mina y tampoco la mía —remarcó señalándolo y señalándose.

—Sos un abusador —acusó el Sapo—. La usaste.

—Nos usamos mutuamente —se apresuró a asegurar—. Nosotros podemos separar las cosas; vos no, Tadeo; vos saltás como si te hubiéramos traicionado y no fue así. Involucrás sentimientos donde nosotros solamente ponemos ganas.

Tadeo, dentro de su pena, no solo comprendía que su mejor amigo había gozado de un lugar que consideraba debió pertenecerle a él. Bárbara era su amor cuidado en el transcurso del tiempo, aquel al que le ofrecía los días suficientes para madurar antes de convertirlo en eterno. En tanto él se ilusionaba con un mañana, ellos se aprovecharon de su generosidad. Indignado, increpó a Yago:

—Me miraste a la cara cuando te dije que la amo y te pregunté cómo era al despertarse... —de pronto guardó silencio recordando que Yago le habló de un huracán, y volvió a caer sobre la butaca, pensando cómo la habría apaciguado su amigo.

—Todos cometimos errores —concluyó Lucho—. Nos decíamos amigos,

pero nos ocultábamos las cosas; ok, ya no. Aprendamos de las equivocaciones y maduremos.

Inmerso en sus pensamientos, Yago ingresó al departamento, dejó las llaves entre los dedos de la escultura de Bárbara, elevó la vista y la vio sentada frente al ventanal, observando el cielo.

—Enana, tenemos que hablar.

—No, no es necesario decirnos nada. Te esperé para darte las gracias —dijo, girando para mirarlo a los ojos—. Venir a tu casa fue lo mejor que pudo pasarme en el peor momento de mi vida, pero ya está. Ya fue suficiente.

—¿Te vas? —preguntó y aquello que afirmó frente a sus amigos creyendo que era verdad se diluyó escurriéndose igual que lo estaba haciendo Bárbara.

—Me equivoqué mucho —se hizo cargo ella—. Tendría que haber pedido ayuda cada vez que mis padres me maltrataron. Debí quedarme acompañando a Melisa cuando tomó la decisión más importante de su vida. No debí aceptar tu hospedaje sabiendo que la tentación era tan grande sin antes asegurarme de que Tadeo comprendía que iba a hacer lo que se me diera la gana y, al final, lo herí. —Terminó de confesarse—: Soy igual que aquellos de los que reniego, me comporté de la misma manera egoísta en que lo hicieron conmigo.

—No es cierto —refutó sin acercársele.

Bárbara tomó su cartera, caminó hasta él, le acarició la mejilla:

—Yago, te juro que no hubo ni la más mínima intención de entorpecer esta amistad, te tuve ganas y me di el gusto; pero metimos en el medio la lujuria sin pensar en Tadeo y arruinamos todo. Me voy a casa de Adriana hasta que consiga un cuarto para alquilar. Mis valijas ya están preparadas, mañana las vengo a buscar.

Yago liberó la puerta para dejarla partir, cerrando con fuerza la boca para

evitar retenerla. Siempre estuvo prohibida, Bárbara no tenía dueño, no era suya. La enana se había extinguido en sus brazos dando paso a la mujer que jamás se permitiría reconocer que era capaz de enamorarse; brillaba alumbrando su propio camino sin detenerse en ninguna posta. Recordó el diálogo que mantuvo con ella tantos años atrás:

—*¿Qué clase de estrella vas a ser?*

—*La que te encandile.*

La primera noche se refugió con la familia de Adriana; al día siguiente llevó su maleta a una pensión cercana al teatro donde consiguió que le alquilaran un cuarto para compartir con una bailarina que se ganaba el pan danzando en un cabaret del centro. Obstinada y terca, se negó a recibir cualquier ayuda y cuidó cada centavo para poder colaborar con Melisa cuando Blanca perdió el trabajo a causa de su enfermedad y Guillermo se negó a mantenerlas amparándose en que las hijas ya no eran menores de edad.

Preocupado, el doctor Barbarossa tomó la iniciativa. Una tarde de lluvia le pidió que lo esperara a que terminara con las consultas para poder hablar con ella en privado.

—Este trabajo no te sirve, Bárbara —comenzó a explicarle—. Tus gastos aumentaron y yo no puedo pagarte un sueldo más elevado.

—¿Está prescindiendo de mis servicios?

—Ojalá no tuviera que hacerlo. Te tengo mucho cariño, pero me doy cuenta de que te estoy cortando las alas. —Hizo silencio un momento, tomó aire y le extendió una tarjeta—: Mi mujer tiene una amiga, Aurora; es dueña de una agencia y su cartera de artistas es muy amplia. Le habló de vos y quiere que vayas a verla.

—No tengo un mango partido al medio ¿y usted quiere que reparta con esa mina lo poco que gano?

—Te dije que es amiga de mi mujer, se ofreció a abrirte camino dándote oportunidades. Sé que no la harás quedar mal. Andá a hablarle, no va a cobrarte honorarios hasta que los puedas pagar.

—¿Quién va a reemplazarme acá?

—Tadeo tiene que ir curtiéndose y lo mejor es que lo haga a mi lado.

—Doctor Barbarossa, usted es casi un hada madrina.

—¡Lo único que me faltaba!, que se ponga en duda mi hombría —señaló, riéndose.

Para Yago su departamento no era el mismo desde que Bárbara no lo llenaba con sus locuras.

Tadeo entendió que, aunque se empeñara en negarlo, Yago también estaba enamorado de Bárbara. Considerando que eran dos almas en pena, que suspiraban por la misma mujer, dio el primer paso para la reconciliación y se refugió en el hombro del amigo con la intención de retomar al menos la amistad que habían tenido.

Yago dejó de aconsejarle al Sapo que la olvidara cuando él era incapaz de hacerlo. Bárbara se había esfumado y debían reconocer que sus vidas tenían que seguir sin ella.

SEGUNDA PARTE

*La vida disfruta tentándonos con
aquello que el destino se empeña
en negarnos*

El paso del tiempo ayudó a ocultar sentimientos, deseos, insatisfacciones. La carrera de Bárbara la absorbió y ella se dejó llevar por las exigencias que impedían que la soledad le hablara de todo aquello que perdía. Aurora se convirtió en el espaldarazo que una actriz del calibre de ella necesitaba para que la notaran y, con el tiempo, la posicionó dentro del ambiente. Briski lamentó la pérdida de la alumna que podía incluir en cualquiera de las obras donde se lo citaba como director, y la dejó ir deseándole suerte.

A los veintidós años, Bárbara Zabala pisaba escenarios formando parte de elencos prestigiosos, ya no debió compartir cuartos de hotel cuando consiguió un pequeño PH al que refaccionó a su manera. Cada lunes por la mañana visitaba la veterinaria del padre de Tadeo, cebándole mates que compartían entre paciente y paciente, aprovechando que en ese horario no se cruzaba a su viejo amigo.

—Mi hijo está por recibirse —comentó.

—¡Al fin! —exclamó Bárbara—, ahora podrá dejarlo a cargo a él, y tomarse un descanso para viajar con su señora.

El semblante del doctor se entristeció.

—Mi adorada esposa no está bien, Bárbara. No hubo progresos con el tratamiento, estamos rogando para que pueda ver a nuestro único hijo con el título en la mano.

Apenada, lo abrazó y mantuvo el cariñoso amarre el tiempo en que el hombre dejó que las lágrimas se liberaran.

Le costó despedirse de él y aún le faltaba hacer lo mismo con Blanca, Melisa y Guille, antes de partir en la gira que duraría tres meses.

Entró al que fuera el hogar de los Zabala; encontró a su madre sumida en su interior, perdida en los recuerdos de un pasado que jamás regresaría y revolviendo con una cuchara de madera dentro de la olla con tuco.

—¿Mamá?

—Bárbara, no te oí llegar. Sentate, tu hermana no va a demorar.

Así, sin más. Sin besos, caricias, ni miradas tiernas. Blanca no existía, fluctuaba en su propia irrealidad. Ni el futuro casamiento de Melisa con Luciano lograba movilizarla. Guillermo no volvería con ella, no la tenía en cuenta, la había olvidado. Le tuvo pena, la tomó de la mano acompañándola para que se sentara a la mesa y la dejara ocuparse de la comida.

—¿Te probaste el vestido que te compramos con Mel?

—No.

—¡Pero, mamá! Tenés que ver cómo te queda. No quisiste acompañarnos a elegirlo, por lo menos probátele; estamos a tiempo de cambiarlo antes del casamiento.

—Bueno —respondió sin ganas.

Bárbara no podía creer que la mujer, cuya mano otrora se elevaba con rapidez para aleccionarla, se mantuviera tan pasiva. En otra época, Blanca gastaba gran parte de sus ingresos en tratamientos de belleza y ropa de moda, en la actualidad había perdido todo entusiasmo.

—¡Qué bien huele! —exclamó Melisa, al entrar en la cocina y besar a su madre en la coronilla acariciándole los hombros, para luego hacer lo propio con la hermana.

La futura boda de la mayor arrojaba un sinfín de temas para comentar y, apenadas, observaron que ninguno de ellos fue lo suficientemente interesante

como para llamar la atención de Blanca que, como autómata, recogía con el tenedor cada pieza de pasta llevándosela a la boca, masticándola y tragándola después sin el más mínimo gesto de agrado, tampoco de disgusto. No vivía, respiraba; no sentía, invernaba; así habían pasado los años para quien fuera la mujer del escribano Zabala y las hijas solo podían ver cómo de a poco se apagaba.

Autorizada por Liliana, Bárbara retiró a Guillermito del colegio y merendó con él. Para que aceptara la circunstancial despedida debió prometerle que le traería regalos de cada lugar del país que conociera con la gira.

Volvió a su PH, se quitó la ropa, abrió la ducha y se sintió sola. Tan sola como cuando era niña y ocultaba la cabeza bajo la almohada para no escuchar los quejidos que únicamente a ella alteraban.

La fiesta, organizada por Lorenzo y Lucía para la graduación de su hijo varón, estaba en su esplendor. Yago era un hombre independiente y el flamante título lo habilitaba para convertirse en el nuevo socio del prestigioso Estudio Uturbey.

Carla rescató a su hermano de las garras de solteras conocidas:

—Tengo un regalo para vos.

—¡Esa es mi hermana! Dejame que adivine, tus ingresos del laboratorio son jugosos, como mínimo debe ser un viaje.

—Frío como el hielo, nene. Vamos al privado —indicó.

Hacia allí se dirigieron, Carla hizo que se sentara en el mullido sillón, le puso sobre el regazo una notebook y le comentó:

—Soy tu hermana, te conozco. Este regalo es exclusivo para vos y sé que querrás recibirlo a solas. Mi Skype está conectado, alguien te está esperando.

Desconcertado, la vio desaparecer al cerrar la puerta dejándolo a solas con la notebook. Abrió la tapa y vio a Bárbara.

—Hola, *sensei*.

—Enana —escapó de sus labios, en un suspiro.

—¡Ufa, Yago! Aunque me ponga tacos jamás vas a aceptar que crecí.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, de gira. ¡Felicitaciones, arquitecto!

—Gracias. También tengo que felicitarte, estás haciendo una gran carrera.

—¿Viste? ¿Quién lo hubiera dicho, no?

—Yo lo dije siempre, enana. Tenés talento y garras para demostrárselo a quien sea.

—¿Estás enfermo? Mi idea era homenajearte, no ponerte melancólico.

—Estoy sorprendido, no esperaba encontrarme con esto. Carla tiene el poder de joderme el humor.

—Adoro a tu hermana, es una genia.

—¡Uf!, tan genia que no consigue un gil que se la banque y me rompe la paciencia a mí —bromeó.

El silencio se adueñó del tiempo. Miles de palabras que rogaban por ser dichas debieron postergarse porque las emociones provocaban las dudas que la ética imponía negar.

—¿Cómo está Tadeo? —preguntó ella.

—Triste, vos sabés lo que la madre era para el Sapo. El padre y él no encuentran consuelo desde que ella murió.

—Sí, hablo todas las noches con Tadeo, pero necesitaba conocer tu opinión. Yago, me fue imposible dejar la gira para estar ahí en ese momento.

—No te disculpes, sabemos que no podías. Hoy no vino —dijo, mirando hacia la puerta que lo mantenía a solas con ella y lejos del resto de los invitados—, pero están tu hermana y Lucho y...

—¿Y vos? ¿Cómo estás vos? ¿A quién le andás tirando onda?

—A todas. Ya me conocés, lo tomo todo, no me limito.

Tadeo cerró la veterinaria y abrió el paraguas antes de enfrentar la copiosa lluvia de invierno. El día era tan gris como su suerte; sus grandes amigos vivían una realidad diferente a la suya. Yago se había recibido y ganaba espacios dentro del estudio del padre; Lucho y Melisa tenían trabajo como auxiliares en un centro odontológico, en poco menos de un mes se casarían y a fin de año también estarían recibidos. Él, en cambio, peleaba con las materias atrasadas, con la depresión propia y la del padre, con las responsabilidades de la veterinaria y con la falta de su querida pendeja con la que tan solo había logrado retomar una muy frágil amistad. Qué distinto sería todo si la hubiera cobijado cuando se fue de la casa. Le habría demostrado lo importante que era en su vida, la hubiera guiado al amor que siempre le faltó y que en él rebalsaba. La amaba, amaba a esa chica de trenzas y lenguaje callejero. Ya no importaba si Yago la disfrutó primero, él quería ser el último hombre en la vida de Bárbara y esperaba el llamado, que cada noche la mujer le regalaba, deseando que llegara por fin el tiempo de tenerla.

Al doblar en la esquina vio la ambulancia en la puerta de su casa. Corrió dejando el paraguas olvidado sobre la acera. Todo ocurrió rápido, más rápido de lo que su mente pudo asimilar.

«Infarto agudo de miocardio» le escuchó decir al técnico ecografista y el cardiólogo de guardia le notificó que su padre había fallecido. Debía ocuparse de un nuevo velorio, de seleccionar el féretro, de que su padre morara junto a quien había sido el gran amor en su vida. Debía ocuparse de que sus pies le respondieran y comenzar a concretar todo lo que dependía de él ahora que estaba solo. Al verlo paralizado, Yago tomó su lugar e hizo los arreglos que era imposible postergar.

La sala se encontraba repleta de colegas, amigos y familiares lejanos del doctor Barbarossa. Tadeo recibió palmadas, abrazos, entrelazó las manos que se extendieron hacia él y solo pudo llorar cuando Bárbara le abrió los brazos

para contenerlo.

—Pendeja —susurró.

—Acá estoy, Sapito.

El abrazo no se rompió hasta que le dieron el último adiós al hombre que ambos querían como a un padre.

—¿Dejaste la gira? —preguntó Tadeo, cuando cayó en la cuenta de que a ella le restaba toda una semana de trabajo antes de poder regresar.

—Vos sos más importante.

Con su historial plagado de créditos, para Bárbara no fue difícil remontar el traspie artístico que significó dejar plantada a la compañía, y los nuevos proyectos no demoraron en llegar. Tadeo la esperó cada noche a la salida del teatro para cenar juntos, con la excusa de hacerse compañía y, sin que mediaran promesas, asistieron tomados del brazo al casamiento de Melisa con Lucho.

La sencilla boda contó con la presencia de Guillermo únicamente durante la ceremonia religiosa donde ofició de padrino por parte de la novia. Los ojos de Blanca ni siquiera brillaron al verlo. Durante la cena en el salón del club del barrio los padres de Luciano demostraron lo felices que estaban considerando a Melisa como una nueva hija. Guillermito bailó el vals con la novia y luego con su otra hermana.

—¿Quién hubiera dicho que Lucho terminaría siendo tu cuñado? —se burló Tadeo.

Bárbara, seria, lo dejó conocer sus reparos:

—Melisa cambió mucho, pero es hija de Blanca, y Luciano no es ninguna garantía. Si él termina siendo igual que mi padre mi hermana repetirá la vida de mamá y eso sería trágico.

—Dales un crédito, poneles fichas. Lucho la quiere. Hace años que están

juntos.

Bárbara dejó de mirar a la pareja y giró la cabeza para enfrentarlo:

—Llaman amor a sueños imposibles.

—¿Qué es lo imposible?

—Crear que él será tal y como ella quiere que sea. Soñar con una felicidad absurda que siempre dependerá del otro.

—Se es feliz junto a otra persona, pendeja. Que tu magnífica vida independiente no lo comprenda es otra cosa.

—¿Eso opinás? Mi vida no es magnífica, pero depende únicamente de mí.

—En este preciso momento tu vida y la mía están transitando juntas por esta conversación. Si no fuera así estarías calladita viendo bailar a tu hermana en los brazos del hombre que hace que no se sienta sola.

—¿Creés que me gustaría estar en su lugar?

—Yo te ofrezco un lugar parecido, Bárbara —confesó—. Estoy a tu lado desde que tenemos memoria. Soy un puerto seguro, demostré cuánto te quiero y sabés que jamás te haré daño.

Lo miró pidiendo perdón por no poder darle lo que él le pedía. Tadeo le sonrió y ella debió responderle:

—¿Qué puedo darte, Sapo? Vos me amás y yo te quiero.

—Dame una oportunidad. Dejá de verme como el amigo y mirame como el hombre que soy —solicitó, tomándole la mano.

—Si me dejara tentar por tu oferta te pondría en peligro. Me prohibí ser débil, me juré que antes que nadie estoy yo. Es una elección, Sapo, una elección donde la pareja no tiene lugar.

—Eso te priva de ser una mujer con sueños, de compartir tu vida con alguien confiable que te dé cariño. Tenés tanta ternura para dar que no puedo creer que no desees tener hijos. Aparentás fortaleza pero conozco cada una de tus debilidades. Soy yo, Bárbara, el tipo junto al que creciste. El que te cuidó en las sombras y jamás te mintió.

—Sos el ser al que ya herí una vez y me niego a volver a repetir esa experiencia.

—¡Qué ingenua que sos a veces! La herida no la abriste con Yago, la abriste el día en que te levantaste ofendida de aquella cervecería. Acá estoy, Bárbara, esperando a que llegue el momento en que me des la oportunidad que merezco.

Tras los brindis, Yago se acercó a Tadeo:

—¿Se lo dijiste?

—Sí —afirmó el Sapo.

—Suerte, amigo.

Un mes después, Yago partió hacia Barcelona dejando el terreno libre para que el destino decidiera por ellos.

Por Tadeo se enteró de la partida de Yago, su *sensei* no había querido despedirse de ella y Bárbara estuvo de acuerdo.

Los médicos trataban de alejar a Blanca de la depresión con la que las hijas y el yerno debían lidiar. Melisa y Lucho convivían con el ente en el que se había convertido la exmujer de Zabala. Bárbara asumía todos los gastos de la madre y engañaba los ingresos del matrimonio para acrecentarlos sin que ellos lo notaran. Melisa no aceptó internar a su madre en una institución, Bárbara no contaba con el tiempo para llevársela con ella y cuidarla. El escribano no estaba interesado en saber de ninguna de las tres.

Cada hombre que conoció su cuerpo jamás percibió a la Bárbara real. Todos ellos intimaron con la joven actriz que alcanzó la fama en poco tiempo; la que surgió de las académicas tablas del San Martín y jamás volvió a bajarse de un escenario; aquella, por la que pujaban los productores para llevar consigo y asegurarse el éxito de crítica y taquilla.

Cenas compartidas, horas de esparcimiento, espacios de a dos que no eran amenazados por el fantasma que residía en Barcelona, hicieron que una noche un beso se animara a encontrarse con los labios del otro. Bárbara se recostó en la seguridad del amor de Tadeo y él vivió eufórico el haber llegado al corazón de ella. Al principio con calma, estudiando el terreno y negándose a poner en palabras sentimientos que todavía se sabían confusos. Un roce de manos, caricias íntimas, gemidos que pidieron más los guiaron también hacia la cama.

Bárbara se negó a preguntarse si era conformismo, comodidad, seguridad o amor aquello que compartía con Tadeo. La vida no era un huracán de emociones, la realidad no tomaba en cuenta a las novelas románticas. Él pujaba siempre por obtener de ella un poco más y Bárbara establecía los límites que no le permitía traspasar. Novios sin planes futuros, una pareja sin altibajos. Poco más de dos años tranquilos donde la soledad mermó. Las revistas de espectáculos hablaban del amor que la actriz ocultaba y, de vez en

cuando, le inventaban romances con alguien que no era él. Los celos de Tadeo no se afianzaban en los dichos del periodismo sino en la seguridad de que no lograba llegar al alma de su querida pendeja.

Él vivía en la casa que lo vio nacer y despedir a sus padres; su cama, algunas noches, la tenía como una invitada que a la hora prudente decidía que era tiempo de abandonarla.

Ella ya no residía en el PH, el Goya ganado por su actuación en una película aumentó sus ingresos y pudo darse el placer de mudarse a un piso mucho más cómodo donde Guille contaba con un cuarto para las noches en que decidía acompañarla; ese fue el motivo que adujo Blanca para negarse a vivir con ella aunque contara con una persona de servicio doméstico por lo que Bárbara contrató una ayuda similar para Melisa.

El tiempo la fue convirtiendo en aquello que de niña quiso ser, libre de ataduras, libre de presiones, independiente, actriz reconocida, mujer sin lazos amorosos aun después de dos años de relación con Tadeo. Un ser incompleto e infeliz.

El día en que Blanca finalmente logró quitarse la vida volvió a confirmar la promesa que se hiciera de niña: Nadie tendría poder sobre ella.

En la adaptación de *The Way We Were* Bárbara representaba el papel de «Katie Morosky», aquella mujer que intentó moderar su carácter para que el hombre que amaba no la dejara y, finalmente, el amor infinito se desgarró frente a la personalidad de ambos que se empeñó en convertirlo en imposible. Alfredo, el director, sumó su toque personal incorporando al final de la obra los versos que Bárbara debía recitar ante un auditorio abstraído en la maravilla de su interpretación:

Soy todos los lugares que en mi vida he amado.

*Soy la mujer que más he detestado
y ese perfume que me hirió una noche
con los decretos de un destino incierto.*

Transmitía los versos de Silvina Ocampo como ninguna otra mujer sabía hacerlo. Como si hubiera vivido su dolor, como si por sus venas corriera el veneno de amores negados. Los años sobre las tablas no eran demasiados, pero su tesón y esfuerzo la habían convertido en la figura femenina del momento.

*Soy todo lo que ya he perdido.
Mas todo es inasible como el viento y el río,
como las flores de oro en los veranos
que mueren en las manos.
Soy todo, pero nada es mío,
ni el dolor, ni la dicha, ni el espanto,
ni las palabras de mi canto.*

Concluyó y el silencio de emotivos segundos se convirtió en el estallido de fervorosos aplausos. Los vítores invadieron la sala en tanto un hombre se acercó para entregarle a Bárbara un ramo de flores que no acusaba el nombre del admirador.

—¡Bravo, bravo! —repitió incansable Alfredo, caminando detrás de ella hacia el camerino; absolutamente feliz de contarla dentro del elenco y de su entorno personal de amigos.

Bárbara comenzó a quitarse el maquillaje.

—Cada noche te superarás. Así, chiquitita como sos, sobre el escenario te ves inmensa.

—No exageres, Alfredo.

—Jamás lo hago —le aseguró con un mohín—. Tenés el don de la transmisión. Sentís y hacés que el público sienta. Muero de amor cada vez que actuás.

Ella giró sobre el sillón, acomodó su bata y acarició la mejilla del hombre:

—No te mueras, Alfredo. Soy egoísta, te necesito a mi lado.

—¡Ay, cielo! No me hagas llorar, sabés que soy de lágrima fácil.

Quedaron mirándose para decirse sin palabras cuánto se apreciaban y lo importante que uno era para el otro. Desde aquella tarde en que Alfredo Salvatierra la vio llegar a la pensión, con su carita pecosa y los ojos llenos de impotencia y desamparo, supo que serían amigos inseparables y el tiempo se encargó de darle la razón. Las ilusiones y la imperiosa necesidad de crecer los convirtió en inseparables. El empeño de ambos les abrió las puertas tras las que cada uno expuso su arte; él como director y ella como actriz. Finalmente cumplían el sueño de trabajar unidos en una misma obra teatral que les permitía compartir muchas horas.

—¿Dónde cenamos hoy? —preguntó Bárbara.

—¡Ah, no! Hoy te dejo tranquila —comunicó Alfredo. La pícara sonrisa de ella lo obligó a confesar—: Es alto y buenmozo hasta que los ojos te duelen de mirarlo. Tiene una voz que te caés de espalda cuando te habla cerquita del oído...

—O sea, todo un galán —comprendió Bárbara—. Presentámelo.

—¡Ni loco! Este es mío. Vos ya tenés el tuyo.

Se obligó a que los ojos no la delataran. Alfredo desconocía la verdad; para él la pareja de Bárbara era un amor particular, pero amor al fin; el cariño podía leerse con solo mirarlos y el hecho de que no convivieran se debía, seguramente, a la personalidad excesivamente independiente de la actriz. Le acarició la mejilla y se despidió deseándole suerte.

—Gracias, cielo. ¿Te viene a buscar tu amorcito?

—No —respondió con un tono de voz que no admitía repregunta.

—Ok. Mandame mensajito cuando llegues a tu casa, y yo te envío otro cuando regrese a la mía, luego de lo que espero sea una lujuriosa noche — comentó, abriendo la puerta del camerino.

—Y no me envíes fotos de poses chanchas —le advirtió cuando él ya salía al pasillo.

Bárbara sonrió, se miró en el espejo y dejó caer las manos sobre su falda. Alfredo iba tras una nueva ilusión. A diferencia de ella, él sí soñaba con amores infinitos. Bárbara jamás fantaseó con el amor; depositaba el cariño incondicional en aquellos afectos que el tiempo no se había llevado.

Melisa derramó lágrimas por las dos cuando Blanca se suicidó, y Guillermo, que jamás se había divorciado de su mujer, aprovechó para malvender la casa donde por aquel entonces todavía vivía su hermana con Luciano; poco les tocó de aquella herencia cuando él continuó cargando su valija de un puerto a otro, como el nómada incansable que continuaba siendo a pesar de los años, y finalmente las hermanas lo sepultaron dentro de la fosa del pasado, negándose a rastrear su paradero.

Amistades como Adriana, Mariano, y tantos otros, siguieron su rumbo y los caminos se cruzaban una vez al año en las reuniones de compañeros de colegio, donde las promesas de continuar viéndose se diluían hasta la próxima reunión. Hacía tres años que Yago vivía en Barcelona y era reconocido en esa ciudad, el Sapo no dejaba de mencionárselo.

Entró a su piso en el barrio de Recoleta, depositó las llaves del auto sobre la coqueta mesita de entrada añorando la mano pintada que abandonara en el de Yago. Esa noche estaba melancólica y supuso que con un baño de inmersión su humor cambiaría. Dejó que el agua la abrazara, agregó espuma para mimarse y sentirse menos sola. Al cabo de un tiempo, comprendió que nuevamente estaba permitiendo que los genes de Blanca se apoderaran de ella y, como rayo, salió de la bañera y se envolvió en la bata de seda.

«¡Vamos, Bárbara!», se arengó, sirviéndose ensalada en un plato y

sentándose en uno de los sillones frente a la pantalla del televisor. Recorrió cada canal con fastidio; los programas de actualidad no la tentaron y las películas ya las había visto. Arrojó el control remoto, posó el plato sobre la mesita auxiliar antes de arrebujarse entre almohadones y liberar la lágrima que se gestó cuando un film viejo le trajo el recuerdo de aquella mañana en casa de Yago. «Somos amigos con derecho a roce», recordó que le había dicho y, en respuesta, Yago paseó todo su escultural cuerpo desnudo por el departamento y le aclaró que entre ellos no había amor.

Lo extrañaba. Añoraba la chispa que surgía de ella como respuesta a la aparente frialdad de él. Extrañaba oír sus consejos, aprender de su experiencia. Añoraba el desorden y las peleas, los roces y los gemidos. Quería sentir la electricidad que Yago sabía encender. A los veinticinco años su historial amoroso reunía una larga lista de amantes y ahora, debilitada por la melancolía, Tadeo se adjudicaba laureles calificándose como su novio. Había cometido otro grave error; la carne jamás debió sentarse a la mesa de aquella amistad. Las noches que quería olvidar le enrostraban la felicidad del hombre que creció amándola.

Recogió el control remoto y apagó el televisor. Tomó una revista, la ojeó camino al cuarto. En página central, una nota de chismes la nombraba:

«Bárbara Zabala mueve el cuerpo junto a su novio
en la fiesta de gala de los premios...».

Observó con ternura la sonrisa triunfal en la cara de Tadeo y se prohibió recordar la propuesta de matrimonio que noche a noche le hiciera hasta que, cansado de las negativas, él olvidó repetir.

Al día siguiente, despertó nuevamente sola. Acarició las sábanas de su cama *king size*, suspiró y descorrió las cortinas para ver la mañana.

—Vamos, Bárbara, el día está espectacular —se dijo en voz alta—. El

gimnasio te espera, no seas remolona.

Jamás quebrantaba su rutina. Por la mañana, entrenamiento, desayuno, lectura de periódico. Almuerzos con Alfredo, o con los periodistas que la requerían para alguna nota promocional; sesiones de fotos; pruebas de vestuario. A las cinco de la tarde era la primera del elenco en llegar al teatro. Los días en los que no había función visitaba a Guille, a Melisa, o a Tadeo. Asistía a fiestas solo cuando su representante las consideraba imprescindibles para el desarrollo de su carrera. La Bárbara Zabala que mostraban las revistas distaba mucho de la real.

—No quiero extender el contrato —aseguró por teléfono a su abogado—. Se lo dije a Diego, pero él insiste.

—Bárbara —comentó Suárez—, si vos no firmás él no puede extenderlo. Tranquilizate. El poder que le entregaste no le otorga la facultad de cerrar tratos en tu nombre.

—Es que... Alfredo terminó de escribir su obra, ambos queremos que la protagonista sea yo. Si Diego me deja enganchada en esta, no puedo afrontar la otra.

—Alfredo es muy bueno dirigiendo, pero no lo conozco como autor. ¿Cuál es tu opinión?

—Es genial, quiero protagonizarla. Diego se niega porque estamos trabajando a teatro lleno y dice que no hay que abandonar un éxito. Pero no pienso hacerle caso, eso sería como dudar de mí.

—Tal vez tu representante insiste en continuar tu éxito actual porque no considera aconsejable que estés en la propuesta de Alfredo; eso es lo que me gustaría que evaluaras antes de comprometer tu palabra.

No quería discutir con él ese tema y decidió ser concluyente:

—Diego es mi empleado, ¿verdad?

—Desde luego.

—Tiene que seguir mis directivas, ¿verdad?

—Sí —aseguró el doctor Suárez.

—Encargate de que lo haga —indicó la actriz.

—Ok. Dejame a mí la parte entretenida. Pasando a otro tema...

—Decime.

—Leandra te fue a ver al teatro con sus amigas —comentó el abogado. Bárbara sonrió del otro lado de la línea telefónica—. Quedate tranquila, ya superó los celos.

—Tu mujer es inteligente, tiene muy en claro lo que ella significa para vos, y nuestro *affaire* ocurrió antes de que la conocieras.

—Quiere invitarte a un té para reunir firmas con las que presionar al Congreso para obtener modificaciones en la ley de adopción.

—Genial, corto con vos y la llamo para confirmarle que puede contar conmigo —ofreció la actriz.

—Ni se te ocurra contarle alguna de todas esas ideas liberales que te encanta defender. Es mi mujer, recordalo —le recomendó y sin querer terminó pensando en voz alta—: A Leandra le encanta sumarse a las causas feministas.

—Prometido —consensuó, muerta de risa.

Sentía un profundo afecto por él, era un hombre íntegro y un gran abogado; pero no podía comentarle el motivo por el que Diego trataba de evitar que protagonizara la obra de Alfredo. Se avecinaban tiempos de polémica; la hipócrita moralina del pueblo sacaría los colmillos apuntando a los cuellos de Alfredo y de ella en la misma noche del estreno. Habían sopesado los pros y los contras; convinieron en que afrontarían los golpes con la frente alta porque la temática merecía ser expuesta. Lanzarían el guante al pueblo y era el pueblo quien debía recogerlo para finalmente, cuando los cañones se quedaran sin balas, debatir con madurez un problema que

precisaba solución urgente.

—¿Bárbara Zabala? —preguntó una muchacha, parándose junto a la silla del restaurante donde almorzaba sola.

—Sí.

—Por favor, ¿me puede dar su autógrafo? —solicitó, tendiéndole una revista abierta en la nota que le realizaran— Soy su fan.

Como era su costumbre, agradeció el cumplido y con letra firme dedicó la página. La adolescente, respetuosa, se deshizo en cumplidos antes de retirarse. Esa escena se repetía desde hacía unos años. Al principio la incomodaba, pero aprendió a disimularlo. Era una mujer que disfrutaba representando sobre un escenario, inmersa en cada personaje, sin tomar en cuenta al público. Era ella, siendo otra y la Bárbara que sabía amar amaba, la que sabía sufrir sufría, la que podía gozar gozaba. Al bajar el telón el hechizo se esfumaba y abría los ojos comprendiendo que, nuevamente, el mundo existía. Pero allí residía la magia, ellos aplaudían a la actriz, jamás descubrían a Bárbara.

Esa noche, al saludar al público, creyó reconocer al pasado sentado en la segunda fila. Los reflectores aumentaron la intensidad, las personas se pusieron de pie vitoreando y, entre el tumulto y el resplandor, la visión se perdió dejándole un profundo vacío.

—Cenamos juntos —la anotició Alfredo—, anoche la pasé increíble y si no se lo cuento a alguien, reviento.

Se rió a carcajadas. Él sabía cambiarle el humor.

—No me lo perdería por nada en el mundo.

—Cochina —dijo, dándole un golpecito en la espalda—. No te preocupes, yo no escondo información. No soy como otras.

—Últimamente no tengo mucha información para dar —reconoció elevando las cejas.

—Mentira, cielo. La semana pasada te fuiste con Martínez. Todas las

chicas del país quieren acostarse con el galán del momento y la que lo franeleó fuiste vos. ¿Me contaste algo?, no. Te guardaste cada caricia para vos solita.

—No franeleamos, no le haría algo así a Tadeo. Hicimos una sesión de fotos publicitando su estreno, nada más.

—Y está solito —suspiró Alfredo—. Si me diera bola le haría compañía, pero el tonto es hétero.

Se colgó de su brazo, caminaron por la avenida Corrientes y doblaron en Libertad.

—¿Por qué cenaremos acá? —se quejó Bárbara— Sabés que prefiero hacerlo lejos de los centros faranduleros.

—Porque tenemos que mostrarnos para que se acerquen y nos pregunten —comunicó Alfredo.

—Creí que por el momento no era conveniente decir nada sobre tu obra.

—No vamos a decirles ni mu —confirmó—, pero sí nos ocuparemos de aumentarles la intriga. Necesitamos generarles la necesidad de preguntarse en qué andamos para que empiecen a hablar.

Bárbara quedó sorprendida por la habilidad de su amigo. Tal y como él se había propuesto productores, directores y gerentes de salas teatrales que cenaban en el mismo restaurante intentaron sonsacarles información al ver que ellos dialogaban en voz muy baja y se interrumpían de inmediato cuando alguien se les acercaba. Quedó clarísimo que tramaban algo en conjunto y todos querían participar de la exclusiva del seguro próximo éxito.

—Sos un genio.

—Sí. Pero modestísimo —aseguró él, subiéndose al automóvil de ella.

—¿Te llevo a tu casa?

—Sí, por favor. Después de la maratón de ayer necesito descansar. ¿Vos qué vas a hacer?

—Lo mismo. Mañana pasaré la tarde con Guille y quiero despertarme

temprano para cocinarle una torta antes de hacer la nota con la periodista de *Cosmopolitan*.

—¡Ay! Cocinale volcán de chocolate. A los chicos les encanta ver cómo sale desparramado ese manjar cuando se le hinca la cuchara.

Esperó a que Alfredo entrara al edificio, pero no arrancó el auto para irse hasta su casa; se quedó allí, con las manos fijas en el volante y la memoria perdida en el pasado. El sonido de una bocina la regresó a la realidad. Los recuerdos de Yago permanecían.

Si ella se hubiera quedado, si hubiera sido egoísta y antepuesto sus deseos..., tal vez Tadeo los hubiera comprendido y hoy sería Yago quien estuviera a su lado. Se maldijo por lo débil que se sintió al pensar así. Aquel era un pensamiento típico de Blanca. Yago era el hombre con el que tuvo muchas cosas en común, pero formaba parte del pasado y ella había seguido su camino, igual que lo hizo él. Su mente lo idealizaba porque era un imposible. Aquello era el ayer, la época en la que una chica abre los ojos babeando frente al primer hombre que se le presenta. El fantasma, que ocupó la segunda fila de la platea, no era otra cosa que su imaginación jugándole una mala pasada y se acostó preguntándose por qué la fuerza que le permitió alejarse de Yago no la gobernaba para explicarle a Tadeo que un futuro juntos era imposible.

«¡Mierda! Yago y la reputísima madre».

—¿Durmiendo a esta hora? —la pregunta de Tadeo en el teléfono la sorprendió. No era común que él llamara en la mañana.

—Sí. Remoloneé un poco. ¿Cómo estás?

—Extrañándote, como siempre. Hace casi una semana que no nos vemos.

—Lo siento, termino tan tarde en el teatro...

—Te llevo a lo de tu hermano, jugamos un picadito con él en la plaza y

después nos quedamos solitos para disfrutarnos. ¿Te parece?

—Tadeo...

—Me lo debés, estrella. ¿Sos o no sos mi novia?

Odiaba que la calificara de snob para lograr sus pretensiones.

—Voy sola a lo de Guille, te aviso cuando termino y te paso a buscar por donde estés.

Entró al departamento que no pisaba desde que decidió radicarse en Barcelona. Prendió las luces, buscó el añorado lugar donde acomodar las llaves y sonrió. Todo estaba tal y como él lo había dejado, supo que era mérito de Carla y la bendijo. Años después regresaba al punto de partida, buscando saldar las cuentas que le impedían cerrar capítulos abiertos por heridas que todavía sangraban y no le dejaban conseguir los objetivos que se había fijado. Carla se equivocó cuando lo tildó de cobarde, él no huyó a España; aceptó la pasantía que le permitió ejercer la arquitectura dentro del prestigioso estudio de una de las ciudades más modernas y organizadas de Europa. Barcelona le abrió las puertas y él le entregó su potencial. Su nombre figuraba en la planificación de edificios sobre avenidas tan emblemáticas como la Diagonal. Volvía a Buenos Aires, a las fuentes, para inundar de ideas novedosas el estudio de Lorenzo y trabajar codo a codo con él, rechazando incluso el ofrecimiento proveniente de Bélgica cuando intentaron que aceptara el magnífico contrato con el que le aseguraban fama internacional y una muy abultada cuenta bancaria. Su futuro estaba en la Argentina, junto a los suyos y buscando aquellas respuestas a las preguntas que aún pesaban sobre su espalda.

Carla había dejado la cafetera preparada, solo tenía que encenderla para beber una reconfortante taza, y lo hizo. Se sentó frente a la barra de desayuno, la imagen de unas pecas sonriéndole con picardía lo regresó en el

tiempo y agradeció cuando Tadeo llamó a su puerta rescatándolo del pasado. Todavía no era tiempo.

—¡Bienvenido, macho! —saludó feliz, estrechándolo en un abrazo.

—Hola, amigo —respondió Yago con calidez.

—¿Encontraste todo en orden?

—Sí. Carla hizo un magnífico trabajo después de que se fueron los inquilinos.

—Tu hermana es una santa. Estoy pensando en enamorarla y casarme con ella.

—Ni se te ocurra —le advirtió Yago—. Los amigos, bien lejos de las hermanas.

Tadeo sonrió demostrándole que era una broma.

Se sentaron en el living con una copa de coñac para acompañar el café y la charla que los pusiera al día con más detalle que los mails o llamados telefónicos con los que se habían mantenido en contacto durante ese tiempo. Primero hablaron de los afectos comunes, luego de los trabajos y, finalmente, de ella.

—Es mi mujer —aseguró Tadeo.

Yago deseó que el pasado no quisiera regresar tan rápido y le permitiera disfrutar del reencuentro con su amigo. Bárbara era una bandera flameando entre ellos para recordarles la traición que no lograban olvidar. Nada era como ayer, quien lo creyera era un iluso. Lo que una vez no fue ya no tenía sentido, y no valía la pena rememorarlo. Sin embargo, allí estaba su amigo, instalando entre ellos la disputa que no acababa.

—Es mi pareja, pero no quiero que te prives de verla. Bárbara te recuerda como a su gran amigo.

—Esa amistad se perdió en el tiempo, Sapo.

—Ahora, que ya no hay peligro de que vuelvan a equivocarse, es un buen momento para retomarla. A la noche la veo, ella no sabe que estás acá.

—No me parece buena idea, acabamos de rencontrarnos después de tantos años —sugirió Yago—, prefiero ir de a poco.

Pero Tadeo quería conocer los sentimientos de su amigo e insistió:

—¿Por qué te fuiste a Barcelona?

—Porque no desperdicio las oportunidades —aclaró, contundente.

—Asegurás eso y, sin embargo, desperdiciás la que te estoy dando para volver a verla. Bárbara es mi mujer, mi pareja y no me afecta que te encuentres con ella para retomar la amistad. Háganlo frente a mí —aconsejó—, y van a ver que todo fluye con normalidad. Porque era tu amiga, ¿verdad Yago?, lo de ustedes no fue más que una pendejada.

—Bárbara es la mina que nos movió el piso cuando éramos tan chicos que no podíamos diferenciar amistad de calentura. Pero ahora somos adultos y no usamos las palabras a la ligera. Acá, el que siempre estuvo enamorado de ella fuiste vos y finalmente conseguiste tenerla a tu lado. Sé sincero, Sapo, ¿querés que la vea para martirizarte o porque superaste lo ocurrido y te bancás vernos juntos?

—Ese dado ya no rueda sobre la mesa, amigo. Bárbara es mía, está a mi lado, ya no se toma las cosas «a la ligera». Es mi pareja y me respeta.

—Cuentan con mi bendición —aseguró, acabando el trago de la copa—. Pero voy a darte un consejo, no repitas frente a ella lo que acabás de decirme, porque el dado volverá a rodar. Bárbara jamás aceptará ser de un hombre. La historia entre sus padres la marcó a fuego. Tiene terror a depender de los afectos. Ir tras eso es arrojarse al vacío sin paracaídas.

—Pero vale la pena.

—Sí —reconoció—, valdrá la pena para aquel que tenga ganas de afrontar la lucha y se banque la derrota.

—Yo ya peleé por ella. Me quedé a su lado y la gané.

Yago pensó durante unos segundos, finalmente respondió:

—Siempre la vi como a la mascota que tenía que proteger del resto del

mundo aunque nadie me obligara a asumir esa responsabilidad; su personalidad me atraía y no podía resistirme. Cuando creció dejé de verla como a una amiga y terminé quemándome. No es una mujer común, el tipo que esté a su lado tiene que saber enfrentarla para poder rescatarla de sus miedos. Tené por seguro que ese tipo no soy yo.

—Pero yo sí que lo soy —aseguró Tadeo.

—Entonces, mi querido amigo, te felicito.

Guille salió del colegio con la corbata del uniforme en el bolsillo del pantalón, una mejilla tiznada y la mochila colgando de un hombro. Al verla le guiñó un ojo y se acercó.

—¡Qué desastre! —indicó Bárbara fingiéndose sorprendida—. Vengo en busca de un galán y me encuentro con un forajido.

—Ponete contenta. Te divertís más conmigo.

Era su hermano, no cabían dudas. Travieso, con sentido del humor y lo suficientemente listo como para salirse siempre con la suya.

—¿Partido? —preguntó tanteándola.

—No. Hoy tengo otros planes para nosotros —le advirtió Bárbara.

Guille bufó molesto y ella le arremolinó el pelo antes de invitarlo a que subiera al auto.

—No protestes, te va a encantar mi propuesta.

—Confesalo, me tenés miedo —la provocó—. La última vez no pudiste atajarme ni un penal.

—Vos tampoco —se defendió muy orgullosa de mantenerse en forma.

—Algunos sabemos chamuyar a las chicas —simuló.

—¿Estás dando a entender que te dejaste ganar? ¡Sos un caradura!

—Sacate las dudas. Vayamos a jugar y te prometo que no te doy ventaja.

—De ninguna manera, mi querido mentiroso. Te salió mal la jugada. No

caí en tu trampa. Esta tarde vamos a hacer lo que planeé y no se discute más.

—Te estás avivando —se lamentó, vencido—, voy a tener que pensar mejor cómo te engaño para la próxima.

Cada salida con él era como volver a ser niña y disfrutar de la vida sin miedo, sin límites. Guille era el remanso donde se permitía ser auténtica; la estrella que la acercaba a la libertad que tanto perseguía. Luego de estar con él regresaba a la rutina con las energías renovadas. El muchachito, de tan solo diez años, era el magnífico regalo que su padre jamás pensó que le ofrecía. No era solo un lazo de sangre, no se basaba en un apellido común, eran almas afines que se sostenían la una a la otra para hacer realidad la esperanza de que el mañana existe aunque el pasado no pudiera negarse. Luego de compartir la tarde con él, esperó a Tadeo en la puerta de la casa, sin bajarse del auto. Un mensaje de Guille llegó a su celular:

Lo pasé bien aunque no hubo fútbol.

Se rio a carcajadas. El muy orgulloso no lo había reconocido cuando la tuvo frente a frente, pero al menos lo hacía por ese medio. Divertida, le respondió:

Andate a dormir. Si tu vieja se entera nos castiga a los dos.

Estaba convencida de que Liliana jamás lo reprendería por mensajearse con ella aunque fuera entrada la noche. Cuando Bárbara le compró el teléfono a Guille, se había opuesto argumentando que un niño, a esa edad, no precisaba un celular, pero luego comprendió que para ella era imprescindible mantenerse comunicada con él.

Cagona.

Volvió a reírse con ternura. Tal vez se sentía solo y, dispuesta a acompañarlo, le siguió el juego:

Esa no te atrevés a decírmela a la cara, cobarde.

Peleó con Guille hasta que Tadeo abrió la puerta del auto.

Cenaron en un pequeño y discreto restaurante. En la cama de él se entregaron una vez más a la calidez de los cuerpos. Tadeo retomó viejas propuestas:

—¿Qué sentido tiene que vuelvas a tu casa a esta hora de la noche? Mudate acá, terminemos de afianzarnos.

—No soy chica de cucharita —bromeó.

—Sos mi chica; cucharita o no.

Quería salir de allí. Cada vez que Tadeo encaraba el tema, ella deseaba huir. Pero hacerlo no era la solución y lo sabía, por lo tanto repitió el conocido discurso:

—Tadeo, no estoy lista para darte más. Te quiero mucho, disfrutamos juntos y así está todo bien, pero amo mi libertad, adoro despatarrarme en la cama sin chocar con los pies fríos de nadie.

—No tengo los pies fríos, mucho menos cuando estás conmigo. ¿No te completo? ¿Qué te falta a mi lado?

—No se trata de que me falte —respondió con cierto fastidio—, sino que no busco lo mismo que vos. Acordamos un tiempo de prueba, te prometí darnos una oportunidad. Estoy cumpliendo cada condición, pero los días pasan y yo sigo viéndote como al gran amigo que...

—Yo te doy todos los espacios que pedís, esperé durante años por esta realidad que logramos. No te acoso, ni te limito esa libertad de mierda que no te permite ver que estás enamorada de mí.

Bárbara frunció el ceño. Tadeo comprendió que otra vez se había excedido.

No quería escucharla despidiéndose, la amaba y el tiempo era lo de menos si el fin era lograr que venciera sus miedos y reconociera que también lo amaba.

—Lo siento, pendeja. Me sacás de quicio. Pero entendé que yo no quiero robarte tu libertad. El amor que nos tenemos está limitado por tus temores. Tenés miedo a reconocer lo que sentís por mí porque no soportarías convertirte en Blanca, pero yo no soy Guillermo. Yo quiero formar una familia estable, amarte hasta el último de mis días, verte feliz jugando al fútbol con nuestros hijos de la misma manera en que te veo disfrutar con tu hermano. ¿Qué es lo que te impide entenderlo?

Ella respiró hondo, miró hacia el techo, a Tadeo le pareció que la mujer se desvanecía dentro de las sábanas. Había tocado sus fibras, finalmente había logrado conmoverla. Comprendió que en su interior estaba debatiendo si responder con el libreto acostumbrado o sincerarse.

—Lo que siento por vos —comenzó Bárbara, entendiendo que abría las puertas a la verdad— es un cariño inmenso, sé que cuento con un Tadeo que siempre será mi amigo incondicional y un amante envidiable. Pero no puedo pensar en una familia ni con vos ni con nadie porque no sé cómo sería aquella en la que yo encajaría.

—Mi dulce pendeja —dijo, acariciándole las mejillas con ambas manos—, te presionás demasiado. No podés imaginarte dentro de una porque no la viviste jamás. Pero yo voy a enseñarte, yo voy a mostrarte el camino que vamos a transitar juntos para tenerla. Lo único que te pido es que confíes en mí y me dejes guiarte. En cada posta vas a frenar la marcha y a hacer tu análisis, te conozco —comentó sonriendo—, y voy a dejar que lo hagas sin interferencias para que veas que te gusta la ruta por la que te llevo.

—Tadeo...

—¿Confías en mí?

—Sí.

La besó con pasión y ella se dejó arrastrar por el entusiasmo de él.

—Aceptaste el primer paso que era el más difícil, no te frenes ahora. Ya nos subimos al micro y vimos que los asientos son cómodos, es hora de que pisemos el pedal y recorramos el camino. Si seguís poniendo el freno la monotonía hará que terminemos odiándonos y yo te amo tanto que no puedo permitir que me odies.

—No podría odiarte y no quiero que me odies.

—¿Qué podés perder, Bárbara?

—Nuestra amistad —respondió muy segura.

—Eso ya no existe —le advirtió divertido—, pasamos la barrera, estás en mi cama.

Bárbara guardó silencio, él esperó a que desmenuzara la propuesta; finalmente suspiró, lo miró a los ojos sabiendo que lo que diría a continuación era el mayor renunciamiento a todas las promesas que se hiciera desde niña:

—Voy a ser tu copiloto, voy a dejar de poner el freno y confiar en vos. — La cara de Tadeo se iluminó y el corazón de Bárbara lloró cuando su mente le advirtió que debía cuidarse de no convertirse, para él, en un espejo de Guillermo Zabala—. Pero hoy necesito regresar a mi casa. A las cebollas te conviene ir desnudándolas capa por capa.

A las siete de la mañana la despertó el sonido del celular y quiso arrojarlo por la ventana. Con desagrado revisó el mensaje para estallar en carcajadas al leerlo. El forajido se tomaba revancha:

Partido para la próxima. Sumemos a Tadeo, y que Alfredo haga de árbitro. Si no aceptás es porque sabés que te supero.

Su hermano le ganaba de mano para que no fuera a buscarlo con un programa premeditado y poder salirse con la suya. Le respondió calculando

que aún no había ingresado al colegio:

Ni se te ocurra romper tu alcancía para sobornarlos. Tengo más ahorros que vos, iluso.

Se duchó feliz, imaginando qué le respondería él cuando saliera del colegio. Buscó en su vestidor el conjunto acorde para asistir al primer ensayo de la nueva obra. Estaba con un pie en la puerta cuando Tadeo la llamó:

—Nena.

—Hola —respondió con el celular sujeto entre su mejilla y el hombro, en tanto hacía girar la llave para irse.

—Tengo todo listo. ¿Arrancamos hoy a la noche?

No le dio tiempo a que se acostumbrara a la idea. Él luchaba contra los temores de ella sin ofrecer días para la reflexión. Bárbara decidió que lo conveniente era comenzar de una buena vez, había entregado su palabra:

—¿Qué proponés?

—Cena en casa y un lugar en mi cama.

—Me agarraste con hambre —respondió Bárbara—. Pero prefiero tu bañera. Los hidromasajes me pueden.

—Hecho. ¿Por dónde te paso a buscar?

—No, gracias; sé llegar a tu casa.

—Bárbara, relajate. Quiero esperarte a la salida de donde sea que tengas que estar, quiero que tus obligaciones terminen en el mismo instante en que pisás la calle para demostrarte que no importa lo que viviste durante el día, al finalizarlo siempre voy a estar yo para abrazarte fuerte y hacerte feliz.

No pudo negarse, él tenía razón y había hecho el reclamo con tanta dulzura que no pudo interponer ninguna excusa. Tadeo ya transitaba la ruta y ella debía subirse a esa ilusión dejando de lado el orgullo. No era menos libre por permitirle que la pasara a buscar, tampoco lo era durmiendo noche por medio en casa de él. No se convertiría en dependiente simplemente por intentar

amarlo.

El agotamiento de un arduo día se disipó ante la sonrisa que él le brindó al abrirle la puerta del auto. Tadeo no solía alagarla, Bárbara no era mujer de esperar piropos y fue directo al grano:

—Como te pasé a buscar no pude cocinar la cena —se excusó él.

—Me engañaste —respondió ella sonriendo.

—No te calientes, polvorita, no cociné pero vamos a comprar la mejor pizza de la ciudad.

—¡Una cena de lujo! —ironizó ella.

A Bárbara no le pasaron desapercibidas las miradas indiscretas y comedidas de la gente que lo vio recogiénola en la puerta del teatro, ni la de las personas dentro de la pizzería. Él era feliz así, teniéndola a su lado y mostrándola orgulloso. Los cambios que para Tadeo eran ínfimos, a Bárbara le resultaron grandes escollos a sortear. Prometió dejarse guiar y cumplía su palabra pero la niña rebelde, independiente y arriesgada que aún existía dentro de ella, no dejaba de enumerar los detalles que marcaban declinaciones inaceptables. Tadeo la tomaba del hombro más preocupado por demostrar posesión que cariño, y ella estaba segura de que él la amaba. En cada caricia íntima el hombre se exigía al máximo intentando demostrar que era apto, y lo que ayer había sido placentero y relajado ahora se convertía en fríamente estudiado al punto de desvanecer los deseos femeninos donde fue imposible que la carne detonara en la pasión. El camino hacia la pareja ideal estaba minado y Bárbara le advirtió a esa niña insolente que ya no fuera su radar, necesitaba relajarse para también ella mostrarle a Tadeo otras rutas.

—¿En qué estás pensando, Barbi?

—En lo aburrida de mi reunión de hoy con Martínez. Ese tipo está subido a su carrito de galán de telenovelas. Tiene miles de fans que lo esperan a la

salida del estudio de la productora y, en lugar de agradecerles la admiración y el cariño, el estúpido considera que lo agobian y dijo que por eso aceptó ser el protagonista de una obra de teatro conmigo.

—O sea que te tengo en mi cama, acabo de sacarte un orgasmo tras otro, ¿y vos estás pensando en un tarado que lo único que sabe es besar a las minas de otros?

«Te tengo —susurró en su oído la voz de la niña—, sacarte un orgasmo..., las minas de otros».

Tadeo se sentó en la cama, ella extendió su mano y le acarició la espalda. Notó cómo él aflojó tensión, volvió junto a ella, la abrazó hasta que su respiración se convirtió en monótona y se quedó dormido. Bárbara se ocupó exclusivamente de mirarlo; Tadeo, en conjunto, era muy atractivo; sus músculos no estaban engrosados pero sí bien marcados, sus labios no eran carnosos pero guardaban una sonrisa de dientes blancos capaces de lograr el sí de cualquiera; había logrado el sí de ella y eso era un mérito que debía reconocerle.

Lorenzo observaba a su hijo con el orgullo de padre y la admiración de colega. Los diseños de Yago contenían ideas innovadoras; poseía un talento nato que había enriquecido con investigación y experiencia. Cada proyecto elevaba el nombre del estudio que compartían y las horas pasaban sin que ellos lo notaran, hasta que Lucía reclamaba alegando que se extralimitaban y que la vida no tenía sentido si no se tomaban tiempo para disfrutarla.

—No pueden pasarse todo el día trabajando —los retó por teléfono la mujer.

—En media hora llego a casa —prometió Lorenzo, haciéndole un mohín a Yago. Aunque no quería defraudarla, la media hora solía extenderse cuando ellos caían inmersos en el entusiasmo.

—Andate, papá, yo sigo un rato y me voy también.

—¿Salís hoy? ¿Tenés una cita?

—Sí.

—Divertite —le deseó Lorenzo.

—Seguramente —lo conformó Yago.

Cada mujer tenía su encanto. Cada una lo gratificaba de maneras diferentes. La mayoría se quedaba esperando un próximo encuentro, pero él prefería la variedad. En España estuvo a punto de anclar; Magüi supo escarbar en su interior con aquella sonrisa amplia y el humor siempre dispuesto a saquearle la melancolía. Le gustaba verla sentada frente al atril, pintando amaneceres sobre el mar. Durante un tiempo creyó que con ella podría recoger las velas para amarrar en su puerto, pero la fama de cierta actriz trascendió las fronteras llevándola a recoger el Goya, en el Teatro Real de Madrid, por el protagónico en una película. Vio a Bárbara moverse con orgullo y seguridad entre celebridades; continuaba siendo ella debajo de cada gota de glamour del disfraz; con las pecas que gritaban de su espíritu inquieto, la boca pequeñita capaz de decir grandes verdades y los ojos pícaros de mujer ardiente. Seguía siendo Bárbara, la que con él siempre quiso repetir hasta que descubrió cuán cobarde era su *sensei*.

Se llevó las manos a la nuca y giró la cabeza tratando de aflojar tensión. Observó el proyecto en el que trabajaba, miró su reloj, debía irse o llegaría tarde.

Se negó a dejar las llaves en la maldita mano, las arrojó sobre el sillón del living y entró en el baño dispuesto a ducharse.

«Tendría que mudarme —pensó, saliendo de la bañera y dándose cuenta de cuán gratificante sería contar con un hidromasaje—. Tendría que despedirme de este ínfimo departamento».

Pasó a buscar a la mujer, la llevó a cenar; ella lo invitó a una copa en su casa dándole permisos para lo que sucedió después. Y el después fueron

caricias de reconocimiento, besos de bienvenida, gemidos de anticipación y orgasmos reconfortantes. Se negó a pasar el resto de la noche con ella. Camino a su casa pensó por qué razón no encontraba alguien con quién sentirse completo. Necesitaba revivir la adrenalina que había conocido, el clímax que alguna vez había logrado; pero lo que más extrañaba era justamente eso de sentirse completo, tan completo como Tadeo con Bárbara.

De regreso, y sin pensarlo, dejó las llaves sobre la mano pintada a colores y se sirvió un trago. Ya había pasado por todo eso y se negaba a retroceder. Bárbara era una niña traviesa a la que el tiempo convirtió en la mujer de su amigo. En otra época se habían apresurado generando heridas que seguramente todavía les remordían en la conciencia. Estuvo de acuerdo en que la vida era un proyecto donde cada cálculo debía ser chequeado antes de colocar el primer ladrillo y, por el momento, no contaba con los datos que le permitieran llegar a ningún resultado válido. Tal vez ahora que los vientos habían cambiado llegara la mujer que lo hiciera olvidar lo suficiente como para volver a sentirse en paz. Ella había encontrado la estrella que le permitió romper definitivamente la cadena que persistía en unirlos. Ninguno de los dos volvería a traicionar a Tadeo.

Bárbara estaba a punto de irse, llevaba más de media hora esperando a Melisa en aquella confitería y su hermana no le respondía los mensajes. Elevó la mano para llamar a la camarera y pedir la cuenta, cuando por fin la vio ingresando apurada.

—Lo siento —se disculpó, besándola—, tenía cita con mi ginecólogo y se demoró un montón con otras pacientes.

—¿Fuiste por control?

Melisa bebió el resto de agua mineral del vaso de Bárbara, buscó a la camarera.

Con la poca paciencia que la caracterizaba, la actriz se levantó de la silla y se acercó a quien con anterioridad la atendió, para instarla a que hiciera lo propio con Mel.

—Va otra vez —le dijo, al regresar junto a ella—, ¿control?

—Más o menos —comenzó a explicar Melisa—, hace más de un año que con Luciano estamos intentando tener un hijo. —Bárbara se removi6 inquieta pero no hizo ningún comentario—. Y, sí, Barbi, tengo veintisiete años y el tiempo corre. El doctor me asegura que está todo bien, que no sufrí daños después de... después de aquello; pero, por mucho que lo intentamos, no quedo embarazada. Y lo peor de todo es que el trabajo no nos ayuda. Lucho se está haciendo cargo de las guardias nocturnas, yo de las de día; mi ginecólogo dice que además la ansiedad...

El mal genio de Bárbara afloró sin que pudiera contenerlo:

—Lástima que Blanca ya no esté para darte consejos.

—¡Bárbara, qué desagradable que sos!

—No me habías dicho que tu marido no pasaba las noches con vos —reclamó con suspicacia—. ¿Cuál es el tema? ¿Por qué querés embarazarte ahora?

—Somos un matrimonio, es lógico que deseemos tener un hijo; ya te dije, estoy grande.

La camarera dejó el pedido sobre la mesa, el tiempo de interrupción no fue suficiente para que Bárbara evaluara si era conveniente o no decir lo que pensaba:

—Como yo lo veo, hay un patrón que se repite. Tu marido y vos andan desencontrados, eso te desespera y buscás quedar embarazada... ¿Le preguntaste primero si de este sí se hará cargo?

—¿Nos estás juzgando?

—No. Estoy recordándote cómo metiste la pata una vez y de qué manera lo solucionaste.

—No, no juzgás, vos condenás —le dijo muy seria Melisa—. Aquel no era el momento de traer un hijo al mundo. Luciano y yo éramos dos chicos incapaces de educar a nadie. Ahora somos adultos, tenemos trabajo, alquilamos un departamentito, somos una pareja estable. ¿Por qué me condenás? ¿Por qué no está bien que le dé un hijo a mi marido?

—¿Ves? —indicó Bárbara—, todo pasa por la posesión, «mi marido», «tener un hijo», «darle un hijo». Nadie es de nadie más que de sí mismo, un hijo no se da.

—Son formas de decir —se defendió Melisa.

—No, no es cierto. Lo que vos considerás expresiones no son más que el relato ancestral con el que, sin que se perciba, se avalan los derechos de unos sobre otros. Un hijo se cuida, se ama, se educa con la única intención de que aprenda a valerse por sí mismo y remonte vuelo para ser libre. No es tuyo, ni de Lucho, ni de nadie. Aprendé a amar, hermana.

—¿Vos venís a darme lecciones de amor? —reclamó— Yo estoy casada, amo a mi marido y él me ama. Vos, en cambio, usaste a todos los que tuviste cerca, y ni que hablar de lo que estás haciendo con el pobre de Tadeo.

—¿El pobre Tadeo? Me pasé la vida rechazándolo y escuchándote decir que le diera una oportunidad; ahora me acusás de abusadora. ¿Por qué no me dejan de joder de una buena vez? Levantás el dedo para acusarme porque vivo una libertad que tal vez envidiás. Mirá tus miserias, hermana, en lugar de hurgar en mi vida.

—Oíte, escuchate dándole a otros los consejos que deberías darte. Tenés miedo, estás aterrada. Te vimos representar a las mujeres fuertes, decididas y enamoradas que Tadeo jamás conocerá si no es desde la platea. Sobre el escenario volcás todo lo que tu corazón te recuerda que sentiste cuando estuviste frente al hombre que amás —aclaró la hermana—. Acá, frente a mí y frente a quienes conocen a Bárbara Zabala, sos una nena que se esconde debajo de la cama para que el cuco no la descubra y le haga buuuu.

Reconocelo de una vez, negarlo es síntoma de que tenés miedo; hasta que no lo asumas vas a seguir tapándolo con obras que te permitan sentir todo aquello que temés vivir.

—Yo vivo, Melisa —dijo, falta de paciencia—, despreocupate; estás escribiendo un libreto que ni vos te creés. Tadeo y yo no somos tu problema, enfoquémonos en resolver el motivo por el que me citaste. ¿Querés criar un hijo?, ok; primero asegurate de que tu marido desee lo mismo, después hacé lo que diga el ginecólogo y si no da resultado adopten. No existe un problema cuando se conocen miles de soluciones. ¿Algo más o podemos pagar la cuenta?

—¡Basta! —se quejó Melisa, enojada—. Sos mi hermana, sacate la coraza por un rato. No queremos adoptar, queremos un hijo de nuestra sangre y no lo estamos consiguiendo, eso provoca dolor y frustración, no es un simple problema.

—Tuvieron la oportunidad de tener un hijo de su sangre y mientras vos dejaste que otros decidieran tu futuro, él se emborrachó y terminó cogiendo con la primera estúpida que se le abrió de piernas. —Melisa abrió los ojos llenos de lágrimas sin poder creer que su hermana la hiriera con tanta frialdad—. Llevan años tratando de creerse el cuento de que eran dos criaturas, pero vos fuiste cobarde y él egoísta; tal vez cuando asuman sus responsabilidades ya no precisen ningún tratamiento.

—Lucho quiere ser padre, yo quiero ser madre —aseguró.

—¿Querés ser madre o estás buscando un lazo para retenerlo?

Melisa agachó la cabeza y se lamentó:

—Es imposible hablar con vos de estas cosas. Sos dura, insensible.

—Te hablo con la verdad —le aseguró con ternura, tratando de que comprendiera por qué había sido tan ruda—. No quiero lastimarte, quiero que tomes tus propias decisiones y que puedas sostenerlas. No busques un hijo para reconfortarte o para completar lo que se espera de una pareja. Tampoco

lo busques con la intención de que ese hijo te pertenezca. Buscá la manera de estar contenta y conforme con vos sin tener que recurrir a los demás.

—¿Sos feliz? —le preguntó Melisa y no se abstuvo—: ¿Sos feliz viviendo sola y dándole una limosna de tu tiempo al hombre que te ama desde que tiene uso de razón?

—Me gusta mi libertad —aseguró, sin darse cuenta de que no respondía la pregunta—. Así son las cosas conmigo.

—No, voy a decirte cómo veo yo las cosas. Él te adora y acepta cualquier migaja que le des. Vos te sentís culpable por la cagada que te mandaste en su cara con Yago y disfrazás de oportunidad lo que ya estás segura de que jamás lograrán. Estás esperando a que se canse de suplicarte y se vaya sin que tengas que echarlo.

—Eso suena muy mezquino de mi parte.

—Era hora de que vos también escuches verdades.

Tadeo caminó por el sendero de gramilla, el día era soleado y el respetuoso silencio del lugar le permitió realizar la introspección necesaria. Volvió a observar los ramos de flores que llevaba, las rosas blancas siempre habían sido las preferidas de su madre. A dos metros de las tumbas se detuvo para observarlas en detalle, estaban juntos como siempre. Sus padres se habían amado desde la infancia.

Le ordenó a sus piernas que terminaran de acercarlo, retiró los ramos ya marchitos y acomodó los nuevos. No rezó, no era su costumbre; se dedicó a hablarles en silencio, como solía hacer. Volvió a decirles cuánto los extrañaba, la falta que le hacían. A él le comentó que la veterinaria no se había desmoronado, que doña Victoria continuaba llevándole el añoso caniche y que la hija del carnicero todavía no había decidido si quería un gato o un perro.

Con ella abrió su corazón para volver a contarle que Bárbara era su mujer, pero que no encontraba la manera de hacerla feliz.

«Se me escurre, mamá —confesó—. No la agobio con llamados, la dejo hacer su vida. Sé que no siempre puedo guardarme las ilusiones y más de una vez le ruego que se dé permiso para ser mía. Los padres la marcaron y no encuentro cómo tirar abajo sus miedos. Me quiere, me es fiel, lo intenta..., pero no lo estamos logrando».

Quitó un par de hojas secas y las ramitas que profanaban la pulcritud que quiso que reinara sobre las tumbas de sus padres. Elevó la mirada hacia el cielo descubriendo una extensa nube negra que pretendía empañar el día.

«Hace un tiempo que Yago volvió de Barcelona —notificó—. Todavía recuerdo la manera en que los ojos de Bárbara brillaban cuando vivía con él. ¿Sabés, mamá?, no brillan así cuando está conmigo; pero no quiero bajar los brazos, no puedo entregársela; la amo, la quiero conmigo. Si tiene que ser a medias, así será y deberé conformarme. Algo de ella es mejor que nada».

No hubo truenos, ni siquiera una brisa previa que le anunciara la caudalosa lluvia de gotas gordas y pesadas que le cayó encima. Elevó el cuello de la campera, introdujo las manos en los bolsillos, arrojó desde el corazón dos besos, se alejó un par de pasos sin darles la espalda, hasta que decidió que era tiempo de irse.

La conversación con Melisa la hizo reflexionar. Tenía demasiados frentes abiertos. La puja con Diego, los ensayos de la obra que representaría sabiendo que la sociedad le enrostraría su moralina; Melisa, Tadeo, el ayer que no la abandonaba y un fantasma que desde la platea le recordó que era mujer. Demasiados conflictos y era imperioso ir cerrando de a uno a la vez, si no quería terminar igual de loca que Blanca.

A Diego le ordenaría que se ocupara de evaluar estrategias para afrontar a

la prensa. Lo que la sociedad opinara de ella la tuvo siempre sin cuidado pero, por el bien de la obra, era necesario atajarse y estar preparados para defenderse.

Con Melisa había sido dura, pero lo prefería así. Era la única manera de que su hermana tomara decisiones conociendo las consecuencias que podría encontrar. Seguramente primero transitaría el miedo, luego la culpa, llegaría incluso a reprocharle al marido viejas actitudes y finalmente conseguiría saber si en verdad estaba dispuesta a convertirse en la madre de un hijo con Lucho. Recién ahí estaría lista para comprometerse.

«Comprometerse», pensó y de inmediato recordó otro de los frentes. Aceptó el pedido de Tadeo y él debía reconocerle que no había caído en la tentación ni siquiera con Martínez que era un bombón que hacía suspirar a cuanta mujer pisaba la tierra. Le gustaba estar con Tadeo, se divertían, compartían códigos, las objeciones que ahora encontraba en la intimidad podían saldarse pero no había más. Ella no llegaba a querer más de todo aquello que para él era imprescindible. No abusaba de Tadeo, le había puesto las cosas muy claras desde el principio y él las aceptó, aceptó correr el riesgo. Bárbara Zabala no era responsable de las decisiones que tomaban otros, el camino lo recorrían juntos y conociendo los baches.

Pero no se le pasó por alto que Tadeo y Lucho eran amigos, si Melisa había hecho planteos era probable que fuera porque tuvo acceso a alguna conversación entre los varones. Intentar llegar a la meta propuesta por Tadeo le estaba consumiendo más energía de la que supuso en un primer momento. Abrió el cajón de su mesa de noche y buscó el estuche de anticonceptivos. Ese día debía comenzar un nuevo ciclo de tomas y descubrió que, entre tantos problemas, no se había dado cuenta de que no había tenido su período. Los motivos no podían ser otros que encontrarse en la condición que Melisa tanto anhelaba, estaba embarazada de un hombre que quería pero no amaba. Un hijo de sus entrañas que llegaba en el momento menos indicado cuando la

prensa hablaría de ella y necesitaba de todas sus fuerzas para enfrentarlos sin distracciones.

«Un hijo no es una distracción», le recordó su conciencia. Se preparó un té de tilo y reconoció que no deseaba ser madre; tendría que renunciar a la obra, postergar sus metas, enlazarse de por vida con un hombre que no llenaba sus expectativas en tanto exigía una entrega que ella no estaba segura de poder brindar.

Al día siguiente pediría un turno urgente con su ginecólogo, se sometería al examen y, con los resultados en la mano, encararía la charla con Tadeo.

«No es necesario que me case con él —reconoció—, podemos criarlo estando cada uno en su casa y continuar con nuestras vidas».

Su principal frente de conflicto era Tadeo, él iba tras el sueño de la familia y el bebé lo acercaría raudamente a creer que lo estaba consiguiendo. Los tiempos corrían con prisa y ella debía asumir las consecuencias.

«Un hijo no merece ser parte de un intento, no debe nacer entre pujas e intereses confrontados. Dije que lo intentaría y voy a intentarlo. Tengo nueve meses para que esta pareja funcione; de lo contrario, bebé, te prometo que voy a recompensarte por cada falencia que te provoque».

Bárbara no escondía basura bajo la alfombra y lo llamó a la veterinaria con la intención de chequear el estado de ánimo de él:

—¿Sapo?

—Hola, pendeja.

—Hoy dejé agotado a Alfredo, terminé temprano y tengo la noche libre. ¿Cenamos juntos?

—¡Uh, qué cagada! Creí que no nos veríamos..., tengo una gata en trabajo de parto.

—¿Querés que te asista? —preguntó, convencida de que el felino le ofrecía en bandeja de plata argumentos para sincerar su situación.

Hubo un momento de silencio. Tadeo evaluó y luego dijo:

—No sé cuánto tiempo va a demandarme y mañana me levanto temprano. Me voy a Córdoba y regreso el domingo en la noche.

—No me habías dicho nada.

—Es algo nuevo que surgió, un estanciero de Laboulaye me pidió asesoramiento.

—Buen viaje —le deseó, aliviada al saber que contaba con más días para pensar en soledad.

El doctor la observó intentando desentrañar si la noticia que le daría era la esperada por ella. Leyó los resultados, tomó aire y comenzó yendo directo al grano:

—No estás embarazada. El estrés por la obra y las exigencias que te imponés son el motivo de tu faltante...

Bárbara comprendió que el médico seguía hablando, los labios de él se movían pero ella no registraba la coherencia de las palabras. El hijo que casi fue jamás existió. El lazo que pudo atarlos para siempre se desanudó sin haberse ajustado con anterioridad.

«Creer en señales es una estupidez y yo no soy estúpida», se dijo.

Desde que Tadeo conoció la temática de la nueva obra de teatro las discusiones empañaron el limitado tiempo del que disponía la pareja para estar juntos, y las noches compartidas en su casa se convirtieron en rounds de boxeo dialéctico. Los ensayos y preparativos colmaron la agenda de Bárbara, la veterinaria y las nuevas prácticas con los bovinos de Córdoba colapsaron la de él. Ella se juró que su alejamiento se debía a los compromisos y no al temor de que aquel embarazo pudiera concretarse en un futuro próximo. Decidió que antes de ofrecerle amor a un bebé debía sentirlo por quien fuera el padre y reorganizó sus horarios para poder estar más tiempo con Tadeo; ocultó el cansancio en cada encuentro y comprendió que, al bajar la guardia, se alcanzaba un placentero relax, una paz que dependía de que él no hiciera reclamos ni la enfrentara con lo que era lícito o no esperar de una pareja. No era tan complicado como suponía, simplemente había que estirar la mano sin miedo hacia la que le tendían, recostar la cabeza en el hombro del otro y simplemente sentir, cortar de raíz las discusiones aunque manteniéndose firme en la postura. Sostuvo esa creencia durante el tiempo en que los ensayos le exigieron la mayor de las concentraciones pero, ante el inminente estreno, la voz de la niña rebelde le susurró al oído que se estaba engañando. Esa noche pisaría las tablas para enfrentar a la crítica especializada; sabía a lo que se exponía. Se miró a los ojos en el espejo del camerino y encontró la

garra a la que le solicitaría ayuda para afrontar el desafío como actriz, sin preguntarse cuándo estaba actuando más, sobre el escenario o en su vida privada.

—Cinco minutos —le avisaron del otro lado de la puerta.

Recogió la caja de bombones, la acarició y volvió a leer la tarjeta:

Vas a ganártelos a todos.

Si no te aplauden, escupilos.

Besos.

Tadeo

La crítica describió la excelencia del trabajo actoral, citó párrafos del autor demarcando la intención que éste introdujo en la obra invitando a la reflexión. El preestreno ante la prensa fue mejor de lo esperado. Alfredo lloró de alegría en los brazos de Bárbara, dejando salir la tensión que durante meses lo abrumó. Ya no había marcha atrás y el aliciente obtenido esa noche les brindó las fuerzas necesarias para afrontar el estreno al día siguiente.

Esa noche, Bárbara prefirió quedarse en soledad; los nervios se llevaban gran parte de su energía y la única manera de recuperarla era con un baño de inmersión y varias horas de descanso. Completamente relajada se deshizo del toallón, abrió uno de los cajones del vestidor y acarició la oferta de prendas para dormir; ante ella las sedas, gasas y encajes pasaron desapercibidos cuando su mano se topó con el algodón de cierta remera muy gastada y su humor se alteró.

«Nada», decidió, desechando cada oferta de lencería. Se colocó sobre la piel un par de gotas de perfume, tomó el celular y marcó el número de Tadeo; pero quien respondió fue el contestador y Bárbara dejó un mensaje:

La crítica nos ama. Llamame cuando te desocupes.

Le había rogado que esa noche no la acompañara, había sido su decisión y, sin embargo, sintió la ausencia. Las palabras de Melisa la taladraron. ¿Por qué razón ya no la gratificaba disfrutar en soledad de su éxito? Elaboró qué era para ella una pareja, pensó en el compañerismo, la complicidad, la diversión que necesariamente debía existir y la pasión que no podía desvanecerse, confirmó que la independencia era un bien muypreciado que la pareja no podía erradicar y estuvo segura de que la confianza era la que permitía que cada uno de esos puntos pudieran concretarse; cerró los ojos y evaluó cuántos de los mismos había logrado junto a Tadeo.

El telón se corrió la noche siguiente, las luces de la sala se aplacaron, en tanto los reflectores realzaron a las tres figuras sobre el escenario. El juez, sentado en su despacho atiborrado de libros, remarcó con el gesto su autoridad ante los abogados.

El último acto de la obra daba comienzo:

—Señor juez —declamó Bárbara—, *¿qué artículo lo asiste para inclinar su resolución hacia la pareja Sandoval en detrimento de mis patrocinados?*

—Su señoría —intervino el tercer personaje—, *la doctora debe acatar su fallo o apelarlo dentro de los ámbitos establecidos. No considero que su despacho sea el indicado para que asistamos a este reclamo.*

—*Mi deber es dictaminar dentro de la ley lo que considero es lo mejor para el menor* —dijo el juez—. *Evalué el caso y ambas parejas se encuentran en igualdad de condiciones, por lo tanto fue mi conciencia quien resolvió. Dígame, mi querida colega, ¿considera usted que los obstáculos que debería sortear este niño dentro de nuestra sociedad serían los mismos*

siendo sus padres una pareja convencional que siendo una homoparental?

—¿Puede garantizarle al menor que no transitará por la misma desigualdad si dentro de veinte años decide hacer pareja con un hombre e intenta adoptar a un niño? A esta última pregunta puedo ofrecerle la respuesta de inmediato —exclamó Bárbara, adueñándose de su parlamento—. Si en su conciencia los Sandoval son más aptos, este niño vivirá la misma situación que mis defendidos. La sociedad no tiene fundamentos para negarles esta adopción, por esa razón la legislación las contempla y es su obligación hacer cumplir lo que dictaminan los códigos. La ley tendrá sentido cuando se aplique y deje de avalar la hipocresía social.

—Doctora, utilice un recurso de revisión si no está conforme.

El público, petrificado en las butacas, presencié en silencio la función y estalló en aplausos llegado el final. El elenco en pleno celebró con una cena ofrecida por los productores. Tadeo se sintió un intruso entre personas que hablaban temas que para él eran triviales, sabiendo que Bárbara no podía socorrerlo porque debía ocuparse de ser la estrella a la que no se le notara el cansancio ni la incomodidad.

Con la crítica a favor y el público vitoreando en cada función, las columnas sociales de los medios de comunicación se ocuparon de situar en primera plana el debate propuesto por la obra. Pronto el planteo central comenzó a desvirtuarse y la mira fue puesta en la vida privada de todos y cada uno de los responsables de la pieza teatral en cartel. El teléfono de Alfredo ardía incansable con los llamados de periodistas que, entre líneas o directamente, indagaban sobre su sexualidad, sus parejas y sus fantasías. La vida de Bárbara se expuso en la vidriera, desde el vientre de Blanca hasta esos días; tildándola de libertina, fría, desamorada y hasta aventuraron que,

reconocida su amistad con Alfredo, el lesbianismo era el gran secreto que la diva intentaba ocultar y por ello no tenía una pareja firme, caratulando a Tadeo Barbarossa como la farsa con la que la estrella pretendía ocultar su condición. Fue más interesante inventar que debatir con madurez la realidad de una parte de la sociedad que golpeaba las puertas de los juzgados pidiendo que se los admitiera como adoptantes aptos de niños en situación de orfandad. Y el hombre, que le juraba amor eterno, se debatía en su interior tratando de decidir si le permitía a su orgullo machista salir a confrontar a la prensa, o aceptar que estaba enamorado de una mujer que estaría siempre en la boca de todos.

Ante la intimidad, Tadeo se acercaba a ella con la actitud de aquel que pide permiso para no incomodar. En sus ojos siempre había deseo pero su cuerpo la acariciaba sin ímpetu, con cuidado; la pasión se desataba medida y casi al rozar el final. Ambos habían tenido amantes mejores, ambos reconocían que no alcanzaban la plenitud, y la diferencia por el tema abordado en la obra agudizó el conflicto:

—¿Cuánto tiempo estará en cartel? —le preguntó, cuando ya no pudo soportar su impotencia.

—Depende de la taquilla —respondió Bárbara.

—Tengo un ataque de hígado cada vez que leo una nota sobre esto. No soporto que hablen tantas boludeces de vos y te usen de esta manera.

—Son las reglas del juego, Tadeo —le explicó, terminando de subirse el cierre de la pollera.

—Si te casaras conmigo dejarían de hablar sin sentido y comprenderían que sos una actriz interpretando un papel.

—Si dejaras de ser tan inseguro entenderías que todo esto sirve para que finalmente se hable del tema que realmente importa —aleccionó, arrojando el peine sobre la mesada del baño—. Esta pieza fue escrita y la estamos representando para que miles de chiquitos hambrientos de amor se llenen la

panza en brazos de quienes están rogando por brindárselo.

—¡Yo soy un hombre hambriento de tu amor, pendeja! —le gritó iracundo — ¿Qué papel representás para saciarme? ¿O es que ni siquiera te diste cuenta de que tu mejor actuación la hacés solo para mí?

Bárbara se quedó perpleja. El tono de ruego y consideración había variado en Tadeo y debió reconocer que eso le encantó elevando un peldaño más la estima que sentía por él. Recogió su bolso e intentó besarlo, pero él le dio la espalda.

—No sos muy oportuno, Sapo. Querés una pareja y te dije que lo iba a intentar, sellamos acuerdos que estoy cumpliendo a rajatabla, no es el momento indicado para que me presiones.

—¿Te presiona la verdad? —la provocó aún más.

—Si esa es la verdad, ¿qué hacés todavía a mi lado?

—Ponerla frente a tus ojos para que de una puta vez la veas y bajes la guardia. Te quiero y me querés, salí a hablar por todos los malditos medios de prensa y deciles que sos mi mujer. Haces saber que te creés Juana de Arco peleando contra las miserias del mundo y que acá estoy yo cada noche sanándote las heridas.

—A lo mejor —respondió abriendo la puerta de la casa— no habría necesidad de ponerme en guardia si en lugar de reclamar me alentarás.

—Lo que ocurre es que te metiste con un tema demasiado complicado —le explicó Melisa.

—Que se pudran —sentenció Bárbara—. Lo que la obra dice no es más que la verdad. ¿Para qué mierda legislan si saben que no lo van a cumplir? Que reconozcan que es una mentira en lugar de indagar sobre la intimidad de Alfredo o la mía. Son hipócritas, que lo asuman.

—¿Tadeo también tiene que asumirlo?

Ya había discutido con él en la mañana, no deseaba seguir haciéndolo con Melisa:

—Me conoce, sabe que no me voy a bajar de esta lucha, es inútil que me haga planteos. No necesito salir en todas las revistas comunicando mi relación con él, eso forma parte de mi vida privada. Él sabe bien quién soy, ¿para qué necesita que lo sepa el resto?

—Para que te enteres vos, principalmente —respondió Melisa, mirando su reloj pulsera.

—Sé quién soy, Mel. Me encanta ser actriz y si mi vocación sirve para abrirle los ojos a la gente, mucho mejor. Estamos inmersos en un mundo que ve pasar los problemas sin involucrarse cuando no lo rozan. Una sociedad debe comprometerse con el bienestar general, debe pelear por lo que considera justo —interrumpió su alegato para atender el llamado de Tadeo—: ¿Camino a dónde?... En la mañana no me comentaste nada... ¿Cuántos días vas a quedarte en Laboulaye?... Ok, no hay problema, envíame un mensajito cuando llegues así me quedo tranquila. Un beso

En tanto Bárbara hablaba por celular, Melisa carraspeó, volvió a consultar la hora, aprovechó para chequear si había mensajes en su teléfono y finalmente miró hacia la puerta del departamento.

—¿Estás preocupada por algo? —la consultó Bárbara.

—No..., o sí. No lo sé. Quiero hablar algo con vos y no sé por dónde empezar.

—Sin preámbulos sería lo mejor —instó y recordó que su hermana estaba intentando quedar embarazada—. ¿Algún resultado con el tratamiento? ¿Te dijo algo el ginecólogo?

—Tal vez esté —comunicó, con miedo a hacerse demasiadas ilusiones—, pero no tendré la seguridad hasta la semana próxima.

—Estás ansiosa —concluyó.

—Estoy...

—¿Qué pasa?

—Necesito hablar antes de que llegue Luciano.

—Entonces no des rodeos —sugirió Bárbara.

—Sí, es lo mejor, no tengo que dar rodeos, vos sos una mujer que siempre se ocupó de que lo que los demás digan, hagan u opinen no te afecte. Pero ya ves que no siempre podrás evitarlo.

—Lo que está pasando con la obra no me afecta. Sabía qué se venía y me preparé para afrontarlo.

Melisa dudó de la afirmación de Bárbara:

—Nuestra infancia nos obligó a madurar con rapidez, crecimos en un hogar repleto de errores, pero no sé si estamos preparadas para todo.

—Bueno, lo que sea que se venga lo iré enfrentando. No te preocupes por mí, ocupate de vos. Si finalmente lograste embarazarte quiero creer que es porque tenés resueltos los temas que hablamos.

Melisa volvió a carraspear, tomó aire e intentó encontrar las palabras para expresarse:

—A veces estamos tan concentradas en nuestra vida, que nos olvidamos de mirar alrededor para mantenernos conectados con quienes nos rodean. —Bárbara no la interrumpió, continuó escuchándola—: Ponemos la mira en un objetivo y toda nuestra energía la depositamos en lograrlo. Entre tanto, aquellos que queremos se sienten solos..., desvalorizados, abandonados. Consideran que son menos importantes y... se van alejando. Un día nos encontramos con la meta cumplida y el afecto perdido.

—¡La reputísima madre! —exclamó, levantándose de la silla y buscando su celular—. Lo voy a matar. Si Lucho otra vez se niega a asumir su paternidad, después de tanto quilombo, lo mato con mis propias manos. ¿Dónde está ese hijo de puta? Decime —le reclamó—, ¿está en la clínica? Te dije que primero te aseguraras de que él quiere un hijo.

—Bárbara, no siempre estoy hablando de mí. Luciano no tiene nada que

ver —aseguró Melisa ofendida y, olvidándose de cuidarla, le enrostró de corrido más de una verdad—: Ya es hora de que dejes de culparlo por su actitud del pasado. Llevamos tres años de casados, nos amamos, confío en él y no me da motivos de duda. Es mi marido, me hace feliz y, si Dios quiere, seremos padres. Me tiene cansada tu dedo acusador, me tiene harta tu retórica altruista. No, Bárbara, no hablo de mí sino de vos.

—No entiendo —confesó.

—Ser libre, independiente; una actriz que sobre el escenario no recibe objeciones y la mujer comprometida con las causas de otros... te robó tu vida.

—No tenés idea de lo que decís. Tengo una vida, estoy conforme con ella. Soy una profesional y una ciudadana a la que le rompen las pelotas las injusticias y por eso peleo para erradicarlas.

—¿Qué hay de la mujer?

—Esta mujer que tenés frente a vos —le dijo, señalándose—, está muy satisfecha con lo que logró hasta ahora. Tengo una profesión que adoro, cumplo con mis obligaciones y Tadeo me deja conforme.

—¿Estás enamorada? —finalmente preguntó Melisa.

—No sé, no tengo idea de qué es estar enamorada —respondió achicando los ojos y casi mostrando los dientes—. No se ocuparon de enseñarme a amar, dedicaron ese tiempo a joderme la existencia. No puedo relacionar el amor que siento por vos, o por Guille, con el amor que se debe sentir por un hombre. Con Tadeo estoy bien, la pasamos bien, en la cama nos satisfacemos, nos acompañamos; salvo cuando me rompe la paciencia con sus deseos a futuro no tengo objeciones. ¿Eso es amor? Genial, considerame enamorada. Y si no lo es voy camino a lograrlo. Te aseguro que estoy poniendo todo de mí para conseguirlo.

—¿Por cuánto tiempo más? ¿Cuánto más creés que él seguirá esperando a que lo logres?

—¿Otra vez? ¿Otra vez con esa historia? No sé, Melisa, cuando llegue ese día veré. Por ahora estuve muy ocupada en la obra y él está viajando mucho... —Hizo silencio, achicó los ojos para luego agrandarlos e indagar a su hermana—: ¿En qué anda Tadeo?

—Tadeo se siente solo, Bárbara, y seguramente habrá muchas mujeres dispuestas a consolarlo.

—El Sapo encontró un plan B —entendió—. ¿Cómo lo supiste?

Melisa advirtió que era inútil sugerir, Bárbara ya había comprendido y debía ser directa y clara:

—Confío en mi marido, pero tengo genes de Blanca. Cada tanto le reviso el celular y leí una conversación entre ellos. La hija de un estanciero de Córdoba se cruzó en su camino.

Bárbara se quedó mirándola, abstraída en asimilar qué era lo que más la afectaba, ¿reconocer que el amor eterno era tan finito como el día, o que a ella también podían traicionarla?

—No le supliques, Barbi —aconsejó Melisa—, no te rebajes como lo hacía mamá.

La menor de las hermanas estalló en carcajadas. Ella no era Blanca y jamás le entregaría a un hombre tanto poder. Agradeció la voz de esa nenita que le susurraba al oído las verdades que ella conocía desde la cuna.

—La cordobesa tiene chance con Tadeo porque yo le dejé el camino libre —aclaró con orgullo—. Tené por seguro que, si me hubiera propuesto lo contrario, el Sapo no respiraría sin pedirme permiso.

—¡Me asustás!

Bárbara volvió a sonreír.

—¡Qué poco me conocés, hermana! Jamás le haría a alguien algo así y por muchas razones; primero porque si quisiera tener a mi lado a un perrito faldero me compraría un Pekinés, segundo porque no quiero que nadie dependa de mí ni de mis estados de ánimo para sentirse bien, tercero y

principal porque me quiero lo suficiente para comprender que los lazos eternos no existen, los sentimientos se eligen y se confirman día a día. Tadeo es un cobarde traidor que se conformaba con poco y no tuvo huevos para cortar primero conmigo antes de llenarse la panza en otro lugar.

—No estás enamorada de él, Bárbara —remarcó Melisa—, si lo estuvieras tendrías roto el corazón y, aun siendo la brillante actriz que sos, no podrías ocultar el dolor. En tu cara veo bronca porque tu «amigo» quebró su palabra; veo a la deportista fanática enseñándome su deseo de revancha; pero no veo ni un dejo del desgarró que siente una mujer que ama y se sabe traicionada.

Escucharon a Luciano haciendo girar la llave en la cerradura de la puerta de ingreso y Bárbara cambió de tema:

—¿Cómo me ves con un Pekinés?

—Ni se te ocurra, el perro para vos es el Jack Russell Terrier, como el de *La máscara*.

Las hermanas se despidieron. Bárbara se subió a su auto y comenzó a manejar sin rumbo fijo.

No podía negar lo mucho que la incomodaba el hedor de la traición perpetrada por el hombre que vivió jurándole amor eterno y que día a día le reprochaba la falta de interés para unirse a él de por vida. Bárbara vivió tan pendiente de que Lucho no fuera como Guillermo que jamás se ocupó de observar si no sería Tadeo el calco de su padre y, por descuido, tal vez hasta pudo concebir con él un hijo. Dio gracias al cielo porque fuera el estrés el culpable de su desorden hormonal, pero ni siquiera ese alivio logró cambiarle el ánimo. Estaba enojada, se sentía traicionada; le dio la razón a Melisa cuando entendió que lo que le dolía era la falla del amigo, no de su pareja; y no quiso ponerse en los zapatos de la mujer que, amando con locura, era traicionada por su amor. Allí estaban todos los motivos por los que, desde edad temprana, se juró no depender de ningún afecto para mantener su estabilidad emocional.

«¿Por qué volvías con Guillermo, Blanca? —cuestionó otra vez a su madre y se respondió—: Porque estabas enferma, no amabas, sufrías de adicción a él. El amor existe, seguramente, pero que no cuenten conmigo para conocerlo; no estuve ni estoy enamorada aunque lo representé mil veces; si amara a Tadeo hoy estaría en carne viva y no podría calmarme ni siquiera después de ahorcarlo con mis manos. Soy apasionada, temperamental y mi palabra es ley. En lo que a sentimientos se refiere nadie es confiable, porque las elecciones dependen de las necesidades diarias, aquello que nos hace bien un día tal vez al siguiente nos incomode. Es igual que la moda, se gasta, se decolora, cambia, pasa».

La jornada libre de Bárbara empeoró cuando intentó comunicarse con su hermano y él no respondía sus llamados:

—Guille no quiere verte, Bárbara —confirmó Liliana por teléfono—, lo siento. Lo intenté, pero es inútil.

—No lo entiendo —aseguró acongojada y llevándose la mano al pecho—, ¿qué ocurrió? ¿Por qué no quiere verme?

—Es lo que más me preocupa. Se lo pregunto y no me contesta. Lo único que dice es que no quiere verte.

—¿Podés pasarme con él? Por favor, Liliana.

La madre de Guille caminó hasta el cuarto de su hijo para volver a consultarle. Bárbara afirmó con fuerza el aparato hasta fusionarlo con su oreja, intentando oír los murmullos hasta que escuchó la contundencia de la negativa irrevocable.

Nada podía ser peor. A los medios, la sociedad, la crítica y hasta al público le ponía el pecho y contaba con la fuerza y la personalidad para enfrentarlos y darles pelea. Nada la hacía bajar los brazos, ni siquiera Guillermo Zabala resurgido desde las cenizas ocupando páginas de revistas, dándose a conocer

a costa de mentir sobre ella. Enfrentaría a Tadeo para decirle que conocía la verdad, despedirse y desearle lo mejor. Podía soportar todo eso, mas no el rechazo de Guille. Sabía que él le pedía tiempo y lo respetó muriendo de pena por la ausencia y la incertidumbre. El dolor no le permitía respirar, querer de esa manera era inhumano pero lo soportaría si luego él regresaba junto a ella.

¿Qué lo alejaba? ¿Qué temor le impedía enfrentarla y explicarse? Le faltaba el aire cada vez que intentaba respirar, la garganta le ardía conteniendo los gritos que desde el corazón pujaban por darse a conocer rogándole a su hermano que no la abandonara. El dolor más grande que jamás creyó conocer se paraba frente a ella para demostrarle cuán vulnerable era ante los sentimientos. La niña, que solía advertirla sobre el comportamiento mezquino de los hombres, yacía desconsolada en un rincón de su interior. No lo odiaba, no lo censuraba, todos los conflictos perdieron importancia, lo trascendental estaba en el hecho de que Guille se negaba a verla. Por instinto tomó el celular y lo llamó a Tadeo. Él demoró en responder:

—Tadeo, Guille no quiere verme.

—Pensé que llamabas para enterarte si llegué bien a Córdoba —comentó con sarcasmo.

—Lo siento —contestó.

—No importa —dijo él, comprendiendo que jamás sería la prioridad de Bárbara—. Quedate tranquila, debe estar con mucha exigencia en el colegio y no tendrá tiempo para jugar al fútbol. Volvó a llamarlo mañana.

—No creo que sea eso...

—Bárbara, estuve manejando por horas. Esperemos, que seguro se le pasa. Hablamos mañana, ¿sí?

Aunque al día siguiente Guille continuó negándose, ella no volvió a buscar respuestas en Tadeo. El corazón no le mentía, su hermano no había dejado de amarla, el problema era otro y se resistía a contárselo.

Con el paso de los días la situación continuaba siendo la misma y Alfredo trató de levantarle el ánimo:

—No te enrosques —sugirió— Los chicos son caprichosos y...

—No. No es un capricho. Guille es frontal, conmigo no tiene vergüenza y jamás recurrió a una extorsión. Es inteligente. Le están pasando otras cosas y no puedo verlas. Mi hermano está sufriendo, sé que sufre. Si no quiere verme es porque tiene una razón demasiado grave.

—Bárbara... ¿tendrá algo que ver con toda la mierda que publica la prensa con respecto a la obra?

Ella ya había evaluado esa posibilidad. Las difamaciones públicas no lo hubieran alejado. Guille la conocía lo suficiente y había crecido sabiendo la exposición a la que su trabajo la sometía, tenía muy en claro que, con tal de vender un ejemplar más, la prensa inventaba sin límite.

La dificultad para conciliar el sueño durante días no le impidió seguir pisando las tablas. La noche en que creyó estar al borde del colapso los expertos aseguraron que había sido la mejor función de toda la temporada. Bárbara Zabala entregó su alma frente al público en cada párrafo de su parlamento. Allí estaba ella, abierta, completa, con la impotencia que jamás se permitió y que esa noche, en cambio, la dominaba.

Desde una de las butacas, él no le perdía pisada. En el preciso instante en que ella apareció en escena indagó sus ojos buscando encontrar el reflejo de su interior y leyó la desolación, el terror del desamparo. La admiró como lo hacía el resto y agradeció que la actuación le brindara las herramientas para canalizar tanto dolor. No era feliz, todo lo que la rodeaba no la hacía feliz. Le había dado tiempo para que pudiera ser libre, pero no era feliz, ella no se

sentía completa. Aguardó a que la función terminara y le envió un mensaje de texto:

Ofrezco alojamiento por esta noche, incluye tragos.

El sensei.

Bárbara salió por la puerta destinada a los artistas, con el bolso colgando de un hombro, desprovista de maquillaje, en jean, zapatillas y una campera abrigada. Lo vio apoyado contra el poste de alumbrado, con una mano en el bolsillo del pantalón y tendiéndole la otra. No fueron necesarias las palabras. Caminaron a la par hasta el automóvil de él, le abrió la puerta dándole paso y se sentó a conducir hasta el departamento de Arce. Allí, todo el pasado se mostró al desnudo; desde la mano en la que Yago dejó los llaveros, hasta la barra de desayuno donde se había expuesto para recibirlo por primera vez. Recorrió cada detalle, en tanto él prendió la cafetera eléctrica y sirvió dos vasos con whisky. De pronto todo el dolor y todos los miedos se unieron y la Bárbara desafiante y rebelde afiló las uñas entendiendo que no podía sumar ni un solo conflicto más.

—Solo por hoy —aclaró Yago—, porque estás perdida.

Sentándose en el sillón recitó las palabras de él como si fueran un mantra:

—Solo por hoy —dijo y su sangre bulló tratando de quemar cualquier censura que les impidiera hacer realidad esas tres palabras.

Yago le entregó la bebida y se acuclilló frente a ella. Le corrió los mechones de cabello que ocultaban los ojos acaramelados pero sin chispa. Acarició sus pecas y le guiñó un ojo antes de preguntar:

—¿Karate, charla o volcán?

Bárbara dejó caer el vaso sobre la alfombra y lo rodeó con los brazos por el cuello.

—Te extrañé —reconoció.

Hablaron durante toda la noche. Los años de distanciamiento contenían las

historias de vida que querían compartir con el otro. Yago habló de Barcelona, del trabajo junto a su padre y de sus metas, sin mencionar a Magüi. Bárbara describió los caminos que transitó para convertirse en la estrella que era, despotricó contra la prensa, nombró a Tadeo sin contarle que el final estaba pronto.

—Ya me narraste la parte buena —dijo él—, ahora quiero saber lo malo.

Lo miró deseando volver a abrazarlo. La conocía tanto.

—Guille se niega a verme —confesó.

—¿Por qué?

—No me lo dice. No me habla, no responde mis mensajes.

—¿Fuiste a verlo?

—No, quise respetar sus tiempos, no pasar por arriba de sus deseos —explicó, sorbiéndose la nariz.

Yago la atrajo hacia el suelo para que se sentara junto a él, y la abrazó dejando que ella apoyara la espalda en su pecho. Con ambos brazos la rodeó como si fuera una niña a la que debía proteger con su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo hace que no lo ves?

—Dos semanas; dos putas semanas de mierda en las que vengo rompiéndome la cabeza buscando qué maldita razón tiene para negarme.

—No te niega. No quiere verte.

—¿Por qué?

Le acarició el cabello con la excusa de peinárselo con los dedos, le besó el cuello antes de proponerle:

—Andá a verlo. Si durante dos semanas tu hermano no encontró la manera de explicarte su alejamiento, es porque no sabe cómo hacerlo. Ayudalo.

—No quiero imponerle nada. Él es como yo, no le gusta que lo cargosen. No quiero coartar su libertad.

—En este momento Guille no es libre y vos estás contribuyendo a que no lo sea. —Bárbara se incorporó para mirarlo a los ojos e intentar comprender

de qué le hablaba. Yago sintió la súplica de esa mirada rodeada de pecas y prosiguió—: No puede darte respuestas, no las tiene. Seguramente eso lo oprime. Ayudalo a encontrarlas. Liberalo. Todavía es chico y todo lo confunde.

Se paró como rayo y tomó con rapidez su bolso y su campera.

—¿Qué hacés? —le preguntó él.

—¡Tenés razón! Soy una pelotuda. Tengo que ayudarlo. Él me quiere, debe estar sufriendo tanto como yo.

—Enana, son las dos de la mañana. Tu hermano debe estar durmiendo.

La desazón regresó a los ojos de la mujer y se sentó nuevamente con la ansiedad y la frustración emanando por todo su ser.

—Desperdiciaste el whisky —bromeó Yago—, pero hice suficiente café como para mantenernos despiertos hasta que sea una hora prudente para llevarte a la casa de tu hermano.

Bárbara miró la cafetera y regresó la vista a él. Catapultó a Tadeo dentro de la misma calaña a la que pertenecía su padre y recordó la cantidad de veces en que deseó que Blanca le pagara a ese hombre con la misma moneda:

—*Sensei*, ¿no preferís tentarme con otra cosa para retenerme?

—Yo no retengo, enana. Vos elegís quedarte. Tu cama sigue en el mismo lugar —dijo.

Dio gracias a Dios porque Yago la regresaba a la cordura. Convertirse en traidora era lo que terminaría matándola, ella no era como aquellos, ella conocía las consecuencias. Sonrió agradecida, esa noche no quería regresar a su casa y sabía que Yago no se aprovecharía de su vulnerabilidad, acababa de dejárselo en claro. Tomó aire y preguntó:

—¿La rutina también es la misma?

—No hay cambios. Me ducho primero y no quiero oírte haciendo ruido en la mañana.

A los dos les costó conciliar el sueño. Cuando el despertador de Yago

sonó, el aroma a café provocó que terminara de abrir los ojos. La buscó por el ínfimo departamento. Ella no estaba, pero sobre la barra de la cocina le había dejado el desayuno preparado y una nota:

Café caliente, como le gusta al patrón. Los volcanes no nos caerían bien en este momento.

Gracias por los consejos, sensei, hay cosas que tengo que hacer sola.

Bárbara

El sol brillaba con una fuerza inusitada esa mañana. Los árboles rebalsaban la novedad de los verdes primaverales haciendo que el aire resultara fresco y, al mismo tiempo, reconfortante. Llegó a su departamento en Recoleta, arrojó bolso y abrigo sobre el sillón, se quitó las zapatillas y entró al baño para abrir el grifo de la bañera. Al quitarse el resto de la ropa el aroma de las sábanas de la casa de Yago la guiaron por un pasado que no había olvidado. Cerró la llave del agua, quería conservar en la piel algo de la noche vivida. En su mente, la risa de Yago la martillaba recordándole cómo sonaba la suya estando con él.

«Un frente a la vez», se dijo. Volvió a vestirse y tomó su bolso para dirigirse al garaje.

A las ocho menos diez de la mañana consiguió estacionar el automóvil frente al colegio de Guille. Ansiosa, revisó a cada alumno que caminaba por la acera hasta que divisó a su hermano llegando con Liliana. En cuanto la mujer se perdió de vista, Guille se alejó de la puerta de ingreso, escapando.

Bajó de su auto y lo llamó:

—¡Hey, vos, raterito!

Guille se detuvo, sintiéndose atrapado dejó caer ambos brazos a los costados del cuerpo, giró sin mirarla a los ojos y la acusó:

—¿Te pusiste la gorra?

—No. Me puse los huevos que vos decís tener y no usás —se defendió Bárbara y Guille la miró sin entender—. A mí —explicó—, las cosas me las decís a la cara. Si no querés verme dame tus razones.

—¿No sabés entender lo que se te dice, nena? Te pedí tiempo.

—Te lo di y se acabó. ¡Ringggggggggggggg! —exageró—: *Time's up!* Contame todo antes de que se me suelten todos los patos.

Guille se giró para ocultar el llanto que no pudo contener, la angustia que jamás había visto en él no evidenciaba rechazo hacia ella, sino una profunda impotencia. A pesar de la pena por verlo transitar aquella situación, sintió alivio al entender que su corazón no la engañaba y podía leer con claridad cuando alguien la amaba sinceramente.

—¿Qué es, Guille? Decímelo.

—Quiero matarlos a todos —balbuceó como pudo—. Pelotudos de mierda que no saben nada pero hablan y acusan.

—¿De quiénes hablás? —exigió, con el corazón roto por el dolor que él sentía.

—De todos. De mis compañeros, sus padres y hasta de los maestros que parece que piensan como ellos.

—¿Qué piensan?

—De vos —confesó—, piensan mal de vos. Dicen que sos una loca, que no querés a nadie, que sos egoísta, que te creés mucho. Y no es cierto —le gritó, mirándola con los ojos inyectados de furia—, se los digo pero no lo entienden.

—¿Y por las boludeces que dicen ellos no querés verme?

—No. Pero ¿cómo hacía?

—¿Cómo hacías para qué, Guille?

—Para que no te dieras cuenta. Sos re piola, me sacás la ficha. No puedo ocultarte nada. Te ibas a dar cuenta. Enseguida ibas a saber lo que me pasa y

yo sé cómo reaccionás. No te quería decir nada y la cagué igual.

La estaba cuidando. Era un nene y quería protegerla. Murió de amor y de rabia. Quiso tomar del cuello a cada uno de los malditos que lo habían hecho sufrir. Pateó el piso con furia.

—¿Ves? —indicó Guille—. Te conozco perfectamente.

—No me conocés un carajo, enano. No tenés ni puta idea.

Él la miró torciendo la cabeza a un lado y apretando los labios para demostrarle que ni ella se creía lo que le aseguraba.

—Primer error —enumeró—, alejándote de mí les diste la razón.

—¡No! —se defendió furioso.

—Segundo —continuó Bárbara—, a los ignorantes se les puede perdonar la brutalidad; no tienen la culpa de lo que hacen justamente porque no saben nada. Y, para que sepan, hay que enseñarles. Vos sabés que yo te quiero, pero ellos lo desconocen. Si nos ven juntos se enteran y les metemos por el culo su ignorancia. ¿Captás?

Guille la miró con admiración.

—Tercero, energúmeno —lo calificó para recordarle que estaba ante ella—, en algo tienen razón, estoy un poco loca. Pero es lo bueno de tenerme como hermana, porque así te aburrís menos.

—Yo te quiero tanto —dijo, abrazándose a ella.

—¡Ah, no! —reclamó—, no me chamuyes. Estamos buscándole una solución a tu problema. Si me blandás no pienso en frío, y este tema hay que manejarlo con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó más animado.

—Como primera medida voy a llevarte al colegio.

—Ni en pedo. Ya es tarde.

—Acá la adulta soy yo y, si no queremos que la llamen a tu vieja para preguntarle dónde te metiste, tenés que entrar al cole. Venías bien sumando puntos para que te den la beca y no la vas a cagar con una rateada.

—¡Putá madre! —maldijo el nene.

—Como segunda medida, preparate, porque a la tarde te paso a buscar delante de todos esos giles que hablan porque el aire es gratis, merendamos en el McDonald's y jugamos un partido en la plaza.

—¿Solos, vos y yo? ¡Qué partido de mierda!

—¿Tenés equipo?

—Voy a ver si Manuel se prende. Alfredo no sirve. Ya demostró que no tiene idea de lo que es un foul.

—Sí —aceptó la hermana—, mejor Julián. Dejame que le pregunto si puede.

—No —interpuso Guille—, le pregunto yo. Seguro que a mí no me mete excusas.

—¿Desde cuándo te creés con el derecho de adueñarte de mis amigos?

—Bárbara ¿vos vivís en un táper? La que se hizo amiga de él es mi vieja. Yo me hago el salame, pero no soy tonto.

—Caminá, enano —indicó, empujándolo suavemente por el hombro—. En la merienda me contás.

Entró con él para explicar ante las autoridades del colegio el motivo de la llegada fuera de horario. Se cercioró de que su nombre continuara figurando en los registros como autorizada para retirarlo en la tarde. Llamó a Liliana, la puso al tanto de la situación y del plan que acordó con él sin hacer mención de que conocía la relación de la mujer con Julián. Estaba feliz, tan feliz como no podría estarlo una mujer que sabía que su pareja la estaba traicionando.

Tadeo apagó el motor del jeep mirando al sol ponerse sobre el horizonte. A su alrededor la inmensidad de los parques de Palermo, en su interior la satisfacción de la labor bien realizada. Prendió un cigarrillo, bajó del vehículo, se sentó sobre el capó y dio una extensa bocanada arrojando el

humo hacia el cielo. Se detuvo a pensar, esa sensación de seguridad que experimentaba le resultaba tan abrumadora que temía que fuera otro autoengaño. Todos los años que había vivido amando a Bárbara no podían ser borrados con tanta facilidad. ¿Qué había hecho Romina para lograrlo? ¿Qué tenía esa mujer para que él se sintiera tan pleno? Antes de comprender que Bárbara jamás lo amaría, ya se había visto reflejado en los ojos de la cordobesa. No era tan tonto como para ocultarle a su conciencia que se animaba a hacerse preguntas porque en Laboulaye existían respuestas. Y allí estaba, fumando solo, sin terminar de decidir si dar el siguiente paso y retomar el camino para regresar a la estancia de Córdoba o rumbo para su casa y dejar que el tiempo le ofreciera seguridades más concretas.

«No se puede estar enamorado toda la vida de una mina —pensó— y ahora elegir a otra. Es mejor seguir así y no ilusionar al pedo a nadie».

Aplastó el cigarrillo sobre el ripio, sintiéndose frustrado. Lo que deseaba tal vez no fuera lo que debía y odiaba estar en esa posición. Regresó al jeep, lo encendió y giró el volante; a los pocos metros frenó. Las ganas lo tironeaban para regresar e ir a buscarla. Luciano lo llamó al celular entregándole la tregua que estaba necesitando.

—¿Qué hacés, Lucho?

—Todo bien —respondió el amigo—. ¿Podés hablar o estás laburando?

—Tengo todo el tiempo del mundo —respondió—, estoy solo, en camino a mi casa para seguir estando solo.

—Sapo, ¿tenés algún problema? ¿Estás caliente por algo?

—Sí —respondió irascible—, estoy caliente, tengo un maldito problema que resolver y no sé si ir para el norte o para el sur.

—No soy brújula, pero dicen que hay que buscar el norte, ¿no?

Y hacia el norte estaba Córdoba. Estacionó el jeep, se estiró en el asiento para hablar con más comodidad.

—¿Para qué me llamás?

—Para decirte que ella ya lo sabe.

—Melisa —comprendió Tadeo.

—Sí. Entendela, es su hermana.

—No te preocupes, esta vez la metida de tu mujer me dio una mano.

—Sapo, no es la única cosa por la que te llamé. Supe que... —dudó si comentarlo o no, finalmente se animó—, Yago fue al teatro, Bárbara lo vio, estuvieron juntos.

Tadeo no le contestó, cortó la llamada y seleccionó otro número. La mujer que lo atendió lo reconoció de inmediato:

—¿Qué se le ofrece, doctor?

—Comuníqueme con Romina.

El sol seguía brillando, el aire continuaba llenándole los pulmones. Entró en la veterinaria, acarició al cachorrito que un nene tenía en brazos y le preguntó a la recepcionista:

—¿Tadeo?

—Está en el quirófano. En cuanto termine le aviso que usted está acá.

Lo esperó, esperó incluso a que atendiera hasta el último paciente; las prioridades de Tadeo habían cambiado. Al finalizar con el trabajo se despidieron de la empleada y se dirigieron a la casa de él.

Detrás de la puerta, el bolso con las pocas pertenencias de Bárbara ofreció respuestas a las preguntas que todavía no habían sido enunciadas.

—¿Te vas de gira? —indagó Tadeo y reclamó—: No me dijiste nada.

—No, no me voy de gira, estoy dejándole mi lugar a tu nueva adquisición. Te hacía más frontal, Sapo, pero me ocultaste la verdad —aseguró, tomando el bolso por las asas.

A Tadeo le molestó la falta de sentimientos en la despedida y atacó:

—Yo busqué mi realidad. Según me enteré, vos ya recuperaste la tuya y

tampoco me dijiste nada.

—¿De qué hablás?

—La otra noche la pasaste con Yago —aseguró, acusándola.

—¡Ah, no! De ninguna manera. No voy a permitirte que me culpes a mí.

—No te culpo. Soy un tarado que no entendió que la que aprendió a traicionar ya sabe hacerlo y no le cuesta un carajo repetir experiencias.

Bárbara estuvo a punto de abofetearlo, pero su vida junto a Blanca le había enseñado que ese no era el camino. Dejó el bolso en el piso, se sentó en el sillón, cruzó las piernas y se dispuso a darle un final digno a su relación con Tadeo:

—Tu frustración jamás te permitió entender cómo fueron las cosas. Hoy vamos a despedirnos y es hora de que empieces una nueva vida sin el estigma del cornudo. Creeme, sé que eso te cagaría la existencia.

—Ustedes dos se ocuparon de traicionarme a repetición. Tengo el cartel de cornudo, pendeja, me lo estamparon entre mi amigo y vos, lo que pasa es que ahora te jode ser vos quien lo lleva también.

—Cuando Yago y yo cogimos —comenzó a explicarle sin rodeos y con los términos en los que le quedara claro ante quién estaba—, vos ni siquiera me habías besado. No eras mi novio, no eras mi pretendiente. Cogí con él porque pintó así y no me arrepiento. Jugaste el papel de la pobre víctima y rogaste durante años para que te diera una oportunidad. Me cansé de decirte que para mí eras mi amigo, pero vos querías más y más, te encerraste en tu deseo y no me escuchaste.

—¿La otra noche tampoco eras mi novia? Mientras volvías a coger con él ¿quién pensó en mí?

—La otra noche lo más cerca que estuve del cuerpo de Yago fue durante los abrazos que nos dimos al saludarnos y cuando me consoló.

—No quiero detalles, lo conozco, sé qué métodos usó siempre para atraparte.

La paciencia de Bárbara se extinguió. Tadeo hacía reclamos con la mirada puesta en la mujer con la que había intimado mientras le pedía matrimonio a ella:

—Fue un error aceptar esta locura que vivimos. Siempre buscaste en mí lo que de entrada te advertí que no tendrías y, a pesar de eso, te respeté y no alterné con nadie más. Vos, en cambio, te llenás la boca reprochándome el desamparo para justificar que te estás yendo a los brazos de otra mina con la que hace tiempo te andás consolando.

—¿Qué pretendías? Luché contra tu orgullo dándote el amor que te encargaste de rechazar no una sino mil veces. Vivo solo porque tu carrera te absorbe. Me arrojaste al último rincón de tu vida. Soy un buen hombre y quiero ser importante para alguien por el resto de mi vida.

—Lo sé. Siempre supe que este acuerdo era ridículo. Vos me amabas y pretendiste imponer que yo también lo hiciera, pero el amor no se impone, ni siquiera podemos asegurar cuánto durará cuando se lo consigue. La vida es el momento que estamos transitando y yo te respeté en cada segundo.

—Yo te hubiera amado por siempre si te hubieras comprometido a ser mía. Lo miró a los ojos, sabía que él estaba convencido de lo que aseguraba.

—Soy mía, Sapo. Ni tuya ni de nadie más. Llegó la hora de que rompamos este lazo de la mejor manera posible.

Tadeo miró el bolso, se llevó las manos a la nuca. Su pendeja ya no era suya y acababa de comprobar que no sería de nadie. La decisión tomada en Palermo era la acertada. Allí, junto a ella, solo perdía el tiempo; aun así entendió que, por la amistad y el cariño que los unió durante años, debía aconsejarla.

—Nadie va a ganarse tu amor, ni siquiera Yago. No importa cuánto valga el hombre que tengas enfrente, en él siempre vas a ver el reflejo de tu viejo. Ni siquiera en la cama sos una mujer, porque tenés el chip instalado que te dice que estás cogiendo y no intercambiando caricias de cariño. Seguí

pateando a las pantorrillas y vas a convertirte en una vieja solterona que no tendrá quién le caliente los pies en invierno. Es tu vida, elegís vivirla así y es una cagada porque yo te quería bien y te hubiera amado siempre.

—Se ama al otro tal y como el otro es —dijo acercándose a él, besándolo en la mejilla—. Vos lo dijiste recién, quien traiciona una vez está listo para repetir la experiencia. Y, si ella estaba al tanto de mi existencia, cuidate; huele mal un amor que nace de traicionar a otro. Buena vida, Sapo.

Abrió la puerta y, sin volver a mirarlo, se despidió de las ilusiones de él y la resignación de ella. Se despojó de cualquier fantasía romántica que pudo haber acariciado, constatando que aquello era para los débiles y ella era una mujer con garras. La profunda inestabilidad que sintió cuando Guille se negó a verla no volvería a vivirla en su vida, estaba dispuesta a tatuárselo en la frente si fuera necesario.

Nadie tenía derecho a hacerla sufrir intencionalmente, nadie podría adjudicarse jamás ser el titiritero que manejara los hilos de sus sentimientos. La almohada servía para apoyar la cabeza en las noches y relajarse, no volvería a usarla para tomar distancia de la realidad. Y la realidad era una sola; el corazón es el órgano que cumple con la función de hacer circular la sangre por el cuerpo; exponerlo a que cualquiera pueda averiarlo era una tontería.

Con el paso de los días, las revistas de la farándula hablaron de la ruptura sentimental; Bárbara no volvió a mostrarse en público con otro hombre. Alfredo, su amigo y director teatral, se convirtió en el compañero acostumbrado dando mucho más que decir sobre las elecciones sexuales de ambos y los motivos por los que últimamente seleccionaban ciertos temas para las obras de teatro que representaban.

Se concentró nuevamente en su carrera, en Guille, en los amigos que aún estaban a su lado. Acompañó a Melisa a cada cita con el obstetra y vio crecer a sus sobrinos en el vientre de la hermana.

La relación con Romina le demostró a Tadeo que existían otras maneras de amar y que en ninguna eran válidos ni las presiones ni los ocultamientos. En los siguientes meses intentó hablar con Bárbara más de una vez, incluso recurrió a Luciano para que oficiara de intermediario pero no consiguió que ella aceptara diálogo alguno; la había traicionado.

Bárbara salió del salón del estilista, condujo apurada e ingresó al estacionamiento del edificio. Su asistenta había dejado cuidadosamente colgado el vestido que luciría esa noche. Estuvo a punto de cambiar de idea y llevar uno más sensual, pero el tiempo corría y consideró que sería innecesario perderlo en algo tan poco importante.

«Es una cena benéfica —reconoció—, no tengo que deslumbrar a ningún crítico ni productor del medio».

Maquillada, se calzó los altísimos zapatos y revisó el alhajero; rozó las perlas con la yema de los dedos pero escogió la gargantilla con la estrella de cristal tallado de Swarovski, y pequeños aros haciendo juego. Ningún anillo, ninguna pulsera. Lo más sencilla posible, esa noche necesitaba ser ella. La obra, que el año anterior había generado la polémica, había finalizado hacía un mes, pero los ramalazos continuaban existiendo. Los mellizos de Melisa habían nacido, Tadeo había traspasado la veterinaria a un colega, para instalarse en Laboulaye y Yago no había vuelto a dar señales de vida.

Alfredo la pasó a buscar en su automóvil, con puntualidad.

—Totalmente de acuerdo con tu look —le dijo—. Te ves increíble y para nada pretenciosa.

—Dudé, te soy sincera —reconoció ella—. Si queremos que la fundación recaude suficiente dinero, tal vez hubiera sido mejor que me vistiera para

nublarle la vista a algún empresario y hacerlo firmar un succulento cheque sin que se diera cuenta.

—Soy un experto en detectar sensualidad y a vos te brota por cada poro. Quedate tranquila, embaucarás a muchos —le aseguró sonriendo.

Tomada del brazo de su amigo subió los peldaños de la mansión donde se realizaba el evento. Los flashes de los periodistas centellaron a su paso.

Los ubicaron en una de las mesas centrales, rodeados de otras celebridades. La temática del evento exigía que los famosos asistieran a los posibles benefactores de la causa a cambio de un cheque destinado a la fundación. A la hora de los postres alguien se acercó a ella para indicarle que era su turno de colaborar.

Bárbara se calzó el coqueto delantal blanco con pequeños volados. A ella le habían asignado tres mesas y comenzó a movilizarse entre los comensales. Al llegar a la última le preguntó al CEO de una compañía de telefonía celular:

—¿Desea frutillas con crema mousseline o bavaroise de nueces?

El directivo firmó el cheque luego de elegir las frutillas y Bárbara agradeció ofreciéndole una cálida sonrisa antes de dirigirse al último integrante de la mesa y repetir la pregunta.

—Volcán de chocolate, por favor —solicitó el hombre.

Las piernas de la actriz comenzaron a temblar y su pretendida máscara cayó hasta hacerse añicos contra la mullida alfombra del piso.

Yago corrió la silla hacia atrás para erguirse frente a ella. Con el gesto serio se abrochó el único botón del saco del traje, que no fue suficiente barrera para cortar la fuerza del imán que lo atraía nuevamente hacia ella.

—¿Podrías hacer un excepción?

—Hola, Yago —respondió, respirando nuevamente.

—Hola, enana.

Bárbara fue desprendiéndose el delantal, le entregó al asistente de la fundación la lista de los postres elegidos, y el conjunto de cheques, antes de

dirigirse a Yago:

—¿Vas a contribuir con la causa?

—Ya lo hago, soy el arquitecto que diseña el proyecto.

—Te felicito —dijo, sintiendo orgullo por él—, tus méritos deben ser muchos para que te confíen el trabajo.

—Bueno... no lo hago mal —aseguró con un mohín cargado de vanidad.

—Lo sé —se le escapó y se maldijo porque habían sido sus ojos marrones los que la distrajeron; Yago no precisaba halagos.

Alfredo, atento a ella como lo estaba siempre, creyó que el hombre retenía a Bárbara, por lo que debía ir en su auxilio:

—Cielo —comenzó con su cometido Alfredo —, nos esperan en la mesa.

—Claro —respondió solícita antes de despedirse de Yago con un simple adiós.

Alfredo se mordía los codos de ansiedad por tener un segundo a solas con ella y que le explicara qué había sido ese cruce inesperado de miradas cargadas de deseo que intercambiaron su amiga y el extraño al despedirse. Recién tuvo acceso al cuchicheo cuando la música invitó al baile. Tendió la mano a Bárbara y ella la tomó gustosa encaminándose hacia la pista.

—¿Te salvé o te arruiné el levante? —le preguntó él sin vueltas.

—¿Sabés quién es?

—Ni la más pálida idea. Pero en cualquier momento te lo llevás a tu cama. ¡Ay, nena, cómo te miró! Casi te desnuda en plena gala benéfica. Y te merecés una alegría, hace mucho que rompiste con el veterinario y...

—Es Yago —lo interrumpió, elevando las cejas e inclinando la cabeza. Alfredo evitó emitir el grito que desde las entrañas amenazó con salir disparado por su boca. Bárbara continuó entregándole datos—: Y también es el arquitecto responsable del proyecto del hogar para niños.

—¡Lo que es el destino, madre mía! —exclamó tan entusiasmado como si la casualidad le ocurriera a él—. La vida te lo refriega en la cara cuando te

encantaría que te lo refregara por todo el cuerpo. ¿O no?

—No sabía que era Yago, me agarró desprevenida. Me acerqué como lo hice con todo el mundo para preguntarle qué postre prefería y...

—Y dijo que te quería a vos, servidita en su cama y sin aditivos.

—Más o menos —reconoció Bárbara, sonriendo.

—¿De verdad? —preguntó, simulando horrorizarse— ¿Delante del resto de la gente de la mesa?

—Fue sutil. Dijo que quería volcán de chocolate.

Alfredo se llevó la mano al pecho exagerando el gesto.

—Y ¿qué le contestaste?

—Te juro que no puedo acordarme nada más hasta que viniste vos y me llamaste «cielo».

—¿Supondrá que soy tu pareja?

—Alfredo, no puedo pensar absolutamente en nada. ¿Lo viste?

—Ni me hables. Es un potrazo de aquellos. Te juro que si le gustan los hombres me tiro arriba de él y te lo robo delante de toda la exquisita sociedad porteña.

Bárbara sonrió con ganas. Pensar a Yago junto a Alfredo le resultó tan raro que hasta le dio pena que su amigo se privara de conocer lo que se sentía estando en brazos del que comprobó seguía revolucionándole las hormonas.

Yago contuvo la bronca desde el momento en que aquel hombre los interrumpió y se la llevó de su lado. Los siguió con la mirada cada segundo posterior al arrebató y continuaba mirándolos en ese momento en que los veía bailar cómplices a pocos metros de él. Bufó por no haber ido acompañado. Le pareció una ridiculez llevar a una conquista pasajera a una cena que para él era de trabajo, y Carla tenía la noche ocupada. Si Bárbara todavía fuera su amiga habría ido con ella, porque era la persona indicada que no fantasearía

con situarse en otro lugar que no fuera el de acompañante. Sonrió para sí al darse cuenta de la tremenda tontería que pensó. «Ir con Bárbara para darle celos a Bárbara», una estupidez que solo se le podía ocurrir teniéndola al alcance y sin saber qué hacer. «¡Tantos años, enana, y vengo a caer otra vez frente a tus pecas traviesas».

Creyó justo advertirle a Tadeo y le envió un WhatsApp:

La vida disfruta tentándonos con aquello que el destino se empeña en negarnos.

La respuesta llegó al instante:

Tomaste de más?

Yago sonrió, era evidente que Tadeo necesitaba más datos:

Bárbara está en la fiesta.

Esa vez sí que Tadeo se tomó tiempo antes de responder:

Seguís siendo el afortunado cabrón que corre con ventaja.

Tenía razón, era el cabrón que siempre la tuvo a mano y un día la dejó ir por cobarde; por no saber cómo afrontar la vergüenza frente a su amigo, pero también sin encontrar la manera de quedarse junto a ella sin salir destruido. Volvió a mirarla, el arrebatador le besó la palma de la mano y Bárbara le apretó el abrazo con clara muestra de cariño.

Esta vez no estás en el medio para cagarme la ventaja y la enana creció, ya no tengo que cuidarla.

Regresó el celular al bolsillo del saco y le ordenó a sus pies que caminaran hasta ella.

—¿Me permite bailar con la señorita?

Alfredo escuchó el pedido en el mismo segundo en que la mano masculina se clavó en su hombro. Con la mirada le preguntó a Bárbara si aceptaba; no necesitaba girar para confirmar que era Yago quien preguntaba. Ante la aceptación de su amiga, con galanura le extendió la mano de ella para que lo reemplazara.

—¿Otra vez metiéndote en el medio para arruinarme la conquista? — bromeó ella.

—Pan con pan comida de tontos, enana —le advirtió y luego, mirándola a los ojos y tomándola por la cintura, reclamó—: No me concediste el pedido.

—¿Cuál fue?

—Volcán de chocolate.

Los recuerdos vibraron en sus cuerpos.

—Es porque vos no cocinaste la cena de hoy.

Yago rio y el sonido se mezcló con su aroma varonil y con la sensación que provocaba su mano firme y seductora sobre la espalda de ella.

—Extrañé tus impertinentes contestaciones —confesó él.

—Seguramente extrañaste algo más que eso —lo provocó ella. La respuesta había sido la que Yago esperaba, pero la separación entre los cuerpos no era la suficiente para evitar que Bárbara detectara la reacción en el de él y lo expuso—: ¿Ves? —encestó muy segura— Extrañaste mucho más que mi impertinencia, *sensei*.

—¿Me extrañaste?

—¡Claro! No es fácil encontrar un amigo que te dé lecciones gratis de todo y que además esté dispuesto a calentarte los pies en el invierno.

—Fue un invierno crudo.

—En esa época era friolenta —respondió ella, intentando no caer en la

trampa que el destino volvía a tenderle.

—¿Tenés los pies fríos?

Se detuvo a pensarlo. Evaluó las ganas de él y la debilidad que podía generarle si le contestaba lo que en ese momento quería, por lo que le respondió:

—Ahora tengo calefactores que funcionan muy bien.

—En este terreno vos y yo siempre damos rodeos—dijo, mirándola a los ojos. Ella volvía a irritarlo, como siempre—, no te olvides que mi paciencia es limitada.

—Yo diría que no tenés paciencia —le confirmó, para luego esbozar los motivos del rechazo—: Mi misión en la vida es cuidarte. Alguna vez cuidé de tu ropa y de tu casa, hoy me toca cuidarte de mí.

Se quedó mirándola en silencio. Esas palabras no eran una bufonada más, estaba siendo sincera.

Bárbara le aclaró sus dichos:

—Tu corazón —dijo, posando la palma de la mano en ese lugar— está sin estrenar. Yo soy el huracán que pasa por tu vida cada década para hacerlo bombear con fuerza, pero no deseo quedarme encerrada aquí.

Él acercó su boca a la de ella, Bárbara giró la cabeza y, con un gesto disimulado, le solicitó a Alfredo que la rescatara. Pudo haberle dicho que el baile concluía sin necesitar de la intervención de su compañero, pero no estuvo segura de no flaquear en el intento si Yago simplemente se negaba a dejarla ir.

La piel se le fue enfriando a medida que caminaba. En su interior un volcán de emociones rogó porque regresara junto a él.

—Te desconozco —aseguró Alfredo, conduciendo el auto fuera del estacionamiento—, jamás hubiera creído que recurrirías a mí para que te saque de los brazos de un hombre.

—No es cualquier hombre, es Yago.

—Tu talón de Aquiles.

—O yo el de él —reconoció, perdiendo la mirada a través de la ventanilla.

—Yo no me hubiera despegado de él ni borracho.

Bárbara no sonrió. Estaba distraída, absorta en sus pensamientos.

—¿Barbi? —reclamó y debió volver a hacerlo antes de que ella se percatara de que intentaba llamar su atención.

—No te preocupes por mí, Alfredo. Soy una mujer recubierta por un escudo indestructible. No es fácil agarrarme desprevenida.

—Ya lo creo, cielo. Si pudiste pedirme ayuda es porque ni él puede con vos.

«Lamentablemente», reconoció, en medio de un suspiro, la voz de la niña audaz que continuaba viva en su interior.

¿Encerrarla dentro de su corazón?, eso era una idiotez. ¿Tan mal había transmitido el mensaje para que ella creyera eso? Jamás habló de amor, se ocupó con insistencia de que Bárbara no se confundiera pero, por lo visto y a pesar de las reglas y lecciones, la enana entendía lo que le parecía. La conexión siempre fue perfecta, amistad y finalmente cama; ambos puntos inmejorables. Lo sacaba de quicio seguido, era cierto; pero lo atraía como nadie y eso tampoco podía negarse. Completo, esa era la expresión que mejor definía cómo se sentía estando con Bárbara; y Tadeo, envuelto en su sensiblería habitual, lo traducía erróneamente como enamoramiento. Tal vez había sido el Sapo quien instaurara en la cabeza de ella aquella idea tan tonta y poco práctica. Ambos ya eran adultos y por fin estaban en condiciones de sacarse más de una duda sin tener que ocultarse de nadie. Eran libres y Yago quería hacer uso de esa libertad para terminar de eliminar las suspicacias que no le permitían avanzar. La prensa la mostraba con distintos *partenaires*, pero en la cena iba del brazo de un homosexual. «¡Qué manera de desperdiciar la noche, enana!».

—Arquitecto —llamó su atención la secretaria del estudio por el intercomunicador—, su hermana en el teléfono.

Tomó la llamada despegando los ojos del monitor donde había fijado la vista para que no lo notaran distraído.

—Hace media hora que llamo a tu celular —reclamó Carla.

—Estoy concentrado y lo apagué para no ser interrumpido —comentó con ironía.

—Paso de tu indirecta —dijo ella—. Hoy almorzamos juntos.

—Hermanita, ese tonito mandón es el que te espanta los candidatos.

—No me jodas —le advirtió Carla.

—Soy el único hombre que tiene los huevos suficientes como para marcarte los errores. En lugar de molestarte tomá nota, nena. Revisá tu carácter o resignate a comprarte un plumero para las telarañas.

—Bla, bla y bla. Todo lo que se te ocurra, pero almorzás conmigo. A la una te quiero sentadito en el restaurante de la esquina del laboratorio.

—¿Encima pretendés que vaya hasta allá? —se quejó, empujando el mouse.

—Vos sos el caballero, yo la dama. Mové tu cuerpito hasta acá. A la una, no lo olvides.

Regresó al proyecto, tomándose unos segundos para compenetrarse en él. Revisó el espacio dedicado a esparcimiento de los niños y sin meditarlo ubicó hamacas.

Llegó a la hora propuesta por su hermana, tomó asiento en una mesa frente al ventanal a la calle y la vio caminar hacia él, segura y eludiendo los autos.

—Tengo poco tiempo, a las dos me armaron una reunión.

—Genial —reprochó Yago—, me hacés venir desde el otro lado de la ciudad porque no querés comer sola. Última vez que te hago el aguante.

—El aguante es el que te haré por sesenta minutos, así que más te vale que les saques provecho.

—Ahorrátelo. Tengo un montón de laburo en el estudio y vos...

—Tallarines con tuco —comunicó Carla al camarero—, Fond de Cave malbec y agua mineral sin gas para los dos.

—Disponés de mi tiempo y decidís lo que voy a comer sin consultarme —

le reclamó Yago, mirándola ceñudo.

—No quiero perder tiempo con tonterías, así que empezá a hablar.

—No entiendo, ¿de qué querés que hablemos?

—De vos; de por qué, siendo el profesional increíble en el que te convertiste, no te veo contento. Quiero que largues todo el discurso de una y sin esconderme nada. Ya sabés, te conozco, conmigo no tenés escape.

—Carla, aunque tu cabecita elucubrada no lo pueda entender, soy un hombre grande, tengo responsabilidades, fechas que cumplir. En mi arquitectura no es tan fácil como en tu química. No siempre hidrógeno y oxígeno dan agua.

—¿Quién es? ¿Alguien que dejaste en Barcelona, o alguien que volviste a ver acá? —Yago se recostó contra el respaldo de la silla, estiró sus largas piernas sin cuidarse de no patearla en el movimiento—. Te dije que tengo nada más que una hora, no hagas que me levante para hacerte confesar —le exigió la hermana.

—Mejor hablemos de vos —eludió, sintiéndose incómodo—. De cómo es posible que prefieras el camino de la solterona mandona en lugar de casarte, criar hijos...

—Mirame bien —lo instó—, ¿ves la flor de mina que tenés frente a vos? Contame qué hombre puede merecer semejante premio.

Yago sonrió por la respuesta, pero también porque creyó que había logrado su objetivo, eludir el interrogatorio de ella.

—No puede negarse que somos hermanos. La misma pregunta podría hacerte. Yo también soy demasiado bueno para cualquiera.

—La diferencia, mi querido hermanito, es que yo disfruto de mi vida, en cambio vos la estás padeciendo.

—¿Qué te hace creer eso?

Carla dejó el tenedor sobre el plato:

—Cuando eras chico, y conociste a Bárbara, dejaste de ser el pendejo

despreocupado; fue como si de un día para el otro hubieras asumido una responsabilidad y te convertiste en hombre. —Yago intentó interrumpirla, pero ella lo ignoró y continuó—: Nunca vi tanta chispa en tus ojos como cuando la piba se instaló en tu casa; pero esa chispa desapareció cuando ella decidió mudarse. Hermano, eso es amor de acá a la China y, aunque te escapaste a Barcelona, no lograste recuperarte.

—¿De qué tendría que recuperarme? —preguntó, irritado— Fui a España a perfeccionarme, laburé como un maldito esclavo para formarme. No me escapé de nada ni de nadie. No te hagas la psicóloga que no das el target.

—Tus posgrados de arquitectura no incluyeron la materia «aprendamos a mentirle a Carla».

—¿Querés hablar? Perfecto. Pero bancate lo que vas a oír. —Carla extendió los brazos indicándole que para eso lo había citado—. Bárbara es un amigo con tetas; chicas, lo reconozco, pero algo tiene. Lo pasamos bien juntos, nos conocemos, respetamos los deseos del otro, en la cama somos igual de exigentes. Estar con ella es vivir cada día con la adrenalina a mil. Pero no soy lo que necesita y ella ni en pedo es lo que busco.

—¿Qué necesita Bárbara?

—Un tipo que le enseñe cómo es el amor.

—¿Por qué no podés ser vos ese tipo?

—Porque no la amo —aseguró muy serio—. Mis tiempos son otros. Tengo toda la energía puesta en la profesión; no pienso postergar ninguna meta. Bárbara, o cualquier otra, no van a desviar mi camino. Busco ser el mejor y una mina como ella me robaría tiempo.

—Hermanito —concluyó Carla, tomando su bolso y corriendo la silla para pararse—, la llamás enana para verla como a la nena de trenzas que te recuerda que le encajaste el estigma de mujer prohibida. Tenés miedo porque sabés que ya no es una criatura ni está prohibida.

—No tengo miedos. Tal vez seas vos quien los tenga —la atacó, parándose

a su lado—. ¿Por qué no revisás tu vida? Estás endilgándome a mí tus propios temores.

—Buen intento, pero fallido —aseguró, tomándolo del antebrazo—; jamás quise lo suficiente a un hombre como para ocupar mi tiempo en pensar tantas excusas. Estás aterrado, la querés y preferís perderla antes que darle la oportunidad de que te rompa el corazón.

Había dicho una hora y fue puntual. Carla almorzó, le lanzó la bomba y a las dos de la tarde lo abandonó en el restaurante para que se ocupara de pagar la cuenta.

¿Había amado a una mujer alguna vez? Recorrió mentalmente su larga lista de acompañantes. Durante su estadía en España conoció a Magüi, ella había sido una candidata brillante pero no llegó a amarla porque, cuando estuvo a punto de lograrlo, Bárbara fue a la península en busca de un premio regresándole el recuerdo de un pasado en el que se sintió cómodo. En la fiesta se había reencontrado con ese pasado, cometió el error de no cocinarle y terminó perdiéndose el maldito y tentador volcán.

Paró frente a un quiosco de diarios buscando la nueva publicación de la revista de arquitectura; la portada de *Hola* le enrostró la foto de las pecas en las que venía pensando. Ella, abrazada al actor Martínez, debajo de un titular que preguntaba si estaban enamorados. Compró las dos revistas sin meditar por qué lo hacía. Se encerró en el despacho y recorrió con rapidez las páginas hasta llegar a la nota central y concluir que los ojos de Bárbara no brillaban.

«No encontraste tu estrella, enana».

Lucía recibió la queja proveniente de la secretaria:

—No puedo hacer todo lo que Carla me ordenó —aseguró, acentuando cada letra para mostrar su fastidio.

—Cada indicación que recibiste es completamente lógica —la frenó Lucía

—. Comunícate con la consultora y solicitá personal extra para una pasantía de, digamos... ¿un mes?

No le agradó tratar de esa manera a su secretaria, mucho menos tener que sumar un sueldo extra, pero jamás desautorizaría a su hija frente al personal. Esperó el resto de la tarde para evitar dejar en evidencia a Carla y, cuando esta apareció en su despacho para despedirse, la retuvo:

—Necesito hablarte, hija. Te invito a tomar el té.

La llevó hasta una pastelería en Palermo, esperando que la cocina armenia se encargara de endulzar el reto que pretendía propinarle. Carla era una mujer brillante, pero con un carácter demasiado fuerte que por momentos podría confundirse con soberbia. Esperó a que la camarera les tomara el pedido y, cuando estaba por comenzar la charla, fue interrumpida por el torbellino que era su hija:

—No puede ser que yo tenga un hermano tan idiota —fue lo primero que dijo—. No sé si lo hace por orgullo, por miedo o porque es un reverendo salame. Es la primera vez en mi vida que no encuentro la manera de hacerle entender las cosas.

—¿De qué hablás? —preguntó Lucía, dejando de lado el planteo por el que la había citado. Por el énfasis que Carla imponía a sus palabras quedaba claro que Yago estaba en problemas.

—De tu hijo, del tarado ese que no se da cuenta de cómo son las cosas —explicó, buscando a la camarera que se demoraba en traerles el té.

—Ya son grandes, no puede ser que se sigan peleando como cuando eran chiquitos.

—Mamá, tenés un varoncito que creció en alto y en ancho, pero sigue en pañales.

—Lorenzo dice que su trabajo es impecable —lo defendió—, con su originalidad el estudio se renovó y...

—Y su vida es una mierda. —Lucía frunció el ceño evidenciando la

preocupación y Carla comprendió que debía ser clara—: Mami, tu nene es un profesional brillante, cada peso que pagaron por su educación fue la mejor inversión que pudieron hacer. Pero es un reverendo idiota en lo que a mujeres se refiere.

La madre estalló en una carcajada con la que liberó la tensión que se había apoderado de ella desde que Carla comenzó a hablarle de Yago:

—Tu hermano no tiene ningún problema con las mujeres, todo lo contrario, es un picaflor que...

—Que viva de mina en mina no quiere decir que no tenga un conflicto; lo tiene y grave. El grave problema de Yago siempre fue «una» mujer.

—Muy bien —Lucía se acomodó mejor en la silla instándola a que dejara de dar rodeos—, ya que vos considerarás eso, exponé tu punto con claridad.

—Bárbara —concluyó, creyendo que le ofrecía todas las pruebas necesarias.

—Barbarita es su amiga —indicó la madre, aflojándose aún más—, desde chiquitos que son amigos. La quiere mucho y siempre la ayudó. Acordate cuando la nena tuvo que irse de su casa y él le dio cobijo...

—Mamá, Yago le dio más que cobijo. No es necesario que te explique cuánto la acogió en aquel entonces. —Sorprendida, Lucía abrió los ojos—: ¡Ay, mamá! No podés ser tan ingenua. Hasta papá se dio cuenta de cómo eran las cosas entonces. No dudo de que también esté al tanto de las novedades —indicó, perdiendo la mirada en la camarera que continuaba conversando con la cajera y demorando el servicio—. Me equivoqué, tendría que haber ido a hablar con papi...

—Carla, me importa poco con quién considerarás que deberías hablar, lo estás haciendo conmigo y refiriéndote a mi hijo. Dejá de dar vueltas. Si considerarás que Yago se propasó con Barbi y está metido en un problema, cuanto antes lo sepamos mejor así podremos ayudarlos.

—Yago ama a Bárbara desde chico —explicó, con toda la claridad que

poseía—, y ella a él. Son tal para cual. Cuando están juntos mi hermano se siente como el hombre que quiere ser. La cuida, la insta a ser ella, la pelea como lo hace conmigo.

—Si es así, ¿cuál es problema? Dijiste que ella también lo quiere.

—El problema son ellos. Son dos cabezaduras que, en lugar de ir a un psicólogo para superar sus traumas, prefieren vivir alejados el uno del otro. Se tienen miedo ¿entendés?

—¿Cómo sabés que Bárbara lo quiere? Ella es una magnífica actriz, en las revistas siempre se la ve rodeada de hombres.

—Mantengo desde hace años cierta... amistad con alguien de su entorno.

—¿Perdón?

—No voy a hablar de mí, mamá. No desvíes el tema.

«Y pensar que yo venía a pedirle que moderara su trato con el personal», pensó Lucía.

—Bárbara —comentó Carla— es una chica que lo pasó muy mal con su familia. El padre las extorsionaba con el afecto, la madre era una estúpida que se dejó manipular y las obligaba a imitarla. Durante mucho tiempo la hermana fue un cero a la izquierda hasta que Lucho le enseñó a vivir.

—Y tu hermano siempre estuvo a su lado para consolarla.

—No, no te equivoques, Yago no la consoló. Lo que él hizo fue entrenarla.

—¿Entrenarla?

—Sí. Mi hermano se ocupó de enseñarle a usar las herramientas que tenía para que no quedara enredada en la enfermedad de ellos. Yago se encargó de resaltar el espíritu rebelde y guerrero de Bárbara. Y eso es lo que a ella la enamora, que él no la deja bajar los brazos.

—Si es así, ¿por qué no están juntos?

—Es lo que me pregunto. No sé si es que él es un cagón, si el problema sigue siendo Tadeo...

—¿Cómo llega Tadeo a esta conversación? —indagó Lucía.

—Porque también la quiso siempre. Pero eso ahora no me cierra — reflexionó—, porque, según dice Yago, el Sapo está feliz con una mina en Córdoba.

—¡Ay, Dios! Qué lío —comprendió Lucía finalmente.

—Es un cúmulo de cosas y el cobarde de tu hijo aprovechó la oportunidad de España para huir. Supongo que lo hizo para dejarle el camino libre a Tadeo, o esperando a que ella madurara y pudiera decidir. Pero acá estamos, mil años después, y en el mismo punto de partida.

—¡Camarera! —reclamó Lucía con el tono de voz muy elevado, provocando que la mujer diera un salto, se sonrojara y se dirigiera a la cocina en busca de la comanda—. Tenemos que unirlos.

—Lo primero que tenemos que hacer es lograr que dejen de boludear y se animen a aceptar lo que sienten. Te aseguro que eso será más difícil.

Exhausta, se dejó caer sobre la primera butaca. La entrega brindada en el ensayo había sido extrema. Alfredo dejó de darle indicaciones a un actor del elenco, bajó del escenario apoyando sobre éste el libreto y caminó hacia ella. Parado detrás de Bárbara, comenzó a masajearle los hombros.

—Sos magnífica —indicó—. Sé cuánto tenés que dejar en las tablas para representar a esta mujer ultrajada.

Ella le acarició la mano con la que la mimaba y suspiró:

—Lo mío es una pavada que se soluciona con descanso. Las que de verdad la pasan mal son las que lo viven.

—Gracias por volver a poner el cuerpo. Siempre quise traer al teatro una obra que muestre con claridad la violencia de género—Bárbara se levantó y lo abrazó—. ¿Cenamos? —propuso Alfredo.

—No puedo, me invitó Julián —comentó, viendo a su amigo que ingresaba en la sala haciéndoles señas.

Alfredo lo estrechó en un abrazo prolongado con el que lo apabulló a preguntas:

—¿Terminaron de filmar? ¿Cómo les fue? ¿Cuándo llegaste?

—Todo bien —comentó sonriendo—, llegué el viernes pasado.

—Toda una semana —reprochó Bárbara ofendida— ¿y recién hoy tenés tiempo para mí?

—Mirá, muñeco —aconsejó Alfredo—, mejor cená conmigo. Parece que la *star* anda con la regla; yo seré mejor compañía.

—Ni lo sueñes —respondió Bárbara, tomando del brazo a Julián y apurándolo hacia la salida—, hoy es todo mío y no lo comparto con chiruzas.

Había salido de su casa en la mañana, con el sol dominando el cielo de un verano que pretendía extenderse y, al llegar a la calle, los oscuros nubarrones le advirtieron que el otoño había decidido entablar pelea. Se aferró al brazo de Julián, sintiendo el calor de su compañía.

—¿Estás bien? —indagó él.

—No sabés cuánto necesitaba verte. Tengo tanto para contarte.

—Cenemos en La Churrasquita, entonces. No quiero prolongar más tu espera —comentó, sosteniendo la puerta del restaurante para que ella pasara.

Se sentaron lejos del ingreso, en una de las mesas contra la pared. El cansancio en la cara de Bárbara era evidente, pero tuvo muy en claro que existían más razones para que estuviera tan decaída y, por eso, decidió evitar los preámbulos.

—Me fui unos meses a Perú y no fuiste capaz de vivir sin mí.

—Te necesité —aseguró, pasando por alto su pretendida fanfarronería—. Alfredo es un sol, pero piensa como chica y necesito la mirada de un hombre.

—¿Por qué no me llamaste?

—Julián, estabas filmando, sé lo que es eso. La producción quiere acortar gastos aprovechando cada segundo y uno está todo el tiempo concentrado en el trabajo. No iba a interrumpirte con mis quilombos.

—¿Tadeo? —consultó.

—También. Me mata saber de él a través de otros, pero no quiero generarle confusiones.

—Tal vez sea cierto que te busca como amigo y tu vanidad no te permite comprenderlo —hincó, para que dejara de evadirlo.

Bárbara sonrió de lado elevando el menú y leyendo la oferta. Aumentó el suspenso guardando silencio unos segundos, antes de reforzar su teoría:

—Yago finalmente se instaló en Buenos Aires.

—¡Listo! —enfaticó Julián, arrojando la servilleta contra la mesa—. Ahí está el motivo por el cual repetís las salidas con Martínez.

—Martínez es lindo —se defendió.

—¡No me jodas, Barbi! Es un idiota, lo sabés mejor que nadie.

—Me sirve —confesó—. Es tan engreído que no va a hacerse ninguna película romántica conmigo. Me saca de quicio que sea tan presumido y eso me divierte mucho.

—La prensa habla de ustedes, le estás dando publicidad gratis a un idiota que lo único que sabe es mostrar sus abdominales en cámara.

—¡Por suerte! Si llegara a mostrar el resto no podrían pagarle el caché que merece—bromeó con picardía.

—Posiblemente —respondió, manipulando un momento su celular y regresándolo al bolsillo del jean cuando el tono del mensaje sonó en el de Bárbara—: Es mío, acabo de pasarte el teléfono de un terapeuta muy bueno.

—Qué gracioso —dijo, haciendo un mohín de fastidio con la boca.

—De una vez por todas deberías aceptar mi consejo. Tenés que repasar toda tu historia y dejar de esconderla debajo de la alfombra pretendiendo aparentar ante el mundo que sos invencible.

—Sé que no soy invencible. No preciso repasar nada. Superé todo aquello.

—Mentira. Seguí enroscada en tu infancia. Te negás a aceptar vivir en pareja por miedo.

—No necesito una pareja. Parece mentira, Julián, deberías conocerme mejor —se quejó molesta.

—Bárbara, Guille no puede ser el único receptor de tu amor incondicional, tampoco los hijos de tu hermana. No los hagas cargo de tamaña responsabilidad.

—¿Qué decís? —increpó iracunda.

—Si no fuera por ellos, tu cuerpo ya te hubiera dado más de un alerta —advirtió Julián, sabiendo que debía mantenerse firme y no dejarle vislumbrar la pena que le provocaba llevarla al límite—. Tu hermano es un chico que también sufre el abandono de Guillermo. Te aferrás a él porque en su compañía volvés a ser la Bárbara que puede reírse a carcajadas y recibir cariño con la seguridad de que nada alterará lo que sienten. No pierdas de vista que pronto será un hombre y deseará a una mujer que no será ni su madre ni su hermana, ¿qué querés que le ocurra, entonces?

—No entiendo.

—¿Querés que forme una pareja o que aprenda a vivir solo, como vos?

Hacía años que había aprendido a dominar sus emociones en público, sin embargo, ante las palabras de Julián, no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas y las escondió elevando la barbilla hacia el cielo raso. El amigo estuvo a punto de desistir, pero reunió fuerzas y continuó:

—Ahora te acordás de Tadeo porque Yago regresó. Incrustaste en tu mente que no sos más que una puja entre ambos.

—Es lo que fui siempre. Un trofeo que se disputan desde el mismo momento en que me conocieron. Son amigos entrañables, el único agujero negro entre ellos fui yo.

—Problema de ellos. Dejalos que se suban al ring y que gane el mejor.

—No es eso —aceptó, inhalando profundo—, sería facilísimo si simplemente se tratara de ver quién tiene más aguante. El problema es que Tadeo me quiso y Yago...

—Vos no querés a Tadeo, no te atrae más que como amigo; en cambio con Yago la cosa es distinta.

—No te confundas. Yago y yo no sabemos amarnos. Nos atraemos, y eso estará bien para algunos, pero a nosotros no nos alcanza. Por eso, de la misma manera en que nos atraemos, nos rechazamos —aseguró, analizándolo en voz alta—. Yo no me entrego y Yago es un hombre demandante. Con él es todo o nada.

—Sos capaz de dar todo, Barbi, fijate cómo lo hacés con Guille.

—Mi hermano es confiable, Yago no. Me costó reconocerlo pero ni él ni yo somos confiables. Elevamos escudos porque sabemos que el otro tiene las armas que pueden destruirnos. Ya sé lo que me pasa cuando camino por la cuerda floja de los sentimientos; pierdo mis metas, reacciono como Blanca. No, ni Yago ni yo estaremos jamás dispuestos a exponernos de esa manera.

—Dos cobardes.

Bárbara enfureció ante la acusación:

—Sostengo mi vida gracias a que no me rindo. Hago malabares con mi abogado para hacerle llegar guita a Melisa haciéndole creer que forma parte del sueldo que cobra en la clínica y, cada vez que la veo, solo puedo leer envidia en sus ojos. ¿Eso es amor de hermana? —increduló, antes de beber un trago del vino en su copa— Guillermo apareció, después de años, para darle una nota a un amarillista de mierda diciendo que era mi padre y que sufría porque desde que soy famosa reniego de él. ¡Toda una demostración fraterna! —ironizó—. No quiero exponerme a una sola extorsión sentimental más. Se encargaron de enseñarme que no se puede depender de una caricia.

—No dependas de las falsas caricias, Barbi. No todos somos como parte de tu familia; tus amigos estamos siempre a tu lado.

—Vos estás gracias a que jamás nos atrajimos como para confundirnos entre las sábanas —recalcó al aclararle—; y Alfredo porque, dada su elección, no corre peligro a mi lado. El resto de mis amigos se alejaron

porque no pueden insertarme en su mundo perfecto de moral y reglas perfectas, o porque no saben si prefieren llevarme a cenar o a la cama. Los confundo, les fallo y los hiero...

—Gracias —dijo sorprendiéndola—. Finalmente diste en el punto al que quiero llegar. Tenés miedo de fallarle a Yago y lastimarlo.

—Basta —murmuró.

Julián hizo un gesto al camarero para que le trajera la cuenta. Abonó y rodeó a Bárbara por la cintura dirigiéndola hacia la salida. Al llegar a la vereda los flashes de los fotógrafos iluminaron aún más la avenida Corrientes; Julián estaba seguro de que, cuando viera publicadas las fotos, la expresión en la cara de Bárbara no reflejaría el ruego de la última palabra que le escuchó decir adentro del restaurante. Su amiga era una gran actriz.

Tadeo recorrió con la mirada cada centímetro del cuerpo de la mujer a medida que ella se acercaba a él. Se detuvo primero en su andar seguro, en el metro casi sesenta que no podía pasar desapercibido dada la seguridad que emanaba de cada milímetro. Cuando la tuvo frente a él, indagó los ojos acaramelados que hacían una perfecta conjunción de color con las pecas. Hermosa, de apariencia aniñada y, sin embargo, tan mujer. Se dejó aprisionar en el abrazo cálido en tanto la retenía con él.

—Sentate —indicó con dulzura y galantería—. ¿Te pido una cerveza o preferís otra cosa?

—Cerveza estará bien —respondió, dejando en la silla contigua el bolso y el abrigo.

Él no se había permitido ensayar ningún parlamento antes de abordarla y se lanzó al vacío sin mirar si debajo existía una red:

—Gracias por aceptar hablar finalmente conmigo, Bárbara. Hace años intenté que dejaras de verme como a un amigo... y ahora vengo a pedirte que retomemos esa amistad. En aquel momento era un pendejo estúpido que tenía más miedo a ser rechazado que a confesar los sentimientos. —Ella guardó silencio y Tadeo continuó—: Lo hice muy mal, ya lo sé.

—Gracias por reconocerlo —se atrevió a comentar—, a ninguna mujer le gusta que un tipo se le declare sintiéndose un estúpido por querer a un

juancito.

Bárbara pretendía hacerlo reír y apaciguar un tanto la seriedad que Tadeo le estaba infundiendo a la conversación. No obtuvo el resultado esperado, el hombre estaba sensible, los trámites de la sucesión de su padre habían terminado y la veterinaria tenía otro dueño.

—Hiciste bien mandándome a la mierda, pendeja —reconoció, sonriendo—. De esa manera aprendí y con el tiempo pude expresarlo mejor.

—Sapo... yo.

—No te atajes, no vine con reclamos. Tuvimos nuestra oportunidad, nos dimos cuenta de que no éramos el uno para el otro. Agua pasada —aseguró, palmeándole la mano por encima de la mesa—. Mi vida cambió, te lo aseguro, en Laboulaye encontré calma, estoy bien, tengo que tomar decisiones y, antes de hacerlo, quiero saldar ciertas cuentas. Necesito respuestas, Bárbara. No vine como tu ex, sino buscando la sinceridad de la amiga. Quiero saber por qué Yago tuvo lo que jamás me dejaste tener.

Lo escuchó mientras la miraba a los ojos rogándole que no tratara de evadirse y se arrepintió de finalmente haber aceptado la invitación de él. Buscó las palabras con las que responderle:

—Fue con Yago, porque no es como vos —explicó, tomando entre sus manos las de él—. A los tropezones, indirectamente o a la cara; maldiciéndote o ilusionado, siempre me diste a entender que querías que fuera algo más que tu amiga. Me elegiste como mujer y yo fui la peor de tus elecciones.

—¿Por qué?

—Porque tengo demasiadas barreras. Porque no puedo amar a un hombre como vos merecés que se te quiera, Sapo.

—No me trates como a un nene, Bárbara —cuestionó molesto—. No me subestimes. Sos increíble. Levantaste cabeza sola, enfrentaste la vida llevando a cuestas una carga pesadísima y pudiste con ella a pesar de ser un

chichón del piso.

—Falta que agregues lo de la talla de mi corpiño y estamos otra vez como hace años —bromeó ella.

Pero Tadeo se mantuvo serio.

—Si pudiera expresarte con palabras... —dijo, llevándose las manos a la cabeza intentando explicarse—. No son tus ojos, no es tu cuerpo, ni siquiera son tus frases. Sos vos, Barbi, toda vos. Es ese halo de tremenda mujer que te acompaña el que nos golpea en el pecho infundiéndonos fuerzas. Todos hemos deseado tenerte y ninguno pudo quedarse con vos.

—Pará —le rogó, bajando la cabeza para romper el vínculo entablado por las miradas—. Todo eso que estás diciendo es lo que más me aleja.

—Te pedí sinceridad. Cuando nuestra conversación termine voy a volver a Córdoba, allá me espera la mujer que logró quitarte de mi mente, quiero dar el próximo paso y el miedo no me lo permite. Las palabras que dijiste al despedirnos me persiguen. Necesito saber por qué elegiste la nada que él te dio en lugar del mundo que te ofrecí.

Le había pedido sinceridad, le exigía respuestas que ella siempre se negó a dar:

—Aprendí a afrontar cada día como si fuera el último que me tocara vivir —indicó—, la única manera de soportarlo fue siendo libre y viviéndolo al máximo; negándome a perder cada oportunidad que se me presentara. No me aferro a nada ni a nadie, estoy convencida de que todo lo que me rodea está ahí solo por lo que dure el día.

—Yo hubiera estado siempre —le aseguró—, pero elegiste brillar con él y conmigo te cerraste. Te tuve a medias, jamás pude sentirte mía aunque yo fui enteramente tuyo.

—Ya encontraste la respuesta —remarcó con rudeza—. Nadie va a tenerme. Nadie se adjudicará ser el dueño de un minuto de mi vida porque es mía. Me la gané, me rompí el lomo, dejé todo por conseguirlo y no voy a

renunciar.

—¿Qué conseguiste, Bárbara? —indagó, enfrentándola— Ser la mejor arriba de un escenario. ¿Qué hay cuando te bajás de ahí? ¿Qué te espera cuando llegás a tu casa?

—Nada que no sea a mí misma.

—¿Te gusta eso? ¿Te gusta estar sola?

—No estoy tan sola como creés —aseguró, directa—. Siempre encuentro con quien pasar el momento.

—Pero eso se acaba, pendeja —aleccionó—. El día en que la suerte cambie, el día en que tu bonito cuerpo no excite al tarado de turno, ¿qué va a satisfacerte? ¿Los recuerdos?

—Vivo el día.

—Ya veo, pero el mañana está muy cerca, y cuando te des cuenta será tarde. Mirá —aconsejó como último recurso para avalar su causa—, todos necesitamos sentirnos amados y no te hablo del fanatismo del público, ese te sirve hoy, mientras vivís «el día» —encomilló—; pero cuando te sacás el personaje de encima, cuando te quedás sola con Bárbara Zabala, ni toda tu seguridad, ni toda tu personalidad tienen la facultad de abrazarte y hacerte reconocer que vale la pena vivir.

—No creo que mi vida dependa de que un hombre me abrace. No quiero ser vulnerable y necesitar tanto a alguien, mucho menos convertirme en el motivo de la vida de nadie.

—No fuiste eso para mí. Ya ves —dijo señalándose—, no quisiste estar a mi lado y pude seguir mi camino. Mi vida no terminó en vos. No se trata de depender, sino de compartir. —Bárbara se quedó mirándolo en silencio. Él no pudo discernir si lo había comprendido o estaba buscando nuevos argumentos de defensa. Como fuera, no le ofreció tiempo para continuar escabulléndose—: ¿Qué sentís por Yago?

—Es mi amigo, igual que vos. Pero no me ama ni espera que lo ame. Vive

el instante, igual que yo. Es visceral, no se enrosca con preguntas. No reclama. Se calienta, coge, se viste y se va.

—¿Eso es lo que te gusta de él? ¿Que sea frío?

—Tadeo —intentó, respirando hondo y olvidándose si lo hería o no—, de Yago me atrae su cuerpo y es un amante que está a mi altura. Tiene lo que busco, ¿entendés? Yago estuvo, en tanto a los dos nos pintaron las ganas; sin reclamos ni romanticismo de por medio. No promete, ni exige promesas.

—Pero también lo dejaste —le recordó.

—Y, como podés constatar, a ninguno de los dos nos jodió. A eso es a lo que voy. Nos tenemos cariño, somos amigos y, pase lo que pase, siempre lo seremos; pero como hombre y mujer no nos embarcamos en rollos raros. Podríamos compartir una cama y disfrutar sin temer atarnos a nada. No nos herimos, porque entre las sábanas solo dejamos entrar al placer de los cuerpos.

Esperó ceñudo a que terminara toda su exposición. Le acarició la mejilla con ternura, trazando con la yema una línea entre las pecas.

—¿Sabés?, daría lo que no tengo para abrirte esa cabeza dura y dejarte ver la realidad de lo que te pasa con él. Soy un veterinario bruto que por suerte no necesita psicoanalizar a sus pacientes para curarlos, sino sería un fracaso.

—Tadeo...

—Bárbara, estás enamorada de Yago. No fui yo y no podrá ser otro hasta que lo asumas.

—Estás equivocado.

Tadeo sonrió, dejó de acariciarla, se recostó contra la silla y, con generosidad, le entregó argumentos:

—Sé para qué palo del arco patearás un penal; puedo adivinar si vas a saltar el charco o meter la gamba en él. Te conozco —le aseguró—, y te conozco tanto que creo que en el fondo siempre lo supe y me negué a verlo para tener de dónde agarrarme y seguir manteniendo esperanzas. Lo querés a

él. Dejame pensar que el motivo por el que jamás lo aceptaste es porque yo estaba en el medio con el cartel luminoso en la frente que te recordaba que soy el amigo de ambos.

—No es así —aseguró Bárbara.

Tadeo torció la cabeza hacia un lado y le sonrió:

—Hay un motivo, pendeja, puede que no veas la viga que te lo tapa, pero tenés un motivo que te impidió reconocerlo todos estos años. Tus ojos ya no pueden mentirme y no deberías seguir ocultándotelo. ¿Sabés qué es lo más loco?, creo que él también te ama. No me pidas que te explique por qué lo digo, siento que es así. —Bárbara quedó petrificada, estaqueada a la silla, insegura de si continuaba respirando—. Muy por arriba de lo que siempre sentí por la mujer, está el gran cariño que te tengo como amiga. Hoy me diste todas las respuestas que vine a buscar. Estoy viviendo a quinientos kilómetros de esta ciudad y desde allá no podía decidir qué camino tomar. Hoy me ayudaste a definir mi futuro.

—¿Vas a quedarte allá?

—Allá está la vida que busco, ahora estoy libre del grillete que era intentar que me quisieras después de haberte traicionado; ya sé que no tiene sentido seguir cargando con él —comentó en tono bromista para quitarle el peso emotivo—. Sé libre, Bárbara, pero proponete serlo en todas las áreas de la vida; y a la del amor es a la que más esfuerzo deberías dedicarle.

Se despidieron en la puerta de calle del edificio de ella. Tadeo se subió al auto y Bárbara le lanzó un beso que recorrió la distancia hasta verlo desaparecer entre el tráfico. En el coche de él también viajaba la mochila de la traición que compartió con Yago y la revancha que terminó convirtiéndose en la verdadera felicidad de Tadeo.

Las horas pasaron con ella sentada inmóvil en el sillón del living, perdida en su interior, dejando de reprocharse no poder amarlo como hombre de la misma manera en que lo amaba como amigo; rogando porque Tadeo pudiera

liberarse del grillete y finalmente encontrara en Romina aquello que tanto buscaba. Blanca amó hasta la locura y Guillermo siempre se fue. Para lograr la familia ideal Melisa se arrastró tras Luciano. La farándula era un compilado de romances permeables. El mundo se juraba un amor eterno que duraba tan solo días. Amar a otro era sufrir hasta el desgarró, lo sabía bien. Existían amores a los que no se podía dar la espalda; Guille y Melisa... dolían, vaya si dolían. Reconocer que ya no amaba a su padre o a su madre la fracturó en pedazos; su fuerza fue la que le permitió reconstruirse y mantenerse viva. Si sus hermanos le dijeran que ya no la querían, no quedaría nada para recoger de Bárbara. Por eso se esforzaba cada día por demostrarles su cariño. El amor era incondicionalidad, exponerse sin piel amparados en la confianza plena. Un solo sentimiento vivido por dos. Así, de esa manera, solo se podía amar a un hermano.

Había violencia oculta detrás de la extorsión y el escribano Zabala sabía ejercerla a la perfección. Agobiado desde joven, primero por una mujer que le encestó dos hijas ingratas para luego quitarse la vida con la torpe intención de hacerlo sentir responsable; después una insulsa profesora de inglés que no tenía dónde caerse muerta y a la que debía mantener por haberle dado un hijo; finalmente, las amantes de las que disfrutó antaño hoy habían envejecido, igual que él, y la soledad se presentó para que la conociera. La dirigencia política se emperraba en arrojar la economía por el inodoro provocando que la gente no necesitara de sus servicios. Y, como gota que rebalsaba el vaso Bárbara brillaba siendo tapa de todas las revistas, ascendiendo en su profesión y codeándose con las clases altas; en tanto no respondía a sus llamados, ni lo confrontaba ante el periodismo para entregarle un minuto de publicidad. Su hija pretendía vencerlo ignorándolo, y él se negó a aceptar la derrota. Guille era el único punto flaco disponible en la actriz, y fue tras su último recurso:

—Es tan hijo mío como tuyo —aclaró frente a Liliana—, tengo todo el derecho de pedir su tenencia si la guita para mantenerlo sale de mi bolsillo.

Liliana lo conocía, sabía que no era por amor que lo reclamaba.

—Guillermo, no puedo aceptar más alumnos de inglés. Tengo todas las horas cubiertas. Ese colegio es lo mejor para nuestro hijo y sola no puedo

solventar las cuotas.

—El tiempo te va a sobrar cuando me lo lleve.

—No tenés un solo motivo para quitarme legalmente a mi hijo —aseguró, desesperada.

—Tengo y voy a usarlo —atacó él siseándole muy cerca de su cara—. Estás metiendo a hurtadillas, y por la noche, a un hombre en la casa de mi hijo.

—¿Quién sos para juzgarme? —reclamó provocando la ira de él, antes de caer y perder el conocimiento.

Aterrorizado se llevó las manos a la cabeza. No había sido su intención, no pretendía lastimarla, aquello era un claro accidente. Había cerrado el puño y elevado el brazo tan solo para asustarla, la muy estúpida se apuró en correr lejos de él sin ver el escalón frente a sus narices. Cayó por la escalera, tan rápido, que fue imposible sostenerla y ahora yacía desparramada sobre el descanso, con un charco de sangre que se empecinaba en crecer y crecer sobre el frío mármol.

¿Qué podía hacer? ¿Quién lo habría visto entrar en la casa? ¿Liliana le habría contado a alguien que él iría a verla? ¿Estaría muerta? «Volver al despacho —se ordenó—, tengo que volver lo antes posible para armar una coartada».

—¿Qué pasa, Julián? —preguntó Bárbara en el teléfono, ingresando al teatro.

—Pasá a buscar a Guille por el colegio —ordenó.

—¿Por qué? ¿Querés que lo haga pasar vergüenza delante de los amigos de la secundaria? A su edad quieren manejarse solos...

—Bárbara —la interrumpió—, Liliana sufrió un accidente y en su casa está todo lleno de sangre. Ocupate de que él no vaya para ahí.

Cortó la llamada sin preguntar más detalles. Su mente solo registró que debía cuidar de su hermano. Liliana sería una preocupación de la que, por el momento, se ocupaba Julián.

Camino al estacionamiento se encontró con Alfredo, le comentó el incidente, prometió que llegaría a horario para la función y le solicitó que fuera averiguando cómo estaba Liliana.

—Señorita, no puede retirar a un alumno de primer año antes del horario de salida si no cuenta con la expresa autorización de sus padres. Estoy llamando a la madre al teléfono de línea y al celular y no me responde. Los adolescentes se sienten inseguros cuando las reglas no se cumplen... — aleccionó la docente.

—No me haga perder el tiempo, señora —respondió indignada—, soy la hermana de Guillermo Zabala, su madre sufrió una descompensación y es imperioso que me lo lleve.

—Localizamos al padre —comunicó el secretario interrumpiendo y, luego de que la directora cruzara con el escribano algunas palabras, le pasó el aparato a Bárbara.

—Liliana se descompuso —repitió Bárbara al teléfono—, vine por Guille, dales tu consentimiento así lo retiro antes del horario de salida.

Guille estaba intranquilo, comprendía a la perfección que algo inusual ocurría. Por mucho que ella intentó distraerlo, la tarea no resultó fácil.

—Bárbara —la voz de Julián en el teléfono sonaba por demás alterada—, quedate con Guille. Liliana está mal, Guillermo provocó que se cayera por la escalera, la traje al sanatorio.

El cuerpo de Bárbara se tensó, había hablado con el escribano Zabala sin

imaginar que nuevamente era el culpable. Trató de disimular cuanto pudo:

—Guille está conmigo —miró a su hermano que ansioso no le quitaba el ojo de encima y rogó porque Julián le transmitiera más datos sin necesidad de pedírselos—. Decile que lo llame a mi celular en cuando pueda.

—No creo que pueda hacerlo, está mal. —Hizo un silencio—: Barbi, estoy desesperado, estaba en un charco de sangre, tardó en reaccionar...

No podía continuar ocultándole a su hermano el estado en que estaba Liliana. Trató de que Julián comprendiera que, antes de tranquilizarlo, debía explicarle lo ocurrido a Guille y se despidió.

—Tu mamá se cayó por las escaleras y la internaron —confesó y vio el estupor en los ojos del muchacho—, Julián está con ella y, por el momento, no nos dejan verla.

—¿En qué sanatorio está? Quiero ir.

—Bajá un cambio, enano, prestame atención. Lo importante ahora es tu vieja y Julián necesita estar pendiente de ella, no de vos. Tengo función y no puedo faltar, acompañame y en cuanto la termine te prometo que preguntamos si puede aceptar visitas.

Le costó compenetrarse en el personaje, la angustia y las ganas de descargar su furia contra Guillermo se lo impedían. Entre entrada y entrada, Julián le fue comentando la situación de Liliana:

—Estoy preocupado —notificó él desde el sanatorio—, tiene heridas internas, algunas costillas fracturadas, tuvieron que darle puntos en la cara porque el filo del mármol le abrió desde la barbilla hasta cerca del oído. Guille se asustará mucho si la ve así.

—¿Cómo le hizo eso? Hay que denunciarlo.

—La policía ya estuvo acá. Liliana explicó todo lo ocurrido y va a quedar como un accidente. De hecho, Guillermo no la empujó, ni siquiera llegó a tocarla.

—Ese hijo de puta siempre se sale con la suya. Tal vez, si yo declaro todo

lo que vivimos junto a él, podríamos elevar cargos. Tenemos que encontrar la manera de frenarlo.

—Mañana veremos qué es lo conveniente —recomendó Julián—. Tenés que ocuparte de Guille, Liliana necesita descansar.

—¿Creés que ella podría hablar con él? Está preocupado, lo sé.

—Llamá a mi celular cuando termines la función y Liliana tratará de hablarle. Comprendé la situación, Bárbara, le cuesta mucho mover la boca.

—Mejor decile que le envíe un mensaje de texto para tranquilizarlo y que le diga que mañana podrá verla.

En el auto, camino al departamento de Bárbara, Guille dio muestras del cansancio y del miedo que lo agobiaban; luego demoró en aceptar irse a dormir.

Sola, en el living, aflojó la tensión y el terror, que no se permitió sentir frente a su hermano, afloró. Guillermo Zabala no tenía límites, era una escoria. Debía acabar con él haciendo uso de toda su fuerza. Lo atacaría en los medios, declararía en su contra ante la policía y ante el juez. Su hermano no podía sufrir lo mismo por lo que pasaron Melisa y ella. «Te voy a hacer mierda, Zabala».

El celular sonó con la llegada de un mensaje:

Mi hidro está listo.

Arrojó el móvil contra un almohadón del sillón. Leonel Martínez era lo último que quería ver esa noche. Miró hacia la puerta del cuarto. Sabía cómo defenderse de Guillermo, sabía por dónde atacarlo, pero no estaba segura de cómo evitar que su hermano sufriera. No pudo dormir demasiado, a cada rato se despertaba imaginando que él la llamaba. Se duchó apurada, preparó un desayuno de reyes.

Guille la observó durante un rato mientras bebía su café con leche, Bárbara

se mantenía en silencio y eso no era buena señal. Tomó el celular y marcó el número de su madre:

—Mamá.

—Guille...

—Escuchame, no digas nada, quedate tranquila, estoy bien con Bárbara, no te preocupes. Ya entendí que necesitás tiempo. Yo hablaré por vos, yo voy a decir todo por los dos.

—Te quiero —dijo ella.

—Lo sé, yo también te quiero. Te vuelvo a llamar más tarde.

La mentira era una daga traidora que para cuando mostraba el filo ya era tarde. Guillermo mentía cada noche cuando, al regresar al hogar de Blanca, luego de disfrutar de su infidelidad, dormía en la tranquilidad infame del que poco le importaba que se conociera su traición. Blanca mentía al asegurar que quería a sus hijas, cuando no hacía otra cosa más que obligarlas a respetar sus imposiciones por la fuerza. No podía mentirle a Guille. Que Dios la ayudara a encontrar el camino para exponerle la verdad de la manera en que él pudiera sobrellevarla.

—Guille —reclamó su atención alejándolo de la computadora—, hoy no voy a llevarte al colegio.

—Ok —fue la desganada respuesta.

—Terminá de vestirte, vamos a ir juntos a un lugar.

Estacionó a dos calles del sanatorio. Caminó con él hasta pararse frente a la puerta de ingreso.

—Liliana está ahí adentro. —Guille miró con el ceño fruncido hacia donde le indicaba. Bárbara continuó—: Ayer, Guillermo fue a tu casa para hablar con ella —observó cómo el cuerpo del muchacho se tensaba, le sostuvo la mano con ternura y prosiguió—: discutieron. No sé por qué, solo sé que discutieron. Por alguna razón tu mamá se cayó por la escalera y se lastimó bastante. —Guille continuaba sin decir palabra, apenas pestañeaba—. La

trajeron acá —comunicó, volviendo a señalar la puerta del sanatorio—, los médicos están curándola, pero está lastimada y ella tiene miedo de que te asustes si le ves los magullones.

—¿Prefiere que no la vea?

—Guille, esto es así de claro —explicó Bárbara—, lo que tu vieja quiere es lo mejor para vos. Si querés verla, yo te llevo hasta su cuarto; si preferís hacer lo que Liliana dijo nos subimos al auto y volvemos cuando la cosa pinte mejor.

—Quiero hablar con papá.

Bárbara maldijo en ochenta idiomas, recordó que afortunadamente no tenía ningún dato dónde ubicarlo más allá de la dirección del despacho y se lo hizo saber. Pero su hermano sí tenía registrados los números de Guillermo y no demoró en llamarlo.

—Soy Guille —comunicó en cuanto lo atendió—. Mamá está herida y es por tu culpa. —Bárbara supo que, del otro lado de la línea, Guillermo le entregaba excusas, pero Guille continuó—: No me importa, cualquier cosa que me digas no me importa. Te llamo para decirte que no quiero volver a verte cerca de ella, si lo hacés —lo amenazó— voy a decir que abusabas de mí cuando era chico.

Bárbara se llevó las manos a la cara, la respiración se le cortó; si Guillermo había hecho eso con Guille, ella se convertiría en asesina porque no le pensaba dar ni un segundo más de vida.

Guille elevó la mano haciéndole señas de que se tranquilizara y continuó hablando por teléfono:

—No me importa que no sea cierto. Estuviste con mamá y ahora ella está en el sanatorio; todavía me acuerdo de cómo le dejaste la cara a Bárbara cuando la golpeaste antes de que se fuera a vivir con Yago; y también me acuerdo de cada vez que insultaste a mamá, me acuerdo del miedo que me daba que la lastimaras cuando te oía y yo no podía defenderla porque era un

cobarde.

Bárbara le quitó el celular para terminar de dejarle en claro, a Guillermo Zabala, que ya no era necesario continuar hablando:

—¿Lo escuchaste bien? Ahora me escuchás a mí.

—Dejá de llenarle la cabeza, no tengo nada que ver con lo que le pasó a Liliana —se defendió el escribano.

—Silencio. Esto es así: como te vean cerca de Guille o de Liliana, mi abogado, el doctor Suárez, se encargará de hacerte recorrer los tribunales de por vida. No necesito reunir ni una prueba para generarte una maratón tal que no te darán los pulmones para recoger el aire que necesitarás para seguirme el ritmo. Alejate de los periodistas, si leo una sola letra publicada pronunciada por tu boquita, voy a empezar a contar toda mi verdad. Decime, hijo de puta, ¿a quién creés que le van a creer? ¿Podrás vivir sin volver a hacer una mísera escritura el resto de tu vida? Porque te garantizo que si abro la boca no la cierro más y dudo mucho que alguien te elija como escribano.

Cortó la comunicación arrojando el celular de Guille al piso para que se destruyera.

—Estás loca, lo hiciste mierda —la retó Guille viendo el aparato destrozado.

—No tengo ganas de que tenga cómo encontrarte. No te preocupes, compremos otro y contratemos una nueva línea.

—Barbi —dijo Guille—, tenés más huevos que un hombre.

—Aunque no lo creas, enano, el más valiente de los dos fuiste vos. A tu edad no me atreví a ponerle los puntos como se los pusiste. Me siento avergonzada, y te pido perdón. Si yo lo hubiera hecho, tan bien como vos lo hiciste, hoy no estarías pasando por esto.

Guille volvió a mirar hacia el edificio de la vereda de enfrente.

—Mamá no quiere que la vea lastimada.

—No.

—Consigamos un celular y pasémosle mi número cuanto antes. Ella necesita poder contactarme y yo quiero estar al tanto de todo.

De inmediato cumplió con el pedido de su hermano. En tanto el empleado de la empresa de telefonía explicaba cómo insertar los números de amigos en la agenda del nuevo aparato, Bárbara decidió bloquear en la suya al único contacto que podía convertirla en vulnerable.

Yago dio mil vueltas en la cama hasta que, a las cinco de la mañana, decidió salir de ella. El tiempo que llevaba sin verla se le hacía eterno. Finalmente tenía en claro que la falta de Bárbara lo estaba ahogando; la necesitaba, la extrañaba..., ¡la quería! Se metió en la bañera y abrió la ducha sin estremecerse por lo fría que caía el agua. No sabía comportarse como un hombre enamorado y le urgía aprender. ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo llegar al corazón de ella y que lo dejara morar en él aunque tan solo fuera por un día? Un día, otra vez, como en cada encuentro en que la hizo suya, como en la noche de su cumpleaños, o cuando se ganó el primer papel que la lanzó a la fama. «Atame a tu vida, enana, quiero ser la estrella donde brilles libre».

Salió del baño y le envió un mensaje de WhatsApp:

Lo asumí. Ayer te quería y hoy también.

Ella comprendería perfectamente cuánto le proponía con esa simple confesión. Se vistió con urgencia, ansioso por correr a su encuentro en cuanto ella le respondiera.

Una semana después dejó de revisar si las dos tildes se hacían visibles. Bárbara no daba señales de vida para él, pero actuaba todas las noches en el teatro; lo estaba ignorando. Compró revistas de chismes, en ninguna se confirmaba la situación sentimental de la actriz, simplemente alguna nota

resaltando su actuación o vinculándola a debates sobre adopción de niños en manos de parejas homoparentales, o a los de violencia de género por ser el tema de la obra que representaba entonces. Se sintió ridículo. Por una vez en la vida que había encontrado su verdad, y la suficiente valentía como para asumirla, Bárbara no se enteraba. Pensó en ir a buscarla al teatro y decirle personalmente lo que ella no leyó, pero su orgullo se lo impidió.

Entraba al estudio con cara de pocos amigos, hablaba lo indispensable, se ocupaba de recorrer las obras en construcción para evitar sentirse encerrado, hasta que comprendió que su opresión no la generaban las paredes. Sin pensar si había sido su decisión, los encuentros con mujeres se hicieron más espaciados. La madrugada en que el timbre sonó en su departamento se apresuró a responder, ilusionado con que fuera ella.

—¡Cielo! —exclamó Magüi al ver su sonrisa—, no creí que te alegrarías tanto de verme.

La estrechó en un abrazo prolongado; desde Barcelona llegaba una paloma trayéndole paz y se aferró a ella. A pesar de lo avanzado de la noche, le ofreció algo para cenar; los tragos llegaron luego, cuando la charla fue necesaria:

—Cuando te fuiste, partí hacia el sur —explicó la española—, a mi tierra. Ya lo sabes, no me gusta quedarme en los sitios donde hubo lágrimas.

—Magüi, creí que lo entendías...

—Y entiendo, sí que te entiendo —aseguró—, pero entenderte no me privó de añorarte. —Dibujó una gran sonrisa que iluminó el living—. Oye, majo, he venido porque las heridas sanaron y quería saber de ti.

—Acá me ves, decime vos cómo estoy.

—Triste, corazón. Te veo tan triste como cuando partiste y recién ahora me felicito por haber cruzado este inmenso charco. ¿Sabes? —comentó, subiéndose a horcajadas de él—, del MALBA me invitaron para dar unas conferencias, es por poco tiempo, tan solo un mes.

—¡Te felicito, rubia!

—Estoy contenta, se me ha soltado la vena, ya me conoces, yo sigo pa'lante.

—¡Bien! —dijo con las manos recorriendo el conocido cuerpo; comenzando a desear que el tiempo regresara para ayudarlo a creer que Magüi sí podría completarlo.

—Cielo, no he venido para darle pelea a tus demonios; a ti me trajo la pasión que siento por el arte.

Yago la escuchó y siguió recorriendo los pechos femeninos con su boca. La mujer continuó:

—¿La has visto a ella?

—Rubia, hoy no jodas. Festejemos que a alguien en el MALBA se le prendió la lamparita y ocupémonos de que nos siga iluminando un rato más.

—Me niego a que continúen viviendo en esa casa —insistió Bárbara a Liliana—. Cuando te den el alta te venís a la mía. Si no te gusta buscamos un departamento donde te sientas cómoda; yo se los compro.

Melisa abrió la boca desconcertada. Cuando el escribano Zabala, tras la muerte de Blanca, vendió la casa en la que vivían con Lucho, Bárbara no hizo un ofrecimiento similar. Se sintió desplazada en el afecto, pero se mantuvo callada.

—De ninguna manera, Bárbara, no me hagas sentir como una aprovechada —respondió la madre de Guille.

—No sos una aprovechada, sos la mamá de mi hermano, quiero que estén en un lugar seguro. Tu casa no lo es, no tienen vigilancia.

Liliana se removió sobre la cama del sanatorio. La hermana de su hijo tenía razón, pero no contaba con los medios suficientes como para brindarle a Guille un sitio mejor y desde luego no se valdría del parentesco de él con la

actriz para resolver un problema que era suyo.

—Esta discusión es inútil —planteó Julián, ingresando al cuarto—. De aquí me los llevo a mi casa.

—¿Qué decís? —preguntó Liliana, emocionada.

—Digo que hace tiempo que nos amamos, los dos estamos convencidos de que este sentimiento es real, mi vida; no lo pospongamos más.

—No estoy sola, conmigo está mi hijo.

Bárbara guardó silencio pero no se retiró del lugar, por más que Melisa la tomara del codo tratando de tironear de ella hacia la salida. Si bien la conversación debió ser privada, el hijo en cuestión era su hermano y ella permanecería enclavada allí hasta que se definieran.

—Si te hago esta propuesta, es porque tengo perfectamente claro que es una invitación con la que les abro las puertas de mi vida a los dos.

—Liliana, tenés todo el derecho del mundo a aceptar si es que confiás en él —expresó Bárbara—; te firmo las referencias que quieras porque lo conozco hace tiempo y sé lo buen tipo que es pero, antes de agarrar viaje, comentalo con Guille. Mi hermano no tiene ningún derecho a interponerse, pero puede que necesite de tiempo para hacerse a la idea.

—¿Qué te metés? —la voz de Guille se dejó oír del otro lado de la puerta entreabierta.

—¿Qué hacés espionando, enano? ¿Nadie te enseñó que eso es de mala educación? —reclamó Bárbara, dejándolo al descubierto.

—Problema mío —advirtió Guille, señalando a su hermana y caminando hacia el lecho de la madre—. Mami, si la idea te gusta, a mí también. Julián es amigo de la loca ésta, y te quiere; mirá cómo te estuvo cuidando estos días. No tengo drama en que nos mudemos con él y, si algún día se me escapan los patos, me voy a buscarlos a la casa de Barbi. ¿Dale?

Liliana lo abrazó, besándole repetidamente la cabeza, en tanto miraba con los ojos llenos de lágrimas a Julián que sonreía al lado de ambos.

—Problema solucionado y yo me ahorré un montón de guita —confirmó Bárbara—. Esto de tener amigos gauchitos se me da de primera —le dijo a Melisa, codeándola.

—Hay un amigo «gauchito» del que hace rato no me comentás nada —le susurró con picardía la hermana.

—Ese va y viene; aparece en los momentos indicados para sacudirme un poco el piso pero, ya me conocés, ando con los botines de punta.

—¿Qué cuchichean ustedes? —preguntó Guille intrigado.

—Que zafé de una enorme, enano. Seguir aguantándote en mi casa hubiera sido el peor de los castigos.

—¿Te portaste bien en lo de Bárbara, Guille? —preguntó Liliana.

—Me porté re bien. Le hice compañía y no tuvo que aguantar al pesado de Martínez todos los días.

—Bueno, bueno —reclamó Bárbara—, este pendejo no tiene ni idea de lo que son los códigos. Aprendé a cerrar la boquita, nene, que se te puede llenar de moscas.

La estancia de Magüi se prolongó más de lo planeado. A las conferencias del MALBA se sumó el ofrecimiento para una exposición en el Centro Cultural Borges y el tiempo se extendió con la llegada de las obras de arte y el armado de la misma. Yago vivía el letargo junto a una mujer vivaz, divertida y cariñosa.

Carla adoraba a Magüi; aun así sabía que, para Yago, no era más que un comodín que le permitía adormecer el dolor por la falta que en verdad lo aquejaba. Trató de hablarlo con él directamente, pero hacía tanto tiempo que no lo veía disfrutar, que se llamó a silencio otorgándole por primera vez una tregua. Una paz que todos sabían que era momentánea rodeó a los Uturbey y nadie se animó a confrontarla.

—¿Qué dices? —consultó Magüi, dentro de un vestido de lamé que se ajustaba a sus curvas.

—Hermosa —la halagó Yago, acomodándose el moño del esmoquin.

—Hueles como de seguro lo harían los dioses del Olimpo —retribuyó ella.

Yago ingresó al Tattersall del Hipódromo de San Isidro, donde se llevaba a cabo el evento organizado por la Fundación Cultural Arrieta. Detuvo su automóvil frente al valet, antes de ofrecerle su brazo a Magüi para que se asiera de él. Participaron de la recepción y averiguaron el número de la mesa que les correspondía, antes de dirigirse hacia ella. El trayecto se vio

demorado por quienes reconocieron a la plástica española y quienes repararon en el arquitecto cuyo nombre figuraba en las revistas especializadas del gremio. El decano de la Facultad de Arquitectura lo invitó a reunirse con él antes de las Navidades, para que considerara la posibilidad de hacerse cargo de una cátedra. Finalmente lograron ubicarse en la mesa cerca del escenario giratorio. Yago se presentó junto con Magüi ante las personas con las que compartirían la cena, se sentaron reconociendo que frente a ellos dos puestos continuaban vacíos. La buena predisposición de su acompañante española dirigió los temas con los que iniciaron la conversación con el resto. Yago era hombre de pocas palabras, gustaba más de observar y escuchar antes que de intervenir. Magüi lo conocía y se ocupaba de mantener contacto visual con él para enterarse de su estado de ánimo. Desinteresado en opinar sobre la ruptura de límites en la disciplina de cada artista, Yago se distrajo mirando hacia un grupo de gente que reía, a un par de metros de él. Como imágenes que se movían con lentitud, el círculo se fue abriendo hasta revelar ante sus ojos a la pareja que había provocado el tumulto. El brillo indiscutible de Bárbara dominó todo su campo visual. Allí estaba ella, dentro de un vestido blanco ajustado a sus suaves curvas, con el cabello recogido y el maquillaje que afortunadamente no le ocultaba las pecas; sin verlo, hasta que se detuvo frente a las dos sillas vacías de la mesa.

—Buenas noches —dijo Martínez haciendo gala de su sonrisa seductora.

Bárbara contuvo el aliento, se insertó el chip de artista profesional y ladeó la cabeza a manera de saludo general, aceptando la galantería de los caballeros que se habían puesto de pie reconociendo en ella a una dama.

Magüi no perdió un solo detalle de la cara de Yago; estuvo atenta al instante preciso en que lo vio descubrirla y extraviar la noción de lugar y tiempo, al igual que el rictus con las mandíbulas incrustadas una en la otra al reconocer al galán de televisión; incluso el movimiento que hizo al correr la silla y pararse, comprendiendo que se debatía entre mantenerse dentro de los

sesenta centímetros que le asignaron, o atravesar la mesa con su cuerpo para desprender a Bárbara de su acompañante. Recibió todas las señales que Yago intentaba ocultar al resto de los comensales, pero sin poder engañarla a ella. Frente a sí tenía a la culpable de todos los demonios del hombre que había amado hasta la locura, Bárbara Zabala.

Leonel Martínez, desconocedor de la verdad, tomó de la barbilla a la actriz y le rozó los labios deseándole una noche agradable. El sonido de la inhalación y exhalación de Yago se pudo oír, tres sillas más allá de la de él, a pesar de la música ambiente; Magüi le acarició la pierna pero no logró que se relajara.

—Yago, ¿cómo quedó el hogar para niños? —lo sorprendió Bárbara dirigiéndose directamente a él.

—Perfectamente.

—Perdón —interpuso Martínez—, ¿ustedes se conocen?

—Yago y yo somos amigos desde chicos —respondió ella.

—¡Qué genial! —exclamó el actor, sin sentir que su supremacía podría estar en riesgo y consultó—: ¿Siempre fue así de divertida?

—Sí —respondió Yago, sin ninguna intención de entablar diálogo con él frente a ella.

—¿Jugaban al fútbol? Porque a Barb le encanta ese deporte.

—También —dijo, más por educación que por deseo.

—Nena —comentó Martínez, pasando su brazo por detrás de ella y acariciándole la espalda—, ahora entiendo por qué son amigos, él es de pocas palabras; seguro que no te interrumpe y te deja hablar a vos todo el tiempo.

Ella sonrió, finalmente el galán no estaba tan lejos de la verdad.

Otro de los presentes comenzó un debate sobre la política de protección a menores, permitiendo que Yago y Bárbara entablaran otra conversación personal e íntima con las miradas.

«¿Quién es este tipo para vos, enana?», preguntaron los ojos de Yago, en

tanto los de Bárbara trataban de leer si tendría intenciones de bailar con ella una pieza.

Ya no quiso mirarla. Ella llevaba los brazos al descubierto; desde las axilas, el vestido subía para terminar en una gargantilla alrededor de su fino y delicado cuello; dos mechones a ambos lados de su cara le daban el toque añejo de antaño. El caos interno de Yago se produjo cuando la actriz, incitada por el actor, se puso de pie para dirigirse a la pista girando sobre sus tacones y dejando al descubierto el inmenso escote que terminaba medio centímetro antes de que comenzara el terreno que para él, nuevamente esa noche, estaba prohibido. Martínez posó en ese justo lugar su mano y Yago Uturbey descubrió que la sangre podía bullir a más temperatura que el agua y aun así se continuaba con vida. Cuando la inmensa cantidad de gente sobre la pista los ocultó de su alcance visual, le solicitó a Magüi que lo acompañara a danzar.

—Estás hermosísima —la piropeó Martínez, en tanto Bárbara intentaba mantener un poco más de distancia entre los cuerpos—. Somos la pareja más glamorosa de toda la fiesta.

—Vos sí que no precisás abuela, galán. Te engolosinás los oídos solito.

—Mmmm, olés tan bien, tenés una piel tan suave —aseguró seductor, olfateándole el cuello y dejando que su mano le recorriera la desnudez en la espalda—, esta noche te quiero en mi jacuzzi para deleitarme con toda tu tersura.

—Pero no todo lo que se quiere se consigue, muñeco.

—¿No vas a pasar la noche conmigo? —preguntó, alejándose un palmo para mirarla a los ojos.

—Desde luego que no. Dijimos que veníamos juntos a la fiesta porque me solidarizo con la causa y a vos te sirve para promocionar tu estreno en la

costa.

Martínez frunció el ceño para objetarla, pero ella lo frenó antes:

—Sonreí, galán. Nos están mirando. La cena terminó, moveremos el cuerpito un par de piezas más para que nos tomen fotos, nos despediremos y yo me iré a mi camita y vos a la tuya.

—¿Por qué estás tan fría? —reclamó molesto.

No pudo responderle. Un periodista se les acercó interrumpiéndolos:

—¿Qué hay de cierto en esta relación? —les preguntó con desparpajo.

Martínez sonrió comenzando a esbozar la respuesta, Bárbara no se lo permitió:

—Disculpame —le dijo al intruso, con molestia—, no tengo problema en que tomes fotos. Si querés incluso podemos concertar una entrevista para comentarte sobre nuestros trabajos. Pero en este momento estoy bailando. ¿Serías tan amable de permitírmelo?

—De manera que... ¿lo confirman? —Quiso ratificar el notero—. Hacen una pareja perfecta. Deberían trabajar juntos nuevamente.

Bárbara elevó los ojos al cielo. Martínez la besó en los labios.

—Gracias por la primicia —concluyó, satisfecho por llevarse capturado el momento.

La actriz estaba irritada y para colmo, sin proponérselo, se encontró con la mirada de Yago bailando a pocos pasos de ella.

—No me gusta lo que hiciste —le reclamó a Martínez.

—Hice lo que hacemos siempre —explicó—. Mostrarnos ante el público y besarte con mucha más suavidad de la que utilizo cuando estamos en privado.

—Ya no me gusta esta exposición.

—En estos momentos —aclaró ajustándola más a su cuerpo y hablándole al oído— es cuando más cerca de mí tenés que estar. Las revistas siguen dudando de tu sexualidad, se preguntan por qué no tenés una pareja fija. Te creen una activista conflictiva, saben que sos una gran actriz, pero no

terminan de consagrarte por culpa de las discusiones morales en las que siempre te metés. Soy quien los confunde y les permite que las preguntas se mantengan sin respuestas. Todo el mundo sabe que me gustan las mujeres, conocen mi buen ojo para elegir, nos ven juntos en casi todos los eventos, es lógico que supongan que somos pareja.

—Nosotros la pasamos bien intercambiando fluidos, pero más allá de eso no tenemos nada en común.

—Compartimos la profesión.

—Sorry, es cierto —se retractó—, sumale esa y dejá de buscar otras coincidencias. Tu imagen puede salir perjudicada si te empeñas en fomentar la idea de que estamos en pareja.

—Todo el mundo cree que somos pareja —indicó, irritado—. No comprendo por qué últimamente te mostrás reacia a seguir con el juego.

—No, no me enrostres esa ridiculez. La gente supone que estamos juntos, jamás dijimos que fuéramos una pareja. No me hago cargo de para dónde vuela la imaginación de ellos, pero no me vengas ahora con que te creíste lo que lees en las revistas.

—Empiezo a molestarme, Barb. Estás a punto de perder al único tipo que se banca tu humor fluctuante. No me provoques.

—¿Puedo bailar con mi amiga? —preguntó la voz ronca de Yago.

Martínez la entregó, sin consultar primero con ella, pero antes le dejó un suave beso sobre los labios.

—No sabía que actuabas debajo del escenario —atizó Yago.

Bárbara estalló en una franca carcajada:

—Sensei, ¡qué difícil es engañarte a vos! Me conocés todas las mañas.

No podía tenerla cerca frente a tanta gente. Necesitaba indagarla en privado. La tomó de la mano y la condujo al *paddock*:

—¿Qué pasa con tu celular? —la voz de Yago sonó ruda. Cuando la hubo soltado, Bárbara buscó su móvil dentro del sobre.

—No le pasa nada, funciona bien. ¿Por qué te preocupa mi celu?

—Hace meses te envié un WhatsApp que jamás te dignaste a leer.

Bárbara cayó en la cuenta de lo ocurrido y sonrió con descaro:

—¿Estás enojado?

No le contestó, continuó con el ceño fruncido y las mandíbulas apretadas.

Ella trató de justificarse:

—Lo siento, no se me ocurrió que fuera necesario conservar tu número y lo bloqueé en el teléfono y en el WhatsApp.

Sus palabras irritaron más a Yago. Ella no había pensado en él, jamás lo necesitó, jamás tuvo deseos de ubicarlo.

—¿Estás enojado, en serio? —repitió, incómoda ante el Yago demandante.

—Estoy... —se interrumpió y llevó ambas manos hacia la nuca, tratando de serenarse.

—¿Estás...? —lo aguijoneó.

—Estoy caliente. Te envié un mensaje muy importante para mí, que jamás leíste porque no tuviste necesidad de tenerme como contacto en tu telefonito.

—¿Me necesitaste?

—¿Me estás coqueteando? —repreguntó él, recordando la vorágine emocional que era estar frente a ella y su carácter.

—¿Vas a seguir con la charla o nos comemos el volcán? —apuró Bárbara, como era su costumbre.

Yago miró hacia el salón:

—Vine con una amiga —se excusó.

—Y yo con el galán más codiciado de todo Buenos Aires. ¿Y?

—Magüi es... importante para mí —aseguró, aun sabiendo que Bárbara comprendería mal sus palabras.

—¿Para qué me necesitaste, entonces? ¿Para contarme que estás en pareja y compartir tu felicidad conmigo?

—¿Estás haciéndome una escena de celos?

—Mirá, *sensei*, son las dos de la madrugada y tengo a un potrazo esperándome para llevarme a su casa y comerse todo lo que tenés frente a tus ojos. Si no me tentás con una oferta mejor, vuelvo con él y listo —dijo, incrustándole el dedo índice en el pecho para que diera un paso al costado y le dejara el camino libre.

—Enana —la llamó, extendiéndole una tarjeta—, te recuerdo mi número de teléfono. Por si te pinta llamar. Magüi y yo estaremos honrados de sumarte a nuestra mesa una noche de estas.

Bárbara volvió sobre sus pasos aceptando el ofrecimiento.

—Adoraré conocer mejor a tu pareja —aseguró con las palabras y el tono que no eran propios—; yo llevo el postre, no lo olvides.

Regresó al salón casi bufando: «Maldito-estúpido-grandulón-sabelotodo».

Yago continuó fuera del edificio, soportando el calor imperante de esa noche de diciembre. Prendió un cigarrillo y con la primera pitada lo consumió hasta la mitad. Estaba irritado, ansioso, deseoso y se sentía impotente. Magüi estaba nuevamente a su lado y Bárbara lo tentaba abiertamente frente a todo el mundo. Se llevó la mano a la cabeza y aplastó el cigarro con el pie.

—Le amas, mi cielo —dijo la voz de Magüi detrás de él—. Siempre la has amado, tienes que reconocerlo o no serás feliz.

—Esa mujer no quiere amor —aseguró Yago—, ella siempre busca divertirse, pasarlo bien, alejarse de todo lo que podría poner en riesgo su estabilidad emocional.

—Entonces —aconsejó—, estabilízala con tu amor, ábrele las puertas de tu corazón y enséñale que allí se sentirá segura, que no la encarcelarás, que será libre y se sentirá plena.

—Rubia, me pedís un imposible. Bárbara es todo un imposible.

Junto a ellos pasaron la actriz y Martínez tomados de la mano y frenando su andar para despedirse:

—Encantado de conocer a un amigo de Barb —aseguró el actor con cierta soberbia.

—Oye, majo —lo entretuvo Magüi—, me encantaría llevarme tu autógrafo a España.

Bárbara miró a la española y luego lo indagó a Yago. Achicó los ojos y con algo de picardía le preguntó a ella mirándolo a él:

—Pensé que te radicarías aquí.

—No, reina. Mi lugar no es este —aseguró Magüi.

—¿Van a irse a vivir a Europa? —quiso saber Martínez, y Bárbara estuvo a punto de besarlo agradecida por su verborragia que le permitiría conocer las respuestas a las preguntas que no sabía realizar.

—Yo vivo allá —contestó Magüi, esperando la reacción en los ojos de Bárbara. Finalmente se apiadó de ella y decidió darle una mano a Yago continuando—, pero él es de aquí.

—Pensé que eran pareja —sumó el actor y Bárbara se juró que esa noche lo haría ver todas las estrellas juntas. Se lo merecía.

—No sé ustedes —interpuso Yago—, pero nosotros nos estábamos retirando.

—Sí, *sensei* —aseguró Bárbara—, todos tenemos que irnos. La noche todavía nos tiene más sorpresas y no queremos despreciarlas.

Leonel extendió su ticket al valet parking, Magüi se introdujo en el auto de Yago, Bárbara aprovechó para encarar a su amigo:

—Voy a tener que apurarme a llamarte, de lo contrario no podré compartir una cena con vos y tu pareja antes de que ella se vaya.

—¿Qué hacés junto a un tipo así, enana? ¿Qué es él para vos?

—Lo mismo que Magüi para vos. Alguien con quién divertirnos.

—Magüi no es una diversión para mí.

Bárbara le acarició la mejilla:

—Lo siento, *sensei*. ¿Por eso me buscaste? ¿Necesitabas diversión?

—Nena, ya trajeron mi auto —indicó Leonel, acercándose—. ¿Nos vamos?

Yago la vio ingresar al auto del actor en tanto él se sentaba en el suyo.

—Me vendiste —acusó a Magüi, en cuanto se vio guarecido por la privacidad que le otorgaba el habitáculo.

—¿Es eso lo que crees? —se defendió la plástica—. Yo podría decir que intentaste usarme para darle celos, sin embargo he sido generosa.

—Me vendiste, Magüi, porque sabiendo que te utilicé me dejaste en evidencia. Ahora ella se va con la idea de que estoy muerto de celos porque anda con ese idiota.

—Mi cielo, no era necesario que yo dijera nada, fueron tus ojos quienes se lo aseguraron, fue todo tu cuerpo quien se lo aseveró.

PRIMICIA: BÁRBARA ZABALA Y LEONEL MARTÍNEZ CONFIRMAN EL ROMANCE QUE SIEMPRE OCULTARON.

En la fiesta ofrecida por la Fundación Cultural Arrieta se dejaron ver bailando muy acaramelados y se molestaron cuando este periodista los interrumpió para entrevistarlos.

La nueva pregunta es: ¿cuándo será la boda?

Carla abrió la puerta de la oficina de Yago y le tiró sobre el escritorio la revista de espectáculos con la hoja abierta en aquella nota.

—Decime una cosa, pedazo de infeliz, ¿no estabas en esa fiesta?

—Carla, no tengo tiempo para tus charlitas irónicas —respondió Yago, de mal talante.

—Hacétele, nene. Porque se te está escapando el tren que te lleva a Disney.

—Bonita metáfora —la felicitó, accionando el control remoto del aire acondicionado para bajar aún más la temperatura, tenía mucho calor—, pero

ya estoy grande para montañas rusas, y estar al lado de esa mina es no bajarte jamás del carrito.

—Porque te lo pasás subiéndote vos en lugar de bajarla a ella —aleccionó la hermana.

—Carla, de verdad que ya estoy cansado de todo esto. Lo intenté, te lo aseguro, pero no hay manera.

—Hermanito —dijo, sentándose sobre el escritorio y tomándole la cara entre sus manos—, hace años que salgo con un tipo que me rompe la cabeza. —Yago abrió los ojos y ella sonrió—: Lo sé, no tenías ni idea. Nos amamos, pero entre los dos existe una diferencia de edad que me pesaba demasiado; así que fui viviendo cada día, sin pensar en nada más, disfrutando del tiempo que durara. Hoy, cuando vi esta nota, no solo tuve pánico por vos, lo tuve también por mí.

—Carla, si están enamorados, si a él no le jode ser más grande...

—No saques conclusiones estúpidas, salame; mi hombre es siete años más chico que yo.

Yago se recostó contra el respaldo asimilando el dato:

—¿Siete años?

—Y hoy comprendí que eso es lo que menos importa. Porque lo importante es que nos queremos, que juntos lo pasamos bien y que si no le doy el sí, de una puta vez, mi tren a Disney se va a ir sin mí. ¿Entendés? ¡Burro!

La puerta volvió a abrirse. Lucía, portando su propio ejemplar de la misma revista, increpó a su hijo:

—Yago, no dejes que Bárbara se case con ese actor, ella te ama a vos.

—Cartón lleno —bufó él—. ¿No quieren llamarlo a papá así tenemos un debate familiar sobre mi amiga y yo?

—No es tu amiga —reclamó la madre—, hace tiempo que ninguno de los dos se cree ese verso. La querés y te quiere desde hace mucho. No sé qué

hemos hecho tan mal, tu padre y yo, para que te cueste tanto reconocer lo que es estar enamorado. ¿No nos ves a nosotros, hijo? ¿No ves cómo nos miramos? ¿No logramos hacerte sentir ese amor que nos profesamos como para que admitas que sentís lo mismo por Bárbara?

—Mamá —interpuso Carla—, estás generando imágenes en mi mente que me provocarán traumas.

—Con vos voy a hablar después. Tengo muchas cositas que decirte también, no creas que te la llevarás de arriba.

—¿Ves lo que lograrás, nene? Te viene a cagar a pedos a vos y termino cayendo yo en la volteada.

—Sus razones tendrá —alegó Yago.

—No pretendan distraerme —se quejó Lucía.

—¿Se puede saber qué está pasando en mi estudio? —reclamó molesto Lorenzo, al ver la paz de su oficina alterada por los miembros de su familia.

—Listo, ya estamos todos —dijo Yago, arrojando la lapicera sobre el escritorio.

—Disculpen —interrumpió la secretaria, y dirigiéndose a Yago—, tu amigo Tadeo en línea uno.

—Y ahora también parió la abuela —se quejó el más joven de la familia.

—¿Vas a casarte? —preguntó Guille a su hermana, en el teléfono.

—No, enano —respondió, tratando de secarse con el toallón— ¿De dónde sacaste eso?

—Lo dice el diario en la sección de espectáculos. Hay una foto tuya bailando con tu novio y otra besándolo. Bárbara, ¿¿Martínez?!

—No hagas caso, ya sabés cómo son de chusmas los periodistas.

—Listo. —Se tranquilizó y pasó al segundo tema por el que la había llamado—: Bárbara... ese vestido que tenías puesto te queda bien, pero...

—Mirá, enano censor, no empieces. No tenés edad ni conocimientos de moda para darme consejos. ¿Estamos?

—No, no estamos, porque lo que tenés que entender es que, aunque te quede bien, no sos vos con esa ropa.

El timbre sonó; con una mano sostuvo el celular y con la otra atendió el llamado de la seguridad del edificio. Sorprendida, apenas pudo reaccionar para despedirse de Guille:

—Te tengo que dejar. Te llamo más tarde, ¿sí?

Se miró en el espejo, acomodó un mechón de cabello aún mojado y abrió la puerta.

—No te esperaba, Melisa.

—¿Puedo pasar? —preguntó y Bárbara accedió.

—¿No se iban a probar suerte a Mendoza?

—Sí, pero pudimos arreglar con el dueño del departamento y nos extendió el contrato. Vine —se explicó la hermana mayor—, porque papá dejó en su oficina algo para nosotras. Sé que no mantenés contacto con él, pero creo que es necesario que te enteres de las mismas cosas que me enteré.

—¿Seguís respondiendo a sus estúpidos llamados?

—¿Vamos a seguir discutiendo lo mismo o iremos al grano?

—¿Y él nos va a informar algo que no sepamos? —preguntó Bárbara con rencor.

—Él no, mamá.

Abrió los ojos e indagó a Melisa creyendo que finalmente había perdido la razón. La hermana tomó asiento en uno de los sillones, abrió su bolso y sacó un viejo cuaderno de tapa dura.

—No desayuné, Barbi, y viendo que estás recién bañada imagino que vos tampoco. Dejame preparar café mientras te vestís y te muestro qué hay aquí.

Desde que los mellizos nacieron no había sido fácil compartir el mismo espacio con su hermana a solas y creyó conveniente aceptar el ofrecimiento. Entró en su cuarto con intriga, se vistió de prisa. Sorbo tras sorbo de café, la

actriz se perdió recorriendo las páginas del cuaderno:

—No sabía que mamá llevara un diario.

—Tampoco yo; papá dice que lo encontró cuando vendió la casa —explicó Melisa—. Por las fechas entiendo que ella lo empezó cuando inició el tratamiento psiquiátrico.

—¿Por qué recién ahora se digna a entregárnoslo?

—Según él, porque no creía necesario que tuviéramos acceso a la intimidad entre ellos.

—Que no me joda —refutó Bárbara molesta—, me pasé noches de mi infancia escuchándolos discutir y sintiendo cómo mamá le suplicaba.

—Ya te voy a explicar mejor. Ahora seguí leyendo, algunas cosas nos las contó mamá cuando aborté, ¿te acordás? Pero te falta conocer muchas más. Te aseguro que te ayudarán; a mí me ayudaron.

Insiste con lo mismo que vengo escuchando hace años; no me ama. Sigue reprochándome que lo haya retenido con los embarazos, cuando yo jamás le reclamé que provocó mi esterilidad. ¿Qué importa cómo llegaron las nenas? ¿Acaso la tal Liliana no le hizo lo mismo? Lo importante es que le di dos hijas.

(...)

Trato de ser la mujer que él quiere que sea, pero jamás es suficiente. Con las chicas lo retuve un tiempo, pero crecieron y ahora son una carga. Sobre todo Bárbara, que no hace otra cosa que enfrentarlo y enfrentarme. Bárbara fue un error y para colmo él está orgulloso de ella. Melisa, al menos, vive en su mundo creyendo que pasando desapercibida nada malo le ocurrirá; ya vivió un aborto y todavía no termina de hacerse mujer.

Yo sí soy mujer, pero no gracias a Guillermo, él jamás se tomó el tiempo de hacer que me sintiera hermosa o querida. ¿Por qué no me

enamoré de Hernán? ¿Por qué dejé a Hernán, si él me amaba? Tal vez, si lo hubiera aceptado a él, hoy sería el padre de mis hijas y yo tendría a mi lado a un hombre que besara el suelo que piso...

—¿Quién es Hernán? —preguntó Bárbara, interrumpiendo la lectura.

—Seguí leyendo, Bárbara —aconsejó Melisa.

—Es que... mamá siempre estuvo tan obsesionada por Guillermo — insistió, negándose a reconocerlo como su padre—, que no puedo imaginar que hubiera otro tipo en su vida.

—Hablaremos cuando termines de leer.

Guillermo volvió a dejarme. Tengo que tomar pastillas para dormir y a la mañana para despejarme, si no, no rindo en el trabajo. Soy una zombi que se lleva puestos los muebles llenándome de moretones que afean más mi cuerpo y me maldigo porque me esfuerzo por estar hermosa frente a él y finalmente termino machucándome...

—Los moretones que le vimos ¿no se los hizo él?

—Al parecer no. Lo juzgamos mal, Bárbara.

—De ninguna manera. Guillermo es una mierda, le haya puesto la mano encima o no. Esto —indicó, agitando el cuaderno en el aire—, no es más que la mirada de ella, y sabemos perfectamente que estaba enferma. Pero él no se salva, Guillermo tenía muy en claro junto a quién estaba, sabía que era una obsesa que se valía de artimañas para que no la abandonara. También somos hijas de él y jamás se ocupó de brindarnos cariño, de preocuparse por nosotras; por el contrario, se dedicó a extorsionarnos a las tres para obtener lo que quería de cada una.

Esta vez lo enfrentaré, le reclamaré todos estos años de desprecio y

cada noche en que se rio de mí. El muy hijo de puta quiere presentar una demanda de divorcio incentivado por la putita que ahora tiene a su lado. No aguanté, no soporté más y lo hice. Soy más fuerte de lo que creía, no soy estúpida; sé que todo su destrato tenía como fin acabar conmigo y quedarse con todo. Si el cuerpo de esta mujer puede más que su ambición, que afronte las consecuencias, porque cuento con la herramienta para vengarme. Necesito ver su cara de sorpresa y de reproches a sí mismo por haberme dado sus años de juventud para nada...

Se lo dije, le dije que hoy firmé el acuerdo en el que di por terminado el litigio de la herencia de mis padres. El juzgado liberó los fondos retenidos de la fábrica y les dejé todo a los obreros querellantes. No era lo justo, lo sé; mi abogado trató de disuadirme de hacerlo. Llevo años defendiéndome para que no me quiten lo que es mío, pero si ya no me servirá para que él se quede a mi lado, al menos que sirva para vengarme. Ya no podrá seguir quitándome dinero. Si presenta el divorcio, quien deberá darme la mitad de sus bienes será él...

—¿Toda esta mierda fue por guita? —preguntó, indignada Bárbara—. ¿Pasamos por todo eso por una herencia de mierda?

—Eso lo decís porque no tuviste necesidades —indicó Melisa—. Pero Luciano y yo casi tenemos que irnos a Mendoza para poder levantar cabeza y aun así no es fácil subsistir. Averigüé sobre el tema —acotó—, los abuelos murieron cuando éramos muy chiquitas, poco y nada me acuerdo de ellos y mamá no fomentó su recuerdo en nosotras. Jamás conocimos la fábrica.

—Sí —admitió Bárbara, frunciendo el ceño—, me imagino que lo primero que hiciste fue averiguar de qué herencia hablaba.

—Consulté con un abogado. Pensé que podríamos alegar que mamá sufría de demencia y reclamar nuestra parte.

—Olvidate. No voy a sumarme a eso. Era su herencia, si le sirvió para hacerle pagar su comportamiento a Guillermo, para mí está bien utilizada — aseguró y continuó leyendo.

No puedo más. Fui una idiota, jamás debí renunciar a ese dinero. Nunca lo vi tan alterado. Él, que siempre se mostró altivo y calmo hasta para decirme que yo no podía excitar a nadie, me mostró una arista aún más vil jurándome que Hernán se acercó a mí instigado por él. El muy desgraciado le había pagado para que me sedujera; su mente retorcida lo llevó a urdir la trama en la que me haría creer que por su incontrolable amor hacia mí traicionaba a su amigo enamorando a la novia.

No puedo creer que se haya llevado con él la única imagen bonita del hombre que juró amarme; la única que me hizo sentir deseada. Se llevó todo y ahora sí que ya no me queda nada...

—Más que bien utilizada la herencia—afirmó Bárbara.

Hoy me despidieron, hasta que recibí el telegrama no me di cuenta de lo frágil que es mi situación. Afortunadamente Melisa y su esposo viven en casa y tendrán que mantenerme; no dudo de que Bárbara cubra las deudas, su abogado me lo aseguró...

—¿Qué deudas pagaste? —preguntó Melisa.

—Las que había —respondió.

No tengo motivos para despertar mañana, ya no tengo lágrimas ni una pizca de amor propio. Soy un ente. Entré completamente destruida al consultorio del psiquiatra. ¿Qué me importa que ese ignorante me diga

que tengo dos hijas y que finalmente puedo desprenderme de Guillermo para retomar mi vida y recomponerla?

No hay nada para componer, no hay nada que justifique intentarlo. Él se llevó todo.

—Eso es lo último que escribió antes de matarse.

—Siempre dije que estaban enfermos —le recordó Bárbara.

—¿Sabés? Le doy las gracias por haber escrito toda su estupidez, porque me hizo pensar —aseguró Melisa—. Pasé por distintos estados; tristeza, pena por ella, angustia, enojo y finalmente alivio. Jamás nos tuvo en cuenta, simplemente nos usó para sus fines.

—Blanca no se quería a ella, no podíamos pretender que quisiera a alguien más. Todavía no entiendo por qué Guillermo te dio el diario.

—Porque está enfermo —anunció Melisa—, dijo que le diagnosticaron cáncer, se enteró después del accidente de Liliana. Finalmente sintió remordimientos y quiere que lo perdonemos. Imagina que si lo redimimos se salvará.

Bárbara frunció el ceño, Melisa continuó:

—Se fue a Houston hace unos días. Me dijo que... necesitaba irse con la mochila más liviana.

—Ni el diario de Blanca, ni la enfermedad del escribano Zabala cambian nada. Lo que acá se ventila —aseguró, señalando el cuaderno— no hace más que sumar puntos en contra de ambos.

—Está hablando tu enojo, no estás viendo las cosas con la claridad que siempre tuviste, Barbi. —Melisa volvió a verter café en las dos tazas, la miró a los ojos—: Te dije que a mí me trajo alivio. Entendí que, para querer a otros, primero debía aceptarme y quererme. Fui igual a mamá, no tan cruel, pero creía que el camino correcto era venerar para conseguir que me veneraran. Y amar no es eso.

—¿Qué es amar? —preguntó, bebiendo hasta la última gota.

—Dejar de tener miedo, hermana. Liberarse de esa atadura de una buena vez.

La actriz Bárbara Zabala ingresó en la redacción y pidió hablar con el responsable de la sección de espectáculos. En menos de diez minutos estaba sentada frente a la persona indicada.

—Quiero que se retracten —advirtió muy calma.

—Bárbara, mi reportero asegura que...

—Su reportero ve a dos personas besándose y saca conclusiones apresuradas.

—Leonel Martínez y usted asistieron a un evento social que cubría la prensa...

—No lo niego.

—Frente al mismo, y ante los asistentes, ustedes se besaron.

—¿Es usted soltero?

—Viudo —confirmó el hombre que hacía años que peinaba canas.

—¿Sería tan gentil de pedirle a uno de sus fotógrafos que registre nuestro encuentro, por favor? Voy a darle una primicia a su periódico y seguramente querrá tener material gráfico.

El pedido de ella se concretó con rapidez. Cuando estuvo segura de que cámara y fotógrafo estaban listos, comenzó a posar. Absorto por las imágenes que obtenía de ella, el empleado se vio plasmando con su equipo el beso que Zabala le entregó al jefe en plena boca.

—Muy bien —dijo muy suelta de cuerpo—, mañana quiero ver una nota, de iguales dimensiones, anunciando nuestro compromiso. ¿Fui clara?

—Tengo que agradecerle —comentó el periodista—, hace mucho tiempo que no me besaba una mujer tan joven y hermosa. Comprendo su punto, no

era necesario que llegara tan lejos, simplemente con negarlo hubiera sido suficiente.

—No es cierto, señor. Ustedes viven llenando hojas y hojas de basura para obligarnos a darles una maldita nota hablando de nuestra vida privada. Para mí, eso es extorsión. Sepa que soy actriz por vocación, que trabajo representando personajes y que sobre aquello que hago arriba del escenario es de lo único que les permito hablar. Mi vida privada es mía, no me interesa contársela ni a usted ni al público.

—Si no quiere ver su vida privada apareciendo en los medios, no asista acompañada a reuniones del ambiente.

—¿Por qué? Su gente también estaba en esa fiesta, en cambio yo no me la pasé preguntando con quién se acostó cada uno la noche anterior.

—Nosotros no somos personajes públicos.

—Mi vida privada no es pública, señor. Compréndalo.

De la redacción se fue directo al teatro. Alfredo la vio llegar enfadada y solicitando que le acercaran té al camerino.

—¿Ocupadísima con la boda? —preguntó para hacerla reír.

—No estoy de humor, Alfredo. Te ruego que hoy no me jodas.

El hombre tomó una silla y se sentó junto a ella:

—Soy todo oídos —dijo, invitándola a que le contara.

—Se me soltó la cadena, me fui al carajo —explicó, llevándose las manos a la cara, cubriéndola.

—Tranquila, cielo, siempre se te suelta la cadena, eso no es ninguna novedad. Contame qué hiciste ahora, y vas a ver cómo le encuentro el lado risueño al asunto.

—Yago, mi grave problema es Yago. No puedo pensar tranquila cuando anda cerca ese tarado. —Alfredo elevó los ojos para mirar el techo buscando

paciencia—: ¿Podés creer que estaba en la fiesta de la otra noche?

—¡Jodeme!

—El muy estúpido fue acompañado por una rubia espectacular.

—¿Quién?

—No tengo idea, una tal Magüi. Y se la pasó jugando el mismo jueguito de siempre.

—¿El de seducirte?

Bárbara tomó la vincha con la que solía elevarse el cabello para maquillarse sin interferencias, y al segundo la arrojó sobre la mesada, aclarándole:

—El jueguito tonto de «ahora soy tu amigo», «ahora te provoco»...

—Ahora te cojo...

—No, ese se lo guardó porque estaba Magüi en el medio.

Alfredo estalló en una sonora risa:

—¡Uy! Te jodió la noche, ni me lo digas.

—Cambió de pose a cada rato. En un momento se mostraba posesivo y celoso, y al segundo siguiente me bailaba pegadito a lo matador.

—Mi mente está imaginando cada escena —interpuso Alfredo.

—Dice que me mandó un mensaje muy importante y que no se lo respondí.

—¿Es cierto?

—No sé, puede ser que lo enviara, ya no tengo agendado su número.

—¿Qué te decía?

—Ni idea, me dejó con la intriga. Lo apuré un poco y se escapó por la tangente.

—Necesito más datos —reclamó.

—Como estaba con la rubia no podía dejarla plantada para irse conmigo y la usó de excusa. Pero el muy forro no me lo dijo así, me hizo creer que era su pareja.

—Y ¿no lo era?

—No —aseguró—, es otra de sus amiguitas. Una española que se debe haber conseguido cuando vivió allá.

—¡Hay que cruzar el charco por un polvo, no te creas! Le doy mérito a la mina... y a él.

—Si no te tomás en serio lo que te estoy contando, es mejor que salgas de mi camerino.

—No seas boba. Estoy tratando de cambiarte el humor. Sos una diosa, una mujer hermosa, inteligente y talentosísima. No tenés nada que envidiarle a esa rubia.

—Ella estaba con él —puchereó.

—Reina, vas a tener que asumirlo alguna vez —dijo, para que lo reconociera—, querías ser vos quien estuviera con Yago, ahí está el punto.

—Alfredo, tengo mucho miedo —confesó y estalló en llanto.

—Lo sé, cielo —aseguró, acercándose a ella, abrazándola—, siempre tuviste miedo. No te importa qué piensen los demás y te tiene sin cuidado la opinión de tu amante de turno, pero confesarle tus sentimientos a Yago te aterra porque sabés que una vez que lo hagas no hay vuelta atrás.

—Una vez que lo haga seré vulnerable.

—No, mi vida. El día que lo hagas vas a ser libre, porque por fin lo vas a acorralar a él para que te diga qué siente y este culebrón se definirá.

Una semana después, Bárbara llamó al celular de Yago:

«El número solicitado se encuentra apagado o fuera del área de cobertura».

—¡Mierda!

Antes de las fiestas de fin de año, los amigos se reencontraron a pedido de Tadeo. El hombre, contento, le fue entregando a cada uno los sobres conteniendo la tarjeta:

Tadeo Barbarossa y Romina Tolosa lo invitan a usted para compartir la emoción de su enlace a celebrarse en la estancia «La Legua», el día 23 de marzo...

Bárbara se permitió abrazarlo y darle un prolongado beso en la mejilla.

Lucho exclamó:

—Te felicito, Sapo. Por fin te decidiste a dar el paso.

Yago se mantuvo sentado a la mesa del bar. Bárbara, al retomar su sitio, lo pateó por debajo pero él se negó a reaccionar. Tadeo terminó por preguntarle:

—¿Qué pasa, Yago, no te alegra mi casamiento?

—No te entiendo —comentó—. Ni siquiera nos la presentaste y de la noche a la mañana te aparecés por Capital y nos reunís para entregarnos la invitación al casamiento.

—¿Y? —planteó Melisa.

—¿Cómo que «y»? —insistió Yago— Que va a atar su vida a una mina que no hace tanto que conoce.

—¿Y? —atacó ahora Bárbara, pero con un tono de voz más alto que el utilizado por la hermana.

Los otros guardaron silencio mirando a uno y otro. Tadeo se metió las manos en los bolsillos del pantalón y agachó la cabeza, sonriendo. Yago se puso de pie, apoyó los puños sobre la mesa e inclinó el torso hacia Bárbara:

—Que para hacer algo así, tiene que estar muy seguro de lo que siente por ella y de que la mina le corresponde. No se puede obrar por impulso, hay que reflexionar.

Bárbara no se amilanó, también se paró y acortó las distancias inclinándose sobre la mesa:

—Algunos se definen rápido, *sensei*. Algunos no son tan lentejas como otros.

—Tal vez sea porque «algunas» dan mensajes claros. ¿No te parece?

Tadeo le hizo señas a Melisa y Lucho para que comprendieran su propuesta y lo acompañaran a la salida. Bárbara y Yago no notarían la ausencia.

—Totalmente de acuerdo con vos —aceptó Bárbara—. Algunas personas dan mensajes claros y otras se empernan en entender lo que quieren.

—Mirá, enana, esta discusión no tiene sentido. El Sapo ya decidió casarse, no lo habló con nosotros antes de dar ese paso, así que todo lo que le digamos es al pedo.

—¡Sí, burro! Por fin te das cuenta. Lástima que no cerraste el orto antes.

—¿Cómo puede ser que sigas hablando como un macho? Entendé que sos una mujer.

—¡ORTO, ORTO, ORTO! —repitió iracunda sin preocuparse por si en el lugar la reconocían, y Yago no encontró otra manera de callarla que no fuera cerrándole la boca con la suya.

El beso, que comenzó cargado de furia, se convirtió en pasional cuando las manos se unieron a la disputa acariciando la piel del otro.

—Disculpen, los señores —dijo el camarero—, pero tendrán que retirarse.

Bárbara recogió su bolso de un manotazo. Yago arrojó un par de billetes sobre la mesa y la siguió hasta la calle.

—¡Pará! —le ordenó— Estoy podrido de todo esto.

—¿Vos estás podrido? —lo enfrentó la actriz— Yo estoy harta. ¿Quién mierda te da derecho a arruinarle al Sapo la alegría? Está ilusionado, si se quiere casar es cosa suya. Cada vez que siguió tus consejos le fue para la mierda. Habrá encontrado a una mina que lo hace feliz. Que vos o yo no estemos de acuerdo con los casorios no nos da derecho a objetarlo.

—¿Vos sos la que dice eso? No me jodas, enana, vos no creés en el amor.

—Sos parte de la manga de energúmenos que no entienden un carajo.
¡Claro que creo en el amor!

Yago quedó con la boca abierta, reaccionó y preguntó:

—¿Te enamoraste?

—Eso es cosa mía.

—¿De quién? ¿Del galán que te acompañaba en el Tattersall?

Bárbara recuperó la cordura y pudo responderle:

—No te aproveches de una reunión que armó el Sapo para sacarme información a mí. Lo que yo sienta o no es cosa mía. Te aconsejo que llames a Tadeo y te disculpes.

Yago se guardó las manos en los bolsillos del jean para no sacarle las respuestas a sacudones. Bárbara chequeó la invitación:

—Veintitrés de marzo, mirá qué coincidencia, Leonel está nominado a un premio en Córdoba para esa fecha.

La estocada fue acertada, la flecha dio en el blanco y Yago la tomó de la cintura, la pegó a su cuerpo, le besó el cuello y confesó:

—No hay una palabra para definirnos, no sé si sentimos como el Sapo y su novia. Pero nosotros no somos como ellos.

—¿Nosotros? —arremetió Bárbara— ¿Por qué nos metés en la misma

bolsa? Él dijo estar enamorado.

—Y yo digo —Yago debió hacer un gran esfuerzo para que su voz no sonara quebrada— que no te quiero mía, te quiero para mí. Quiero que cada una de las pecas de tu cara exista porque yo las miro, quiero que tus ojos brillen haciendo el amor conmigo. —El cuerpo de Bárbara tembló y él continuó—: Sé que sos libre, sé el miedo que tenés a entregarte y también sé que solo yo puedo darte todo lo que deseás porque no te pido tus mañanas, y tampoco voy a reclamar tu presente.

—¿Qué mensaje me enviaste por WhatsApp?

—Ya no importa. Por lo visto, estoy fuera de tiempo. Metí la pata con el Sapo y ahora... —se interrumpió separándose de ella.

—Yago, vos y yo siempre fuimos algo espontáneo que se repitió en el tiempo. Nos atraemos, nos gusta estar juntos y nos molesta cuando el otro no está disponible porque una mosca nueva le ronda el pescado —aseguró—. Pero eso no es amor, es calentura. Creo que el Sapo la tiene mucho más clara que nosotros.

—Tadeo moría de amor por vos hasta hace poco —enestó Yago.

—Vos lo dijiste, moría, ya no.

—¿Qué me querés decir? ¿Qué es más maduro que nosotros porque supo dar vuelta la página y mirar otros horizontes? —preguntó Yago.

—Si esta mina es el amor de su vida, si va a ser feliz con ella o no —agregó Bárbara—, no depende de nosotros, ni siquiera depende de ellos. Nuestro deber es acompañarlo, no meterle palos en la rueda.

—Voy a disculparme con él —aseguró.

—Yago —dijo Bárbara, sacando del bolso la llave de su auto—, no tenés derecho a reclamarme ni mi hoy, ni mi ayer, ni ninguno de mis putos mañanas.

—Todo está perfecto, Lucho —aseguró Tadeo conforme—, te estás manejando como si supieras sacar muelas y todo.

El amigo sonrió complacido:

—Me salvaste, hermano, si no hubiera sido por vos estaríamos camino a Mendoza y mi vieja se moriría de pena por no poder ver a diario a los chicos. Gracias a tu ayuda pude compartir el alquiler de un consultorio odontológico con otros colegas y extender el del departamento.

Melisa abrió la puerta de su hogar, permitiendo el ingreso de Yago. Le sirvieron café y el arquitecto se disculpó:

—Lamento mi reacción, Tadeo. Para mí lo tuyo es un manotazo de ahogado; creo que te agarrás de Romina para no sufrir el rechazo de Bárbara y que...

—No me agarré de Romina, todo lo contrario, traté de alejarla porque no podía creer las cosas que me pasaban cuando la tenía cerca. Ella es lo opuesto a Bárbara, es una mina tranquila, tierna, cariñosa; fiel brote del campo donde nació.

—¿Por eso te vas a casar con ella? —preguntó.

—Me caso con ella porque estoy enamorado —respondió muy firme Tadeo.

—¡Qué lindo! —dijo entre suspiros Melisa.

Yago revoleó los ojos, desestimando la exclamación de Mel.

—Entendé lo que te digo —comenzó a explayarse Tadeo—, Romina es muy querible, con ella me siento en paz, me comprende, me acompaña. Cuando la miro siempre encuentro en su cara una sonrisa, respiro hondo y se me agranda el pecho teniéndola cerca. No me paso el día preguntándome con quién estará porque cuando regreso puedo ver la emoción que le provoco. Tal vez al principio la usé buscando todo lo que me faltaba con Bárbara, pero ahora es diferente; la quiero y deseo que se quede conmigo.

Yago se removió en la silla de la mesa del comedor de Lucho.

—Yago, vos le das demasiadas vueltas a la cosa —aseguró Luciano—. Se ama o no se ama, macho. Es así de simple. Nadie puede asegurarnos que sea definitivo y para siempre, pero si nos comprometemos a ser sinceros el uno con el otro la presión de qué pasará mañana desaparece y nos relajamos para poder disfrutar del presente. ¿Entendés?

Tadeo se animó a exponer más verdades sobre la mesa:

—Todo va a ser más simple cuando reconozcas que amás a Bárbara. Ahí vas a relajarte.

Yago bufó, antes de asegurar:

—No puedo relajarme. Esa mina sufrió tanto con los viejos que está emperrada en no confiar en nadie.

—Confiaba en Tadeo y él la engañó —sumó Melisa.

El aludido intentó defenderse:

—Si tomamos en cuenta que para ella no fui más que un amigo...

Luciano lo interrumpió:

—Es hora de que ella también se relaje, ¿no lo creen?

—Supongamos que acepto que la quiero y se lo digo —dijo Yago y Tadeo se negó a emitir cualquier sonido, incluso se privó de realizar cualquier gesto —; ¿cómo puedo estar seguro de que no sufrirá a mi lado? Soy un tipo parco, no me sale demostrar los sentimientos, me siento ridículo diciendo frasecitas amorosas a una mujer. No soy demostrativo, me rompe las pelotas que me invadan...

—Un calco de nuestra querida amiga —agregó Tadeo.

—Imagínense lo que puede llegar a ser nuestra vida juntos. Todavía no sé cómo no nos matamos cuando vivió en mi casa.

—Se mataron, Yago, no lo niegues. Se mataban en la cama y con cada palabra, pero siguen buscándose; no importa cuánto tiempo pase, ni cuánta gente conozcan, ustedes dos se atraen porque son iguales. Ven el amor de la misma manera, ninguno va a hacer promesas a futuro, pero lo que viven es

tan real que les va a durar toda la vida aunque no se lo propongan.

—No soy ejemplo de nada —intervino Luciano tomando de la mano a su mujer—, mi historia con Melisa no es la mejor. Arrancamos cuando éramos muy pendejos, nos pegamos el susto de nuestra vida cuando quedó embarazada y terminamos pagando con creces cada error. Los mellizos nos padecen como padres. De cualquier manera, es nuestra historia y ahora podemos afrontarla con un poco más de conciencia. No estoy con ella porque no tengo a nadie más y lo mismo le ocurre a Melisa. Estamos juntos intentando encontrar la felicidad con esto que sentimos el uno por el otro.

Yago recorrió la sala caminando concentrado y con la cabeza gacha. Tadeo le hizo señas a Lucho buscando saber si él podía leer la mente del caminante.

—Esa enana de mierda me va a volver loco —concluyó Yago, mirándolos—. Pisa la tierra con un único objetivo, sacarme de quicio.

—Y lo logra, macho —aseguró Tadeo—, pero también es la que te hace sentir vivo y eso es para darle las gracias.

—Bárbara no es fácil —dijo finalmente Melisa—, pero es auténtica y eso es un gran punto a su favor.

—¿Cómo podés ser tan animal? —reclamó fuera de sí Alfredo.

—Ni se te ocurra retarme —lo atajó Bárbara—. El pelotudo quería coger; la rubia debe haber regresado a España y yo le caí como anillo al dedo.

—Bárbara —dijo buscando paciencia—, reina de mi corazón, el hombre te dijo que te quería.

—Error, el hombre dijo que me quería para él.

—Que viene a ser más o menos lo mismo, ¿no?

—Mirá, Alfredo. Yago no dijo «Bárbara te amo», ni siquiera dijo «Bárbara te quiero», el muy hijo de puta dijo que quería poseer hasta mis pecas; se adjudicó el derecho de que yo exista solo para él.

—Porque te ama —insistió.

—A vos el teatro te volvió sordo. Te estoy contando textualmente cada palabrita que el desgraciado se atrevió a vocalizar. En ningún momento habló de amor, sino de posesión. Y yo, soy mía.

—¿Para qué te querés si no tenés con quién disfrutarte?

—¿Podrías dejarme sola? —solicitó la actriz.

—Obvio, reina. Todo el camerino es tuyo, respirá tranquila que no voy a invadirlo. ¿Te alcanza el espacio o preferís que pida que tiren paredes para agrandarlo?

Barbará bufó molesta. Por un segundo, en los brazos de él, había sentido paz. Por un solo momento sintió que podía aflojar tensiones, bajar barreras y vivir junto a Yago un sentimiento que llevaba años guardando en su corazón. Pero Yago seguía siendo el mujeriego que picaba de cada plato un poco haciéndose de todos y no decidiéndose por ninguno. Ella no era Blanca, su personalidad no era la de Melisa; Bárbara no caería rendida ante nadie; a su favor podía decir que tampoco exigía la rendición del otro.

El celular sonó, la llamaba Guille. Se limpió de un manotazo las lágrimas, bebió un sorbo de agua y respondió:

—Hola, enano.

—Hola. Hoy es la última función ¿no?

—Sí. Mañana empiezan mis vacaciones.

—Te llamaba para desearte suerte y decirte que tengo planeado qué vas a hacer en tus vacaciones.

Bárbara sonrió:

—Llegaste tarde, lenteja; el sábado próximo me voy a París.

—Pero toda la semana que viene estarás acá. Andá entrenándote, porque te pienso hacer mierda en la cancha.

—Acepto, pero después no vayas corriendo a contarle a tu mami que perdiste.

—Soñá, nena.

—¿Cómo va la convivencia en lo de Julián?

—Genial —aseguró—. Mamá está feliz, consiguió una suplencia en un colegio, ya no tiene que tener alumnos particulares.

—¡Qué bueno! Me alegra mucho, Guille.

—Sí. Además, Julián es re gamba y la cuida. Yo nunca viví con un tipo adentro de la casa y te confieso que tenía mis dudas, pero nos llevamos bien.

—Es que mi amigo no es cualquier cosa —dijo ella con orgullo.

—Estaba pensando —comentó Guille— que no te vendría mal vivir con un hombre.

—Me estás asustando, enano.

—No, en serio. Sos mujer, necesitás que te cuiden.

—Yo me cuido solita.

—Ese es el problema, que sabés cuidarte sola, no descansás nunca, Bárbara. ¿No te gustaría vivir con un hombre que te mime?

—Buey solo bien se lame —respondió.

—Trató de lamerte la punta de la nariz con la lengua y vas a ver que no se puede y necesitás que lo haga otra persona.

—¿A quién le gusta que le pasen la lengua por la nariz?, ridículo.

—A todos, tonta. —Y agregó—: A todos nos gusta.

Paseando por la orilla del Sena, recordó la afirmación de Guille. Una París blanca le congelaba la punta de la nariz y deseó no ser tonta. Caminó por el Boulevard Saint-Michel, giró a la izquierda sin detenerse a pensar hacia dónde se dirigía, los jardines de Luxemburgo la llamaron y se perdió en ellos. Se sentó en un banco disfrutando del sonido del violín con el que un hombre, tan solitario como ella, interpretaba «La vie en rose».

*He aquí el retrato sin retoque
del hombre a quien pertenezco.*

Cuando el violín se llamó a silencio, se levantó del banco, depositó unas monedas en el tarro junto a la funda del instrumento, siguió el sendero hasta el exterior, se encontró en la Rue de Vaugirard y abrió la puerta de la coqueta sala de té Angelina.

—*Soupe à l'oignon, s'il vous plaît.*

«París, en soledad, es un desperdicio», pensó.

—Mira que el mundo es tan grande y vengo a encontrarte aquí —dijo una voz conocida de mujer.

—Magüi —la saludó Bárbara.

—¿Puedo sentarme contigo o esperas a alguien?

Bárbara extendió la mano ofreciéndole la silla.

—¿Has visitado el museo?

—No, me gustan más los jardines.

—¿Qué haces en París?

—Vacaciono —respondió Bárbara.

—¿Sola?

—Magüi, no preciso compañía para disfrutar de mis merecidas vacaciones —se defendió.

—¿Y Yago?

Llegó a molestarla tanta pregunta cuando no eran amigas sino apenas adversarias circunstanciales:

—Sabrás vos.

—¿Quieres decirme que tú y él todavía siguen cada uno por su lado? —reprochó la española.

—Somos amigos. Creo que él está en Buenos Aires...

—Cariño, él debería estar aquí a tu lado, no en Buenos Aires.

—No entiendo qué hago hablando de él con vos. No comprendo a dónde querés llegar.

—Pues, te lo diré, porque me gustan las cosas claras y ustedes dos se empecinan en ponerlas borrosas. Yago te quiere a ti. Besa el suelo que pisas y alaba el agua que bebes. Pero tú eres tan vanidosa que no lo notas.

—Mirá, «gallega» —se enfureció Bárbara—, no te doy permiso para que hables de mí, ni de mi relación con él.

—Estás viendo en mí a una rival y no puedo serlo, cariño. Más quisiera yo llegar a ese nivel. He sido la calma en una época muy conflictiva de Yago, le he dado aire para que pudiera seguir adelante cuando te fuiste de su lado sin darle tiempo a entender.

—¿Qué tenía que entender?

—Esto que sabe ahora. Que te ama, que eres la luz de sus ojos.

—Yago no ama a nadie.

—No hay peor tonto que el que no quiere ver —la aleccionó Magüi.

Yago recogió del baúl del auto sus pertenencias y se las entregó al peón. La futura esposa del Sapo era la hija de un hacendado de Laboulaye que dispuso que los invitados al evento se alojaran en su inmensa casona de campo. Respiró el aire puro infundiéndose valor para pasar todo un fin de semana cerca de Bárbara y no morir, o matarla. Se acomodó en el cuarto que le asignaron y, desde el balcón, la vio bajar del automóvil de alquiler acompañada por Leonel Martínez. «Ni cinco minutos como para que me vaya haciendo a la idea», se dijo, antes de volver a ingresar y cerrar las ventanas.

Bárbara no fue consciente de que él la había visto llegar. Indicó que dejaran su maleta en el cuarto y que la guiaran hacia donde pudiera saludar a Tadeo y a la novia. Quería descubrir cómo era la mujer con la que el Sapo se había animado a traicionarla. Pero, al llegar junto a la pareja, la ternura le ganó al orgullo y primero lo abrazó a él, para luego besar en la mejilla a ella; reconoció que no guardaba rencores y, por el contrario, hasta estaba contenta de verlos juntos.

—Me encanta la idea que tuvieron de casarse aquí —los gratificó Bárbara, tomando asiento en uno de los cómodos sillones del living de la estancia.

—Fue un pedido de papá —comentó Romina— y nosotros aceptamos con gusto. A Tadeo le encanta el campo.

—Y además así puedo fanfarronear con las propiedades de mi suegro —

bromeó el Sapo.

—Dijiste bien —aseguró Yago, ingresando al lugar sin dedicarle a Bárbara ni una sola mirada—, las propiedades de tu suegro, no tuyas.

—Amigo —se alegró Tadeo y lo estrechó en un fuerte abrazo antes de permitirle saludar a Romina.

—No puedo entender cómo te ves tan linda sabiendo que mañana te casarás con este engendro —bromeó Yago.

Bárbara se mantuvo callada permitiendo que disfrutaran del encuentro. Yago giró hacia ella, le entregó un beso que quiso ser en la mejilla y terminó en el cuello, pero no dijo ni una palabra. Apretó la mano de Martínez, que mantenía una conversación por WhatsApp, y continuó hablando con la pareja como si ellos no estuvieran presentes:

—La ruta estaba imposible. No puedo creer que venga tanta gente para acá con este tiempo.

—Es por el fin de semana largo. ¿Viniste en auto desde Capital? —preguntó Romina.

—Sí, me gusta manejar en la ruta. Me distiende.

—¿Y ustedes? —preguntó Tadeo para incorporar a la otra pareja a la charla.

—Alquilamos uno con chofer —respondió Martínez, todavía abstraído con su celular.

—Hicieron bien —reconoció la novia—, porque estarán menos cansados que Yago. Esta noche haremos un asado para despedir nuestra soltería y después bailaremos hasta que las velas no ardan.

—¡Quién lo diría, Sapo! No me digas que esa será tu despedida de soltero.

—Así como lo oís —afirmó Tadeo, rodeando por la cintura a su futura esposa—. Ya estamos grandes para tonterías, acabamos de pasar los treinta. Romy y yo queremos vivir cada segundo juntos con alegría. Si dejaba esta noche en manos de mis amigos lo más probable es que me secuestraran y me

ataran al palenque.

—Ni lo dudes —dijo sonriendo Yago.

—Voy a pedir que nos sirvan algo para tomar —se excusó Romina.

Yago se sentó en uno de los sillones. Bárbara estaba junto a Leonel en el que lo enfrentaba, Tadeo los observó y reclamó:

—¿Van a seguir haciéndose los tarados o ya podemos volver a ser nosotros?

—¿Perdón? —exigió Yago, pero Bárbara estalló en una carcajada.

—Nos estamos midiendo, Sapo —dijo ella—, creí que nos conocías mejor.

—No vinieron a un ring, vinieron a mi casamiento. A ver si se portan como gente grande y se dejan de boludear.

—Ya que sos un hombre maduro, aconsejanos —solicitó Yago.

Martínez guardó el celular en el bolsillo e intentó comprender de qué se trataba esa charla.

—Vos lo pediste —le advirtió el amigo.

—El que pide consejo es él —indicó Bárbara—, yo paso. Mi vida como alumna se terminó hace rato.

—Pero no aprendiste un carajo —reclamó Tadeo.

—No habrán sabido enseñarme —encestó Bárbara, tomando de la mano a Martínez para llevarlo afuera de la sala.

—Explicame qué está pasando —solicitó Leonel, cuando ya no podían oírlos.

—No te entiendo —disimuló Bárbara.

—Nena, empiezo a sentir que estoy de más.

—Tadeo vive en su nube de novio enamorado y cree que a todos nos pasa lo mismo.

—¿Yago es tu nube? —preguntó directo.

Bárbara lo abrazó por la cintura:

—Yago es mi amigo, un amigo especial, no te lo niego, pero nuestra amistad es muy conflictiva. Jamás terminamos de decidir qué queremos del otro.

—¿Qué quieres con él? —indagó y con la mirada le solicitó sinceridad.

Bárbara lo liberó del amarre, respiró hondo caminando hacia la carpa montada para celebrar el casamiento al día siguiente:

—Yago fue mi mejor amigo cuando de chica me encontré sola en un barrio desconocido y con mis padres intentando nuevamente una vida en común que para todos era irreal. Fue el que mejor comprendió desde el vamos quién era yo. Me instó a defenderme y defender mis sueños. —Se sentó sobre el césped y Leonel la imitó en silencio—: Crecimos casi sin darnos cuenta, un día le dije que quería aprender a besar y él me enseñó.

—Los amigos no enseñan esas cosas, nena.

—La amistad que teníamos podía permitirse algunas excepciones; al menos eso creíamos. Cuando me fui de casa viví en la suya y las licencias que nos tomábamos nos convirtieron en amigos con derecho a intimidad. Realmente creí que podíamos ser tan solo eso, te lo aseguro y estoy convencida de que para él era lo mismo.

—¿Cuándo te diste cuenta de que jugaban con fuego?

—Cuando no pude sentirme con nadie como me sentía con él, y cuando asumí que estar a su lado era igual a claudicar.

—¿Claudicar? Bárbara, ¿te estás oyendo? Ves esto como si fuera una guerra, dos bandos donde uno va tras la bandera del otro para apropiarse de su orgullo.

—Somos muy orgullosos, Leo. Tanto Yago como yo apoyamos el lema de matar o morir.

—¿Por qué estoy acá?

—No te traje para darle celos. Te lo aseguro. Sabés que no era necesario,

puede vernos juntos en todas las revistas. Vos también venías a Córdoba y me pareció que estaba bueno acompañarnos...

—No, nena, si la idea era esa, pude pasar a buscarte el lunes para llevarte conmigo, o encontrarnos en Córdoba capital. Vos querías que nos viera juntos.

—Ya no sé qué quería, Leo. No te miento. Estoy hecha un lío.

—No me gusta el papel que me asignaste sin mi consentimiento —reprochó el hombre—. Sos una mina copada, me gusta esta historia donde podemos encontrarnos sin sentirnos obligados.

—También a mí.

—Pero antes de que sigamos disfrutando el uno del otro, tenés que resolver este quilombo. No quiero tener en mi cama a una mujer que desee estar en la de otro hombre. No me merezco eso, Bárbara.

—No. No te lo merecés.

—Entonces, hagamos uso de nuestros dones y actuemos. Voy a cambiar la orden que le dimos al chofer. Esta noche, cuando terminemos de cenar, vendrá a buscarme. Tenemos lo que queda del día para armar mi salida triunfal.

—¿Cómo justificaremos que tenés que irte antes, si todos saben que hasta el lunes no te esperan en Córdoba?

—Dame crédito, nena. Soy un actor reconocido. Las fans bien pudieron enterarse de que piso su suelo y organizarme tremendo recibimiento para mañana. Me debo a mi público —aseguró, extendiendo los brazos—, no puedo negarles nada.

—Van a considerarte un ególatra insensible.

—¿Nos importa eso? —la invitó a reflexionar Leonel.

El resto del día, Yago evitó cruzarse con Bárbara y Martínez; recorrió

junto a Tadeo el campo disfrutando de montar a caballo hasta que Lucho llegó con Melisa y se unieron al dúo. Bárbara participó de un té que Romina ofreció a sus amigas, en tanto Leonel se excusó diciendo que en la madrugada viajaría hasta la capital de la provincia y necesitaba descansar. La actriz salió del cuarto y maldijo al comprender que el que le habían asignado estaba frente al de Yago.

—Parece que este fin de semana seremos vecinos —comentó él y, dándole la espalda, caminó por el pasillo hacia la escalera aclarándole—: Qué pena que tu galancito esta noche no pueda acompañarte. A lo mejor el chofer le da una manito en el viaje para que no se sienta tan solo.

La ubicación en la mesa era a discreción de cada invitado y Bárbara y Yago quedaron alejados. A pesar de eso, no perdieron detalle de los movimientos del otro. Estaba representando el mejor papel de su carrera hasta que Tadeo pidió silencio para dirigirse a los invitados:

—Quiero agradecerles a todos que aceptaran movilizarse hasta acá para acompañarnos en un momento tan feliz de nuestras vidas. Romina y yo —anunció, tomándola por el hombro—, deseábamos que nuestra gente querida fuera testigo de lo mucho que nos amamos. No sé qué vio en mí esta preciosa mujer, lo que yo vi creo que todos lo tienen muy claro —bromeó—. Ella es el ser más dulce y comprensivo que conozco. Sabe escuchar y no se calla nada. La veo y me ilumina como si estuviera bajo un cielo lleno de estrellas. Soy feliz porque nada importa más que tenerla a mi lado y saber que me ama tanto como yo a ella.

El aplauso fue cerrado y se mezcló con algunas bromas realizadas por los hombres.

—¡Cuartetooooooooo! —gritó un invitado en cuanto la alegre música de Rodrigo Bueno comenzó a sonar y, como un vendaval, los cuerpos se

arrojaron a la pista.

*Ya llego la música que puede...
es sangre de mi Córdoba que te mueve...*

Martínez tomó de la mano a Bárbara invitándola a bailar. Sabía moverse, años atrás había representado un papel que le exigió aprender a bailar cuarteto y lo hacía a la perfección. Movía las caderas desprendiéndolas del resto del cuerpo, sus pies llevaban el ritmo con soltura. Conocía tan bien los pasos, que podía concentrarse en seducir a su compañera. La hizo girar y quedó detrás de ella, pegando el pubis a la espalda femenina, oscilando de un lado a otro, balanceándose en tanto apoyaba una mano en el vientre de Bárbara y le acariciaba con la otra el brazo. Su compañera sonreía divertida. Aquel Leonel Martínez era quien se había ganado que ella le abriera las puertas de su vida. Cuando la canción terminó, con ellos de frente y pegados el uno al otro, Leo la besó.

—Hora de irme, nena.

—Vamos, te acompaño a despedirte y al auto.

Bárbara lo vio partir sabiendo que nada volvería a ser igual entre ellos. El lunes darían la última función en la entrega de premios para un público que siempre los consideró una pareja. Pensó si regresar a la fiesta o ir hasta el cuarto. La música de Rodrigo seguía bramando:

*Y mira qué ironía, querida,
él no te entrega nada.
En cambio yo soy a tu medida,
el único que te ama.*

«A dormir, Bárbara», decidió.

La ceremonia pudo realizarse bajo un tibio sol otoñal. Al concluir la misma la carpa montada para el almuerzo recibió a los invitados. La mesa de amigos del novio reunió a Bárbara con Yago.

La tarde caía para cuando comenzó el baile, y él se dignó a hablarle:

—¿No te gusta la música?

—Me encanta, ya sabés eso.

—Como hoy no te vi bailar... —comentó Yago.

—¿Estuviste pendiente de mí, *sensei*?

—Tengo por costumbre cubrirte las espaldas, enana.

Fue el momento que el DJ consideró indicado para dejar correr la música que disfrutarían los mayores. Rod Stewart les recordó otra celebración:

*¿Estas son tus manos tomando las mías?
Ahora me pregunto,
¿cómo pude haber sido tan ciego?*

—¿Querés repetir? —preguntó Bárbara al sentirlo tararear.

Molesto por cómo intentó provocarlo, no tuvo más paciencia para seguirle el juego:

—¿Le faltó calor a tu cama, anoche?

—De ninguna manera, Yago; vos estabas tan caliente que tu calor traspasó el pasillo hasta mi cuarto.

—No sos auténtica, Bárbara. Vivís actuando un papel que se convirtió en ridículo. Es una pena, eras un diamante en bruto.

—Crecí y aprendí a cuidarme, *sensei*.

—¿Qué cuidás? Tenés tanto miedo a sufrir que escondés a la mujer tras una piel cubierta de espinas. Creés que la estás cuidando pero te equivocás; te

encerraste en la peor de las soledades.

—No tenés idea de nada —protestó Bárbara.

—Conozco esa mujer, sé que está ahí, no podés ocultarla de mí. Cada vez que me acerco la oigo gritar pidiéndome que la ayude a treparse por el árbol para correr conmigo hacia su libertad.

—Estás recurriendo a recuerdos hermosos de nuestra niñez con la intención de conmoverme —se quejó ella.

—No preciso de eso. Sé lo que te pasa conmigo. Cada vez que hicimos el amor esa mujer me acarició. Pero todos tus miedos te hacen levantar escudos.

—Nosotros no hicimos el amor, Yago.

—Hacemos el amor desde la primera vez que oímos esta canción. Desde que creí que te enseñaba a besar y en realidad estaba aprendiendo a amarte —aseguró.

El corazón de Bárbara estuvo a punto de trastabillar, pero no se lo permitió:

—Estás cambiando otra vez las reglas. Teníamos un trato, ¿te acordás?

—No hubo ningún trato, Bárbara. Nos ocultamos disfrazándonos de cualquier cosa que nos permitiera estar juntos. Me repetí hasta el cansancio que no eras para mí, por miedo a ser el causante de aquello que tanto temés. Me conozco, siempre supe cuánto puedo lastimarte; me obligué a jurarme que solo serías mi amiga porque únicamente desde ese lugar podía cuidarte. Una amiga con derechos, una amiga especial. Pero ya no podemos asegurar eso, Bárbara —confesó con el ceño fruncido—; yo soy tu hombre y vos sos mi mujer, eso no podemos cambiarlo ni vos ni yo.

—¡Yo no soy propiedad de nadie! —dijo, elevando el tono, sin molestarse en ver quién los observaba.

—Amar no es apropiarse —aleccionó acercándose a ella—, no es adueñarse. Esa es la imagen que te dejaron tus padres, pero ellos no se querían. Tu padre no puede retener a su lado a nadie porque no sabe valorar

nada; tu madre estaba tan ocupada en conseguir concretar su obsesión que no supo querer ni a su marido ni a sus hijas.

—No quiero hablar de ellos, Blanca está muerta y a Guillermo lo consume un cáncer. Vine al casamiento de un amigo, no a hacer terapia de grupo.

—Dejá de ocultar lo que ya sabés. Venís a mí, como siempre, porque esa mujer que te negás a liberar te tortura con sus ruegos.

—¿Te agrandaste, *sensei*? —se defendió—. Jamás pensé que leerías tan mal lo que hay entre nosotros.

—Entre nosotros hay un error de conceptos. Un grave error de conceptos. Tu idea de lo que es estar enamorada te aterra y jamás te detuviste a pensar que tal vez era errónea. Voy a demostrarte qué es el amor, Bárbara.

—No tengo tiempo, Yago. Quiero divertirme y ya veo que con vos esta noche no voy a lograrlo —comentó, tratando de alejarse de él.

—Vamos —dijo tomándola del brazo y privándola del escape—. En diez minutos voy a divertirme como jamás te divertiste escuchando a un hombre poner sobre la mesa toda su verdad.

La condujo al cuarto de él y la arrinconó contra la puerta al cerrarla:

—Acá no te ve nadie más que yo. No hay cámaras indiscretas, ni ojos entrometidos, la prensa no tiene acceso a mi habitación. Solo vos y yo.

—Jamás en la vida me detuvo la opinión de nadie —aseguró Bárbara.

—Mentís, mi opinión siempre te tuvo alerta. ¿Querés saber qué opino? —preguntó, acercando la boca al cuello de ella.

—Imagino que aunque te diga que no, voy a escucharte igual —contestó, tratando de que no notara lo alterada que estaba.

—Me amás. Pero tranquila, yo también te amo —aseguró, incendiándole el cuello con su aliento—. Y sé que te amo porque te extraño no solamente en mi cama. Extraño tus provocaciones, que me saques de quicio, extraño tus ojos, tu olor y también el calor de tu piel. —Bárbara gimió y Yago, adelantando las caderas, continuó—: No puedo sacarte de mi cabeza y no es

obsesión por poseerte; es esta necesidad de que estés bien, de verte sonreír, progresar. Son estas tremendas ganas de acompañarte y que me acompañes. Ahora que te di libre acceso a mi mente puedo dejar que sepas cómo siente mi corazón. Y aun así, con toda esta verdad, de la que estoy seguro, no puedo jurarte que jamás te haré daño; seguramente no podré evitarlo, porque soy hombre y tengo mil y una fallas; pero cada vez que eso ocurra vas a estar convencida de que es culpa de mi completa ignorancia de no saber ser, y vas a tener que enseñarme.

—No quiero que nos hagamos daño. Todo estaba bien antes, cuando podíamos estar juntos sin prometernos nada.

—Nada está bien si no estamos juntos. Cuando lo escuché a Tadeo pensé en la ridiculez de cada una de esas palabras. Nadie puede prometer amar por siempre asegurándole al otro que estará a su lado eternamente. Yo no voy a prometerte eso. Sí puedo darte mi palabra de que hoy te amo más que ayer, que solo vos existís en mi vida, que te cuido porque te quiero y porque adentro tuyo también estoy yo. Te cuido con el egoísmo propio del hombre y te pido que me cuides con la ternura que solo posee la mujer.

Bárbara intentó despegar su cuerpo del de Yago y se encontró inmovilizada cuando él continuó:

—Sos mina de ejemplos claros, te conozco desde chiquita, así que voy a darte el mejor que se me ocurre. El acto sexual es un fiel reflejo del amor. El hombre se mete en la mujer —aleccionó tomándola por la nuca con una mano y ajustándola a él con la otra por la cintura—, la embiste, la llena con su simiente, la hace suya y ante los ojos del mundo la domina. —La liberó un tanto del amarre, para darle la oportunidad al cuerpo de Bárbara de ir a su encuentro, como lo hizo—. La mujer lo acoge, lo recibe en su interior, se entrega; eso es lo que tu mente lee cuando se resiste a enamorarse, por eso en la cama sos una leona, una mujer desenfrenada y dispuesta a todo por hacerse del mando sin darte cuenta de que en el momento de mayor placer es el

hombre quien se entrega para que la mujer lo encierre, lo posea, lo aprisione en ella exprimiendo cada gota de su masculinidad —aseguró, dejando que notara cuánto la deseaba—. El mando es compartido, no hay vencedor ni vencido, hay dos cuerpos en busca de un mismo objetivo, el placer de unirse. Mi amor no quiere poseerte, no quiere apropiarse, no pretende anularte, ni convertirse en el único motivo de tu existencia. Mi amor espera que noselijamos y vivamos cada día como si fuera el último que vamos a vivir; no quiere tus errores —confirmó besándole cada peca—, reconoce que existen y, aunque te los señale, no son impedimento para seguir amándote. —Bárbara extendió los brazos para colgarse de su cuello y siguió escuchándolo—: No seré quien te mienta asegurándote que sos perfecta, pero sos la mujer que me convierte en este hombre que aprendió que cobardía es no decirte que te amo, que te extraño y que te quiero a mi lado desde hace mucho tiempo y también hoy. —Le besó la punta de la nariz, rodó con los labios por la cara de ella y se refugió en su cuello—. Estoy seguro de que habrás escuchado mejores ofertas, no me cabe duda de que los autores habrán puesto en boca de tus *partenaires* declaraciones brillantes, la mía trae únicamente sinceridad; sobre la mesa dejé expuesto quién soy cuando estoy con vos; la decisión ahora es tuya. Podés salir por la puerta y nuestras vidas seguirán siendo las mismas, o quedarte y arriesgarnos juntos en la incertidumbre que estoy seguro que será vivir nuestro amor.

Bárbara intentó detener el cúmulo de emociones que la revolucionaban por dentro. Peleó contra sus miedos y también contra la tentación. Se mantuvo callada debatiendo, en tanto la paciencia de Yago solo le permitió esperar un par de minutos antes de separarla de la puerta y abrirle el camino para que se alejara de él.

—No tan rápido, *sensei* —indicó ella, cerrándola de un manotazo y apoyando la otra mano en el hombro de él—. Una declaración de mierda, debo reconocértelo, pero al menos la sentí sincera. Vas a lastimarme mil

veces, porque sos un terco insoportable; por suerte me enseñaste a pegar patadas y te aseguro que vas a recibirlas. Jamás seré tu propiedad, ¿sabés por qué?, porque eso nos robaría la magia que siempre existió entre nosotros. Nuestros egos son grandes y precisan de desafíos diarios. Eso somos vos y yo, un desafío nuevo cada día. —Yago sonrió y ella continuó—: Vas a serme fiel, no porque tengas miedo a mis represalias sino porque serás libre para elegirme cada día y, puestos a elegir, tu mejor opción siempre seré yo. Lo que me lleva a aceptar tu oferta —dijo, mirando los ojos castaños que brillaban para ella—, es que prometiste que vale solo por hoy. Aprendí que lo más valioso que tengo es mi vida y que estoy obligada a aprovecharla cada día. Reconozco que también te amo desde hace tiempo —confesó, haciendo un mohín de disgusto con la boca—, y que hoy sigo estando enamorada, pero tampoco puedo asegurarte que sentiré así mañana.

Yago la tomó de la cintura acercándola nuevamente a él, con ansiedad distinta le besó el cuello:

—Es un trato, enana. Y a los tratos hay que firmarlos.

—¿Pretendés que estampe mi firma en un papel o querés un autógrafo? Porque desde el vamos te aclaro que ni en pedo me caso.

—Nada de eso. Ya tuvimos el karate y la charla, ahora quiero el volcán.

Pudo haber besado primero cada pecca hasta llegar a sus labios, pudo haberse acercado con ternura e ir despertando en ella los sentidos que la expusieran a él, pero Yago jamás era dueño de su razón cuando estaba junto a Bárbara y postergó la dulzura y los cuidados dando rienda suelta al instinto, sin medir sus impulsos, sabiendo que frente a él estaba el huracán que tan pronto los ubicaba en el calmado eje, como en la furia del remolino. La tomó de la nuca abarcando con su boca la de la mujer, entrando allí para disfrutar del recibimiento. La desnudó sintiendo que lo desnudaba y cayeron de lado sobre la cama; un cuerpo junto al otro que enlazados rodaron al piso. Sostuvo la cara de ella entre las manos para mirarla a los ojos buscando el brillo que

tanto anhelaba.

—Esta es mi estrella, Bárbara, y quiero que seas libre —le dijo y, al escucharlo, Bárbara lo rodeó con sus brazos por el cuello para encender más su boca asegurándole que brillaban juntos.

La intimidad entre ellos era visceral, primitiva, sin límites; nada era negado, todo estaba permitido cuando eran sus propios cuerpos quienes reclamaban. Estando Yago en Bárbara, el mundo dejaba de existir y el único objetivo era obtener el placer propio y el del otro.

—Hoy, Yago. Sin demandas, sin reproches. No prometamos nada.

—Enana, esa ya es todo una señora demanda —explicó—. No pienses, no le des vueltas. Pintó y salió con fritas.

—Y con volcán de chocolate.

Yago estalló en una carcajada, la atrajo hacia él y agregó:

—Con respecto a las cuerdas —se arrepintió de inmediato al ver la picardía en su cara y muy serio aclaró—, no me ates salvo que quieras que haga lo mismo con vos.

Yago usó una de sus manos para tomarla del cuello y guiar su boca hasta la propia. Otra vez tampoco fue suave; utilizó toda su bravura y hambre por ella para hacerle olvidar cualquier duda que la acosara.

Bárbara exigía y él actuaba. Las imágenes de Guille, Melisa, Tadeo, sus padres y hasta el recuerdo de ella misma castigada en el cuarto de la infancia recorrieron la mente de la actriz como flashes incesantes.

—No me permitas pensar —solicitó.

—Mirame a los ojos, Bárbara —le ordenó Yago, asegurándole—: Estoy acá. Abrite a mí, compartí conmigo todo lo que tenés. Mañana no existe. Es el último segundo de nuestras vidas, vivámoslo a pleno.

Le encerró la boca con un beso impidiendo cualquier respuesta. Utilizó las manos para despertar cada milímetro de la mujer sin permitirle que se distrajera. La incitó a provocarlo provocándola, penetrando no solo en su

cuerpo sino también en sus murallas. Con la primera intromisión Bárbara liberó una lágrima y él continuó apostando a más, hasta que alcanzaron el clímax y la hizo estallar en un llanto abierto entre temblores de gozo y vulnerabilidad. Había llegado a ella.

Bárbara quedó sin fuerzas tendida debajo de él, con la cabeza incrustada en el pecho de Yago. Él seguía en ella y por primera vez no había condón que los separara. Él besó su frente, bajó con los labios hasta el cuello, le recorrió el hombro y volvió a pedirle:

—Mirame. —Bárbara no podía, se sentía indefensa y no se movió un centímetro—. ¡Bárbara! —ordenó Yago—, mirame. Soy yo y todavía no es mañana.

Despertó con la cabeza sobre el brazo de él, con las piernas enlazadas en un nudo donde se hacía difícil distinguir cuáles eran las propias y cuáles las ajenas, segura de que en ese nuevo día también lo quería a su lado.

—La rutina ya la conocés —dijo Yago sin moverse, al notarla despierta—, primero hago ejercicio, después me baño.

—No tengo que recordarte que me gusta ducharme primero —respondió risueña.

—Veremos quién gana.

—No hay que convertirse en genio para comprender que, mientras estés manteniendo firmes tus abdominales, voy a estar proclamándome la beneficiara de las primeras gotas de agua tibia que derrame la ducha.

Yago dejó caer la cabeza de Bárbara sobre la almohada, incorporándose con rapidez para elevar la sábana y, dirigiéndose a su virilidad, comentó:

—Es la primera vez que alguien te llama ducha, amigo, pero vamos a aceptar el término. —Giró con agilidad, tomó ambas muñecas de Bárbara y las aprisionó con fuerza extendiéndole los brazos hacia ambos lados—.

Preparate, enana. Tu ducha de hoy se llama Yago, voy a dejarte tan limpia como en tu vida estuviste —sentenció, antes de recorrer la piel de la mujer con la lengua, electrizando cada poro que rogó por él.

Bajaron a desayunar. Tanto Lucho como Melisa hicieron la vista gorda y no preguntaron lo que para todos era una verdad clarísima. Tadeo y Romina ya estaban sobre el avión que los llevaba a disfrutar su luna de miel, y fueron los padres de la flamante esposa quienes oficiaron de anfitriones.

—Señorita Bárbara —la llamó el peón—, un auto la espera para llevarla a la capital.

Los ojos de Yago la indagaron.

—Voy a Córdoba capital, no a Buenos Aires —aclaró ella, para luego explicarle a Yago—: Quedé en eso con Leonel.

Se preparó mentalmente para los reproches, las quejas, las objeciones; en cambio, Yago simplemente la besó con suavidad en los labios antes de despedirse:

—Buen viaje.

Sentado frente al televisor de su living, Yago presenció el evento de Córdoba. Leonel Martínez recibía un premio por su actuación en una película filmada allí, Bárbara Zabala aplaudía a rabiar desde la primera fila de la platea.

—Los cables informativos —dijo el periodista, poniendo el micrófono frente a Martínez— aseguran que usted y Bárbara Zabala ya no son pareja, pero ella está aquí acompañándolo. ¿Qué tiene para declarar?

—Bárbara Zabala —dijo el actor—, es mi gran amiga. La admiro como colega y la aprecio como persona. Nos hemos divertido mucho haciéndoles creer lo que se nos vino en gana, pero ya es tiempo de que se den cuenta de que somos actores y nos encanta actuar.

Querés que comamos volcán o llevo tiras de amarre?

Yago sonrió leyendo el mensaje de WhatsApp de ella y lo respondió de inmediato:

Por qué elegir si puedo tener las dos cosas?

Bárbara estalló en carcajadas y volvió a la carga:

Reconocés que te gustó estar sometido?

El hombre se encargó de regresarla a tierra:

Enana, no te adelantes a los hechos. Voy a atarte a mi cama, untaré el volcán sobre tu cuerpo y me lo voy a pasar de puta madre. Yo siempre voy por todo.

—Más despacio, por favor —rogó Alfredo—, no puedo seguir la secuencia de los hechos si vas tan rápido.

—Sí podés —aclaró Bárbara—, lo que pasa es que vos querés los detalles chanchos.

—Entendeme, corazón, me pasé el fin de semana intrigadísimo deseando saber cómo había reaccionado el potrazo cuando te vio con el galancete; la tele me pasó flashes de Córdoba donde se te veía feliz por el premio de Martínez y de pronto lo oigo al tipo decir, frente a cámaras, que se estuvieron burlando del público por años.

—Yo no diría que burlándonos, sino...

—¡Basta! —la frenó—, soy un ser sensible, pasá directo a la parte buena que mi corazón no resiste tanta espera.

—Lo dicho, sos un chancho.

Si la indagatoria de Alfredo fue inquisidora, ¿qué se podría decir de la ejercida por Melisa?

—Dejá de hacerte la misteriosa y decime la verdad —requirió la hermana mayor levantando juguetes del piso—, ¿van a vivir juntos? ¿Van a casarse?

—¿Vos estás loca?

Melisa se golpeó la frente con la mano. ¿Dónde estaban todos los

progresos que Bárbara aseguraba? Respiró hondo e, intentando tenerle paciencia, repreguntó:

—¿No decís que se confesaron que se aman?

—Sí —respondió, alzando las cejas y elevando los hombros, creyendo que estaba entregando respuestas muy claras.

—Bárbara, ya no son dos pendejos, son adultos que finalmente maduraron y reconocieron lo que uno siente por el otro. Se conocen desde el génesis, ¿por qué sigue cada uno por su lado cuando pueden recuperar desde ahora mismo el tiempo perdido?

—¿Qué tiempo perdido?

—Hermana querida, te aseguro que estoy haciendo uso de toda mi capacidad de comprensión, pero tu terquedad y la de él acaban con mi paciencia con mucha más rapidez que los mellizos.

—Mel, Yago y yo comenzamos a hablar con la verdad, es cierto, pero necesitamos tiempo. Los dos somos orgullosos, tercos, independientes, ¿qué creés que pasaría si nos lanzamos de una sin tomar recaudos?

—¿Ser felices por fin?

—La felicidad se construye y las seguridades hay que ganárselas. Lo quiero, lo sé, pero antes tengo que sentir que necesito dar el próximo paso. No voy a imponerme nada y no pienso imponerle nada a él.

—¿Te pidió que te mudaras con él?

—No.

—Los dos están perdiendo el tiempo. Tal y como yo sostengo, son dos tercos de mierda.

El paso que Bárbara no se animaba a dar, tampoco lo daba Yago. Para él fue maravilloso extrañarla durante el día sabiendo que en la noche la tendría entre sus brazos. Los mensajes que intercambiaban por WhatsApp quemaban

los celulares al mismo tiempo que incrementaban el deseo que debía esperar hasta que se encontraran.

—Si mañana te llevo al aeropuerto lo más práctico es que te quedes a dormir en casa —le hizo ver Yago.

—Si te jode levantarte más temprano —respondió ella a su demanda—, puedo pedirte un taxi.

—¿Y perderme de los pucheros que hagas cuando te des cuenta de que vas a pasar todo un mes sin deleitarte con mi cuerpo? No soy tan bueno, enana.

—Oíme, agrandado, si querés puedo representarte el papelito ahora mismo y seguís durmiendo una horita más mañana.

La hizo girar en la cama hasta dejarla con la cara contra la sábana, le extendió los brazos hacia los costados sujetándoselos por las muñecas al mismo tiempo en que se ponía a horcajadas de ella:

—Hay un solo momento en el que es imposible que la actriz se apodere de vos, Bárbara.

—¿Cuál? —preguntó, disfrutando del enfrentamiento.

—Cuando me mirás a los ojos y puedo verte. Cuando tus pecas se llenan de vida diciéndome que me amás.

—En este preciso momento tendría que ser contorsionista para confirmar tu punto.

La liberó y volvió a girarla sin necesidad de amarrarla. Bárbara yacía expectante debajo de él.

—Hoy te elijo y seguramente estaré esperándote cuando vuelvas a mí después de tu gira.

—Bueno... esta noche voy a quedarme. Pero porque da la casualidad de que tengo la valija en mi auto y no es necesario ir a buscarla a mi casa —respondió con terquedad.

Sobre el avión achicó los ojos mirando por la ventanilla, sabiendo que era inútil el esfuerzo, ya no tenía la posibilidad de ver a Yago un instante más.

Su profesión comenzó a restarle horas de placer junto a él y se planteó no volver a aceptar ese tipo de ofertas. Era libre junto a Yago, era feliz cuando lo rodeaba con sus brazos y sentía el aliento de él junto a su cuello. Él no reclamaba más y ella moría por darse entera. Melisa tenía razón, estaban perdiendo tiempo de felicidad.

Una mañana se encontró despertando sola en una extensa cama de hotel, añorando sentir junto a su cuerpo el calor del de Yago y le envió un mensaje:

Cuatro grados bajo cero.

Yago sonrió y respondió:

Karate, charla o volcán?

El cuerpo de ella tembló reclamante.

Las tres cosas, sensei, para qué privarnos.

Había logrado quitarle la incertidumbre que le causó reconocer la falta que él le hacía, hasta que al entrar en una tienda se cruzó con una madre que, con ternura, amamantaba a su bebé.

No lo pensó un solo segundo y le escribió:

Qué onda un tercero?

Grande fue su sorpresa al leer la respuesta:

Puedo elegir el sexo del tercero?

«Lo mato», se aseguró saliendo del lugar, dispuesta a comprar el primer pasaje para poder llevar a cabo su cometido.

Conociéndola, él volvió a enviarle otro mensaje:

El que calla otorga. Quiero que sea nena, me gusta que me llamen papito y vos te negás a hacerlo.

Eso la descolocó, él no podía leerla a tantos kilómetros de distancia y, por las dudas de que su primer pensamiento fuera el acertado, envió:

Si también aceptás cambiarle los pañales, te dejo elegir.

Yago la alejó de cualquier duda:

Tengo screenshot de tu aceptación. Voy o venís para concretarlo?

Las barreras de Bárbara se derrumbaron todas juntas. Lo amaba, lo quería por siempre a su lado y estaba segura de que solo junto a Yago encontraría la felicidad completa. ¿Qué importaba cuánto durara? Viviría cada día como si fuera el último y no se privaría ni de una sola miga. Él era el amor y con él podía ser Bárbara.

—Bárbara Zabala —preguntó una mujer, reconociéndola—. ¿Puedo pedirle un autógrafo?

Aceptó y con simpatía le dedicó una extensa dedicatoria en el papel que la mujer le tendía.

«Sí, Bárbara Zabala», se dijo y decidió continuar siéndolo:

También tengo captura de tu abnegación por cambiar pañales. Espero que sepas hacerlo. Quién te dice que no sea mi manera de decirte que ya viene en camino.

Pensó que lograría contar hasta diez antes de recibir la respuesta de Yago, pero él volvió a sorprenderla enviándole una *selfie* sonriendo desde una juguetería, con una pelota y una muñeca sobre el mostrador de venta y dispuesto a pagar por la compra.

El reencuentro fue más intenso aun que la despedida. Cada segundo con él se veía magnificado por el placer que se ofrecían. Los diálogos nocturnos se tornaban tan interesantes que las noches en las que dormía en la cama de Yago se sucedieron sin que pudieran contabilizarlas.

Las discusiones provocaban reconciliaciones inolvidables. El desorden de Yago y la pulcritud de Bárbara chocaban a diario y Carla se divertía escuchando los lamentos de su hermano al día siguiente cuando le contaba las lecciones a las que lo sometía su pareja.

—Hay inconvenientes con la obra de Miami —comunicó el arquitecto a su hijo—, necesito que vayas.

Aceptar implicaba dejarla. Bárbara representaba una obra de teatro, estaba en plena temporada de éxito; jamás aceptaría acompañarlo y él debía ir. La fecha de regreso no podía preverse y cada segundo lejos de ella se le haría eterno. Le comentó del viaje intentando quitarle dramatismo, bromeó invitándola a mantener sexo por Skype.

Ella comprendió que esa sería la primera gran prueba que debían afrontar. Separados, alejados, extrañándose, amándose a la distancia, con todas las tentaciones que cada uno debería soportar pasando por frente a sus narices.

La primera semana lograron encontrarle la parte divertida a conocerse de una manera diferente provocándose por teléfono y por Internet. Pero los días comenzaron a hacerse más largos y Bárbara pudo sentir cuánto se añoraban. Yago no podía evitar que su voz sonara apagada, Bárbara reprimía el deseo

de abrazarlo y sentirlo pegado a su piel.

—Es imposible —le advirtió Alfredo—, una maratón sin sentido. ¿Por qué no esperás un poco? A lo mejor las cosas se acomodan y en una semanita lo tenés acá.

—No soportaré una semana más —le advirtió.

La función del domingo terminó y su amigo y director teatral tenía el auto esperándola en la puerta para llevarla hasta el aeropuerto internacional. Las piernas de Bárbara corrieron para no perder el vuelo. A la mañana siguiente arribó a Miami, un auto la esperaba para trasladarla hasta la dirección que ella indicó frente a la playa. Abonó con su tarjeta de crédito, le arrojó el bolso a un obrero que se quedó mirándola y al que le preguntó por el arquitecto Uturbey. El hombre, desconcertado, le indicó que atravesara la plataforma hasta la baranda frente al mar.

Corrió siguiendo las indicaciones y se frenó de golpe. Yago estaba de espaldas, mirando la inmensidad de agua turquesa, con las manos apoyadas sobre los pilares de una improvisada línea divisoria que en un futuro marcaría los límites del complejo. Su mirada perdida en el horizonte, los hombros señalaban un peso emotivo que le costaba sostener. Bárbara estuvo a punto de gritar su nombre para acortarle la espera pero su voz se negó a anunciarla, fueron sus pies quienes se encaminaron a él y fueron sus brazos los que lo rodearon por la cintura.

—Llegué —le dijo en tanto le regaba de besos la espalda.

Yago respiró hondo, se aferró a las manos que no se desprendían de su abdomen y apenas pudo decir:

—Enana.

Giraron para confirmar que estaban juntos. Yago la besó sediento de ella, alzándola y obligándola a que lo rodeara por la cintura con las piernas.

Ese día el arquitecto dio por concluida su jornada laboral. La llevó con él al piso en el que moraba, la hizo suya mil veces confirmándole que era de ella.

—¿Te montaste en un vuelo de casi ocho horas directo desde el teatro para estar conmigo medio día y volver a Buenos Aires?

—Sí —le confirmó sonriendo—, me necesitabas, *sensei*. Los yanquis no saben cocinar un buen volcán.

—Te amo —le dijo sin dejar de besarla.

—Y yo te extrañé mucho, Yago. No quiero más despedidas, no quiero más esperas. Voy a volver cada domingo, al terminar la función, hasta que puedas regresar a casa.

—¿Cuál es tu casa, enana?

—Vos.

Yago regresó a Buenos Aires y Bárbara se instaló con él.

—Me estás engatusando —se ofuscó Yago—, no pienso ponerme un preservativo cada vez que hagamos el amor y mucho menos durante tres meses.

Bárbara se contuvo la risa que pretendía aflorar y, mirándose las uñas, respondió:

—Llevo años tomando la pastilla y el médico aconseja dejar pasar un trimestre sin ellas antes de intentar embarazarme.

Yago achicó los ojos para mirarla en detalle, tomó su celular y llamó a Carla:

—Decime, ¿qué es lo peor que puede pasar si una mina queda embarazada ni bien deja de tomar los anticonceptivos? —Escuchó la respuesta de su hermana, abriendo grandes los ojos, hasta que finalmente intentó cerciorarse —: ¿Me estás jodiendo? ¿Para qué carajo estudiaste tantos años si no sabés hacer una puta pastilla que no le joda la vida a los que quieren ser padres?

Bárbara vio cómo arrojaba el celular contra el sillón y maldecía a todos los químicos, farmacéuticos, laboratoristas y portadores de patentes médicas que existían porque el aire era gratis. Se acercó a él y lo abrazó. Yago se deshizo de la cercanía y le aclaró:

—No te acerques, necesito tiempo para asimilar todo esto y si te tengo

pegada a mí vamos a tener quintillizos.

—No es tan terrible —le aseguró—, vos y yo cogimos miles de veces usando forros cuando yo no tomaba la pastilla, bien podemos retomar viejos hábitos.

—¿Vos estás borracha? ¿Vos creés que se puede comer el mejor bocadito del mundo y después conformarse con un pedazo de pan?

—¿Estás comparándome con una insulsa flautita? —reclamó indignada.

Yago le clavó la mirada amenazante antes de desaparecer de su vista, metiéndose en el baño para darse una ducha helada. Ella espero a que regresara, tomó su celular y la llamó a Melisa:

—¿Podés creer que este tarado se cagó en las patas y después se encaprichó como un nene de dos años? —dijo a su hermana pero mirándolo a él.

Yago no se quedó atrás y lo llamó a Lucho:

—Tu cuñada —le indicó al amigo—, me propuso ser padres sin advertirme primero las condiciones de su oferta. Sigue siendo el carrito de una montaña rusa donde de pronto me lleva a la cima y sin aviso me lanza al vacío.

Al escucharlo, Bárbara le comentó a su hermana:

—¡Y ahora resulta que sufre de vértigo!

—Ni se te ocurra tildarme de cagón —reclamó Yago a Bárbara, olvidándose de que estaba hablando con Luciano por teléfono—. Sos una tramposa, si hubiera sabido cómo era la cosa hubiera expuesto mis condiciones.

—¡Claro! —retrucó ella, dejando de lado también su celular—, porque el tipo que se las sabe todas no tenía ni idea de que yo tomaba pastillas y que, antes de buscar un bebé, hay que preparar el terreno. Típico de macho egoísta que solo piensa en su placer sin pensar en la mujer que se lo provoca.

—¿Qué terreno hay que preparar? Vos venís preparadita desde la cuna. Creo que ya lo estabas mucho antes de nacer.

—No pienso quedarme a escuchar una boludez tras otra. Hagamos una cosa, recontra-energúmeno-cavernícola, voy a irme al cuarto y dejar que te serenes. Voy a darte la oportunidad de que reflexiones y me extrañes. Cuando te des cuenta de que lo mejor que te puede pasar es comprar un millón de cajas de forros para entretenernos en la práctica de cómo vamos a crear al bebé, llamame, si no estoy ocupada puede que te haga un lugar en mi agenda.

—Te repito, tramposa, el pan no sustituye los banquetes.

—Morite de hambre, entonces —fue la respuesta antes de buscar entre los cajones de la cómoda una bolsa que no tenía identificación de ninguna marca.

Frente a los ojos de Yago la abrió, para luego arrojar al cesto de la basura el kit de dominatriz que había comprado para paliar un poco la decepción que sabía sentiría él al enterarse de los cuidados que debían mantener antes de buscar un bebé. Una cosa era ser comprensiva y otra muy distinta encontrarse ante un inmaduro que no sabía aceptar los límites.

El hombre abrió grandes los ojos y se llevó una mano a la nuca. No podía creer de lo que se estaba privando y le rogó a su mente porque elaborara con rapidez un plan de contraataque. De pronto esbozó una sonrisa que terminó por intrigar a Bárbara.

—¿Te causa gracia? —preguntó ella.

Yago no le respondió, la mujer no había tomado en cuenta que el tiempo la había acostumbrado a los lujos y, en ese ínfimo departamento, el único lecho cómodo y amplio era el de él; la antigua cama de Bárbara no sería del agrado de la *star* y eso la haría volver mansita y al pie en la noche cuando el cansancio de la función se hiciera visible.

Alfredo no se atrevió a entrar en su camerino y la esperó junto a la escalera de acceso al escenario. Al finalizar la función, la invitó a cenar y ella se negó alegando agotamiento.

Regresó al departamento. Sobre el sillón no quedaba un centímetro de espacio libre para apoyar absolutamente nada; a Yago se le había ocurrido depositar allí toda la ropa fuera de uso. Abrió la heladera buscando un trozo de queso para picar y la encontró repleta de cervezas, pero sin ningún alimento. Con rapidez solicitó una pizza por delivery en el momento en que lo vio salir del baño, envuelto en una pequeña toalla que apenas si ocultaba algo de su virilidad. La mujer tragó saliva antes de saludarlo:

—Buenas noches, *sensei* —dijo, dejando algo de dinero sobre la barra de la cocina—. Está por llegar mi pedido a domicilio, atendé al repartidor mientras me doy una ducha.

Aún sin vestirse adecuadamente, Yago se dejó caer en el sillón sobre todo el cúmulo de prendas a desechar y prendió el televisor, antes de asegurarle:

—¿Qué propina deseás que le entregue?

Bárbara masculló algo entre dientes y entró al que años atrás fuera su cuarto, para desvestirse y pasar frente a él completamente desnuda de camino al baño.

«Tengo que hacerme a la idea de que estoy ciego —se aconsejó él—, clavar la mirada en la tele y no moverme ni un centímetro de la pantalla».

Su consejo hubiera dado resultado si no fuera porque Bárbara decidió no usar vajilla ni cubiertos para comer. La vio tomar cada porción elevándola para que el queso se extendiera, posicionarse debajo del manjar abriendo la boca y dejando que la punta de su lengua se asomara solo un poco, lo suficiente como para acariciar los hilos y enredarlos con ella antes de dar el primer bocado.

Yago tomó su celular y envió a Tadeo un mensaje de auxilio:

Hablame de cualquier cosa porque no podré resistir mucho más.

Tadeo, al tanto de la situación gracias a que Yago lo torturó toda la tarde preguntándole si no conocía una solución al problema ocasionado por las pastillas, trató de explicarle que la guerra la tenía perdida desde mucho antes de entablada y que lo mejor sería que levantara la bandera de la tregua y comprara profilácticos. Inmerso en la discusión con el amigo, no se dio cuenta de que Bárbara ya no estaba junto a él. Con premura saltó del sillón, dispuesto a aceptar los consejos, pero su ira recrudeció al verla dormida, desnuda y en su cómodo somier.

«Enana maldita —se dijo—, me ganó de mano. Ahora o duermo al lado de ella sin rozarla o me tengo que bancar su incomodísima y diminuta cama».

En la mañana, Bárbara sonrió al verlo junto a ella y recordó que las guerras se ganaban de a una batalla a la vez.

Durante la semana siguiente cada uno mantuvo su postura y los celulares ardían entre mensajes de ida y vuelta:

Las estadísticas dicen que es muy difícil quedar embarazada de una y habiendo consumido pastillas durante tanto tiempo.

La respuesta de ella fue clara:

Las estadísticas pueden decir lo que se les cante. Con forro o nada.

Yago lo intentó con otros argumentos:

Tengo una ducha lista para bañarte.

Bárbara se retorció de deseo pero no claudicó:

Estás seguro de que no acabo de bañarme?

Yago quiso sonreír ante su descaro, pero estaba tan hambriento por ella que no pudo y respondió:

Aguas termales y muy movedizas, enana. De esas seguro que hoy no tuviste.

El tiempo corrió y ninguno de los dos renunciaba a su orgullo. Se necesitaban, se añoraban y deseaban volver a intimar pero, en algún lugar escondido de sus mentes, ambos sabían que ese juego los excitaba y el encuentro sería mucho más grato al punto de, seguramente, olvidar la ínfima barrera que Yago se negaba a utilizar.

Tadeo estableció como rutina, a la hora en que Romina le cebaba unos mates para apreciar juntos el crepúsculo, chatear con Luciano para divertirse con las noticias del enfrentamiento entre Bárbara y Yago.

Melisa mantenía sobre su mesa de noche el celular encendido para que su hermana, antes de salir del teatro, despotricara a gusto contra Yago, y luego lo desvelaba a su marido tratando de encontrar la manera de reunir a la pareja.

—Yago, haceme el favor —solicitó Carla—, hacele caso. Al fin de cuentas el tiempo se les está pasando igual, pero sin disfrutarlo.

—¿Y renunciar a mis principios? —se quejó con el ceño fruncido.

—No seas chiquilín. Lo tuyo es orgullo, no principios. Esta vez la razón la tiene Bárbara.

—Lo que Bárbara tiene es el arte de embaucarme. Si la muy tramposa me hubiera aclarado los puntos de entrada, nada de esto estaría sucediendo.

—¡Claro! —le gritó la hermana—, porque para ustedes es todo muy sencillito. Lo único que preguntan es si una toma pastillas, lo que nos

ocasionan no les importa y por ende jamás lo averiguan. ¡Jodete! Ahí tenés el resultado a tu falta de consideración.

Luciano, cansado de que en las noches Melisa lo mantuviera despierto hasta tarde tratando de encontrar la manera de volver a reunir a la pareja, programó el engaño con el que le daría fin a la tortura de Yago y a la propia. Poniendo todo su esfuerzo para que su mujer no lo descubriera, reservó una noche en el mejor hotel que pudo, invitó a Yago a almorzar y, cuando encontró la oportunidad, tomó el celular de este, se excusó para ir al baño, buscó el número de Bárbara y envió el mensaje:

22 h te espero en el Regencia de Madero, habitación 501. Da la cara, enana, discutamos tu punto en un terreno neutral.

Regresó al comedor y le entregó el celular a su dueño. Yago no comprendió hasta que a los segundos recibió la respuesta de Bárbara y se enteró de la trampa que les tendiera su amigo:

Venite preparado con forros, forro. Voy a partirte al medio hasta que entiendas mi punto.

Ilusionada, Bárbara se arregló como si fuera a acudir a la gran audición de su vida. Recurrió al arsenal con el que pensaba torturar a Yago hasta que le rogara permiso para rozarla.

Entró al hotel y acudió al cuarto indicado, pensando que todavía faltaba media hora para la cita a la que él la invitaba. Se sorprendió cuando, ni bien traspasó la puerta, su pie pisó algo más que la alfombra, recorrió con los ojos la superficie del solado y descubrió que todo el lugar estaba invadido por sobres de preservativos.

—Andá quitándote la ropita, tenemos hasta el mediodía para que te queden muy en claro mis puntos —dijo él—. Si te ponés en cabeza dura puedo solicitar un día extra, ya sabés, mis ingresos me permiten darme ciertos

gustos y yo no me limito.

Caminó gatuna hacia él, pero sin bajar la guardia. Las rendiciones no se le daban bien al orgullo de Bárbara:

—¿Trajiste suficientes? —preguntó, mirando los paquetitos como si estuviera contabilizando la cantidad—, porque vas a tener que repetir muchas veces.

Yago no quiso continuar debatiendo. Se acercó a ella y la tomó por la cintura, la alzó obligándola a que lo rodeara por las caderas. Le besó el cuello logrando que Bárbara gimiera, lamió sus pecas para luego utilizar la lengua en dibujar con ella el contorno de los labios de aquella boca pequeña pero picante.

La noche contó cada caricia, cada encuentro y cada grito de placer que lograron regalarse el uno al otro. La mañana los encontró terminando de recuperar el tiempo perdido.

Bárbara no era de Yago ni él de ella, juntos creaban aquello que sí estaban seguros que poseían y era el amor que aprendieron a construir cuando se miraban y podían reconocer que en ese instante nada era más importante que estar juntos.

—Quiero que el tiempo pase rápido —dijo él, agotado y creyendo que ella dormía al sentir que respiraba serena en sus brazos.

—Yo también, Yago. Yo también quiero que pase pronto.

La besó en la coronilla y luego, con un último esfuerzo, se extendió para dejarle la calidez de sus labios en el cuello.

—Bárbara, tengo una idea —le dijo con los ojos cerrados—, construyamos una casa. Quiero recibir al bebé en un lugar con mucha luz y sin viejos recuerdos. Construyamos para los tres un nuevo mundo y vayamos a esperarlo ahí para que se sienta bien recibido.

Los temores de Bárbara afloraron y se tensó. Yago lo comprendió al instante, le acarició los brazos y la acunó.

—Dame tiempo —solicitó ella.

—Tenés dos putos meses de condones para pensarlo, en cuanto la estupidez esta se termine empieza la cuenta regresiva y en este punto —dijo — seré intransigente.

Encontrar el terreno adecuado no fue fácil, mucho menos cuando Bárbara buscaba un llano y Yago adoraba los irregulares. El plano de la vivienda quedó en manos de él y la decoración en las de Bárbara. El proyecto no mitigó los miedos de aquella vida que planeaban cuando los dos aseguraban que vivían cada día sin programar un mañana.

El retraso de la regla los sorprendió cuando los obreros comenzaron la excavación. Yago buscó en la baulera la caja con la pelota y la muñeca que comprara tiempo atrás y se la tendió a Bárbara para que tuviera en cuenta esos presentes cuando decorara el cuarto del hijo que comenzaba a gestarse.

—En mi vida tuve solo una muñeca —dijo ella, frunciendo el ceño y reconociendo que era la primera vez que un juguete de ese tipo le parecía hermoso.

—Yo jamás tendré una muñeca, pero me conformo con jugar con vos todos los días —bromeó para que sonriera.

—Yago —dijo emocionada—, jurame que jamás vas a sentirte atado a mí. Jurame que, cuando este hijo nazca, vas a seguir preguntándote cada día si querés seguir viviendo conmigo.

—Si algún día soy tan estúpido como para no elegirte, lo vas a saber antes que yo, no tengo dudas de eso, Bárbara.

Epílogo

Bárbara Zabala regresa a las tablas, cinco meses después de dar a luz a su tercer hijo. Reticente como siempre ha sido a aceptar entrevistas, solo nos permitió confirmar que la obra elegida es *La gata sobre el tejado de zinc caliente*, del magnífico Tennessee Williams. Este periodista se encuentra en condiciones de afirmar que, si bien jamás aceptaron concretar su unión en el Registro Civil, ella y su compañero conforman una de las parejas más sólidas y unidas del ambiente. Yago Uturbey, el renombrado arquitecto, es el dueño del brillo que jamás abandona los ojos de la actriz y eso confirma que son inmensamente felices.

Bárbara sonrió leyendo la revista y la arrojó sobre la mesita frente al sillón. Olivia continuaba durmiendo el plácido sueño del bebé con la panza llena, acostumbrada a recibir el amoroso cuidado de sus padres. Se levantó intentando no hacer ruido, abrió la puerta del cuarto e ingresó al pasillo donde la sobresaltó el estruendo que provocó un jarrón estrellándose contra el piso de madera. Sus hijos varones otra vez estaban rompiendo las reglas jugando al fútbol dentro de la casa. Los escuchó repartirse la responsabilidad y sonrió prestando atención al reto que impartió Yago:

—Punto uno, como vuelvan a jugar dentro de la casa voy a sacarles tarjeta roja y suspenderé cualquier práctica deportiva. Si llegaban a romper la espantosa mano de las llaves, mami nos mataba a los tres. Punto dos, queda descontados de sus ahorros el valor del jarrón que rompieron.

—¡Pero, papá! —se defendió el mayor—, no tenemos tanta plata.

—Soy generoso, les doy crédito. Y punto tres —agregó—, recojan todo el desastre antes de que mamá se dé cuenta y nos castigue a los tres.

Bárbara ocultó la risa llevándose una mano a la boca y se escondió, en tanto Máximo y Nicolás cumplían las indicaciones dadas por el padre.

—Puf. Al final, un jarrón espantoso nos salió carísimo.

—La idea no es esa —comentó Yago —, sino que entiendan que hay que saber afrontar las consecuencias de nuestros actos. Si hago una travesura, tengo que poder repararla.

Salió de su escondite y los llamó a cenar sin hacer referencia al incidente. Esperó a que los niños estuvieran dormidos y que Yago terminara de ver el resumen deportivo. Cuando él dejó de acariciarle la espalda y la tomó de la mano para juntos ir hacia el cuarto, encontró el momento propicio para comentarle:

—*Sensei* —fue lo que utilizó como comienzo—, no puedo dejar de admirar lo bueno que sos a la hora de hacerles acatar las reglas a los chicos.

—Bueno —respondió con orgullo—, son varones y hay que educarlos bien desde chiquitos.

—Así es —dijo, acariciándole la mejilla con sensualidad—. Siempre sos justo, adoro eso en vos. —Yago comenzó a sospechar de las pecas traviesas y del brillo encendido en su mirada—. Si hay algo que jamás en la vida pienso objetar es tu claridad a la hora de marcar puntos y hacerlos cumplir. Por eso —y Yago se convenció de que la conocía como a la palma de su mano— ha llegado el momento de que te aplique mi castigo.

—Bárbara —la advirtió.

—Vos acabás de decirlo hace un ratito. Hay que hacerse cargo de las consecuencias de nuestros actos. Tenías que estar atento a que los chicos no se mandaran una de las tuyas y...

—Estaba viendo el resultado del debate entre los candidatos presidenciales.

—Estoy segura de que no era una pavada lo que te privó de cumplir con tu parte. Y ya que lo viste voy a querer que me cuentes cada detalle que me perdí mientras yo estaba alimentando y durmiendo a Olivia —remarcó, para dejar en claro que ella sí había cumplido su parte—. Pero, mi querido *sensei*, reglas son reglas y vos las violaste. Así que te quiero sobre la cama, manitos y patitas extendidas y hacia los lados —ordenó, tomando un puñado de corbatas del vestidor.

Yago la rodeó por detrás obligándola a caminar hacia el lecho y cayó sobre ella:

—Si vas a castigarme, hazlo bien. Esa de atarme y dejarme con las ganas ya la usaste.

—Pero hace muuuuuucho —se quejó la mujer haciendo pucheros.

—Voy a darte lecciones de cómo tenés que hacerme entender que no debo volver a quebrar una regla —notificó, antes de besarla y comenzar a ofrecerle una noche más de pasión.

Cada mañana, al despertar, el saludo era el mismo. Un código, que solo comprendían ellos al mirarse, con la afirmación de que ese nuevo día seguían eligiéndose y el trato se sellaba con un beso antes de que el gimnasio montado en el último piso recibiera a Yago y el baño de inmersión a Bárbara. Luego siempre existía un motivo que avivara las chispas que solían crepitar entre ellos, ya fuera porque Bárbara encontraba una nueva baratija para decorar algún sector de la casa, o porque Yago aseguraba que era imposible cumplir con el orden que imponía ella. Pero esa mañana la rutina se vio alterada; Yago ingresó en el baño, sudoroso y con la postura de aquel que ha tomado una decisión que no admitirá negativas. Se recostó contra la pared junto a la bañera, con los brazos cruzados, en silencio y observando el magnífico poder que el cuerpo de su mujer ejercía en él. Pero debía

mantenerse incólume si quería conservar distancia para establecer su punto.

Bárbara, intrigada, recurrió a otro recurso:

—¿Tan rápido te agotó tu sesión de ejercicios? ¿Te me estás deteriorando, *sensei*? Te recuerdo que el trato dice que este es mi tiempo de baño de relax para mí solita.

—Es hora de que modifiquemos el contrato —comentó, introduciéndose en la bañera y sentándola sobre él.

—No entiendo.

—Los contratos entre vos y yo se renegocian. —Bárbara tembló tratando de desentrañar el porqué de su mirada seria—: Basta de pruebas, ya nos probamos lo suficiente —agregó él—, llevamos años viviendo juntos, es hora de que concretemos. —La mujer exhaló todo el aire que mantenía retenido en los pulmones. Estaba a punto de retrucarlo, pero él no le dio tiempo—: Casate conmigo, enana. Ya basta de miedos. Poné tu firma en una puta libreta que diga que soy tu marido y vos mi mujer.

—De ninguna manera. Lo nuestro funciona gracias a que cada día nos elegimos. No quiero una trampa legal que nos obligue.

—Firmás contratos de laburo ¿y te negás a firmar una libreta de matrimonio? Sos más dura que una roca —indicó, irritado, tomándola de la cintura con ambas manos y dejándola sola en el agua.

—¿Para qué querés un ridículo contrato?

—Porque quiero que todo el maldito mundo sepa que, a pesar de que hace años que estás conmigo, no te aburro.

—Lo tuyo es de un machismo absurdo que me niego a avalar —aseguró, saliendo ella también de la bañera y llenando de agua el piso.

—El día que ya no quieras estar conmigo, seré el primero en abrirte la puerta y asegurarme de que estarás bien, pero estoy convencido de que para mí no hay un lugar mejor que no sea a tu lado y quiero firmártelo ante la ley. No tengas miedo —reclamó—, tenemos tres hijos que son la piel de judas y

aun así no los cambiaríamos por otros. Es gracias a ellos que llegué a esta conclusión. Son mis hijos y los amo; así como les di mi apellido, y soy feliz siendo su padre, quiero hacerlo también con vos y que todos sepan que somos marido y mujer. No se trata de pertenencias, Bárbara, se trata de amor en todos los fueros, en mi mente, en mi corazón y ante la ley.

—Un hijo —reflexionó mirándolo a los ojos— no puede elegirse ni negarse. Se los engendra sabiendo que al principio dependerán de uno hasta que llegue el día en que sus alas les permitan volar y alejarse. Una pareja es diferente, lo que un día une al siguiente puede separar y es completamente lícito que eso ocurra si antes de remontar vuelo se comunica el cambio en el sentir.

—Bárbara —la interrumpió con su voz segura—, es tiempo de dejar de lado las capas con las que te recubrís para protegerte de algo que jamás va a ocurrir. No vas a relajarte hasta que te quede claro que lo nuestro es mucho más que una vida juntos. Somos una pareja, tené el coraje de casarte conmigo y aceptar que el mañana nos va a encontrar unidos no por una libreta, sino porque nuestra elección es que así sea.

—Estás cambiando las reglas.

—Sí. Pero conmigo cada día es un desafío nuevo, conmigo es todo o nada y eso lo supiste de entrada.

—Todavía no estoy muy convencida de que hayas aprendido mis lecciones —comentó Bárbara.

—Repetime el castigo, enana. Soy muy malo como alumno, estoy acostumbrado a enseñar. Pero primero aprendete la mía de hoy y acatala sin chistar.

El juez pidió un aplauso para la flamante pareja.

Yago, con Olivia en brazos, tomó de la cintura a su esposa para unirse con

ella en un beso que sellara la unión.

Jamás llegaron al banquete organizado para celebrar su boda; con Liliana y Julián de cómplices, lograron escaparse y ocupar la suite nupcial del hotel donde concibieron a quien nueve meses después se llamó Victoria.

Con los años, cada discusión no fue más que la excusa para reconciliarse. Juntos vieron crecer a los hijos, tomados de la mano aceptaron las pérdidas de seres queridos y siempre con la misma chispa en los ojos bendijeron la llegada de cada día.

Bárbara, rodeada por los brazos de Yago, volvió a quitar de su dedo el anillo y leyó la frase grabada en él:

—Solo por hoy.

—Solo por hoy —respondió él acariciando la piel de su mujer que, aunque los años se ocuparon de cambiar, seguía encendiéndolo como desde aquel día en que le enseñó a besar.

Fin

Aclaración y agradecimientos

Confieso que esta no es la versión que terminé de escribir en 2015. El tiempo en que la mantuve guardada para publicar otras novelas, me permitió comprender que estos personajes eran los indicados para contar la historia de manera diferente y afronté el nuevo desafío. No fue fácil volver a escribirla manteniendo en el recuerdo la primera versión en tanto le incorporaba ideas nuevas. Finalmente la expongo ante ustedes deseando que Yago y Bárbara se introduzcan en sus corazones y los ayuden a replantearse conceptos, en tanto ojalá también los entretengan.

El amor es una elección diaria y vivirlo es la premisa.

Les agradezco el cariño y cada nueva oportunidad que me brindan al leerme.

Gracias a los afectos que me elijen.

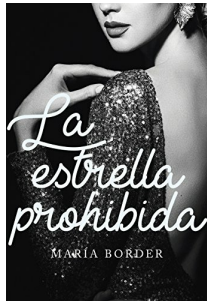
Gracias a mis queridas amigas Silvia y Cris.

Gracias a María Laura Gambero por los cafés que no son más que excusas para justificar tantas charlas.

Gracias a Laura G. Miranda por la mano extendida.

Gracias a Magalí, editora de P&J, por renovar su voto de confianza, y a Carolina Kenigstein por su invaluable ayuda.

Gracias a todos. Será hasta la próxima, si Dios quiere.



“¿Estoy enamorada de mi amigo de toda la vida?” Cada vez que Bárbara piensa en Yago, esa pregunta la enloquece. ¿Será porque el cariño de él a la hora de consolarla la confunde? ¿Hay en ese abrazo algo más que amor fraternal?

Bárbara y Yago se conocen desde que eran niños. Durante la adolescencia compartieron travesuras, y una incipiente tensión sexual nació entre los dos. Pero con los años esa amistad tierna y cómplice tomó una forma inesperada.

Ella es una mujer audaz e independiente, una actriz que busca papeles protagónicos para representar lo que por temor se niega a experimentar en la vida real. Él es un hombre seductor y decidido, pero también su amigo incondicional.

Yago deberá rescatarla de su infierno interior, de la censura y las contradicciones para convertir su amistad en una historia de amor y erotismo que cambiará sus vidas para siempre.



MARÍA BORDER

Es argentina y madre de cuatro hijos. Dio sus primeros pasos como autora independiente en 2012 con dos novelas cortas de Regencia. A fines de 2013, su sexta obra obtuvo el primer lugar en el II Premio Pasión por la Novela Romántica como mejor chick-lit autopublicada. Con una corta pero prolífera trayectoria, ganó su lugar dentro del género. Entre sus títulos se destacan *En Peakland*, *Jane Thompson*, *El dueño de mi arte*, *Mía*, *El gato y el ratón*, *Despertando tus sentidos*, *Como perro y gato*, *Mía 2* y *Susurros de blues*. En P&J publicó *Siete motivos para no quererte*, *Aunque me resista*, y participó de la antología romántica *Ay, amor*.

mariaborder.com

mariabordercuentos.blogspot.com.ar

[@MariaBorderCuen](https://twitter.com/MariaBorderCuen)

Foto: © Alejandra López



Otros títulos de la autora en megustaleer.com.ar

Border, María

La estrella prohibida / María Border. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2017

(Narrativa femenina)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-950-644-444-0

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Foto de cubierta: © Getty Images

Foto de la autora: © Alejandra López

Diseño de cubierta: Raquel Cané

Edición en formato digital: noviembre de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-444-0

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

La estrella prohibida

Dedicatoria

Primera parte. Seré la estrella que te encandile

Segunda parte. La vida disfruta tentándonos con
aquello que el destino se empeña en negarnos

Epílogo

Aclaración y agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Otros títulos de la autora

Créditos